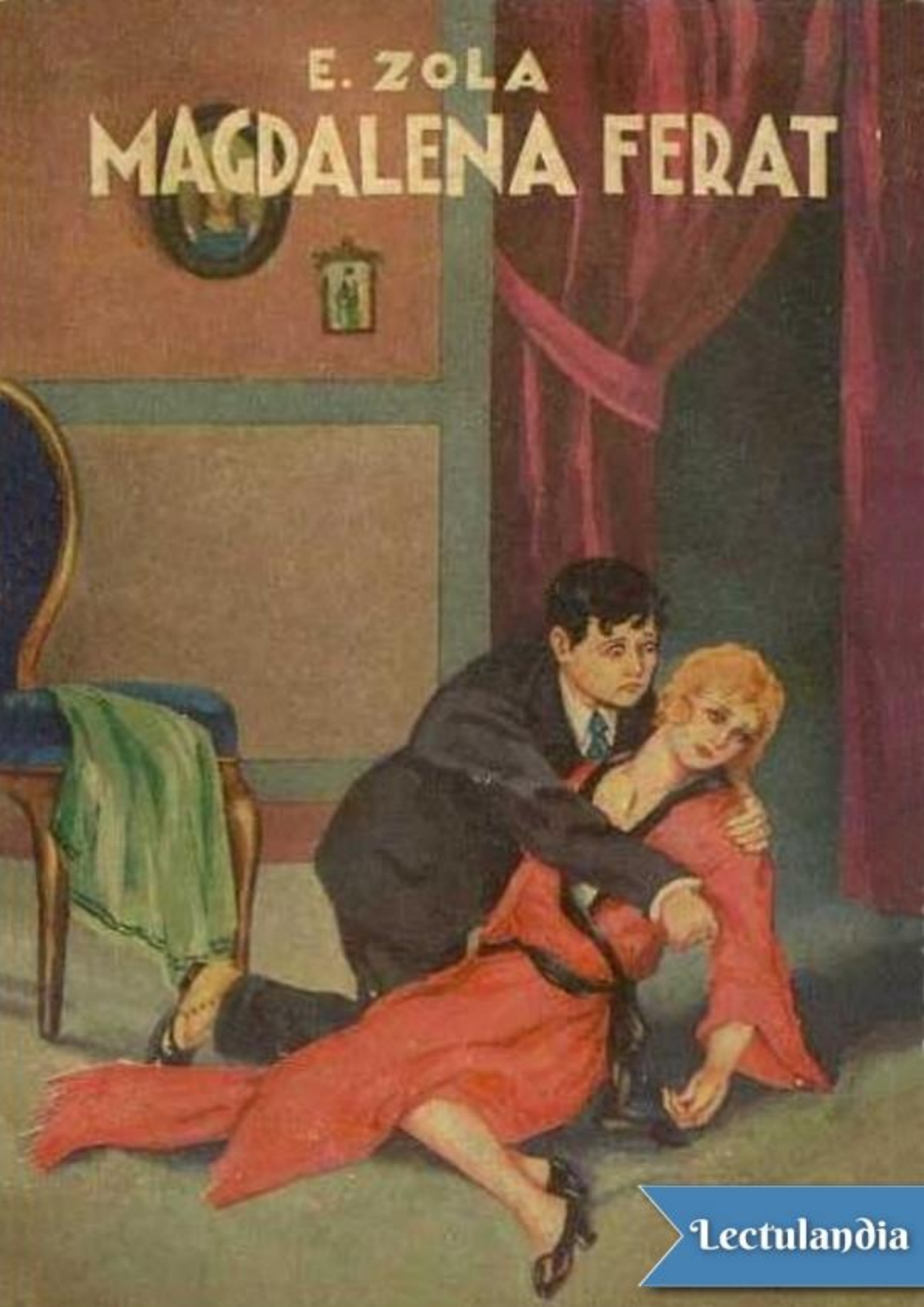


E. ZOLA  
**MAGDALENA FERAT**



Lectulandia

Magdalena Ferat, joven de diecinueve años, vive amancebada, y poco después casada, con Guillermo, cinco años mayor, aparentemente enamorada.

Empero, su vida es destruida por la irremediable obsesión que siente por Jacobo, su primer amante, quien la había conocido una lúgubre noche cuando vagaba, a la vera del río Sena, huyendo de su tutor el mismo día en que este había intentado abusar de su virtud. Jacobo la recogió, ella se dejó llevar y, sin el menor pesar, «lo que con salvaje energía había negado a Lobricon, se lo había concedido dos horas después a un desconocido».

Libro publicado un año después de *Thérèse Raquin*. La digitalización original de este título pertenece a los fondos de la Biblioteca Nacional de España y es distribuida bajo licencia CC-BY-NC-SA.

**Lectulandia**

Émile Zola

# **Magdalena Ferat**

ePub r1.0

Titivillus 17.04.2018

Título original: *Madeleine Férat*

Émile Zola, 1868

Traducción: Enrique Martínez

Digitalización original perteneciente a los fondos de la Biblioteca Nacional de España y distribuida bajo licencia CC-BY-NC-SA

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## A EDUARDO MANET

*El día en que, con voz indignada, tomé la defensa de vuestro talento, no os conocía. Algunos tontos se atrevieron entonces a decir que éramos compadres, que íbamos a caza de escándalo. Puesto que los tontos han unido nuestras manos, que nuestras manos queden unidas para siempre. La multitud ha querido que yo sea vuestro amigo; mi amistad es hoy completa y firme, y de que así es, deseo daros público testimonio dedicándoos esta obra.*

EMILIO ZOLA

1.º Septiembre 1868.

# I

Guillermo y Magdalena bajaron del tren en la estación de Fontenay. Era lunes, y los coches estaban casi vacíos. Cinco o seis compañeros de viaje, habitantes del país, que regresaban a sus casas, se presentaron en la barrera con los jóvenes y se fueron cada uno por su lado, sin detenerse siquiera a contemplar el horizonte: tal era la prisa que tenían por volver a sus viviendas.

Al salir de la estación, Guillermo dio el brazo a la joven, lo mismo que si estuviera en las calles de París. Se encaminaron hacia la izquierda y recorrieron pausadamente el magnífico paseo de árboles que hay entre Sceaux y Fontenay, en tanto que el tren volvía a ponerse en marcha con sordos y profundos ronquidos.

Cuando el tren se perdió de vista entre el follaje, Guillermo se volvió hacia su compañera, y le dijo sonriendo:

—Ya os he advertido que en absoluto desconozco el país, y no sé adónde vamos.

—Vayamos por este sendero —replicó sencillamente Magdalena—, y no tendremos que atravesar las calles de Sceaux.

Entraran en la callejuela de Champs-Girard. Allí se abre bruscamente la enramada de los árboles, y deja ver la cuesta de Fontenay; abajo hay jardines y prados en que se alzan, derechos y vigorosos, enormes ramilletes de álamos; más allá, las tierras cultivadas dividen el terreno en bandas oscuras y verdes, y en lo alto, en el límite del horizonte, blanquean, a través de las hojas, las casitas de la aldea. Hacia fines de septiembre, entre cuatro y cinco de la tarde, el sol, al declinar, da a este rincón de la naturaleza un tinte delicioso. Los jóvenes, solos en el camino, se detuvieron instintivamente ante este paisaje de verdor casi negro, apenas dorado por las primeras brisas del otoño.

Seguían cogidos del brazo. Sentían ese vago tormento de una intimidad reciente, estrechada demasiado pronto. Cuando recordaban que se conocían tan solo desde hacía ocho días, se apesadumbraban al encontrarse a solas en el campo como amantes dichosos.

Apenas se atrevían a mirarse, porque se consideraban extraños el uno al otro; obligados a tratarse como compañeros, se hablaban con timidez, por temor a molestarse recíprocamente. Eran lo desconocido el uno para el otro; pero lo desconocido que a la vez repele y atrae. En su apacible continente de enamorados, en sus palabras dulces y vacías de sentido, y hasta en las sonrisas con que se miraban, se leía la inquietud y el embarazo de dos seres unidos brutalmente por la casualidad. Nunca había creído Guillermo sufrir tanto en su primera aventura, y esperaba con verdadera angustia el desenlace.

De nuevo emprendieron la marcha, sin perder de vista el paisaje, hablando a tontas y a locas, tan pronto de los árboles como del cielo y de la tierra; de todo,

menos de sus verdaderos pensamientos.

Magdalena frisaba en los veinte años. Vestía traje de tela gris con cintas azules; redondo sombrero de paja cubría sus admirables cabellos, de rojo ardiente y aleonados destellos, que se retorcían y juntaban en una enorme trenza. Era una mujer gallarda, cuyos miembros, flexibles y fuertes a la vez, revelaban extraordinaria energía. Su rostro era característico. La parte superior tenía solidez, casi dureza masculina; el cutis de la frente era terso; las sienes, la nariz y los carrillos revelaban la redondez del armazón óseo, y daban a la cara la rígida frialdad del mármol; en esta máscara severa, sus grandes y rasgados ojos, de color verde-pardusco y mate, se abrían de cuando en cuando, iluminados por profundos resplandores. Por el contrario, la parte inferior de la fisonomía era de exquisita delicadeza; en sus mejillas, mórbidas y voluptuosas, tenía unos hoyuelos, que daban gran realce a su boca; bajo la barba, delgada y nerviosa, se destacaba una especie de relieve o gordura, que iba a unirse con el cuello; los rasgos generales de su fisonomía no eran tersos y rígidos, sino gruesos, fofos y cubiertos con un vello sedoso; tenían multitud de planos flexibles y de una finura encantadora, allí donde el vello faltaba; sus labios, algo gruesos, de vivo color de rosa, parecían demasiado rojos para una cara blanca, a la vez severa y aniñada.

Era una extraña fisonomía, mezcla de austeridad y puerilidad. Cuando la parte inferior dormía; cuando los labios se contraían en los momentos de reflexión o de cólera, no se veía más que la frente dura, el perfil nervioso de la nariz, los ojos mate, la máscara sólida y enérgica. Después, cuando una sonrisa entreabría su boca, la parte superior parecía dulcificarse, y no se veían más que las líneas ondulantes de las mejillas y de la barba. Parecía la sonrisa de una niña en el semblante de una mujer hecha y derecha. El matiz era de blancura lechosa y transparente, de trecho en trecho interrumpida por pecas rojas hacia los ángulos de las sienes. Bajo su satinada epidermis, la sangre daba tonos azules a la piel.

A menudo, la expresión ordinaria de Magdalena, una especie de orgullo rudo, tornábase bruscamente en una mirada de inefable ternura, ternura de mujer débil y vencida. Mientras que, del brazo de Guillermo, iba por el estrecho sendero, con frecuencia pasaba de la seriedad adusta que abrumaba al joven, a súbitos abandonos, sumisiones involuntarias que le devolvían la esperanza. En su paso firme, ligeramente cadencioso, se adivinaba que ya no era una chiquilla.

Guillermo tenía cinco años más que Magdalena. Era un muchacho alto y delgado, con aires de aristócrata. Su cara larga hubiera sido fea, a no ser por la pureza de su color y la altura de su frente. Toda su fisonomía denunciaba al descendiente, ya debilitado, de una raza fuerte. A veces sentía bruscos estremecimientos nerviosos, y tenía timideces de niño. Ligeramente encorvado, hablaba con cierto embarazo, interrogando con la vista a Magdalena antes de abrir los labios. Temía desagradar; temblaba ante la idea de que su actitud y su voz fuesen desagradables. Desconfiando siempre de sí mismo, se mostraba humilde y cariñoso. Pero cuando no se creía

observado, recobraba toda su arrogancia. La arrogancia era toda su fuerza. Tal vez habría cometido indignidades, si no poseyera un orgullo innato, una susceptibilidad nerviosa, que le obligaba a repeler todo lo que atentaba a sus delicadezas. Era uno de esos seres con sentimientos tiernos y profundos, ansiosos de amor y de tranquilidad, y que se entregan fácilmente a una dulzura eterna: seres con sensibilidad de mujer, que tranquilamente se olvidan del mundo para refugiarse en el fondo de su propio corazón, escudados con su nobleza, cuando el mundo les mezcla en sus vergüenzas y en sus miserias. Si Guillermo se embelesaba con las sonrisas de Magdalena; si se complacía en mirar su nacarada tez, en cambio, y sin darse cuenta de ello, se sonreía desdeñosamente cuando la joven le miraba con frialdad casi burlona.

Los jóvenes habían pasado el recodo que tiene el camino de Champs-Girard, y se hallaban en una callejuela que se prolonga entre dos murallas grises, de monotonía desesperante. Aceleraron el paso para salir de aquella especie de pasillo estrecho. Después continuaron su paseo a campo travieso por senderos poco frecuentados. Pasaron junto al sitio en que se elevan los enormes castaños de Robinson, y llegaron a Aulnay. Su sangre estaba agitada por esta rápida carrera. Su corazón se había ensanchado con la tibieza del sol, en el aire libre, que les había azotado el rostro con bocanadas ásperas y cálidas. El estado tácito de guerra en que se hallaban al descender del vagón, había ido poco a poco cediendo el puesto a una familiaridad propia de camaradas. Olvidaban las asperezas de su carácter; el campo les inundaba de tal bienestar, que ya no pensaban en observarse mutuamente, ni en defenderse el uno del otro.

En Aulnay se detuvieron un instante bajo la sombra de los grandes árboles que dan a este lugar eterna frescura. Como el sol les había acalorado, saboreaban ahora con delicia el fresco del follaje.

Cuando hubieron reposado:

—¡Al diablo si sé dónde estamos!... —dijo Guillermo—. ¿Se come al menos en este país?

—Sí, no temáis —replicó alegremente Magdalena—; comeremos dentro de media hora... Venid por aquí.

Ella le arrastró con viveza hacia el paseo, bordeado por empalizadas, que conduce a la meseta. Allí Magdalena se desprendió del brazo de Guillermo y se puso a correr como un perrillo invadido por locura retozona. Toda su puerilidad revivía en ella, y bajo la fresca sombra, en el silencio de los árboles, volvía a ser una chiquilla. Sus sonrisas iluminaban todo su semblante y daban transparencias luminosas a sus ojos grises; las gracias infantiles de sus mejillas y de sus labios dulcificaban las duras líneas de su frente. Iba y venía entre explosiones de regocijo, con las enaguas recogidas en la mano, haciendo ese ruido peculiar del choque de las telas, y dejando tras de sí un vago perfume de violeta, Guillermo la miraba con asombro; había olvidado a la mujer fría y orgullosa, y, contento, renovaba sus ternezas para aquella niña grande que se escapaba llamándole, y que, de repente, se volvía hacia él y le



acariciaba dulcemente.

Llegaron a un sitio en que el camino está interrumpido por un cerrillo de arena y el suelo cubierto con polvo finísimo, en que los pies se hunden. Magdalena se complacía en buscar el terreno más blando, y daba agudos gritos cuando sus botinas se hundían en la arena. Quería andar a saltos, y se reía al ver que no podía avanzar a causa de la blandura del terreno. Hacía lo mismo que hubiera hecho una niña de doce años.

Después, el camino sube dando brucas revueltas entre montecillos cubiertos de musgo. Esta parte de la cañada tiene un aspecto solitario y salvaje, que sorprende al salir de las frescas sombras de Aulnay: algunos peñascos sobresalen de la tierra; las hierbas de las laderas están enrojecidas por el sol, y grandes zarzales cubren las hondonadas. Magdalena volvió silenciosa a coger el brazo de Guillermo; estaba cansada, y experimentaba un sentimiento indefinible en aquel camino pedregoso y desierto, desde el cual no se veía ni una casa, y que serpenteaba por una especie de tronera siniestra.

El ánimo de Magdalena decaía, temblorosa aún a causa de sus juegos y de sus risas. Guillermo sentía el brazo tibio de ella apretar el suyo. Entonces comprendió que esta mujer le pertenecía, y que había en ella, bajo la implacable energía del cerebro, un corazón débil, necesitado de caricias. Cuando volvía sus ojos hacia él, Magdalena le miraba con tierna humildad y enternecida sonrisa. Coqueteaba, y parecía que buscaba el amor del joven como una pobre vergonzante. El cansancio, el placer de las sombras, el despertar de su juventud, el lugar salvaje en que se hallaba, todo infundía en su ser una emoción amorosa, una de esas languideces de los sentidos que hacen caer en brazos del hombre a las mujeres más orgullosas.

Guillermo y Magdalena subían poco a poco. A veces, el pie de la joven tropezaba con una piedra, y ella se apoyaba en el hombro de su compañero. Esto era una caricia disimulada, que ambos comprendían perfectamente. No hablaban, pero se sonreían al comprenderse. Les bastaba este lenguaje para expresar el único sentimiento que inundaba sus corazones. Bajo la sombrilla, el semblante de Magdalena era adorable; tenía una palidez tierna, con sombras de gris plateado; en torno de su boca brillaban rosados resplandores; y en la comisura de los labios, del lado de Guillermo, se percibía una red de azuladas venas de tal delicadeza, que el joven sentía locos impulsos de depositar un beso en aquel sitio. Era tímido, y estuvo dudoso hasta llegar a lo alto de la cuesta. Allí, al ver de golpe la llanura que se extendía delante de ellos, les pareció que no estaban ocultos. Aunque la campiña estaba desierta, tuvieron miedo, e, inquietos y molestados, se separaron.

El camino sigue por el borde de la cima. A la izquierda hay algunos fresales y campos de mieses inmensos y desnudos que se pierden en el horizonte con algunos árboles. En el fondo, el bosque de Verrières traza una línea negra, que parece bordar el cielo con una cinta de luto. A la derecha, los declives del terreno permiten ver muchas leguas de extensión primero, terrenos negros y sombríos, grandes masas de

follaje; después los tintes y las líneas palidecen, y el paisaje adquiere tonos azulados, y termina en colinas bajas, en que se confunden el violeta pálido y el amarillento del cielo. Es una inmensidad, un verdadero mar de valles y montecillos, sobre los cuales se destaca de trecho en trecho la nota blanca de una casa, la penumbra de un bosque de álamos.

Grave y pensativa, Magdalena se paró a contemplar esta inmensidad. Soplaban un viento cálido, precursor de la tempestad que se estaba formando en el fondo del valle. El sol acababa de desaparecer entre espesas nieblas, y de todos los puntos del horizonte salían enormes y pesadas nubes de color gris cobrizo. La joven había recobrado su fisonomía seria y muda; parecía haberse olvidado de su compañero, y contemplaba el paisaje con atención curiosa, como se mira a un antiguo conocido. Después, sus ojos se fijaron en las sombrías nubes, y parecía que soñaba con deliciosos recuerdos.

Guillermo, en pie, a corta distancia de ella, la contemplaba con cierta zozobra. Conocía que a cada paso se abría un abismo entre ella y él. ¿En qué podía estar soñando? Sufría al pensar que aquella mujer no le pertenecía por completo. Con íntimo espanto pensaba que ella había vivido veinte años sin él. Estos veinte años le parecían horriblemente negros.

Seguramente, ella conocía el país, y quizá había estado en él con un amante. Guillermo tenía vivísimos deseos de preguntarle en qué pensaba; pero no se atrevía a hacerlo con franqueza, temeroso de oír una respuesta sincera que hiriese a su amor. Sin embargo, no pudo contenerse, y, balbuciente, le preguntó:

—¿Habéis estado aquí alguna vez, Magdalena?

—Sí —replicó enseguida—; algunas veces... Apretemos el paso, que va a llover.

Volvieron a ponerse en marcha, a cierta distancia uno de otro, sumidos mutuamente en sus pensamientos. De esta manera llegaron hasta una plazoleta al final del camino. Allí, en el borde del bosque, está el *restaurant*, hacia el que Magdalena guio a su compañero. Es una casa cuadrada y fea, agrietada y ennegrecida por las lluvias. Detrás de esa casa, por el lado del bosque, un seto vivo sirve de cierre a una especie de patio plantado de árboles flacuchos. Cinco o seis bosquecillos de lúpulos se apoyan en este seto. Son gabinetes particulares del figón; clavados en la tierra hay bancos y mesas de madera tosca; sobre la superficie de las mesas, los culos de los vasos han dejado marcas rojizas.

La hostelera, mujer gruesa y zafia, lanzó un grito de sorpresa al ver a Magdalena.

—¡Ah! —dijo—. Yo os tenía por muerta. ¡Como hace tres meses que no os he visto!... ¿Estáis bien?

Entonces vio a Guillermo, y retuvo otra pregunta que ya tenía en la punta de la lengua, y se quedó confusa por la presencia de aquel joven que le era desconocido. Este último, al ver el asombro de la hostelera, comprendió que sin duda esperaba encontrarse con otro semblante.

—¡Bueno!, ¡bueno! —replicó con menos familiaridad—. ¿Queréis comer, no es

verdad? Pondremos la mesa en un bosquecillo.

Magdalena había acogido tranquilamente las muestras de amistad de la figonera. Se quitó el chal y el sombrero, y los depositó en una habitación del piso bajo que solía ser alquilada de noche a parisienses rezagados. Se le figuraba que estaba en su propia casa.

Guillermo había entrado en el patio. Se paseaba de un lado para otro, con indolencia y sin que nadie le hiciera caso, en tanto que la fregatriz y el perro festejaban a Magdalena.

Cuando esta volvió, traía su habitual sonrisa. Se detuvo un instante en el umbral de la puerta; su cabellera, suelta y destrenzada, brillaba bajo los rayos del sol poniente, cuyos reflejos daban marmórea blancura al cutis de Magdalena; su pecho y sus hombros, libres del chal, se ofrecían a la vista gallardos y finos. El joven dirigió una mirada, llena de inquieta admiración, a esta bellísima criatura, llena de vida. Indudablemente algún otro la había visto también, sonriente, en el dintel de aquella puerta. En medio de la zozobra que le causaba este pensamiento, sentía violentos impulsos de ir a estrechar a Magdalena entre sus brazos, y apretarla contra su pecho para que se olvidara de aquella casa, de aquel patio y de aquellos bosquecillos, y no pensara más que en él.

—¿Vamos a comer?... —dijo alegremente la joven—. ¡Eh, María; coja usted un plato de fresas!... ¡Tengo un hambre!

Había olvidado a Guillermo. Anduvo por los bosquecillos en busca de la mesa. Cuando vio el mantel:

—¡Ah, no, caramba! —dijo—. No me sentaré en este banco. Recuerdo que está cubierto de clavos, que me destrozaron un vestido. ¡Poned el cubierto aquí, María!

Se instaló delante del mantel blanco, sobre el cual la criada no había tenido aún tiempo de poner los platos. Entonces se acordó de Guillermo, a quien vio en pie, no lejos de ella.

—¡Bueno! —le dijo—: ¿no venís a sentaros a la mesa? ¡Estáis ahí derecho como un cirio!

Magdalena se echó a reír. La tempestad que se acercaba le producía nerviosa alegría. Gesticulaba con sequedad y decía palabras entrecortadas. Por el contrario, el tiempo tempestuoso atemorizaba a Guillermo, que se aplanaba y no respondía sino con monosílabos.

La comida duró más de una hora. La amorosa pareja estaba sola en el patio, lo cual nada tiene de extraño, porque entre la semana, los *restaurants* de los alrededores de París están vacíos, Magdalena no cesó de hablar; habló de su infancia, de su permanencia en el colegio de las Ternas, y refirió con minuciosos pormenores las tonterías de las profesoras y las picardihuelas de las educandas; en este asunto fue inagotable, pues siempre hallaba en el fondo de sus recuerdos alguna historia, de que se reía antes de contarla. Todo esto lo refería con ademanes infantiles y con inflexiones de voz propias de una niña. De vez en cuando, Guillermo procuraba llevar

su atención a recuerdos menos lejanos; a semejanza de los desdichados que padecen y están siempre dispuestos a poner la mano en la llaga, hubiera querido oír a Magdalena hablar de su pasado más reciente, de su vida de joven y de mujer. Inventaba hábiles transiciones para obligarla a decir cuándo se desgarró el vestido comiendo en uno de aquellos bosquedillos. Pero, eludiendo las preguntas, Magdalena reanudaba con cierta testarudez las historietas de sus primeros años. Parecía que esto la consolaba, le distendía los nervios y la impelía a aceptar más naturalmente una entrevista con un muchacho a quien solo conocía hacía ocho días. Cuando Guillermo la miraba con ojos en que brillaban los resplandores del deseo; cuando alargaba la mano para estrechar la suya, ella sentía sin igual placer en abrir desmesuradamente los párpados y empezar de este modo una anécdota: «Cuando yo tenía cinco años...».

Hacia el final de la comida, estando en los postres, gruesas gotas de lluvia mojaron el mantel. Había anochecido bruscamente. El trueno retumbaba a lo lejos y se acercaba con el estrépito sordo y continuo de un ejército en marcha. Un relámpago iluminó con tintes violáceos el mantel.

—¡Ahí está la tempestad! —exclamó Magdalena—. ¡Cuánto me gustan los relámpagos!

Se levantó, y fuese hasta el centro del patio, para ver mejor. Guillermo permaneció sentado. Sufría. Una tempestad le causaba espanto sin igual. Tenía firmeza de ánimo, no temía los furiosos rayos; pero todo su ser se conmovía con el ruido de las exhalaciones, sobre todo con los vivos resplandores de los relámpagos. Cuando uno de estos le quemaba los ojos, creía recibir un golpe violento en el pecho, y experimentaba en el estómago una angustia que le dejaba tembloroso y desvanecido.

Este fenómeno era puramente nervioso. Pero se parecía al miedo, a la cobardía, y Guillermo no quería que Magdalena le pudiera tener por cobarde. Se tapó los ojos con las manos. Por último, impotente para luchar contra la rebelión de todos sus nervios, llamó a Magdalena, y le preguntó con voz aparentemente tranquila, si no creía que era mejor ir a tomar los postres en el interior del *restaurant*.

—¡Pero si casi no llueve! —replicó Magdalena.

—Pues yo preferiría entrar —respondió perplejo—, porque los relámpagos me hacen daño.

Ella le miró con cierto asombro.

—¡Ah! Entonces entremos —dijo sencillamente.

Una criada llevó los cubiertos a la sala común del figón, pieza grande y desprovista de adornos, con los muros ennegrecidos y sin otros muebles que las mesas y los bancos. Guillermo se sentó de espaldas a las ventanas, delante de un plato de fresas intacto. Magdalena comió con presteza las de ella; después se levantó, fuese a abrir una ventana que daba al patio, y se puso de codos a contemplar el horizonte enrojecido por los relámpagos.

La tempestad estallaba con violencia inaudita. La lluvia había cesado; algunos

soplos de viento, bruscos, azotaban a las hojas de los árboles. Los relámpagos se sucedían con tal rapidez, que fuera era de día, un día azulado, que daba a la campiña el aspecto de una decoración de melodrama. Los truenos no hallaban eco en los aires ni en los valles; tenían la sequedad y la limpieza de las descargas de artillería. Sin duda el rayo había caído en los árboles que rodeaban al figón. Entre descarga y descarga había un silencio espantoso.

Guillermo sufría horriblemente al pensar que detrás de él había una ventana abierta. Bien a su pesar, por una especie de movimiento nervioso, volvía la cabeza y veía a Magdalena completamente blanca entre la luz violácea de los relámpagos. Sus cabellos rojos, mojados por la lluvia en el patio, caían sobre sus hombros, y parecía que se inflamaban cuando de repente sobrevenía alguna claridad.

—¡Oh, qué bonito es esto! —decía ella—. ¡Venid a verlo, Guillermo! Allí abajo hay un árbol que está ardiendo. Parece que los relámpagos corren por el bosque como bestias fugitivas... ¡Y el cielo! ¡Ah! ¡Tiene la hermosura de los fuegos artificiales!

El joven no pudo refrenar el vivo deseo que tenía de ir a cerrar los postigos. Y se levantó.

—¡Vamos! —dijo con impaciencia—. ¡Cerrad la ventana! Es muy peligroso lo que estáis haciendo ahí.

Se acercó a Magdalena, y la tocó en el brazo. Magdalena se volvió a medias.

—¿Tenéis miedo? —le dijo.

Y se rio con esa risa despreciativa, característica de la mujer burlona. Guillermo bajó la cabeza. Dudó un instante en volver a su puesto; pero vencido por su congoja:

—Os lo ruego —balbuceó.

En aquel momento las nubes se deshacían en torrentes de agua, que caían con furia. Una ráfaga de viento introdujo en la sala una porción de agua. Entonces Magdalena se decidió a cerrar la ventana, y volvió a sentarse frente a Guillermo.

De allí a poco:

—Cuando era pequeña —dijo—, mi padre me cogía en brazos en días de tormenta, y me llevaba a la ventana. Me acuerdo de que las primeras veces yo me tapaba la cara entre sus brazos; después me ha gustado mucho ver los relámpagos... ¿Tenéis miedo?

Guillermo alzó la cabeza.

—No tengo miedo —replicó dulcemente—; pero sufro.

A seguida se restableció el silencio. La tempestad continuaba con estallidos terribles. Durante cerca de tres horas retumbó el trueno. Guillermo estuvo todo este tiempo sentado en su silla, aplanado, inerte, con el semblante pálido y descompuesto. Magdalena, al ver sus estremecimientos nerviosos, había acabado por comprender que realmente sufría; le miraba con cierto interés, mezclado de sorpresa, asombrada de que un hombre tuviera los nervios más delicados que una mujer.

Aquellas tres horas parecieron interminables a los jóvenes. Solo hablaron algunas palabras. Su comida de enamorados se acababa de un modo extraño. Por fin, el trueno

se alejó, y la lluvia era más fina. Magdalena fue a abrir la ventana.

—Se acabó —dijo—. Venid, Guillermo, que ya no relampaguea.

Reconfortado y más tranquilo, el joven se aproximó a Magdalena. Allí permaneció breve rato. Después ella sacó la mano.

—Ya no llueve —dijo—. Debemos marcharnos, si no queremos perder el último tren.

La figonera entró en la sala.

—¿Vais a dormir aquí, no es cierto? —preguntó—. Voy a preparar el cuarto.

—No, no —replicó vivamente Magdalena—. No dormiremos aquí, porque yo no quiero. ¿Verdad que no hemos venido más que a comer? —dijo, dirigiéndose a Guillermo—. Ahora nos vamos a marchar.

—¡Pero si es imposible! Los caminos están ahora intransitables, y no llegaréis nunca.

La joven se mostró muy agitada. Y repetía con insistencia:

—No; yo quiero marcharme. No debemos pasar aquí la noche.

—Haced lo que queráis —replicó la hostelera—. Sin embargo, debo advertiros que si os atrevéis a salir, os exponéis a dormir a campo raso en vez de dormir bajo techado. Ya lo sabéis.

Guillermo se callaba, y no hacía más que mirar en ademán de súplica a Magdalena. Esta procuraba esquivar sus miradas; iba y venía con paso febril, visiblemente contrariada. A pesar de su resuelto propósito de no mirarle, acabó por clavar los ojos en su compañero, a quien vio tan sumiso y tan obediente, que no se atrevió a contrariarle. Se declaró vencida. Dio aún algunos pasos, pálida la faz, y con tono seco y breve dijo a la figonera:

—¡Bueno! Dormiremos aquí.

—Entonces voy a prepararos el cuarto azul.

Magdalena hizo un brusco movimiento.

—¡No; ese no; otro! —dijo en tono algo extraño.

—¡Es que todos los demás están ocupados!...

La joven dudaba aún. En su interior se libraba un nuevo combate. Después murmuró:

—Sería mejor que nos marcháramos.

Pero por segunda vez se encontró con la mirada suplicante de Guillermo, y cedió:

Mientras les preparaban la cama, los jóvenes salieron del *restaurant*. Se sentaron en el tronco de un árbol caído que yacía en un prado en la entrada del bosque.

Se percibía el fresco de la campiña recién humedecida por la lluvia. Ráfagas de viento frío cruzaban el espacio, tibio aún, saturado de los olores acres del campo y de la tierra mojada. Del bosque venían ruidos extraños, el gotear de las hojas sobre los musgos, que bebían del agua caída. Era un estremecimiento universal, estremecimiento voluptuoso de los campos, en que el polvo ha sido barrido por la tempestad. Y este estremecimiento, que se sentía entre las sombras de una noche

oscura, adquirió misterioso encanto en las tinieblas.

La mitad del firmamento, admirablemente sereno, estaba estrellado; la otra mitad seguía aún cubierto por una capa sombría de nubes, que se desvanecían poco a poco. Los dos jóvenes, sentados el uno junto al otro en el tronco del árbol, no podían verse la cara; solo se distinguían vagamente entre la sombra espesa proyectada por un bosquecillo de árboles.

Así permanecieron algunos minutos sin hablar.

Se oían sus pensamientos, y no les faltaba más que decírselos en alta voz.

—¡No me amáis, Magdalena! —dijo por fin Guillermo.

—Os engañáis, amigo mío —respondió pausadamente la joven—. Solo que yo no tengo tiempo para preguntarme y responderme... Hubiera preferido esperar todavía.

Ambos volvieron a guardar silencio. El orgullo del joven padecía; hubiera deseado que su amante cayera espontáneamente en sus brazos, y no impulsada por una especie de fatalidad.

—Lo que me desespera —dijo él en voz baja— es deber a la casualidad el reteneros aquí... ¿Habríais consentido en quedaros si los caminos hubieran estado transitables?

—¡Ah! No me conocéis —exclamó Magdalena—. Si me quedo, es porque quiero quedarme. Me hubiera marchado durante lo más recio de la tormenta, antes que quedarme aquí contra mi voluntad.

Magdalena quedó pensativa. Después, con vago acento, y como si estuviera hablando consigo misma:

—No sé lo que haré más tarde —dijo—. Soy capaz de querer; pero ¡es tan difícil saber lo que sucederá!

Se detuvo. Iba a decir a Guillermo que solo por compasión se había decidido a quedarse. Las mujeres sucumben más a menudo de lo que se cree, por piedad, con el deseo de ser bondadosas. Había visto al joven tan tembloroso durante la tempestad, y él la miraba con ojos tan lánguidos, que ella no se había sentido con fuerzas para resistir.

Guillermo comprendió que Magdalena se entregaba casi como una limosna. Un amor ofrecido de esta manera, le hirió en su orgullo.

—Tenéis razón —replicó—. Debemos esperar aún. ¿Queréis que partamos? Ahora soy yo quien os ruega que volvamos a París.

Hablaba con tono febril. Magdalena comprendió la alteración de su voz.

—¿Pues qué os pasa, amigo mío? —preguntó, sorprendida.

—¡Partamos! —replicó Guillermo—. ¡Partamos! Yo os lo ruego.

Magdalena estaba visiblemente desalentada.

—¿Y ahora, para qué? —replicó—. Tarde o temprano, nos iremos... Desde el día de nuestro primer encuentro, conozco, que os pertenezco... Había soñado con refugiarme en un convento, y me había propuesto no cometer la segunda falta. Fui orgullosa mientras solo tuve un amante. Hoy comprendo que ruedo a la vergüenza...

No me obliguéis a ser más explícita.

Pronunció estas palabras con tal tristeza, que las arrogancias del joven quedaron dulcificadas. Volviendo a ser amable y cariñoso:

—Ignoráis quién soy —dijo—. Confiad en mí. Yo no me parezco a los demás hombres. Os amaré como a mujer propia, y os haré dichosa; ¡os lo juro!

Magdalena no respondió. Creía tener bastante experiencia de la vida; pensaba que más o menos pronto sería abandonada por Guillermo, y que el día de la vergüenza vendría por fin. Era fuerte, sin embargo; sabía que podía resistir. Pero no tenía deseos de hacerlo. Todos sus propósitos se quebrantaban en una hora fatal. Se admiraba de sí misma, al ver cuán fácilmente había admitido lo que la víspera rechazaba con enérgica frialdad.

Guillermo soñaba. Por primera vez la joven acababa de hablarle de su pasado, de confesarle que ya había tenido un amante, se le figuraba que aquel amante que él había vislumbrado en cada gesto y en cada palabra de su compañera, se alzaba ahora entre los dos, al evocar su recuerdo.

Los jóvenes guardaron silencio durante largo rato, resueltos como estaban a unirse, y esperando con cierta desconfianza la hora de acostarse. Estaban abrumados por el peso de multitud de pensamientos diversos; ni una palabra de amor, ni una sola caricia asomaba a sus labios; si hubieran hablado, habrían tenido que revelarse su respectivo malestar. Guillermo tenía cogida la mano de Magdalena; pero esta mano estaba helada, inerte, en la de él. Nunca hubiera creído que su primera conversación de amor estaría tan llena de ansiedad. Su amante y él estaban envueltos por la sombra y el misterio de la noche: se hallaban solos, separados del mundo, perdidos en el amargo encanto de una noche de tempestad, y en el fondo de sus corazones no había más que el miedo y la incertidumbre del porvenir.

En torno de ellos, el campo, calado por la lluvia, se adormecía perezosamente, aún agitado por el último estremecimiento de voluptuosidad. El fresco era penetrante; el amargo perfume de la tierra y de las hojas mojadas flotaba con pesadez embriagadora, semejante al olor vinoso que sale de las cuevas. Ya no había ni una sola nube en el cielo, y en el firmamento azul sombrío hormigueaba un pueblo de estrellas.

Magdalena tuvo un estremecimiento súbito.

—Tengo frío —dijo—. Entremos.

Y entraron, sin cruzar una palabra. La hostelera les acompañó hasta la alcoba, y antes de retirarse dejó en el rincón de una mesa una vela, que iluminaba los muros con resplandor vacilante. La alcoba era una piececita tapizada con un papel horrible, sembrado de flores azuladas, desteñidas por la humedad. La cama, de pino, estaba pintada con color rojo oscuro, y ocupaba casi todo el piso. Entraba por el techo un aire glacial, y los rincones despedían un olor enmohecido.

Los jóvenes temblaron al entrar. Parecía que les echaban sábanas mojadas en los hombros. Quedaron silenciosos, yendo y viniendo por la habitación. Guillermo



quiso cerrar los postigos, y, a pesar de muchos esfuerzos, no pudo lograrlo; debía de haber algún obstáculo en alguna parte.

—Hay un gancho arriba —dijo casi sin querer Magdalena.

Guillermo la miró instintivamente con fijeza. Ambos padecieron con esta involuntaria confesión. La joven conocía el gancho, porque había dormido en aquella alcoba.

Al día siguiente fue Magdalena quien se levantó primero. Se bajó cuidadosamente de la cama, y se vistió, contemplando a Guillermo, que aún dormitaba. Había en su mirada algo de cólera. Por su frente, tersa y fría, cruzaba una indefinible expresión de pesar, no atenuado por la sonrisa que asomaba a sus labios. De cuando en cuando abría los ojos, y tan pronto miraba a su amante como a los muros de la habitación, o a ciertas señales del techo que le eran conocidas. Se creía sola, y no temía entregarse a sus recuerdos. De pronto, mirando a la almohada en que reposaba la cabeza de Guillermo, se sobresaltó, como si hubiera esperado ver otra cabeza en aquel sitio.

Cuando estuvo vestida abrió la ventana, y se asomó para ver la campiña bañada por un sol amarillento. Media hora hacía que estaba meditabunda, con las sienes refrescadas por el ambiente de la mañana, el ceño desarrugado por más plácidos pensamientos, y por esperanzas lejanas, cuando un ruido ligero la obligó a volverse.

Guillermo acababa de despertar. Con los ojos aún entumecidos por el sueño; en los labios esa vaga sonrisa del despertar, tan dulce y grato en la mañana de una noche de amor, tendió los brazos hacia la joven, que se acercaba.

—¿Me amas? —le preguntó con voz baja y profunda.

Magdalena se sonrió también, con su mejor sonrisa de niño tierno y amoroso. Ya no veía la alcoba; sentía en sí misma que las caricias del joven la habían dulcificado.

Guillermo y Magdalena se abrazaron.

## II

Magdalena Ferat era hija de un constructor de máquinas. Su padre, nacido en una aldea de las montañas de Auvernia, vino a París en busca de fortuna, con los pies descalzos y los bolsillos vacíos. Era uno de esos auverneses rechonchos, fornidos, invenciblemente obstinados en el trabajo. Entró de aprendiz en casa de un constructor de máquinas, y allí, por espacio de cerca de diez años, limó y forjó con toda la fuerza de sus manos encallecidas. Poco a poco reunió millares de francos. Desde que dio el primer martillazo formó el propósito de no parar hasta que hubiera economizado la suma necesaria para establecerse por su cuenta.

Cuando se creyó bastante rico alquiló una especie de zaquizamí, en el barrio de Montrouge, y estableció una calderería. Era el primer paso hacia la fortuna, hacia los vastos talleres de construcción que él soñaba en dirigir andando el tiempo. Durante otros diez años vegetó en su tinglado, limando y forjando a más y mejor, sin distraerse y sin tomar un solo día de reposo. Poco a poco iba agrandando el establecimiento, y aumentó el número de obreros; por último, compró el terreno e hizo construir talleres inmensos, en el mismo sitio en que antes tenía su tinglado de madera. Los objetos por él fabricados habían crecido también: los calderos se habían convertido en calderas. Los caminos de hierro de que entonces se cubría el suelo de Francia le proporcionaron importantes trabajos, y le produjeron ganancias enormes. Su sueño se había realizado: estaba rico.

Hasta entonces había golpeado sobre su yunque, con el propósito de ganar el más dinero posible; pero sin pensar en el empleo que había de dar a ese dinero. Con dos francos diarios tenía bastante para vivir. Sus hábitos de trabajo, su ignorancia de los placeres y hasta de las comodidades de la vida, le hacían inútil la fortuna. Se había enriquecido más por obstinación que para procurarse algún bienestar con sus riquezas. Había jurado llegar a patrón, y había empleado toda su existencia en cumplir este juramento. Cuando tuvo cerca de un millón pensó en lo que podría hacer con él. Por lo demás, no era avaro.

Ante todo mandó construir, al lado de sus talleres, una casita decorada y amueblada con bastante lujo. Pero no estaba a gusto entre los tapices de sus habitaciones; prefería pasar el tiempo en medio de sus obreros, en las fraguas ennegrecidas por el carbón. Tal vez se hubiera decidido a alquilar la casa y a ocupar nuevamente las habitaciones que tenía encima de sus oficinas, si un acontecimiento grave no hubiera venido a modificar profundamente su existencia, transformándole en otro hombre.

Bajo la rudeza de su voz y de sus modales, Ferat era tan apacible como un niño. Era incapaz de matar una mosca. Sentía palpitar todas las ternuras de su naturaleza, sofocadas por su vida de trabajo, cuando encontró una huérfana, una pobrecita

muchacha que vivía con una pariente anciana. Margarita estaba tan pálida, tan delicada, que no representaba tener más de diez y seis años; su presencia, dulce y sumisa, era de las que subyugan a los hombres hechos y derechos. Ferat simpatizó con esta muchacha, que se sonreía con timidez y con humildad propias de una sirviente cariñosa. Como siempre había vivido entre obreros zafios, Ferat desconocía los encantos de la debilidad, y se enamoró de las manos finas y del semblante infantil de Margarita. De súbito se casó con ella, y se la llevó en brazos a su casa, como quien lleva a una chiquilla.

Después de poseerla, la amó con fanática devoción. Ella era su hija, su hermana, su esposa. Adoraba en ella su palidez, su aspecto enfermizo, todas las delicadezas de una mujer que sufre y a quien no se atrevía a tocar con sus manos encallecidas. Ferat nunca había amado; cuando evocaba sus recuerdos, hallaba como única ternura de su vida la ternura sagrada que su madre le había inspirado hacia una Virgen blanca, que sonreía misteriosamente bajo su velo, en el fondo de una capilla de su aldea. Creyó ver a esa Virgen en Margarita; ambas tenían la misma discreta sonrisa, igual tranquilidad santa, la misma bondad enternecida. Desde luego había hecho de su mujer un ídolo y una reina; ella gobernaba el hogar, lo rociaba con perfumes de elegancia y de bienestar, convertía la fría casa que el antiguo obrero había hecho construir, en un asilo cerrado y lleno de amor plácido. Durante cerca de un año, Ferat apenas se ocupó de sus talleres; todo lo que no fuera esta dicha exquisita, y para él desconocida, que consistía en amar locamente, no lo preocupaba. Lo que más le encantaba y enternecía a veces, hasta el punto de llorar, era la gratitud que le demostraba Margarita. Cada una de las miradas de ella le pagaban con creces la felicidad y la riqueza de que él la había colmado. Ella era siempre humilde en medio de su grandeza; adoraba a su marido como a su amo, como a su bienhechor, cual mujer que no sabe cómo pagar más tiernamente la deuda de su felicidad. Se había casado sin reparar en el curtido semblante de Ferat, ni en sus cuarenta años, solamente impulsada por una amistad casi filial. Había adivinado que era un buen hombre. «Te amo —decía a menudo a su marido—, porque eres fuerte y no abusas de mi debilidad; te amo, porque yo no era nada y me has hecho tu mujer». Y Ferat, al escuchar estas palabras, dichas con humildad y cariño, la apretaba contra su pecho con toda la vehemencia de su corazón.

Al cabo de un año de matrimonio, Margarita comprendió que iba a ser madre. Su embarazo fue doloroso. Algunos días antes de la crisis, el médico llamó aparte a Ferat, y le dijo que estaba inquieto. Parecía que Margarita tenía una constitución tan delicada, que era de temer alguna catástrofe con motivo del alumbramiento. Ferat estuvo como loco durante una semana; se reía con su mujer, recostada en un sofá, e iba a llorar a la calle; pasaba las noches en sus talleres desiertos, y de cuando en cuando iba a preguntar cómo seguía la enferma; a veces, agobiado por sus pesares, cogía un martillo, y con todas sus fuerzas, con verdadera rabia, golpeaba sobre los yunques para apaciguar su cólera. Llegó, por fin, el momento terrible; los temores del

médico se realizaron. Margarita murió al dar a luz una hija.

El dolor de Ferat fue terrible. No podía llorar. Cuando estuvo amortajada la pobre muerta, él se encerró en su casa, y allí permaneció sumido en un aniquilamiento sombrío. De vez en cuando tenía accesos de locura. Siempre pasaba las noches en el fondo de sus talleres, negros y silenciosos; iba y venía entre las máquinas mudas, entre montones de hierro en bruto y entre los tornos. A medida que pasaba el tiempo, la vista de las herramientas que habían labrado su fortuna le causaba más enojo.

Había vencido a la miseria, y no había podido vencer a la muerte. Durante veinte años, para aquellas manos vigorosas era cosa de juego torcer el hierro, y ahora eran impotentes para salvar el objeto único de su cariño. Y gritaba: «¡Soy tan débil y cobarde como un niño; si hubiera sido fuerte, no me habrían robado!».

Por espacio de un mes nadie se atrevió a interrumpir los sufrimientos de este hombre. Un día, la nodriza de la recién nacida, Magdalena, dejó a esta en brazos de su padre. Ferat no se acordaba de que tenía una hija. Al ver a la pobrecilla rompió a llorar, y sus lágrimas le despejaron la cabeza y el corazón. Miró atentamente a Magdalena.

—Es tan débil y delicada como su madre —murmuró—, y morirá como ella.

Desde entonces se fue calmando su desesperación.

Se acostumbró a creer que Margarita no había muerto del todo. Había amado a su mujer como padre; podía, amando a su hija, engañarse a sí mismo y creer que su corazón nada había perdido. La niña era muy delicada; tenía la palidez de la pobre muerta. En un principio, Ferat se alegró de que su hija no tuviera el vigor de su naturaleza; de este modo se hacía la ilusión de creer que era la imagen viva de la muerte. Cuando la veía brincar sobre sus rodillas, le asaltaba la loca idea de que la mujer había muerto para convertirse en niña, y para que él la amase con nueva ternura.

Hasta la edad de dos años Magdalena se crio ruin. Siempre estaba entre la vida y la muerte. Nacida de una moribunda, tenía en los ojos una sombra vaga, casi nunca iluminada por la sonrisa. Su padre la amaba tanto más, cuanto más padecía. Fue su misma debilidad la que la salvó; las enfermedades no habían hecho mella en aquel pobrecito cuerpo. Los médicos la condenaban, y ella vivía a la manera que luce uno de esos resplandores pálidos de una lamparilla que agoniza sin apagarse nunca. Cuando llegó a los dos años, la salud afluyó inopinadamente; en pocos meses desaparecieron de sus ojos las sombras, y la sangre coloreó sus labios y sus mejillas. Fue una resurrección.

Hasta entonces se asemejaba a una muertecita, blanca y muda; no sabía reír, ni jugar. Desde que se pudo tener en pie sobre sus piernas, ya robustas, fue el encanto de la casa, con sus pasos aún vacilantes y su charla. Su padre la llamaba, tendiéndole los brazos, y ella iba a arrojarse en ellos, tambaleándose, con esa gracia peculiar de los niños pequeños. Durante horas enteras, Ferat jugaba con su hija; la llevaba a los talleres, en medio del ruido infernal de las máquinas, diciendo que quería que fuese

tan atrevida como un muchacho. Y para hacerla reír apelaba a tonterías que una madre no hubiera sabido inventar.

Una particularidad curiosa redoblaba la adoración del buen hombre. A medida que Magdalena crecía, iba pareciéndose a él. En los primeros días, cuando, acostada en la cuna, tiritaba de fiebre, Magdalena tenía el semblante apacible y triste de su madre. Ahora, rebosante de vida, fornida y vigorosa, parecía un muchacho: tenía los ojos grises, la frente ruda de Ferat, y, como él, era violenta y obstinada. Pero del drama de su nacimiento le había quedado una especie de excitación nerviosa, una debilidad innata, que la quebrantaba en sus cóleras de niño. Entonces lloraba a todo llorar, y se desvanecía. Si bien la parte superior de su faz había adquirido la rudeza del rostro del antiguo obrero, no por eso dejaba de parecerse a su madre en la finura de su boca y en la cariñosa humildad de sus sonrisas.

Crecía, y Ferat soñaba en un príncipe para ella. Se había vuelto a poner al frente de sus talleres, puesto que ya sabía lo que iba a hacer con sus millones. Habría querido tener tesoros amontonados para ponerlos a los pies de su adorado ídolo. No contento con las ganancias de su establecimiento, emprendió grandes especulaciones, arriesgando su fortuna para doblarla. Una repentina baja en el precio de los hierros le arruinó.

Magdalena tenía entonces seis años. Ferat desplegó increíble energía. Casi no se conmovió bajo el golpe que le había herido mortalmente. Con ese rápido golpe de vista de los hombres de acción, calculó que su hija era muy joven, y que aún le quedaba tiempo para ganar una dote; pero no podía reanudar en Francia su gigantesco trabajo: necesitaba, para campo de sus operaciones, uno en que fuera cosa fácil improvisar una fortuna. Su resolución quedó formada en pocas horas. Decidió irse a América. Magdalena le esperaba en un colegio de París.

Defendió cuarto a cuarto los restos de su fortuna, y logró salvar una renta de dos mil francos, que puso en cabeza de su hija. Pensaba que, si no era afortunado, su hija tendría siempre pan. Él no llevaba más que cien francos en el bolsillo. La víspera de su marcha llevó a Magdalena a casa de uno de sus paisanos, a quien encargó de velar por ella. Lobrichon, llegado a París en la misma época que él, había empezado por ser comerciante en ropas y trapos viejos; después se puso a comerciar en paños, y había hecho fortuna redonda. Ferat tenía entera confianza en su antiguo camarada.

Dijo a Magdalena que volvería por la noche, la abrazó tiernamente, y salió tambaleándose como un borracho. También abrazó a Lobrichon en una pieza contigua.

—Si muero —le dijo con voz entrecortada—, tú le servirás de padre.

Ferat no llegó a América. El barco en que iba, sorprendido por una tromba, se hizo añicos en las costas de Francia. Magdalena tardó mucho en saber la muerte de su padre.

Al día siguiente de la marcha de Ferat, Lobrichon llevó a la niña a un colegio de las Ternas, por recomendación de una señora amiga suya. Con los dos mil francos

había de sobra para pagar la pensión, y el antiguo comerciante en ropas no sentía en modo alguno desembarazarse de una chiquilla cuyos ojos chispeantes habían venido a turbar su quietud de egoísta afortunado.

El colegio, situado en medio de vastos jardines, era un asilo muy ameno. Las directoras tenían pocas pensionistas; habían puesto a la pensión un precio elevado para no tener más que hijas de familias ricas. Enseñaban excelentes modales a sus discípulas, quienes más aprendían las reverencias y las sonrisas del gran mundo, que el catecismo y la ortografía. Cuando una señorita salía de aquel colegio, era completamente ignorante, pero sabía entrar en un salón como la coqueta más consumada, con toda la gracia parisiense. Aquellas señoras eran maestras en su oficio, y habían logrado dar a su colegio reputación de distinguida elegancia. Era un honor para las familias confiarles una niña, que en manos de ellas se convertía en maravillosa y adorable muñeca.

Magdalena no estaba a gusto allí, porque era vivaracha y retozona. En las horas de recreo jugaba como un muchacho, con expansiones de alegría que no sentaba bien en aquella elegante morada. Si su padre la hubiera educado a su lado, habría sido animosa, franca, expansiva y orgullosa.

Fueron sus amigas quienes la enseñaron a ser mujer. Al principio no agradó, por sus modales y por su manera de hablar, a aquellas muñecas de diez años, ya muy duchas en el arte de no chafar los pliegues de sus vestidos. Las colegialas jugaban muy poco; se paseaban como personas mayores por las alamedas del jardín, y había chiquillas que ya sabían saludarse desde lejos con las puntas de sus dedos enguantados. Magdalena aprendió de estas deliciosas muñecas multitud de cosas que ignoraba por completo. En los rincones, detrás del follaje de cualquier seto, se formaban grupos que hablaban de hombres. Magdalena tomaba parte en estas conversaciones con la curiosidad ardiente que se despierta en los niños, y de este modo recibió la educación precoz de la vida. Lo peor de todo era que aquellas chiquillas, como se creían muy sabias, solían soñar despiertas; deseaban tener novios; se comunicaban sus impresiones acerca de los jóvenes que habían encontrado el último día de su salida; leían cartas de amor escritas por ellas mismas en la clase de inglés, y no perdían la esperanza de ser robadas cualquier noche. Estas conversaciones no eran peligrosas para las más astutas; pero sobre Magdalena dejaron una huella que no se borró nunca.

Ferat había transmitido a su hija el espíritu recto y la decisión enérgica y rápida de su temple de obrero. La niña, desde que empezó a creer que conocía la vida, trató de formarse cabal idea del mundo, con arreglo a lo que oía y veía en el colegio. De las niñerías de sus compañeras dedujo que no estaría mal amar a un hombre, y que se podía amar al primero que llegara. De los labios de aquellas señoritas casi nunca salía la palabra matrimonio. Magdalena, cuyas ideas siempre eran sencillas, creyó que se tomaba en la calle un amante, y que era muy natural irse con él del brazo. Estas ideas no la inquietaban en lo más mínimo; tenía un temperamento frío, y tan naturalmente

hablaba de amor con sus compañeras, como hubiera hablado de trajes. «Si yo amase a un hombre —solía pensar—, haría lo mismo que hace Blanca; le escribiría cartas muy largas, y le obligaría a que me robase». Había en este pensamiento una idea de lucha que le encantaba: era el máximo del placer que deseaba saborear. Más adelante, cuando llegó a conocer las vergüenzas de la vida, sonrió con tristeza al recordar aquellos razonamientos de muchacha. Pero siempre conservó, a despecho de sí misma, la idea de que, cuando se ama a un hombre, es lógico y natural decírselo y marcharse con él.

Semejante carácter hubiera sido capaz de las resoluciones más inquebrantables. Desgraciadamente, le faltó apoyo para sostenerse en su franqueza y en su fuerza. Magdalena no necesitaba más que seguir un camino ancho y uniforme; tenía tendencias a la tranquilidad y al reposo. Habría bastado que la auxiliara contra sus propias flaquezas para curarla de los espasmos de cariño servicial que su madre le había transmitido. Recibió, por el contrario, una educación que duplicó aquel espasmo. Tenía el aire de un muchacho revoltoso; se limitaron a querer enseñarle a ser hipócrita. Si no lo consiguieron, fue porque su carácter era repulsivo a los saludos graciosos, a los movimientos de cabeza cadenciosos y lánguidos, a las hipocresías del semblante y del corazón. No por eso dejó de crecer entre muchachas coquetas en una atmósfera saturada por los perfumes enervantes del tocador. Las palabras melosas de sus maestras, que de hecho eran sirvientas y camareras de aquel pueblo de herederas, suavizaron su carácter.

A cada paso oía en torno de ella:

—No estéis pensativa; no arruguéis el ceño: aprended a ser condescendiente, porque para eso estáis aquí.

Poco a poco fue perdiendo algunos de sus caprichos, pero sin llegar a trazarse una línea fija de conducta entre la balumba de consejos de coquetería que le daban; estaba, por decirlo así, despistada. Acabó por olvidar casi por completo la noción de los deberes de la mujer, y la reemplazó con un exagerado amor a la independencia y a la franqueza. De aquí la firmeza de hombre con que, en medio de sus flaquezas, se propuso marchar, sin mentir nunca, y con bastante fortaleza para castigarse a sí misma el día en que cometiera una infamia.

Su vida de reclusión arraigó aún más en ella la idea falsa que del mundo se había formado. Lobrichon, bajo cuya tutela estaba puesta, iba de tarde en tarde a verla, y se limitaba a darle un cachete cariñoso en la mejilla, recomendándole que fuese buena. Una madre hubiera disipado los errores de su espíritu. Magdalena, solitaria, crecía entregada por completo a sus ideas y recibiendo con cierta desconfianza cualquier consejo extraño. Las niñadas más inocentes eran trascendentales para ella, porque las aceptaba como la única regla de conducta posible. Sus compañeras, cuando iban a ver a sus padres, aprendían de la vida. En tanto, Magdalena no salía del colegio, y cada vez creía más en la bondad de sus erróneas ideas. Ni aun en la época de las vacaciones salía del colegio. A Lobrichon no le agradaba su carácter turbulento, y

procuraba tenerla alejada de él. Así transcurrieron nueve años. Magdalena tenía quince; era ya mujer, y ya no era fácil que se borrara la huella de los sueños en que había vivido hasta entonces.

Le habían enseñado música y baile. Sabía pintar acuarelas y bordar de todas las maneras imaginables. En cambio, era incapaz de hacer un dobladillo, e ignoraba por completo el arte de hacer una cama. Su instrucción consistía en un poco de gramática, otro poco de aritmética, y mucho de historia sagrada. Escribía bastante mal, a pesar del cuidado que sus profesoras habían puesto en enseñarle a escribir bien. De ahí no pasaba toda su ciencia. Se le acusaba de saludar con demasiada seriedad, y de que la expresión fría de sus ojos grises no correspondía a la viveza de sus sonrisas.

Cuando llegó a los quince años, Lobrichon, que desde hace algún tiempo iba a verla casi todos los días, le preguntó si quería salir del colegio. No tenía prisa por entrar en lo desconocido; pero, a medida que iba creciendo, se iba cansando de la voz melosa de sus profesoras y de las gracias de sus compañeras. Respondió a Lobrichon que estaba dispuesta a seguirle. Al día siguiente dormía en una casita que el amigo de su padre había comprado en Passy.

El antiguo mercader de ropas se había retirado del comercio a la edad de sesenta años. Durante más de treinta había sido muy avaro: comía mal, y no visitaba a mujeres, para aumentar su fortuna. Como Ferat, era trabajador incansable; pero trabajaba para gozar en el porvenir. Se proponía, cuando fuese rico, dar rienda suelta a sus apetitos. Cuando tuvo hecha la fortuna, tomó una buena cocinera, compró un pabellón con patio y jardín, y resolvió casarse con la hija de su antiguo amigo.

Magdalena no tenía un céntimo; pero era alta, gallarda, y tenía una anchura de pecho que realizaba el ideal de Lobrichon. Como Magdalena era aún casi niña, Lobrichon pensó darse el gusto de educarla por sí mismo, dejarla madurar lentamente a su vista, y complacerse en la voluptuosa satisfacción de admirar su floreciente belleza; después, la poseería absolutamente virgen y la amoldaría a sus gustos, como si se tratara de una esclava de serrallo. En este pensamiento de prepararla a ser esposa, Lobrichon empleaba todo el refinamiento monstruoso del hombre que ha mortificado su carne por largo tiempo.

Durante cuatro años, Magdalena vivió en paz en la casita de Passy. No había hecho más que cambiar de prisión; pero no se quejaba de la activa vigilancia de su tutor; no tenía deseo alguno de salir, y, bordando, pasaba días enteros sin sufrir ese malestar propio de las jóvenes de su edad. Por lo demás, Lobrichon era en extremo cariñoso con su querida pupila; a menudo le cogía las manos, y con sus labios abrasados la besaba en la frente. Magdalena aceptaba con plácida sonrisa estas caricias; no advertía las extrañas miradas del viejo, y delante de él se quitaba la pañoleta, como se la hubiera quitado delante de su padre.

Acababa de cumplir diez y nueve años, cuando una noche, el antiguo mercader de ropas se propasó hasta besarla en los labios. Ella le rechazó instintivamente con indignación, y, sin comprender lo que pasaba, le miró frente a frente. El viejo cayó de



rodillas y balbuceó algunas palabras muy atrevidas. Agitado desde hacía mucho tiempo por un deseo ardiente, este miserable no había tenido paciencia para seguir representando su papel de protector desinteresado. Tal vez Magdalena le habría dado su mano, si él no la hubiera violentado. Se retiró tranquilamente, diciendo que al día siguiente saldría de la casa.

Lobrichon comprendió la falta irreparable que acababa de cometer. Conocía a Magdalena, y sabía que cumpliría su palabra. Perdió la cabeza, y no pensó ya más que en saciar su pasión. Creía que, merced a una violencia suprema, la joven caería vencida en sus brazos. Hacia la media noche subió al cuarto de su pupila; tenía una llave de este cuarto, de que a menudo se había servido para entrar y contemplarla, medio desnuda, en el desorden del sueño.

Una extraña sensación de fiebre despertó a Magdalena. Como la lamparilla ardía aún, vio a Lobrichon junto a ella, tratando de abrazarla. Le cogió por el cuello con ambas manos, y con increíble vigor saltó rápidamente al suelo, y arrojó sobre el lecho al miserable. La vista de este viejo en camisa, pálido y descolorido, le causó asco. Lobrichon creía que Magdalena ya no era virgen. Por un momento Magdalena pensó en estrangular a Lobrichon, que estaba inmóvil; después le empujó con tal violencia, que la cabeza fue a chocar contra la pared de la alcoba, y cayó desvanecido.

La joven se vistió a toda prisa, y salió de la casa. Era la una de la noche. Se dirigió al Sena, con el propósito de recorrer los muelles hasta que amaneciera. Después buscaría habitación. Se había calmado, pero estaba muy triste. Una sola idea bullía en su cabeza: la pasión era vergonzosa; no amaría nunca. Aún le parecía estar viendo las blancuzcas pantorrillas de aquel viejo en camisa.

Al llegar al Puente Nuevo, entró en la calle Dauphine, para no tropezar con un grupo de estudiantes que iba de ronda. Siguió andando sin saber dónde estaba. No tardó en observar que era seguida por un hombre; quiso huir, pero el hombre corrió hasta alcanzarla. Entonces, con la decisión y la franqueza de su carácter, se volvió hacia el desconocido, a quien refirió su historia en pocas palabras. Este le ofreció galantemente el brazo, y le rogó que aceptara su hospitalidad. Era un hombre joven, de fisonomía alegre y simpática. Magdalena le escudriñó en silencio, y después, con ademán tranquilo y confiado, aceptó el brazo.

El joven vivía en un cuarto de un hotel en la calle Soufflot. Dijo a su compañera que se acostara en la cama, y que él dormiría en el canapé. Magdalena casi no se daba cuenta de lo que le pasaba. Veía en torno de ella espadas y pipas, y miraba a su protector, que la trataba con verdadera familiaridad. Observó que sobre una mesa había un par de guantes de mujer. Su compañero la tranquilizó, diciendo que ninguna mujer vendría a perturbarlos, pues si fuera casado, no habría corrido detrás de ella en la calle. Magdalena se avergonzó.

Al día siguiente se despertó en brazos del joven, en los cuales se había echado ella misma, impulsada por algo de que no sabía darse cuenta. Lo que con salvaje energía había negado a Lobrichon, se lo había concedido dos horas después a un

desconocido. No sentía pesar alguno por ello; no hacía más que asombrarse.

Cuando su amante supo que su historia de la víspera no era cuento, se quedó sorprendido, pues creía que había tropezado con una tunanta que mentía para hacerse más deseada. Se le figuraba que era fingida la escena que precedió al acostarse. Si así no fuera, no hubiera procedido tan de ligero, y, sobre todo, habría reflexionado en las consecuencias del compromiso. Era un buen muchacho, a quien gustaba divertirse, pero enemigo de los amores formales. No contaba más que con dar por una noche hospitalidad a Magdalena, y sin pena verla marchar al día siguiente. Su desencanto le puso de mal humor.

—Querida niña —dijo a Magdalena, con voz conmovida—: hemos cometido una falta muy grave. Perdóname, y olvídame... Tengo que salir de Francia dentro de algunas semanas, e ignoro si volveré.

La joven acogió con bastante calma esta confidencia, porque no amaba a su inesperado protector. Lo que entre ambos había pasado no era para él más que una aventura, y para ella un percance, de que su ignorancia no la había podido librar. La idea de la próxima ausencia de su amante no hacía mella en su corazón; pero la de la separación inmediata la hizo sufrir. Se figuraba vagamente que aquel hombre era su marido, y que no podía abandonarle de esa manera. Dio algunas vueltas por el cuarto, absorta en este pensamiento, para recoger sus ropas; después fue a sentarse en el borde de la cama, y, con voz temblorosa, dijo:

—Escuchad: tenedme con vos mientras estéis en París... Me parece lo más conveniente.

Esta última frase, dicha con profunda sencillez, causó sensación en el joven. Comprendió entonces lo muy desgraciada que había hecho a la pobre muchacha, que se le había entregado con la inocencia de una niña. La abrazó, diciéndole que estaba en su propia casa.

Ya de día, Magdalena fue a buscar sus efectos. Tuvo una entrevista con su tutor, a quien maltrató de palabra. El viejo, temeroso de un escándalo, y aún agitado a consecuencia de la lucha de la noche, temblaba ante ella. Magdalena le hizo prometer que no trataría de volver a verla, y se llevó los títulos de sus dos mil francos de renta. En aquel dinero cifraba ella todo su orgullo, porque le permitía quedarse con su amante sin venderse.

Aquella misma tarde se puso a bordar en el cuarto de la calle Soufflot, como la víspera en casa de su tutor. Le parecía que su vida no había cambiado gran cosa, y creía no tener nada de qué arrepentirse. Su carácter franco e independiente, nada había sufrido con su falta. Se había entregado libremente, y aún no podía comprender las terribles consecuencias de la caída. No pensaba en el porvenir.

Su amante dispensaba a las mujeres muy poca estima; pero tenía la bondad ruda de un hombre vigoroso que vive alegremente. A decir verdad, no tardó en olvidar sus remordimientos, y dejó de compadecerse de la suerte de Magdalena. A su manera, concluyó por enamorarse de ella; le parecía muy hermosa, y se la mostraba a sus

amigos. La trataba como a querida, llevándola los domingos a Verrières o a otra parte, y haciéndole comer, entre semana, con las mujeres de sus camaradas. Magdalena acabó por aceptar muy a gusto este género de vida.

Quizá se hubiera enojado con su amante si este no fuera tan cariñoso como era para ella y si no la hiciese reír hasta con bromas que le desagradaban. Poco a poco fue acostumbrándose. Su alma se iba manchando sin saberlo y habituándose al deshonor.

El estudiante, que acababa de ser nombrado médico militar, esperaba de un momento a otro la orden de marcha. Pero la orden no llegaba, y Magdalena veía transcurrir los meses sin saber si se quedaría viuda al día siguiente. No pensaba estar más que algunas semanas en la calle Soufflot, y estuvo un año. En un principio, el hombre con quien vivía no le inspiraba más que amistad. Al cabo de unos meses vivía con la zozobra de la marcha, y fue tomándole cariño. Si hubiera partido enseguida, no se habría apesadumbrado. Pero el temor a perderle y la posesión continua acabaron por ligarle estrechamente a él. Nunca le amó con verdadera pasión; más bien recibió su marca, y poco a poco fue perteneciéndole, hasta darle posesión omnímoda de su cuerpo y de su alma. Ahora ya no le podía olvidar.

Un día, Magdalena hizo con una de sus nuevas amigas un viaje corto. Esta amiga, llamada Luisa, querida de un estudiante de Derecho, iba a ver a una niña que tenía en ama a una veintena de leguas de París. Las dos jóvenes tenían el propósito de no regresar en dos días; pero, a causa de un temporal, apresuraron el regreso. Desde el rincón del coche en que regresaba, Magdalena pensaba con tristeza en el espectáculo que acababa de presenciar: las caricias de la madre y la charla de la niña constituían un para ella desconocido mundo de emociones. De súbito se estremeció al pensar que también ella podía ser madre. Entonces la idea de la próxima marcha de su amante la asustó. Era una desdicha irreparable, en que nunca había soñado. Veía su propia caída, su posición falsa y dolorosa, y deseaba cuanto antes abrazar de nuevo a su amante y rogarle encarecidamente que se casara con ella y que no la abandonase.

Febriciente, llegó a la calle Soufflot. No tenía presente el lazo frágil, siempre dispuesto a romperse, que había contraído, y a su vez quería tomar posesión plena de aquel, cuyo recuerdo nunca se borraría de su memoria. Cuando abrió la puerta de su cuarto, se quedó estupefacta en el dintel.

Su amante estaba cerrando una maleta; cerca de él había un saco de viaje y otra maleta cerrada. Sobre la cama, en completo desorden, estaban los trajes y los objetos pertenecientes a Magdalena.

El joven había recibido orden de partir aquella misma mañana, y se había apresurado a hacer sus preparativos, vaciando los cajones y repartiendo el ajuar. Deseaba marcharse antes que volviese su querida, creyendo que realmente hacía con esto una obra meritoria. Para explicarlo bastaba una carta.

Cuando, al volverse, vio en el dintel de la puerta a su amada, no pudo reprimir un movimiento de contrariedad. Algo repuesto, se acercó a ella aparentando sonreírse.

—Hija mía —le dijo, abrazándola—, ha llegado la hora de la despedida. Deseaba marcharme sin verte, y esto nos habría evitado a ambos una escena penosa... Ya ves; te dejo todas tus cosas sobre la cama.

Magdalena desfalleció. Se sentó en una silla, sin acordarse de quitarse el sombrero. Estaba muy pálida, y no sabía qué decir. Sus ojos, pálidos y abrasadores, se dirigían tan pronto a las maletas como al montón de objetos que había sobre la cama: esto último era lo que más brutalmente le revelaba lo odioso de su separación. Su ropa blanca ya no estaba en el mismo cajón que la de su amante, para quien ya no era nada.

Este acabó de cerrar su última maleta.

—Me envían al diablo —dijo con fingida sonrisa—; voy a Cochinchina.

Por fin habló Magdalena.

—Está bien —dijo con apagada voz—; te acompañaré hasta la estación.

No se creía con derecho a censurar a su amante. Ya él lo había advertido, y era ella quien había querido quedarse. Ansiaba arrojarle a su cuello y rogarle que no partiese. Pero pudo más su orgullo, y no se movió de la silla. Quiso parecer tranquila y no dar a entender al joven, que silbaba tranquilamente, hasta qué punto su marcha la partía el corazón.

Por la tarde fueron llegando los camaradas de su amante, y en grupos se dirigieron a la estación. Magdalena sonreía, y su amante aparentaba divertirse, animado por aquella sonrisa. Como nunca le había profesado más que buena amistad, se creía dichoso al verla tan tranquila.

—¡Hija mía! —le dijo—. No te mando que me esperes... Consuélate y olvídate.

Y partió. Magdalena, que no había dejado de sonreírse con amarga tristeza, salió precipitadamente de la estación. No sabía el terreno que pisaba. Ni siquiera advirtió que iba del brazo de uno de los compañeros del joven médico. Hacía ya más de un cuarto de hora que marchaba, absorta, sin ver ni oír nada, cuando un timbre de voz que la estremeció la obligó, a su pesar, a prestar atención. El estudiante le proponía vivir juntos, puesto que ella era ya libre. Cuando comprendió de lo que se trataba, miró con espanto a su acompañante; después se desprendió de su brazo, y fue a encerrarse en su cuarto de la calle Soufflot. Allí, a solas, lloró a sus anchas.

Lloró de vergüenza y de desesperación. Era viuda, y el dolor de su soledad acababa de ser manchado por una proposición, en su concepto monstruosa. Hasta, entonces no había llegado a comprender lo miserable de su posición. Ni siquiera tenía derecho a llorar. Los besos y los abrazos de su amante la quemaban aún. En medio de su llanto, juró permanecer viuda. Comprendió la eternidad de los lazos de la carne; cualquier otro amor la prostituiría y la haría pensar en la venganza de sus recuerdos.

No durmió en la calle Soufflot. Fuese aquella misma noche a otro hotel, en la calle del Este. Huraña y solitaria, vivió allí por espacio de dos meses. En ocasiones trató de encerrarse en un convento; pero no se sentía con la fuerza necesaria para ello. En el colegio le habían dicho que Dios era un hombre joven y guapo; pero no creía en

Dios.

En esta época fue cuando encontró a Guillermo.

### III

Véteuil es una villa de diez mil almas, situada en los límites de Normandía. En sus calles, bastante buenas, reina siempre el silencio. Es un país muerto. Para tomar el tren es preciso ir cinco leguas en diligencia, hasta Mantes. En las cercanías de la villa hay una vega muy fértil, prados y alamedas; un riachuelo afluente del Sena corre por esa vega entre doble fila de árboles y rosales.

Allí es donde nació Guillermo. Su padre, el señor de Viargue, era uno de los últimos representantes de la antigua nobleza del país. Nacido en Alemania durante la emigración, vino a Francia con los Borbones, como a lugar extraño y enemigo. Su madre había sido arrojada de este país, y dormía en un cementerio de Berlín; su padre había muerto en el cadalso. Nunca pudo perdonar Guillermo al suelo que había bebido la sangre del guillotinado y que no guardaba el cuerpo de la pobre muerta. Con la restauración, recuperó los bienes de su familia y el título y la posición correspondientes a su nombre; pero no por eso tuvo menos rencor a esta Francia maldita, por él no reconocida como madre.

Fuese a vegetar a Véteuil, rehusando puestos, haciéndose sordo a los ofrecimientos de Luis XVIII y de Carlos X, porque no quería estar en un pueblo donde habían asesinado a sus padres. A menudo solía decir que no era francés; llamaba compatriotas a los alemanes, y hablaba de sí mismo como de un verdadero desterrado.

Era joven aún cuando entró en Francia. Alto, fornido, muy activo, no tardó en cansarse de la ociosidad que se había impuesto. Quería vivir solo, alejado por completo de la vida pública. Pero tenía una inteligencia demasiado elevada y un espíritu demasiado inquieto para limitarse a los placeres rudos de la caza. Este género de vida le era insoportable. Trató de buscar una ocupación. Por extraño contraste amaba las ciencias y el moderno espíritu de investigación, a cuyo soplo había caído en tierra la sociedad antigua por él llorada. Y se hizo químico, él, que soñaba con los esplendores de la grandeza bajo el reinado de Luis XIV.

Era sabio a su manera; sabio solitario, que solo estudiaba para sí mismo. Transformó en vasto laboratorio uno de los salones de la Noirade, nombre dado en el país al castillo que poseía a cinco minutos de Véteuil. Allí pasaba los días enteros encorvado sobre las retortas y los hornillos, siempre malhumorado y sin llegar a satisfacer sus curiosidades. No era miembro de sociedad científica alguna, y daba con la puerta en las narices a cuantos le hablaban de sus trabajos. Quería ser tratado como noble. Bajo pena de ser despedidos, sus criados nunca debían hacer la menor alusión al empleo de su tiempo. Su afición a la química era para él una pasión loca, de que nadie tenía el derecho de hablarle.

Durante cerca de cuarenta años no salió de su laboratorio. Allí se acostumbró a

mirar a las gentes con el más soberano desdén. Sus amores y sus odios no salían del fondo de sus alambiques y de sus retortas. Absorbido por las experiencias químicas, llegó a olvidarse de Francia, de su padre guillotinado, de su madre muerta en el extranjero, y se convirtió en escéptico altivo y frío. El sabio había matado al hombre.

Por lo demás, nadie llegó a penetrar en el fondo de esta organización extraña. Hasta sus más íntimos ignoraban el vacío que se había hecho en su corazón. Guardó para sí mismo el secreto de la nada. Y si continuaba viviendo alejado del mundo, a manera de desterrado, según él decía, era porque despreciaba a los pequeños y a los grandes, y se tenía por un miserable gusano. Altivo y desdeñoso, glacialmente frío, nunca dejó caer la máscara de su orgullo.

Hubo, sin embargo, un paréntesis en la tranquila existencia de este hombre. Una mujer casquivana, casada con un notario de Véteuil, vino a arrojarle en sus brazos. Guillermo tenía entonces cuarenta años, y aún trataba a sus vecinos como vasallos. Tomó por querida a esa mujer, pregonó su conquista en tres leguas a la redonda, y hasta tuvo la audacia de instalarla en la Noirade. Fue un escándalo inaudito en la villa. Se le señalaba con el dedo por sus maneras bruscas. Estuvo a punto de ser apedreado cuando públicamente vivía con la mujer del notario. El marido de esta, un pobre hombre, que tenía un miedo atroz a perder su plaza, se estuvo quedo en los dos años que duraron aquellas últimas relaciones. Se hizo el sordo y el ciego, y aparentó creer que su mujer estaba de *villegiature* en casa del señor de Viargue. La mujer del notario dio a luz en el castillo mismo, y un día volvió a la casa conyugal sin acordarse de su hijo. El conde no corrió tras ella. El notario la recibió tranquilamente, como si volviera de un viaje: al día siguiente la paseó del brazo por las calles, y desde entonces fue esposa modelo. Veinte años después, aún se hablaba de este escándalo en Véteuil.

Guillermo, el niño nacido de aquellos amores, fue criado en la Noirade. Su padre, que solo había profesado a su querida un amor pasajero, mezclado con un poco de desprecio, acogió con indiferencia a este hijo de la casualidad. Le conservó a su lado, para que no se le acusara de querer ocultar el testimonio vivo de su tontería; pero no le prestaba mucha atención, porque no le era agradable el recuerdo de la mujer del notario. El pobre ser creció en una soledad casi absoluta. Su madre no trató siquiera de verle. Esta mujer comprendía, sin embargo, cuán loca había sido, y temblaba ante las consecuencias que habría podido tener su falta. Andando el tiempo, y obedeciendo a su sangre burguesa, se hizo devota y gazmoña.

La verdadera madre de Guillermo fue una antigua criada de la casa, que había visto nacer al señor de Viargue. Genoveva era hermana de leche de la madre del conde. Esta última, perteneciente a la nobleza del Mediodía, había ido a Alemania con Genoveva cuando la emigración, y al volver a Francia, el señor de Viargue la instaló en Véteuil. Era una aldeana perteneciente a la religión reformada, con todo el fanatismo de los primeros calvinistas, cuya sangre sentía correr por sus venas. Alta, seca, con los ojos hundidos y la nariz puntiaguda, tenía el aspecto de las antiguas

endemoniadas que eran arrojadas a la hoguera. Siempre llevaba consigo una enorme y apergaminada Biblia, con filetes de hierro, y día y noche leía en ella con voz alta y penetrante algunos versículos. A veces, en la conversación usaba palabras terribles, como aquellas que la cólera del Dios de los judíos dirigía a su pueblo amedrentado. El conde le toleraba estas manías, porque comprendía la probidad y la justicia de aquel exaltado carácter. Además, miraba a Genoveva como herencia sagrada de su madre. Más que como criada, estaba en la casa como ama todopoderosa.

A los setenta años, aún trabajaba. Aunque tenía a sus órdenes varios criados, se complacía en dedicarse a las más rudas faenas. Tenía una humildad y a la vez una vanidad increíbles. Todo lo dirigía en la Noirade: se levantaba al amanecer; a todos daba ejemplo de infatigable actividad, y cumplía todos sus deberes con la firmeza de una mujer que nunca ha desmayado.

Una de las grandes desesperaciones de su vida, fue la pasión de su amo por la ciencia. Al verle encerrarse durante largos días en una pieza sembrada de aparatos raros, creyó a pies juntillas que se había vuelto brujo.

Cuando pasaba delante de la puerta de aquella pieza y oía el ruido del fuelle, juntaba las manos con terror, convencida de que su amo estaba atizando el fuego del infierno. Un día tuvo el valor de entrar y de conjurar solemnemente al conde, en nombre de su madre, para que salvara su alma, renunciando a una obra maldita.

El señor de Viargue la empujó suavemente hacia la puerta, sonriendo, y le prometió reconciliarse con Dios cuando muriese. Desde entonces, Genoveva rogó por él constantemente. Presa de exaltación profética, solía decir a voz en cuello que el diablo rondaba por las noches el castillo, y que en la Noirade iba a pasar alguna desgracia terrible.

Para Genoveva, las relaciones escandalosas del conde con la mujer del notario, eran como el primer aviso de la cólera de Dios. El día en que esa mujer se instaló en el castillo, se indignó, y dijo a su amo que ella no podía vivir en compañía de aquella criatura, a quien cedía su puesto. Y como lo dijo, lo hizo: fuese a vivir en un pabellón que el señor de Viargue tenía en un extremo del parque. Durante dos años no puso el pie en la Noirade. Los aldeanos que pasaban junto a la muralla del parque, solían oírla salmodiando, con su voz seca, a todas horas, los versículos de la Biblia. El conde la dejó hacer lo que quiso: de vez en cuando iba a visitarla, y oía impasible los sermones que le echaba. Una sola vez estuvo a punto de enfadarse: yendo con su querida por un paseo del parque, encontró a la fanática vieja, y esta se permitió interpelar a aquella mujer con violencia de lenguaje enteramente bíblico. Como no tenía la menor falta de que arrepentirse, podía arrojar puñados de lodo al rostro de las pecadoras. La mujer del notario se asustó mucho con esta escena, y es de creer que su brusca partida obedeció al desprecio y a la cólera de la protestante.

Tan pronto como Genoveva supo que la desvergüenza había desaparecido de la Noirade, volvió a tomar las riendas del gobierno de la casa. Allí no encontró de más sino a un niño, Guillermo, a quien tenía un horror sagrado desde que supo su



existencia. Era hijo del pecado, y no podía traer con él más que desgracia, y tal vez el Dios vengador le habría dado vida para castigar la impiedad de su padre. Pero cuando vio a la pobre criatura en su cuna, blanca y rosada, experimentó una sensación de indefinible dulzura. Esta mujer, cuyo corazón y cuya carne se habían secado en una virginidad ardiente de fanática, sentía vagamente nacer en sí misma los amores de esposa y de madre, que siempre se albergan en el fondo de toda virgen. Se creyó tentada por el demonio; y trató de combatir el enternecimiento que se apoderaba de todo su ser. Después abrazó a Guillermo, no sin encomendarse a Dios para que le protegiese contra ese hijo del crimen maldito por el cielo.

Poco a poco fue siendo madre para aquel niño, pero madre cuyas caricias iban envueltas en algo de terror. A veces le rechazaba; después volvía a cogerle entre sus brazos, con ese desabrido deleite propio de los devotos que se figuran que el diablo les echa la garra. Cuando aún era muy pequeño, Genoveva le miraba de hito en hito, no sin alguna inquietud, temiendo a cada paso descubrir resplandores infernales en las miradas de la inocente criatura. Nunca se pudo convencer de que en algún modo no pertenecía al diablo; mas no por eso dejaba de quererle.

La nodriza fue despedida tan pronto como se destetó al niño. Solo Genoveva cuidaba de él. El señor de Viargue se lo había entregado, con la autorización de educarle en la religión que más le pluguiera. La esperanza de salvar a Guillermo del fuego eterno, haciéndole protestante fervoroso, acrecentó el cariño de Genoveva. Hasta la edad de ocho años, le retuvo en el segundo piso de la Noirade.

De este modo Guillermo creció en plena exaltación nerviosa. Desde la cuna vivió en la atmósfera saturada de religioso terror de que la vieja fanática le había rodeado. Al despertar, no veía más que aquel semblante de mujer, pálido y mudo; al dormirse, no escuchaba sino aquella voz aguda y chillona que entonaba lúgubrementemente los siete salmos de la penitencia. Las caricias de su madre adoptiva le molestaban: le besaba y le abrazaba hasta ahogarle, y vertía lágrimas que causaban extraño malestar al pobre niño. Fatalmente, este adquirió una sensibilidad de mujer y una delicadeza de nervios, que trocaban en verdaderos sufrimientos sus pesares de niño. A menudo se llenaban de lágrimas sus ojos, y lloraba durante horas enteras, sin rabia, lo mismo que una persona mayor.

Cuando cumplió siete años, Genoveva le enseñó a leer en las enormes letras de la Biblia, aquella Biblia de papel amarillento, que tanto le asustaba. No comprendía el significado de las palabras que pronunciaba; pero el tono siniestro con que su institutriz las decía le helaba de espanto. Cuando estaba solo, por nada del mundo se hubiera atrevido a abrir la Biblia, de que la vieja protestante le hablaba con tanto respeto como de Dios mismo. El niño, cuya inteligencia se iba despertando, vivió desde entonces en perpetuo terror. Encerrado con la fanática, que siempre le hablaba del diablo, del infierno y de la cólera celeste, pasaba amedrentado los días; por la noche lloraba, soñando que las llamas del infierno corrían sobre su cama. Hasta tal punto este pobrecillo tenía trastornada la imaginación, que no se atrevía a bajar al

parque, por miedo a pecar. Todos los días, y siempre con voz aguda y penetrante, Genoveva le decía que el mundo era un infame lugar de perdición, y que para él sería preferible morir antes que ver la claridad del sol. La infeliz creía que con estas lecciones le libraba de Satán.

A pesar de esto, Guillermo corría a veces por las galerías de Noirade y se atrevía a descender al parque.

Lo que en Véteuil era conocido bajo el nombre de «la Noirade», era un edificio cuadrangular, de tres pisos, negro y feo, que se parecía mucho a una prisión. El señor de Viargue dejaba que ese edificio se arruinase. De él solo ocupaba una parte muy pequeña; su departamento en el primer piso y la pieza del laboratorio; en la planta baja solo se había reservado un comedor y un salón. Las demás habitaciones de esa vasta morada, salvo las ocupadas por Genoveva y los criados, estaban completamente abandonadas.

Al correr por los pasillos silenciosos y sombríos que hay en la Noirade, Guillermo experimentaba secretos temores. Delante de los cuartos deshabitados pasaba a todo correr. Embargado por las ideas horribles que Genoveva le había metido en la cabeza, creía que de aquellos cuartos salían quejumbrosos lamentos, y con espanto se preguntaba quién podría vivir en aquellas habitaciones siempre cerradas. Prefería las alamedas del parque, y aun en ellas no se atrevía a alejarse: ¡tan cobarde le había hecho la vieja protestante!

A veces se encontraba con su padre, cuyas miradas le hacían temblar. Casi no le había visto hasta que tuvo cinco años. El conde había olvidado que tenía un hijo, y ni siquiera se preocupaba con las formalidades que tendría que cumplir el día en que le adoptase. El niño estaba registrado como hijo de padres desconocidos. El señor de Viargue sabía que el notario fingiría siempre ignorar la existencia de un bastardo de su mujer, y no tenía prisa por regularizar la situación de Guillermo. De todos modos, estos pensamientos no le preocupaban; más irónico y más altivo que nunca, continuaba dedicado a sus experiencias, y escuchaba sin replicar las noticias que del niño le daba, de cuando en cuando, Genoveva.

Un día, paseando solo por el parque, le vio cogido por la mano de Genoveva. Se admiró de verle ya tan crecido. Guillermo, que acababa de cumplir cinco años, iba vestido con un precioso traje. Algo conmovido, el padre se detuvo por primera vez a contemplarle; cogió a su hijo, y subiéndole en brazos, le miró atentamente. Por un misterioso fenómeno de la sangre, Guillermo se parecía a la madre del conde. Esta semejanza le chocó y le conmovió. Besó en la frente al pobre niño, que temblaba.

A contar desde entonces, siempre que veía a su hijo le abrazaba. Le amaba, a su modo, todo lo que podía amarle. Pero sus abrazos eran fríos, y los besos rápidos que al paso le daba, no bastaban para conquistar el corazón del niño. Cuando Guillermo podía esquivar el encuentro del conde sin que este lo advirtiera, se creía dichoso. Aquel hombre severo, que, parecido a una sombra tesa y muda, recorría la Noirade, le causaba más espanto que afecto. Genoveva, a quien el señor de Viargue había dado

orden de educarle libremente, como si fuera hijo de ella, le hablaba de su padre como de un amo terrible y todopoderoso, y así se explica que la palabra *padre* despertara en el niño un terror respetuoso.

Guillermo vivió así durante sus ocho primeros años. Todo le impulsaba a la debilidad; así la extraña educación de la vieja protestante, como el temor que le inspiraba el conde. Estaba condenado a conservar por toda la vida la sensibilidad enfermiza de su infancia. Cuando cumplió ocho años, fue enviado por el señor de Viargue al colegio municipal de Véteuil. Sin duda el conde había advertido cómo el niño había sido educado por Genoveva, y quiso sustraerle por completo a la influencia de aquel cerebro trastornado. En el colegio, Guillermo empezó dolorosamente el aprendizaje de la vida; fatalmente tenía que ser molestado a cada paso.

Los años que pasó en el colegio fueron un incesante martirio; uno de esos martirios de niño solo y abandonado, a quien todos atropellan, y que no puede saber de qué es culpable.

Los habitantes de Véteuil odiaban sorda y envidiosamente al señor de Viargue; no le perdonaban que fuera rico y que viviera a sus anchas; el escándalo del nacimiento de Guillermo servía de tema continuo a sus murmuraciones. De la indiferencia despreciativa del padre, a quien seguían saludando humildemente, se vengaban en la debilidad del hijo, a quien sin riesgo podían mortificar. Todos los niños de la villa, los que tenían de diez a doce años, conocían al dedillo la historia de Guillermo, por haberla oído referir cien veces en sus casas. Entre ellos hablaban de ese hijo adulterino con tal indignación, que, al tenerle por camarada, se creyeron obligados a torturar a la pobre criatura odiada por todo Véteuil. Eran sus mismos padres quienes les impulsaban a cometer esa cobardía, riéndose socarronamente de las persecuciones con que le asediaban.

Desde el primer instante, Guillermo comprendió, en la burlona actitud de sus camaradas, que estaba en país enemigo. Dos grandullones, de quince años, le preguntaron su nombre. Cuando tímidamente respondió que se llamaba Guillermo, todos los chicos se rieron de él.

—Tú te llamas *bastardo*, ¿oyes? —dijo un colegial, entre la rechifla y la broma de aquellos muchachos estúpidos, que ya tenían los vicios de hombres hechos y derechos.

El niño no comprendió el insulto, pero se puso a llorar, angustiado y tembloroso, en el centro del corro implacable que le rodeaba. Le dieron algunos empujones, y pidió perdón, lo cual divirtió grandemente a aquellos caballeritos y le valió nuevos puñetazos.

Los chiquillos del colegio tenían ya una víctima. En las horas de recreo le daban de puntapiés, le llamaban *bastardo*, y entonces, sin saber por qué, la sangre de Guillermo coloreaba sus mejillas. El temor a los golpes le hacía cobarde; andaba por los rincones, y no se atrevía a moverse, como un paria que tiene en su contra a todo

un pueblo y que ni siquiera intenta sacudir su yugo. Los profesores se unieron secretamente a los camaradas del pobre niño; comprendieron que sería muy hábil hacer causa común con los hijos de las personas más acomodadas de Véteuil, y abrumaron con castigos a Guillermo, complaciéndose en torturar inicualemente a un ser débil. Guillermo acabó por cansarse, y fue un discípulo detestable, embrutecido por los golpes, por las palabras injuriosas y por los castigos escolares. Perezoso, enfermizo, atontado, lloraba noches enteras en el dormitorio: esta era su única protesta.

Sufría tanto más, cuanto que sentía la necesidad de amar, y solo tropezaba con personas a quien aborrecer. A cada nuevo insulto, en los momentos de angustia, su temperamento nervioso le hacía exclamar: «¡Dios mío! ¿Qué falta he cometido?». Y en su conciencia de niño, buscaba la causa de castigos tan atroces; y como no encontraba alguna, volvía medio loco, se acordaba de los terribles consejos de Genoveva, y se creía atormentado por los demonios, por pecados desconocidos. En dos ocasiones estuvo a punto de arrojarse al pozo del colegio: tenía entonces doce años.

En los días de vacaciones se figuraba que había salido de una tumba. A veces los chiquillos le corrían a pedradas hasta las puertas de la villa. Por eso prefería el desierto parque de la Noirade, en donde nadie le pegaba. Nunca se atrevió a hablar a su padre de las persecuciones que sufría. Solamente se quejaba a Genoveva, a quien solía preguntar el significado de la palabra *bastardo*, que le causaba la sensación abrasadora de un bofetón en la mejilla. La vieja le escuchaba con ademán sombrío. Estaba enojada porque le habían quitado su discípulo. Sabía que el capellán del colegio había conseguido del señor de Viargue que le dejara bautizar al niño, y consideraba a este irremisiblemente arrojado a las llamas del infierno. Cuando Guillermo le confesó sus penas:

—Tú eres hijo del pecado —exclamó, sin replicarle directamente—, y expías la falta de los culpables.

Guillermo no comprendió; pero el tono empleado por la fanática le pareció tan colérico, que nunca volvió a tomarla por confidente.

A medida que iba creciendo aumentaban sus pesares. Por fin llegó a una edad en que supo cuál era su falta. Con sus atroces insultos, sus compañeros le habían educado en el vicio. Entonces lloró lágrimas de sangre. Se sintió herido en la persona de sus padres cuando supo la historia de su nacimiento. De la manera de vivir de su madre, tuvo noticia por las palabras indecentes con que de ella le hablaban. Los niños, cuando se arrojan en el lodo, se revuelcan en él con cierta satisfacción; así es que los hombrecillos del colegio no escatimaron al Bastardo infamia alguna de las que pudieron inventar sobre las relaciones entre la mujer del notario y el señor de Viargue. A veces, Guillermo se encolerizaba locamente; bajo los golpes de los verdugos, la víctima acababa por rebelarse, y se lanzaba sobre el primero que llegaba, y le mordía como una bestia feroz; pero generalmente sufría impasible los insultos y

lloraba silenciosamente.

Cuando estaba a punto de cumplir quince años, ocurrió un hecho, de que guardó memoria para siempre. Un día, yendo de paseo los colegiales, al cruzar por una calle de la villa, algunos de sus compañeros le dijeron maliciosamente:

—¡Eh, Bastardo!... ¡Mira; ahí va tu madre!

Guillermo volvió la cabeza, y miró.

Por la acera iba una mujer, del brazo de un hombre, al parecer bonachón. Aquella mujer miró a Guillermo con alguna curiosidad, y casi le rozó, al pasar, con su vestido. Pero ni siquiera se sonrió; no hizo más que morderse los labios y apartar la vista desdeñosamente. El hombre que la acompañaba permaneció impassible.

Guillermo, desconcertado, no oyó las burlas de sus compañeros, que se morían de risa, como si aquel encuentro fuera la cosa más risible del mundo. Esa rápida visión le dejaba helado, y se tuvo por más miserable que un huérfano. En el resto de su vida, cuando pensaba en su madre, venía a su memoria la imagen de aquella mujer, con aspecto de devota, del brazo de su marido engañado y contento.

Su mayor dolor, en aquellos años malos, consistía en no ser amado por alguien. Se asustaba de la ternura soberbia de Genoveva, y parecíale demasiado frío el cariño mudo de su padre. Estaba solo; nadie se apiadaba de él. Aunque agobiado por las persecuciones que sufría, solo tenía pensamientos inefables de bondad; bajo su carácter apacible, ansioso de caricias, guardaba cuidadosamente, como secreto ridículo y risible, tesoros de amor que no se atrevía a manifestar. Soñaba en una pasión infinita e imaginaria, a que ansiaba entregarse para siempre. Y entonces tomaba cuerpo en su imaginación una soledad bendita, un pedazo de tierra en que había árboles y agua, en que estaba a solas con su pasión; no le importaba que fuera amante o amigo; su deseo era solo de paz y de consuelo. Cuando, martirizado, recibía un nuevo golpe, evocaba a su fantasma, juntando las manos, con una especie de paroxismo religioso, y pedía al cielo que le dejase en paz gozar de un afecto sublime.

A no ser por su orgullo, tal vez se hubiera acostumbrado a la cobardía. Pero felizmente por sus venas corría la sangre de los Viargue; la flaqueza irremediable que la casualidad de su nacimiento y la estupidez burguesa de su madre le causaba, desaparecía bajo las corrientes de orgullo que venían de su padre. Era mejor, más digno y más grande que sus verdugos; los temía, pero también los desdeñaba; no se aturdiría con sus golpes, lo cual exasperaba a los estúpidos jovencuelos, para quienes no era un secreto el desprecio de su víctima.

Sin embargo, Guillermo tuvo un amigo en el colegio. Al empezar el segundo curso, entró en el colegio un nuevo alumno. Era un gallardo muchacho, dos o tres años mayor en edad que Guillermo. Se llamaba Jacobo Berthier. Huérfano, y sin más parientes que un tío establecido de abogado en Véteuil, venía al colegio de esta villa a terminar sus estudios de Humanidades comenzados en París. Su tío quería vigilarle de cerca, pues no ignoraba que el muchacho era tan precoz, que a los diez y siete años cortejaba a las jovencuelas del Barrio Latino.

Jacobo sobrellevó alegremente su destierro. Tenía el carácter más bonachón del mundo. Era lo que se llama un buen muchacho, aunque no poseía grandes cualidades. Su entrada en el colegio fue un acontecimiento; venía de París, y hablaba de la sociedad como el que ha probado la fruta del árbol prohibido. Los colegiales empezaron a respetarle desde que supieron que había dormido con mujeres. No tardó en ser el rey del colegio. Se reía a mandíbula batiente; enseñaba con frecuencia sus brazos vigorosos, y protegía a los débiles con la gallardía de un príncipe.

El día mismo de su llegada vio a un pilluelo que maltrataba a Guillermo. Corrió en auxilio de este, y amenazó al adversario con castigarle duramente si atormentaba a los más pequeños. Enseguida cogió del brazo al perseguido, y se paseó con él mientras duró el recreo, con escándalo de los colegiales, que no comprendían cómo el parisiense había elegido un amigo semejante.

Guillermo quedó profundamente agradecido al auxilio y a la amistad que Jacobo le ofreció. El semblante pálido de su nuevo camarada había despertado en Jacobo verdadera simpatía. Después que hablaron, comprendió que su protección tenía que ser activa y constante.

—¿Quieres ser amigo mío? —preguntó a Guillermo, tendiéndole la mano.

El pobre niño casi se echó a llorar al estrechar aquella mano, la primera que se le tendía.

—¡Os querré mucho! —replicó Guillermo, con la voz tímida de un amante que declara su pasión amorosa.

En el recreo siguiente, un grupo de alumnos rodeó al parisiense para referirle la historia de Guillermo. Contaban con hacerle despreciar al bastardo, hablándole del escándalo de su nacimiento. Jacobo escuchó con tranquilidad las bromas indecentes de sus compañeros, y se encogió de hombros cuando concluyeron.

—Sois unos imbéciles —les dijo—. Si alguno de vosotros repite lo que acabáis de contarme, nos veremos las caras.

Sus simpatías hacia el paria aumentaron al conocer la profundidad de sus heridas. Ya había tenido por amigo, en el Liceo Carlomagno, a un hijo del amor, muchacho muy discreto, amable e inteligente, que ganaba todos los premios de su clase, y que era adorado por sus compañeros y por sus maestros. Por eso acogió como la cosa más natural del mundo la historia del escándalo que tanto indignaba a los estúpidos jóvenes de Véteuil. De nuevo cogió del brazo a Guillermo.

—¡Qué mamarrachos son esos chiquillos! —le dijo—. Son unos animales y unos estúpidos. Lo sé todo; pero, ¡bah!, no tengas cuidado: si cualquiera de ellos te da un soplamocos, avísamelo, y ya verás.

Desde entonces fue respetado el Bastardo. Tal cachetina se ganó uno que se atrevió a nombrarle con aquel apodo, que el colegio entero se convenció de que ya no se podía andar en bromas con él, y buscó otra víctima. Guillermo estudió en paz el segundo año y la retórica. Inmenso era el cariño que profesaba a su protector. Le amó como se ama a la primera querida, con fe absoluta y cariño ciego. Por fin podía dar

rienda suelta a sus sentimientos; sus ternuras, largo tiempo contenidas, iban todas a parar a ese dios, cuya mano y cuyo corazón le habían favorecido. No sabía cómo pagar su deuda. Consideraba a Jacobo como a un ser superior. Le admiraba hasta en sus menores ademanes; aquel muchachote enérgico, alborotador, le inspiraba respeto. Sus maneras francas y las historietas que de su vida en París le contaba, le convencían de que tenía por amigo a un hombre extraordinario, a quien estaban reservados los destinos más altos. En su afecto había también una extraña mezcla de admiración, de humildad y de amor, base del sentimiento, a la vez tierno y respetuoso, que le inspiraba Jacobo.

Como buen muchacho, este aceptó la adoración de su protegido. Gustaba de mostrar su fuerza y ser admirado. Además, estaba encantado con las afectuosas caricias de aquel espíritu débil y orgulloso, que aplastaba con su desprecio a sus condiscípulos. Fueron inseparables en los dos años que estuvieron juntos en el colegio.

Después que aprobaron el curso de retórica, Jacobo salió para París con objeto de estudiar medicina, y Guillermo se quedó solo en Véteuil, e inconsolable con la partida de su amigo. Vivía en la más completa ociosidad en la Noirade, como en un desierto. Tenía entonces diez y ocho años. Su padre le llamó un día, y le recibió en el laboratorio. Era la primera vez que Guillermo pasaba del umbral de aquella pieza. El conde estaba en pie, en medio del laboratorio, con el pecho cubierto por un delantal azul de droguista. A Guillermo le pareció que su padre había envejecido terriblemente. Siempre le había tenido gran respeto; pero aquel día le tuvo miedo.

—Os he hecho llamar —le dijo el conde—, para comunicaros mis proyectos acerca de vuestro porvenir. Ante todo, decidme si por casualidad os sentís inclinado a una ocupación determinada.

Guillermo hizo un ademán de duda y contrariedad.

—Pues bien —añadió el conde—: entonces os será más fácil cumplir mis órdenes... Deseo que no seáis absolutamente nada: ni médico, ni abogado, ni otra cosa alguna.

Y como el joven le mirara con sorpresa:

—Seréis rico —añadió con tono amargo—, y podréis ser dichoso si acertáis a conocer la vida. Lamento haberos dado ya alguna instrucción. Cazad, comed, dormid: tales son mis órdenes. Sin embargo, si os gusta la agricultura, os dejaré cavar la tierra.

El conde no hablaba en broma. Tenía la seguridad de ser obedecido. Advirtió que su hijo dirigía un vistazo al laboratorio, como para protestar contra la ociosidad que se le imponía, y su voz se hizo amenazadora.

—Sobre todo —dijo—, juradme que nunca os dedicaréis al estudio de la ciencia. Después de mi muerte, cerraréis esta puerta, y no la volveréis a abrir nunca. Basta que un de Viargue haya pasado aquí una existencia entera... Cuento con vuestra palabra: no haréis nada, y procuraréis ser dichoso.

»¿Comprendes, hijo mío? —añadió—. Obedéceme: sé pobre de espíritu, si es

posible.

Le abrazó bruscamente, y le despidió. Esta escena impresionó grandemente a Guillermo; comprendió que el conde debía de sufrir algún secreto pesar; en lo sucesivo le profesó un afecto más respetuoso que hasta entonces. Además, acató estrictamente sus órdenes. Estuvo tres años en la Noirade cazando, recorriendo el país y aficionándose a los árboles y a las tierras. Esos tres años, durante los cuales vivió en la intimidad del campo, le prepararon a las alegrías y a los sufrimientos que le reservaba el porvenir. Perdido en el fondo de las verdes soledades del parque, refrescado por el vientecillo que corre entre el follaje, se purificó de su vida de colegial, y creció en ternura y en misericordia. Volvió a pensar en el fantasma de su niñez, y de nuevo creyó que iba a encontrar, en el borde de alguna fuente, una criatura que le cogería en brazos y se lo llevaría, besándole como a un niño. ¡Ah! ¡Cuán prolongados ensueños, y cuán dulcemente cubrían su cabeza la sombra y el silencio!

Sin la inquietud vaga que le causaban sus deseos contrariados, hubiera sido completamente feliz. Nadie le maltrataba ya; cuando iba a Véteuil, veía a sus antiguos camaradas, que le saludaban con más cobardía aún que cuando le pegaban; ya se sabía en la villa que era el heredero del conde. Su único temor, temor extraño mezclado de esperanza, era el de hallarse frente a frente de su madre. No la volvió a ver, y esto le desconsoló; pensaba con frecuencia en aquella mujer, y era para él una monstruosidad inexplicable el olvido en que le tenía. Hasta preguntó a Genoveva si no sería conveniente tratar de verla. La protestante le respondió que estaba loco.

—Vuestra madre ha muerto —le dijo con voz inspirada—. ¡Rogad por ella!

Genoveva seguía amando al hijo del pecado. Ahora que el niño se había hecho hombre, ella procuraba defenderse contra su propio corazón. En el fondo, le quería de una manera ciega y absoluta.

En dos ocasiones, Jacobo vino a pasar sus vacaciones de estudiante en Véteuil. Aquellos meses fueron para Guillermo de loca alegría. Nunca se separaban los dos amigos. Se pasaban días enteros cazando o pescando. A menudo se sentaban en el fondo de cualquier barranco, y hablaban de París, sobre todo de mujeres. Jacobo hablaba de ellas muy a la ligera, como si no las estimase; pero las trataba con benignidad, sin decir acerca de ellas todo lo que pensaba. Y entonces Guillermo le reprochaba calurosamente su sequedad de alma; colocaba a la mujer sobre un pedestal, hacía de ella un ídolo, ante el cual entonaba un eterno cántico de fe y de amor.

—¡Vamos, hombre —le decía el estudiante parisiense—; no sabes lo que dices! Si deseas malquistarte con tus queridas, no tienes más que arrodillarte delante de ellas. Pero no; tú harás lo mismo que hacen todos. Engañarás y serás engañado. Esta es la vida.

—No, no —replicaba enérgicamente—; yo no haré lo que los demás. Yo no amaré nunca más que a una sola mujer, y la amaré tanto, que no será posible más.



—¡Bah, ya veremos!

Y Jacobo se reía de la sencillez de su querido provinciano, a quien casi escandalizaba con el relato de sus aventuras de una noche.

Estos viajes a Véteuil contribuyeron a estrechar la amistad entre ambos jóvenes. Se escribían a menudo cartas muy largas. Poco a poco, sin embargo, las cartas de Jacobo llegaban más de tarde en tarde; al tercer año no dio señales de vida. A Guillermo le entristeció mucho este silencio.

Sabía, por el tío del estudiante, que este tenía que salir de Francia, y hubiera querido darle un abrazo antes de partir. Empezaba a aburrirse mortalmente en la Noirade. Su padre, al saber la causa de su aburrimiento, le dijo un día, después de comer:

—Sé que deseáis ir a París. Os autorizo a vivir allí un año, y supongo que no dejaréis de hacer alguna tontería. Os abro un crédito ilimitado... Podéis partir mañana.

Al día siguiente, Guillermo, al llegar a París, supo que Jacobo se había marchado la víspera. Le había escrito a Véteuil una carta de despedida que Genoveva le reexpidió. En esta carta, muy alegre y muy afectuosa, su amigo le anunciaba que le habían agregado, en calidad de médico, al cuerpo expedicionario en Cochinchina, y que seguramente estaría mucho tiempo fuera de Francia. Guillermo regresó inmediatamente a la Noirade, afligido con aquella marcha brusca, y atormentado por la idea de estar solo en una población desconocida. De nuevo se recogió en su querida soledad, de la que dos meses después le sacó su padre para enviarle nuevamente a París, en donde quería que viviera un año.

Guillermo fue a vivir a la calle del Este, en el hotel en que ya vivía Magdalena.

## IV

Cuando se encontraron Guillermo y Magdalena, había resuelto esta dejar el hotel y buscar un cuartito para amueblarlo. En esa casa, abierta para todo el mundo, poblada de estudiantes y de muchachas, Magdalena estaba expuesta a recibir a cualquier hora declaraciones brutales, que le recordaban cruelmente su situación. Había pensado en dedicarse a bordadora tan pronto como se mudara. Para atender a sus necesidades tenía bastante con sus dos mil francos de renta. Pero el porvenir la inquietaba algún tanto; presentía que la soledad en que iba a vivir estaría llena de peligros. A pesar de que había jurado ser fuerte, pasaba días enteros tan solitarios, tan tristes, que a veces se veía asaltada por indignas ideas de flaqueza.

La noche de la llegada de Guillermo, vio a este en la escalera. Para dejarle paso, se arrimó a la pared con ademán tan respetuoso, que Magdalena quedó verdaderamente asombrada, porque, de ordinario, los huéspedes del hotel casi la atropellaban y le echaban bocanadas de humo en la cara. El joven ocupaba una habitación pared por medio con la de Magdalena. Ambas piezas estaban separadas tan solo por un débil tabique. Magdalena solía dormirse, escuchando sin querer los pasos del desconocido, que tomaba posesión de su domicilio.

Para Guillermo no habían pasado inadvertidos el tinte nacarado y los admirables cabellos rojos de su vecina. Los paseos que por su estancia daba aquella noche, obedecían a que la idea de tener tan cerca una mujer le producía fiebre. Oía las trepidaciones del lecho cuando ella se movía.

Al día siguiente, los jóvenes, al verse, se sonrieron. Magdalena reveló sus simpatías por aquel joven tranquilo y bonachón, con tanta más franqueza, cuanto que se creía libre de todo peligro con él, a quien no daba más importancia que a un niño. Si alguna vez cometía la locura de hablarle de amor, le reprendería y le convencería. Siempre firme en su propósito, quería cumplir su juramento de viudez. En los días siguientes aceptó el brazo de Guillermo, y consintió en dar un paseíto con él. A la vuelta, ella entró en el cuarto de Guillermo, y Guillermo en el de ella. Por lo demás, no hubo entre ambos la menor palabra tierna, ni la más ligera sonrisa pecaminosa. Se trataban como amigos de la víspera, con seriedad llena de exquisita delicadeza.

En el fondo, la verdad es que sus almas estaban perturbadas. De noche, desde sus respectivas habitaciones, escuchaban mutuamente sus pasos, y adivinaban, como en sueños, sus recíprocos pensamientos. Magdalena se creía amada y se dejaba amar, aunque sin corresponder a ese amor. A decir verdad, no sabía lo que era amor; sus primeras aventuras amorosas habían sido tan bruscas, que la hacían saborear con placer infinito las atenciones de Guillermo; su corazón iba hacia él a pesar de ella y poco a poco, movido por una simpatía que se iba transformando en ternura. Si a veces volvía la vista a su pasado, no tardaba en desechar los recuerdos crueles para pensar

en su nuevo amigo; la pasión de su temperamento sanguíneo la había atormentado; el afecto cariñoso de una naturaleza nerviosa le infundía cierta languidez enternecida, y aplacaba uno a uno todos sus deseos. Guillermo vivía en perpetuo desvarío; adoraba fatalmente a la primera mujer que había encontrado. Al principio ni siquiera se preocupó en saber de dónde venía aquella mujer; ella era la primera que le había sonreído, y bastaba con esto para arrodillarse ante ella. Estaba contentísimo por haber encontrado tan pronto una amante, porque estaba ansioso por abrir su corazón tanto tiempo cerrado y tan lleno de pasión mal contenida; si aún no abrazaba a Magdalena, era porque no se atrevía. Sin embargo, se creía dueño de ella.

Así transcurrió una semana. Guillermo apenas salía; París le daba miedo, y había tenido buen cuidado de no ir a vivir en uno de los grandes hoteles que su padre le había indicado. Cada vez estaba más contento con vivir detrás del Luxemburgo, en un barrio tranquilo en que el amor le esperaba. Habría querido llevar a Magdalena al campo, muy lejos, no porque tuviera el propósito de hacerla caer más pronto entre sus brazos, sino porque era apasionado por los árboles, y deseaba pasearse bajo la sombra de estos con ella. Por una especie de presentimiento, ella se oponía. Por último aceptó el ir a comer en un ventorrillo de las afueras. En el *restaurant* del bosque de Verrières fue donde se entregó.

Al día siguiente, cuando regresaron a París, los dos amantes estaban tan aturdidos con su aventura, que se olvidaban de tutearse, y sentían un malestar que no habían experimentado cuando solo eran camaradas. Por un extraño sentimiento de pudor, no quisieron dormir ambos aquella noche en el mismo hotel. Guillermo comprendió que Magdalena tendría que soportar las sonrisas picarescas de los criados, si volvía a entrar en su cuarto. Desde aquella noche fue a vivir en un hotel vecino. Guillermo, dueño ya de Magdalena, quería poseerla él solo en un rincón ignorado.

Obraba como si estuviera a punto de casarse. El banquero que, por cuenta de su padre, le había abierto crédito ilimitado, le indicó un pabellón solitario que estaba en venta en la calle Boulogne. Guillermo se apresuró a ver la finca, la compró inmediatamente, y la amuebló en pocos días. Todo esto pasó en menos de una semana. Una noche preguntó a Magdalena si quería ser su mujer.

Después de la noche pasada en el *restaurant* del bosque de Verrières, iba a verla todos los días como un novio que hace el amor; después se retiraba discretamente. Aquella pregunta conmovió extraordinariamente a Magdalena, que se echó en brazos de Guillermo. Entraron en el pabellón de la calle Boulogne como dos recién casados en noche de bodas. Allí fue donde se creyeron realmente casados. Sin acordarse de la casualidad que en una noche los había echado al uno en brazos del otro, se figuraban que por primera vez les era permitido besarse. Noche plácida y dichosa, en que los amantes se imaginaron que el pasado había muerto para siempre, y que su unión tenía la pureza y la fuerza de un lazo eterno.

Allí vivieron durante seis meses, alejados del mundo y casi sin salir a la calle. Fue un verdadero sueño de felicidad. Adormecidos por sus caricias, ni siquiera se

acordaban de los hechos que habían precedido a sus amores, y no temían al porvenir. Vivían completamente felices, sin que nada ni nadie viniera a turbar su dicha. El pabellón, con sus cuartos estrechos y perfectamente amueblados, era para ellos un retiro adorable, cerrado, silencioso y sonriente. También tenía jardín, un pedazo de tierra no mayor que la palma de la mano, en que, a pesar del frío, se ponían a hablar durante las tardes del invierno.

Magdalena se figuraba que había nacido el día antes. Ignoraba si amaba a Guillermo; solo sabía que aquel hombre la impregnaba de ternura, y no quería despertar de este dulce ensueño. Todas sus heridas se habían cicatrizado; ya no experimentaba aquellas sacudidas ni aquellas abrasadoras quemaduras que le habían desgarrado el pecho. Nunca se paraba a reflexionar. Como el enfermo que sale quebrantado por una fiebre aguda, pasaba en lánguida voluptuosidad su convalecencia, dando gracias, desde el fondo de su alma, a aquel que la había sacado de su penosa situación.

Lo que más la conmovía no eran los arrebatos amorosos del joven; en sus caricias había más de maternidad que de pasión. Y esto se explica por el íntimo afecto que él le tenía, y por la dignidad con que la trataba, como se trata a la mujer legítima. Esto la dignificaba a sus propios ojos, porque podía creer que había pasado de los brazos de su madre a los de su esposo. Este sueño que se forjaba, la enorgullecía, y la acariciaba en todos los pudores de su ser. Merced a esto, se permitía mostrarse altanera, y cada vez más amable, más tranquila y más esperanzada, sin acordarse de las heridas que ya no manaban sangre.

Guillermo parecía vivir en el cielo. Por fin veía realizados sus queridos ensueños de la niñez y de la adolescencia. Cuando estaba en el colegio martirizado por sus compañeros, había soñado en una soledad dichosa, en un rincón perdido y oculto, en cuyo fondo pasaría semanas enteras en la ociosidad, sin que nadie le abofeteara, antes al contrario, acariciado por alguna buena y hermosísima hada; y después, a los diez y ocho años, cuando por sus venas empezaba a correr la sangre a impulsos de una inspiración vaga, había vuelto a forjarse ese mismo sueño entre los árboles del parque, en las orillas de los riachuelos; pero entonces el hada se había convertido en amante, tras de la cual corría por los sotos hasta alcanzarla y estrecharla entre sus brazos. Magdalena era para él a un tiempo el hada y la amante con que había soñado, de quien era dueño único en la soledad apetecida, lejos del mundanal bullicio. Vivir apartado del mundo, no temer las injurias de persona alguna, amar apasionadamente con todo su corazón, no tener cerca de sí más que una criatura, y gozar él solo de la belleza y del amor de esa criatura, no había mayor felicidad. Semejante manera de vivir le resarcía de las desdichas de su juventud, cuando tenía que habérselas con un padre severo y altivo, con una vieja fanática, cuyas caricias le espantaban, y con un amigo, que no bastaba para calmar su ansia de adoración. De ahí que ahora, displicente y perezoso, descansara tranquilo en brazos de Magdalena. Se figuraba que una vida como esta no podía tener fin. Creía tener por delante la eternidad, la

eternidad que duerme bajo la tierra, y que él dormía en brazos de la joven.

Ambos pensaban más en el sosiego que en el amor. Diríase que la casualidad los había juntado para que enjugaran la sangre de sus heridas. Sentían por igual la necesidad de reposo, y sus caricias eran mutuas pruebas de gratitud que se daban por las horas tranquilas y dichosas que juntos disfrutaban. Del presente gozaban con egoísmo de hambrientos. Parecíales que solo vivían desde que se habían conocido; nunca mezclaban el más ligero recuerdo a sus largas pláticas amorosas. Guillermo no pensaba en los años que Magdalena había vivido antes de conocerle, y a Magdalena no se le pasaba por las mientes interrogarle sobre su vida pasada, como hacen los enamorados. Bastábales con estar juntos, reír y ser felices, como niños que no se acuerdan de la víspera ni tienen zozobra por el porvenir.

Un día Magdalena supo que Lobrichon había muerto.

—Era un grandísimo bribón —dijo por todo comentario.

Recibió con indiferencia la noticia, en que Guillermo no se interesó por modo alguno. Cuando recibía cartas de Véteuil, las guardaba en una gaveta, después de haberlas leído. Su amante nunca le preguntaba qué decían aquellas cartas. Al cabo de seis meses de esa vida, tan desconocidos eran el uno para el otro como el primer día; se habían amado sin tratar de conocerse.

Este sueño acabó bruscamente.

Una mañana, Guillermo fue a casa de su banquero, y Magdalena, no sabiendo qué hacer, se puso a hojear un álbum fotográfico que estaba sobre un mueble, y en el cual aún no se había fijado. Aquel álbum no tenía más que tres retratos: el del padre de Guillermo, el de Genoveva y el de su amigo Jacobo.

Al ver este último retrato, Magdalena lanzó un grito sordo. Con las manos apoyadas en las abiertas hojas del álbum, erguida, temblorosa, miraba atónita el rostro sonriente de Jacobo, ni más ni menos que quien mira a un fantasma recién aparecido. ¡Era él, el amante de una noche, y después de todo un año, el hombre cuyo recuerdo, adormecido en su pecho, renacía y la desgarraba cruelmente con su brusca aparición!

Fue un rayo en el cielo sin nubes de su existencia. Ya había olvidado a aquel muchacho, desde que era la esposa fiel de Guillermo.

¿Por qué Jacobo se alzaba entre ellos? ¿Por qué estaba allí, en aquella habitación en que a todas horas su amante la tenía entre los brazos? ¿Quién le había traído hasta ella para turbar para siempre su felicidad? Estas cosas la ponían loca.

Parecía que Jacobo la miraba con cierto aire burlón, y que la interrogaba con sorna acerca de sus tiernos amores. Le decía: «¡Dios mío! ¡Pobrecilla! ¡Cuán fastidiada debes de estar aquí! ¡Anda, vente a Chatou, vente a Robinson, vente adonde hay bullicio!...». Creía escuchar su voz y sus risotadas, y hasta se imaginaba que iba a tenderle los brazos. En un momento de lucidez volvió a ver el pasado, el cuarto de la calle Soufflot, toda aquella vida ya olvidada. Había, pues, soñado: mentía y robaba, porque era indigna de la felicidad que estaba disfrutando. Todo el fango en

que había vivido subía hasta su corazón y la asfixiaba.

La fotografía representaba a Jacobo cuando era estudiante. Estaba sentado a horcajadas en una silla vuelta del revés, en mangas de camisa, desnudos el cuello y los brazos, y fumando. Magdalena distinguía en el brazo izquierdo una señal, en que recordaba haberle besado muchas veces. Estos recuerdos la abrasaban, y con amargura pensaba en las voluptuosidades que aquel hombre le había hecho conocer. Se figuraba verle aún a su lado, a medio vestir, y a punto de estrecharla entre los brazos, y creía sentirse cogida del talle por su primer amante. Dominada por estos pensamientos, creyéndose prostituida y mirando en torno de sí con el espanto de mujer adúltera, se dejó caer en una butaca. El saloncillo estaba sombrío y silencioso, y su ambiente saturado de la paz voluptuosa que en una habitación cerrada dejan seis meses de amor. En un cuadro colocado sobre un canapé se destacaba el retrato de Guillermo, que parecía sonreír dulcemente a Magdalena. Y Magdalena palidecía ante esa mirada amorosa, pensando que ahora pertenecía a Jacobo.

Recordaba que, antes de partir, el joven médico le había dado su retrato, una fotografía semejante a la que la casualidad había puesto ante sus ojos. Pero la víspera de su entrada en el pabellón se había creído obligada a quemar aquella fotografía, para no traer la imagen de su primer amante a la morada de Guillermo. ¡Y ahora aquella fotografía resucitaba, y, a pesar de ella, Jacobo entraba en su aposento! Se levantó y volvió a coger el álbum. Entonces, en el reverso de la tarjeta fotográfica, leyó esta dedicatoria: «A mi antiguo camarada, a mi hermano Guillermo». ¡Guillermo... el camarada, el hermano de Jacobo!... Magdalena, pálida como una muerta, dejó el álbum y volvió a sentarse. Con los ojos inmóviles y las manos colgantes, estuvo pensando largo rato.

Pensaba que de alguna gravísima falta debía de ser culpable cuando tan cruelmente purgaba sus seis meses de felicidad. Se había entregado a dos hombres, ¡y esos dos hombres se amaban fraternalmente! Para ella había en este doble amor una especie de incesto. En otro tiempo, en el Barrio Latino había conocido a una muchacha de quien disfrutaban dos amigos, y que tranquilamente pasaba de la cama del uno a la del otro. De repente se acordó de aquella desdichada, y se creyó tan infame como ella; porque en adelante, al entregarse a Guillermo, pensaría en Jacobo, y tal vez saborearía el monstruoso placer de verse abrazada a un mismo tiempo por dos amantes. Tan horrible y tan escueto se le presentó el porvenir, que tuvo la idea de desaparecer para siempre.

Pero no se atrevió a huir. ¡Era tan dichosa al lado de Guillermo! Además, ¿no podía suceder aún que las caricias del joven la hicieran olvidarlo todo, y se creyera digna y fiel? Después pensó que más valdría decírselo todo a su amante, revelarle su pasado e implorar su absolución. La idea de esa confidencia la aterró. ¿Cómo atreverse a confesar a Guillermo que había sido querida de su camarada, de su hermano? La echaría de su lado, porque nunca aceptaría Guillermo la infamia de semejante comunidad. Razonaba lo mismo que si aún perteneciera a Jacobo. ¡De tal

modo le tenía presente!

No diría nada; reservaría toda la vergüenza para sí misma. Pero vaciló en esta resolución, porque su carácter rechazaba la idea de una mentira eterna: no se sentía con fuerzas para vivir sonriendo entre su infamia y sus pesares. Lo mejor era decirlo todo inmediatamente, o huir. Estas ideas tumultuosas chocaban con doloroso estrépito en su cerebro. De repente, oyó abrir la puerta de la calle, y después subir rápidamente la escalera. Guillermo entró.

Traía el semblante descompuesto. Se tiró en el canapé, y rompió a llorar. Magdalena, sorprendida, aterrada, creyó que lo sabía todo, y se levantó temblando.

Con la cabeza entre las manos, presa de cruel desesperación, el joven no cesaba de llorar. Por fin, tendió los brazos hacia su querida, y con voz apagada le dijo:

—¡Consuélame! ¡Consuélame! ¡Ay, cuánto sufro!

Magdalena fue a sentarse al lado de él, dudando si sería ella quien le hacía llorar. Ante el dolor de su amante, Magdalena olvidó sus propios dolores.

—Dime: ¿qué tienes? —le preguntó, cogiéndole las manos.

La miró como enloquecido.

—No quería llorar en la calle —balbuceó—. Corría...; me ahogaba...; tenía prisa por llegar aquí... Déjame llorar, que esto me alivia.

Enjugó sus lágrimas, y después volvió a llorar.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ya no le volveré a ver! —exclamó.

La joven creyó adivinar de lo que se trataba, y se compadeció. Estrechó a Guillermo entre sus brazos, le besó en la frente y enjugó sus lágrimas.

—¿Has perdido a tu padre? —le preguntó.

Guillermo hizo signos negativos. Después juntó las manos, y con voz temblorosa:

—¡Pobre Jacobo mío! —dijo, como dirigiéndose a una sombra que solo él veía—. ¡Pobre Jacobo mío!... ¡Ya no me querrás como sabías quererme! ¡Ya no me acordaba de ti cuando has muerto!

Al oír el nombre de Jacobo, Magdalena, que seguía enjugando las lágrimas de su amante, se irguió temblorosa. ¡Jacobo muerto! Este rudo golpe la atontó.

—Tú no le conocías —añadió Guillermo—, porque nunca te he hablado de él, me parece. Yo era ingrato; nuestra dicha me hacía olvidadizo... ¡Era un corazón de oro, un carácter afectuosísimo! No tenía en el mundo otro amigo como él. Antes de conocerte, yo no tenía más cariño que el suyo. Vosotros sois los únicos seres que he querido de todo corazón. ¡Y le pierdo!... En el colegio me pegaban, y él era quien me defendía. Su amistad y su protección me libraron de la mofa y del desprecio de todos. Cuando yo era niño, le adoraba como a un Dios, y me hubiera arrodillado delante de él, si así lo hubiera deseado, para rezarle. ¡Le debía tanto, que no sabía cómo pagarle mi deuda de gratitud! ¡Y le he dejado morir lejos de mí! Conozco que no le he amado bastante.

La emoción le impuso silencio durante un rato. Luego añadió:

—¡Qué de días hemos pasado juntos! Me acuerdo de una mañana en que, bajo los

saucos, estábamos pescando cangrejos; él me decía: «Guillermo, aquí abajo no hay más que una cosa buena: la amistad. Amémonos lo más que podamos, y nos servirá de consuelo para más adelante». ¡Pobre y querido muerto! ¡Ya no existe, y yo estoy solo! Pero vivirá siempre en mí... Ya no tengo a nadie más que a ti, Magdalena... porque he perdido a mi hermano.

De nuevo sollozó, y tendió sus brazos hacia la joven con ademán de suprema languidez.

Magdalena sufría. El dolor y los punzantes recuerdos de Guillermo le producían un inexplicable sentimiento de rebelión; no podía escuchar los apasionados elogios de Jacobo, sin estar tentada por decirle: «¡Cállate! ¡Ese hombre te ha arrebatado tu felicidad; no le debes nada!». Solo le faltaba esta última amargura: ser puesta frente a frente de su pasado por aquel mismo cuyo amor la obligaba a callarse. Y no se atrevía a sellarle los labios y confesárselo todo, atemorizada por lo que acababa de saber, por ese lazo fortísimo de amistad y gratitud que había unido a sus dos amantes. Escuchaba los lamentos de Guillermo, como habría escuchado el ruido amenazador de una ola que hubiera subido hasta ella para tragársela. Estaba irritadísima a consecuencia de la muerte de Jacobo. Puesto que había muerto, ¿con qué derecho venía a perturbarla?

Guillermo le decía:

—¡Pobre Magdalena mía! ¡Consuélame!... Ya no tengo a nadie más que a ti en el mundo.

¡Consolarle de la muerte de Jacobo!... Esto le parecía ridículo y cruel. Volvió a estrechar en sus brazos a Guillermo y a enjugarle las lágrimas que vertía por su primer amante. El extraño papel que en esta ocasión desempeñaba la habría hecho también sollozar, si capaz hubiera sido de esto. En lugar de apiadarse de aquel a quien primero había amado, se irritó contra el dolor de Guillermo. Volvió a ser la hija del obrero Ferat.

—Le quería más que yo —pensaba—, y me echaría a la calle si le dijera lo que pienso.

Después, por decir algo, e impulsada por la curiosidad:

—¿Cómo ha muerto? —le preguntó.

Entonces Guillermo le refirió que, obligado a esperar en casa de su banquero, se había puesto a leer un periódico. Su vista se fijó en un suelto que describía el naufragio de la fragata *Profeta*, sorprendida por un ciclón en las cercanías del Cabo. El buque se había hecho trizas en un arrecife, y la tripulación había desaparecido. Jacobo, que iba a Cochinchina en ese vapor, no dormiría en una tumba sobre la cual se pudiera ir a rezar. La noticia era oficial.

Calmadas que fueron las pesadumbres de los amantes, Magdalena reflexionó durante la noche sobre los hechos del día anterior. Ya no estaba colérica, sino abatida y triste. Si en otras circunstancias hubiera sabido la muerte de Jacobo, a buen seguro que habría gritado y llorado. Ahora, en la soledad de la alcoba, escuchando la



entrecortada respiración de Guillermo, que al lado de ella dormía el sueño de los desdichados, Magdalena pensó en el muerto, en aquel cadáver arrojado por las olas contra las rocas. Tal vez, al caer en el mar, había pronunciado el nombre de ella. Recordaba que un día, viviendo en la calle Soufflot, él se había hecho una cortadura en una mano, y que ella estuvo a punto de desvanecerse al ver correr la sangre. Entonces le amaba, y hubiera velado meses enteros para salvarle de una enfermedad.

Y ahora, él se ahogaba y ella se desataba contra él. Sin embargo, creía encontrarle en su pecho, en todos sus miembros, y hasta percibir el soplo de su aliento por todo su cuerpo. Entonces se estremeció con el estremecimiento que otras veces la abrasaba cuando se veía en brazos de Jacobo. Experimentó una angustia indefinible, como si le hubieran arrancado un pedazo de su ser. Se puso a llorar, hundiendo la cabeza en la almohada para que Guillermo no la oyese. Renacía en ella toda su debilidad de mujer, y se consideraba sola en la tierra.

Esta crisis duró largo rato. Magdalena la prolongó involuntariamente, al recordar las horas de felicidad pasadas con Jacobo. Juntaba las manos pidiendo perdón al muerto por ella evocado, de quien ella creía escuchar gritos de agonía mezclados con los rumores del mar.

De pronto, un pensamiento irresistible vino a su imaginación.

Se levantó pausadamente, para no despertar a Guillermo. Cuando posó los pies en la alfombra, le miró con inquietud, temerosa de que le preguntara adónde iba. Pero Guillermo, con los ojos aún enrojecidos por el llanto, dormía. Cogió la lamparilla, e inquieta porque el piso crujía bajo sus pies desnudos, pasó al salón.

Fuese derecha al álbum, le abrió sobre un almohadón, y se sentó frente al retrato de Jacobo. Era Jacobo a quien ella buscaba. Con los hombros cubiertos por sus destrenzados y rubios cabellos, envuelta en su camisa, estuvo largo tiempo contemplando el retrato a la luz pálida y vacilante de la lamparilla. En torno de ella reinaba el mayor silencio, y solo de cuando en cuando se percibía la febril respiración de Guillermo en la pieza vecina.

No le pareció que Jacobo tuviera el aire burlón del día anterior. Su cuello y sus brazos desnudos, y su camisa desabrochada, no despertaron sus recuerdos. Aquel hombre estaba muerto, y su imagen había tomado una indefinible expresión de amistad enternecida. Magdalena gozaba contemplándole. Era el mismo de siempre: un buen muchacho hasta la muerte. Con la sonrisa en los labios, la pipa blanca en la boca, sentado a horcajadas en la silla, estaba como solía estar en el cuarto de la calle de Soufflot, tal vez dispuesto a perdonar, en gracia de su amor, las locuras de Magdalena.

Vertiendo dulces lágrimas, Magdalena se puso a pensar en el que ya no existía. Aquel retrato sería en adelante una reliquia, y no habría nada que temer de él. Entonces volvían a su imaginación las angustias del día anterior, su indecisión y su ansiedad. Parecía que el pobre Jacobo, en el momento en que ella se desesperaba de verle aparecer entre ella misma y su amante, le había enviado noticia de su muerte

para que viviera tranquila. Ya no vendría a perturbar sus nuevos amores, y la autorizaba para cerrar en el fondo de su corazón el secreto de sus intimidades. ¿Para qué, pues, hacer a Guillermo sufrir, y por qué no volver en busca de la dicha? Por piedad y por amor estaba obligada a callarse. El retrato de Jacobo murmuraba: «Anda, procura ser feliz, hija mía. Ya no existo, y no volveré a presentarme como imagen viva de tu vergüenza. Tu amante es un niño a quien yo he favorecido; ahora favorécele tú, le lo ruego. Si eres buena, piensa siquiera alguna vez en mí».

Magdalena se dio por convencida. Guardaría silencio, y no sería más cruel que la suerte, que había querido ocultar a Guillermo el nombre de su primer amante. Además —¿no lo había dicho él mismo?— la memoria de Jacobo vivía en él, y era preciso que viviese alta y serena. Bastaría una confesión para manchar por siempre esa memoria. Sería una mala acción hablar de ella. Cuando la joven se prometió a sí misma permanecer muda, parecióle que el retrato de Jacobo la daba gracias por el juramento. Magdalena besó el retrato.

Amanecía cuando volvió a acostarse. Guillermo seguía durmiendo. Ella acabó por adormecerse, fatigada, acariciando una esperanza lejana. Ambos se olvidaron de sus pesares de la víspera, y volvieron a su querida paz y a sus tiernos amores.

Pero sus ensueños habían terminado. Ya en su retiro de la calle Boulogne no renacería la calma de las primeras horas. En los días subsiguientes, el espantoso fantasma del naufrago vivía en el pabellón y lo impregnaba de tristeza. Los amantes dejaron de acariciarse, y pasaban días enteros sin casi hablarse, sumidos en sus tristes recuerdos. La muerte de Jacobo había sido para ellos un soplo glacial que los hacía temblar. Se les figuraba que aquellas estrechas habitaciones en que, la víspera, estaban el uno en el regazo del otro, ahora eran inmensas y destartaladas. El silencio y la sombra, que tan anhelosamente habían buscado, les aterrorizaba. Un día a Guillermo se le escapó una frase cruel.

—Este pabellón tiene el aspecto de una tumba —dijo—: aquí nos ahogamos.

Súbito se arrepintió, y cogiendo las manos de Magdalena:

—Perdóname —añadió—, y no hagas caso de lo que he dicho.

Como era hombre de buena fe, ignoraba que no suele soñarse una misma cosa dos veces. Cuando salieron de su abatimiento, ya no tenían el uno en el otro la ciega confianza de los primeros días. Sobre todo, Magdalena había cambiado por completo. Acababa de evocar el pasado, y conoció que era preciso ponerse en guardia contra los peligros que la amenazaban. Antes había aceptado sin vergüenza el título de querida, y pareciéndole muy natural ser amada, amaba sin miedo al qué dirán. Ahora se sentía avergonzada; renacían en ella las amarguras de la calle Soufflot, y consideraba a su amante como enemigo que le robaba su propia estima. Sin saber por qué, imaginábase que no estaba en su propia casa en la calle Boulogne. La idea de que era una entretenida, la abrasaba como abrasa un hierro candente. Pensando en eso, lloraba con amargura.

Guillermo le hacía regalos con frecuencia. Era muy dadivoso. Al principio,

Magdalena recibió los regalos con la alegría de un niño a quien regalan juguetes. No reparaba en el valor de los objetos. Se tenía por dichosa con que su amante pensara siempre en ella. Aceptaba las joyas por lo que tenían de recuerdos. Pasada la crisis en que había estado, se sorprendió de verse vestida con trajes y engalanada con joyas que no le habían costado dinero. Desde entonces fue más grande su amargura. Las blondas con que se adornaba, el lecho en que dormía, y los ricos muebles de que usaba, eran para ella motivo de sufrimiento. Le parecía que todo lo que la rodeaba era el precio de su deshonor.

—Yo me vendo —solía pensar, presa de horrible congoja.

En uno de esos días tristes, Guillermo le trajo un brazalete. Magdalena palideció al ver la joya, y guardó silencio. El joven, admirado de no verla saltar a su cuello como otras veces, le preguntó dulcemente:

—¿No te gusta este brazalete?

Después de un rato de silencio, y con voz temblorosa, Magdalena dijo:

—Amigo mío, estás gastando mucho dinero conmigo. Yo no necesito tantos regalos. Más te querría si no me regalaras nada.

Estuvo a punto de sollozar. Sorprendido y enojado, sin comprender la causa de su palidez, Guillermo la atrajo hacia sí.

—¿Qué tienes? —le preguntó—. ¡Ah, Magdalena, qué malos pensamientos tienes!... ¿No eres mi mujer?

Magdalena le miró frente a frente, y sus miradas fijas le decían claramente: «No, yo no soy tu mujer». Si se hubiera atrevido, habría entonces mismo propuesto a su amante que la dejara costearse con sus propias rentas su alimento y sus trajes. Desde que cometió la primera falta, su carácter se había hecho intratable: de todo se disgustaba, y por cualquier cosa se enfadaba.

Algunos días después Guillermo le trajo un vestido, y ella, con risa nerviosa, le dijo:

—¡Muchas gracias! Pero en adelante déjame a mí comprar estas cosas. Tú no entiendes de eso, y te roban.

Desde entonces fue ella misma quien hizo sus compras. Y cuando su amante trató de reembolsarle los gastos, no le faltaron pretextos para no admitir el reembolso. La verdad es que empezaba a serle insoportable la vida que hacía en la calle Boulogne. Amaba a Guillermo; pero sus inquietudes y sus disgustos la hacían tan desgraciada, que a veces creía no amarle, lo cual no era obstáculo para que temiera verse abandonada por él, como lo había sido por Jacobo. Entonces lloraba horas enteras, pensando en qué nueva vergüenza caería.

Guillermo se fijó en que solía tener los ojos enrojecidos por el llanto, y adivinaba lo que sufría. Hubiera querido ser cada vez más amable y tierno; y, sin embargo, cada vez estaba más inquieto y febril. ¿Por qué lloraría Magdalena? ¿Es que era desgraciada con él? ¿Pensaría en otro amante? Esta última suposición le contristaba. También él perdía la fe y la felicidad de los primeros días. Pensaba en el pasado de

Magdalena, para él desconocido, y que no quería conocer. Las dudas que le habían asaltado en la noche de su paseo a Verrières renacían a cada paso y le torturaban. Espiaba a la joven para leer una confesión en su actitud o en sus miradas; y cuando creía sorprender en ella algo extraño, se desconcertaba. Puesto que le pertenecía, quería que le perteneciera por completo. Se sentía cruelmente herido por sus indiferencias pasajeras. A menudo estaban juntos: ella no le escuchaba, y le dejaba hablar solo y meditar sobre el pasado; entonces él se callaba, creyéndose despreciado, y de pronto cambiaba su amor en desprecio. «Mi corazón se ha engañado —pensaba—; esta mujer no es digna de mí: ha vivido ya demasiado para corresponder a mi cariño».

Nunca, sin embargo, llegaron a reñir de veras. Entre ellos, el estado de guerra era latente. A veces cruzaban algunas palabras amargas que les abatían y desesperaban.

—Tienes los ojos enrojecidos —solía decir Guillermo a Magdalena—. ¿Por qué te ocultas para llorar?

—Te engañas: yo no lloro —respondía la joven, tratando de sonreírse.

—No; no me engaño —replicaba él—: algunas veces, por la noche, te oigo llorar. ¿Te crees desgraciada a mi lado?

Con la cabeza Magdalena decía que no, al mismo tiempo que procuraba sonreírse. Entonces el joven la cogía por las manos, trataba de calentarlas entre las de él, y como esas manos permanecían frías e inertes, él las soltaba, exclamando:

—Soy un amante desgraciado, ¿no es verdad?... No sé hacerme amar. Hay personas a quienes no se olvida nunca.

Esta alusión hería dolorosamente a Magdalena.

—Eres cruel —replicaba amargamente—. No ignoro lo que soy, y por eso lloro. ¿Qué te imaginas tú, Guillermo?

Bajaba la cabeza, y añadía:

—Más valdría que conocieras mi pasado. Por lo menos, sabrías a qué atenerme, y no soñarías en más deshonor del que en realidad hay... ¿Quieres que te lo diga todo?

A esto se oponía tenazmente, estrechando entre sus brazos a su querida, y pidiéndole perdón. Esta escena, que se repetía con frecuencia, no pasaba de ahí; pero, una hora después, volvían a caer, él en la desesperación egoísta de no poseerla por completo, y ella en el temor de ser nuevamente herida en su dignidad.

Otras veces, Magdalena se arrojaba al cuello de Guillermo, y lloraba a todo llorar. Estas crisis de lágrimas inexplicables eran aún más penosas para el joven. No se atrevía a interrogar a su querida; la consolaba hasta hacerla enjugar el llanto, y la hacía tomar una actitud dura e implacable. Entonces ella se negaba a responder, y era necesario que su amante se enterneciera hasta el punto de sollozar, para que cayesen el uno en brazos del otro y se desesperaran y se consolaran mutuamente. Sin saber por qué, estaban muy tristes; parecíales que aspiraban la desgracia, y que eran aplastados por una pesadumbre lenta y continua.

Era una situación sin salida. Se necesitaba una explicación franca. Magdalena

retrocedía, y Guillermo era muy débil. De esta manera vivieron por espacio de un mes.

Guillermo había comprado un magnífico marco para el retrato de Jacobo; retrato que, colocado en la alcoba de los amantes, turbaba a Magdalena. Cuando se acostaba, le parecía que los ojos del muerto la veían subir a la cama. Por la noche le sentía en el cuarto, y ahogaba sus besos para que él no los oyera. Cuando se vestía, por la mañana, se apresuraba a no estar desnuda frente al retrato. Realmente, amaba a aquella imagen, y la turbación que sufría, nada tenía de dolorosa. Sus recuerdos se habían amortiguado, y ya no pensaba en Jacobo como amante, sino como amiga avergonzada del pasado. Era más púdica para él que para Guillermo, y padecía realmente al hacerle testigo de sus nuevos amores. A veces se creía en el deber de pedirle perdón, y se consolaba contemplando el retrato. Los días en que había llorado o en que reñía con su amante, miraba a Jacobo con más ternura que de ordinario.

Tal vez Magdalena habría acabado por llorar delante de la imagen como una viuda inconsolable, si un acontecimiento no hubiera venido a sacarlos, a ella y a Guillermo, de la triste existencia que llevaban. Un mes más, y hubieran maldecido el día de su encuentro.

Guillermo recibió de Véteuil una carta en que le llamaban a toda prisa. Su padre estaba moribundo. Magdalena, emocionada con el dolor de Guillermo, abrazó a este cariñosamente, y durante una hora no se separaron.

Guillermo, completamente trastornado, partió, diciendo a Magdalena que le escribiría y que le esperara.

## V

El señor de Viargue había muerto. Habían ocultado la verdad a Guillermo, para amortiguar el golpe de la triste noticia.

Las circunstancias en que acaeció esa muerte hicieron estremecer largo tiempo a los criados de la Noirade. La víspera, el conde se había encerrado, como de costumbre, en su laboratorio. Alguna sorpresa causó a Genoveva el no verle bajar por la noche; pero no se alarmó, porque a veces solía subir provisiones, y no le llamaban para comer. Aquella noche, sin embargo, Genoveva tuvo el presentimiento de una desgracia; la ventana del laboratorio, de la cual de ordinario salía una claridad refulgente, estaba a oscuras.

Al día siguiente, Genoveva, inquieta, fue a escuchar en la puerta. No se oía nada, ni el menor ruido, ni siquiera un soplo. Asustada con este silencio, llamó, y no le contestaron. Entonces se fijó en que la puerta solo estaba entornada, lo cual concluyó por asustarla, porque el conde solía encerrarse a machamartillo. Entró. En el centro de la habitación estaba el cadáver del señor de Viargue, boca arriba, con las piernas estiradas, los brazos abiertos y crispadas las manos; en la cara, echada hacia atrás, tenía multitud de placas lívidas, y en el cuello grandes manchas amarillentas. Al caer, el cráneo había chocado en el pavimento; un hilillo de sangre corría hasta debajo del horno, en donde formaba una lagunita. La agonía solo debió durar unos cuantos segundos.

Al ver el cadáver, Genoveva retrocedió dando un grito. Arrimada al muro, balbuceó una plegaria incoherente. Lo que más la aterraba eran las manchas que el cadáver tenía en la cara y en el cuello, y que, al parecer, eran magulladuras: el diablo había, por fin, estrangulado a su amo, como lo probaba la huella de sus dedos. Ya hacía mucho tiempo que Genoveva esperaba este desenlace; así es que cuando veía al conde encerrarse, murmuraba: «Todavía va a invocar al maldito; Satán le hará alguna mala partida; la noche menos pensada le cogerá por el cuello para arrebatarse el alma». Su predicción se había realizado, y temblaba pensando en la terrible lucha que habría precedido a la muerte del herético. En su ardiente imaginación veía al diablo, negro y velludo, saltando al cuello de su víctima, arrancándole el alma y desapareciendo por el cañón de la chimenea.

El grito que acababa de lanzar había llamado la atención de los criados. Estas pobres gentes, cuidadosamente escogidas por el señor de Viargue entre los aldeanos más estúpidos de la comarca, creyeron con Genoveva que su amo había muerto en lucha con el demonio. Sacaron de allí el cadáver, y le acostaron en la cama, no sin el temor de ver salir algún animal inmundo de la negra y abierta boca del cadáver.

En muchas leguas a la redonda quedó fuera de duda que el conde era brujo y que Satán se lo había llevado. El médico que vino a certificarla muerte, la explicó de otra

manera. En el aspecto de las manchas lívidas que tenía la piel, comprendió que había habido envenenamiento, y su curiosidad de sabio se fijó detenidamente en las amarillentas, no determinadas aún por la acción de tóxico alguno conocido, y con razón creyó que el viejo químico se había envenenado con un agente nuevo por él descubierto en sus largas experiencias. Este médico era un hombre prudente; por amor a la ciencia, dibujó las manchas y guardó para sí el secreto de esta muerte violenta. Atribuyó la muerte a un caso de apoplejía fulminante, para evitar el escándalo que sin duda habría suscitado la declaración del suicidio del señor de Viargue. Siempre hay interés en conservar pura la memoria de los ricos y de los poderosos.

Guillermo llegó una hora antes del entierro, y fue muy grande su dolor. Siempre el conde le había tratado con frialdad, y al perderle no podía sentir desgarrarse un cariño que realmente no tenía razón de ser; pero el pobre muchacho se hallaba entonces en un estado de espíritu tan febril, que vertió abundantes lágrimas. Después de los días inquietos y penosos que acababa de pasar con Magdalena, cualquier disgusto le bastaba para llorar. Quizá dos meses antes ni siquiera habría sollozado.

Al volver del entierro, Genoveva le hizo subir a su cuarto. Allí, con su implacable crueldad de fanática, le dijo que se había hecho reo de sacrilegio permitiendo enterrar a su padre en sagrado. Brutalmente, y a su manera, le refirió la historia de aquella muerte, por ella atribuida al diablo. Tal vez no le habría dado estos pormenores cuando aún estaba casi abierta la tumba del conde, a no ser por el deseo de arrancar al joven la promesa de no hacer jamás pacto con el infierno. Guillermo juró todo cuanto ella quiso. La escuchaba atontado y sumido en el más profundo dolor, sin comprender por qué le hablaba de Satanás, y volviéndose loco al oír el relato de aquel combate entre su padre y el demonio. Oyó sin rechistar lo que le dijo de las manchas que el cadáver tenía en la cara y en el cuello, sin atreverse a dar crédito a los pensamientos que le asaltaban.

En este momento le avisaron que una persona deseaba hablarle. Guillermo encontró en el vestíbulo al médico que había certificado el fallecimiento. Entonces este, a vuelta de mil disculpas, le dijo toda la verdad, y añadió que si le era permitido ocultar al público el suicidio, tenía el deber de manifestárselo al hijo del difunto. Guillermo, helado por semejante confidencia, dio gracias al médico por su conducta. Ya no lloraba; pero creía estar al borde de un abismo insondable.

Iba a retirarse, tambaleándose como los borrachos, cuando el médico le detuvo. Este personaje no había ido, como decía, a anunciarle la verdad. Impulsado por el deseo irresistible de entrar en el laboratorio del conde, comprendía que para lograrlo no se le presentaría ocasión más propicia: el hijo iba a introducirle en aquel santuario que el padre le había cerrado siempre.

—Dispensadme —dijo a Guillermo—, si os distraigo con estas cosas en este momento; pero temo que mañana ya no sea tiempo de dedicarnos a ciertas investigaciones. Las manchas por mí observadas en el señor de Viargue eran de tal

clase, que desconozco absolutamente el veneno que ha podido producirlas... Os ruego que me autoricéis para visitar la habitación en que ha sido hallado el cadáver, y tal vez pueda daros noticias más precisas sobre la causa de la muerte de vuestro padre.

Guillermo pidió la llave del laboratorio, y subió con el médico, como hubiera ido a cualquier otra parte, a las cuadras o a la cueva, sin sorprenderse y casi sin saber lo que hacía.

Cuando entró en el laboratorio, se quedó estupefacto ante el aspecto de aquella pieza. Un estremecimiento le hizo salir de su estupor, y entonces observó que aquella sala estaba completamente transformada. Hacía tres años, cuando su padre le había llamado para prohibirle que estudiara y que trabajara, el laboratorio estaba limpio y bien arreglado; los ladrillos de los hornos relucían; el cobre y la cristalería de los aparatos estaban también relucientes; en las tablas adosadas a las paredes había multitud de botes, frascos y recipientes de todas clases; sobre la mesa, en el centro, se destacaban enormes libros abiertos y paquetes de hojas manuscritas. Recordaba también la respetuosa sorpresa que le produjo la vista de aquel taller de estudio, atestado, por decirlo así, metódicamente, de un mundo de objetos.

Allí dormían los frutos de una larga vida de trabajo; los secretos preciosos de un sabio que había estudiado la naturaleza durante más de medio siglo, sin querer comunicar a nadie los resultados de su ardiente curiosidad. Guillermo, al entrar en el laboratorio, creyó que iba a encontrar en sus respectivos puestos los aparatos y las planchas, los libros y los manuscritos, y halló una verdadera ruina. Parecía que un ciclón había entrado en el laboratorio, y todo lo había trastornado y roto: el horno, ennegrecido por el humo, parecía haber estado inactivo durante algunos meses, y el montón de cenizas que en otros tiempos lo llenaba, estaba esparcido por el suelo; el cobre de los alambiques se había torcido, y rotos estaban los cristales; los frascos y los botes de los estantes, rotos en mil pedazos, se apilaban en un rincón, a la manera que esos cascotes de botellas que hay en ciertas callejuelas; las tablas de los estantes estaban violentamente arrancadas de sus encajes; en cuanto a los libros y manuscritos, desgarrados y a medio quemar, estaban amontonados en otro rincón.

Y aquellas ruinas no databan de la víspera; el laboratorio había sido destrozado hacía largo tiempo; del techo pendían largas telas de araña, y una espesa capa de polvo cubría los restos por allí esparcidos.

A la vista de tanto destrozo, Guillermo se acongojó. Adivinaba lo que había ocurrido. En otro tiempo, su padre le había hablado con amarga ironía de la ciencia. Sin duda era para él una querida lúbrica y cruel, que le contrariaba en todo, y por amor a ella, y por desprecio a las gentes, no quería que nadie la poseyera después que él.

Y Guillermo se imaginaba, como si lo estuviera viendo, aquel día en que el sabio, lleno de rabia, había devastado el laboratorio. Le veía dando puntapiés a los alambiques, rompiendo los frascos, arrancando las tablas, rompiendo y quemando los



manuscritos. Una hora, algunos minutos tal vez habían bastado para aniquilar todas las investigaciones hechas durante toda una vida. Después, cuando ya no quedaban en pie ni uno solo de sus descubrimientos, ni una sola de sus observaciones; cuando se había encontrado solo, de pie, en medio de su laboratorio en ruinas, debió sentarse y enjugarse la frente con extraña y terrible sonrisa.

Lo que más estremecía a Guillermo era el pensar en las atroces temporadas que aquel hombre había pasado en el fondo de aquella pieza, de aquella tumba en que yacían su vida, su trabajo y sus amores. Durante meses enteros se había encerrado, como siempre, sin tocar a nada, paseándose a lo ancho y a lo largo, perdido en el caos con que había soñado. Con los pies aplastaba los pedazos de sus queridos instrumentos, apartaba desdeñosamente los fragmentos de sus manuscritos, los trozos de los frascos que aún contenían partículas de los cuerpos analizados o descubiertos por él; o acabada la obra de destrucción, vertía un bote aún lleno, y daba un último puntapié a un aparato cualquiera. ¡Qué pensamientos de supremo desdén y qué amor a la muerte no habrían bullido en aquel cerebro poderoso durante las largas horas que, ocioso y cabizbajo, había vivido entre las ruinas voluntarias de su obra!

Nada quedaba ya. Guillermo, recorriendo la sala, encontró, sin embargo, un objeto respetado por la mano de su padre: era una especie de armario incrustado en el muro, una pequeña biblioteca, que contenía frascos llenos de líquidos de diversos colores. El conde, que se ocupaba mucho en toxicología, había encerrado allí los venenos rápidos, aún desconocidos, pero descubiertos por él. La biblioteca provenía de un salón del piso bajo, en que Guillermo recordaba haberla visto: era de madera de las islas, con adornos de cobre en los ángulos, y muy bien pintada en los costados. Este precioso mueble, rica y maravillosamente construido, no habría estado fuera de su sitio en el tocador de una dama. El conde, con un dedo mojado en tinta, había escrito la palabra *veneno* en cada frasco.

Guillermo lamentó la ironía atroz que su padre había empleado en la perfecta conservación de aquel armario y de su contenido. Toda la vida y toda la ciencia del conde se habían encaminado a eso, a tener algunos frascos de venenos nuevos. Había destruido sus otros descubrimientos, los que habrían podido ser útiles, y de sus profundas investigaciones no legaba a la humanidad sino agentes de sufrimiento y de muerte. Esta bofetada dada al saber, esta burla siniestra, ese desprecio a los hombres, esa confesión suprema de dolor, revelaba bien a las claras cuál había sido la agonía de aquel hombre que, después de cincuenta años de estudios, parecía no haber encontrado, en el fondo de sus retortas, sino algunas gotas de la droga con que se había envenenado.

Guillermo retrocedió hasta la puerta. El espanto y el disgusto le empujaban hacia fuera. Aquella pieza sucia, llena de restos sin nombre, con sus telas de araña y su polvo espeso, exhalaba un olor fétido que le asfixiaba. Los inmundos montones de papeles viejos y de cascos arrojados en los rincones, eran para él las basuras de aquella ciencia de que el conde le había apartado, y que desdeñosamente había

barrido antes de morir, como se arroja por la puerta a una vil criatura a quien se ama, con desprecio impregnado aún de ciertos deseos. Y creía oír, cuando se fijaba en el armario de los venenos, la risa dolorosa del viejo químico, pensando meses enteros en su suicidio. Después, allí, en medio del laboratorio, veía, temblando, el hilillo de sangre que había salido del cráneo de su padre, y que había llegado hasta el horno. Aquella sangre empezaba a coagularse.

A todo esto, el médico no dejaba de husmear. Desde el dintel todo lo había adivinado, y se había puesto furioso.

—¡Qué hombre! ¡Qué hombre! —murmuraba—. Todo lo ha destruido, todo lo ha arrasado... ¡Ah! Si yo hubiera estado aquí, le habría sujetado como a un loco furioso.

Y volviéndose hacia Guillermo, dijo:

—Vuestro padre tenía mucho talento. Debe de haber hecho admirables descubrimientos. ¡Y ved lo que de ellos ha dejado!... ¡Eso es una locura, una verdadera locura!... ¿Comprendéis que un sabio, que habría podido ser del Instituto, haya preferido guardar para él solo sus trabajos?... Todavía, si cae en mis manos alguno de sus manuscritos, lo publicaré, con honor para él y para mí.

Fuese a rebuscar en los montones de papeles, sin temor al polvo que los cubría.

—¡Nada, ni una página completa! —exclamaba—. Yo no he visto un loco semejante.

Cuando hubo examinado el montón de papeles, pasó al montón de vasijas rotas. En los destrozados fondos de los frascos quería sorprender los secretos del químico. Desesperado por no descubrir cosa alguna, volvióse al centro del laboratorio. Estaba furioso. Entonces fue cuando vio el armario de los venenos, y, dando un grito de alegría, se encaminó hacia él. Pero la llave no estaba en la cerradura, y se contentó con ver los frascos a través de los cristales.

—Caballero —dijo, dirigiéndose a Guillermo—, os ruego que me permitáis analizar esas materias... Os hago esta súplica en nombre de la ciencia, y en nombre de la memoria del señor de Viargue.

Con un movimiento de cabeza, Guillermo llamó la atención del médico hacia los restos que cubrían el suelo, y después le dijo:

—Ya lo veis: mi padre no ha querido dejar huella alguna de sus trabajos. Esos frascos no saldrán de ahí.

El médico insistió; pero no pudo quebrantar la resolución de Guillermo. De nuevo se puso a recorrer el laboratorio, cada vez más desesperado. Al encontrarse con el reguerillo de sangre, se detuvo, y preguntó si aquella sangre era del señor de Viargue. Ante la respuesta afirmativa de Guillermo, el semblante del médico se iluminó. Arrodillóse junto a la laguna que se había formado debajo del horno, y allí, cuidadosamente, con la punta de las uñas, trató de despegar un cuajarón ya casi seco. Esperaba, sometiendo esta sangre a un minucioso análisis, descubrir el agente tóxico que el conde había empleado.

Tan pronto como Guillermo comprendió el objeto del trabajo emprendido por el

médico, se acercó a él, le cogió por los brazos, y con los labios temblorosos, le dijo:

—Venid. ¿No veis que me ahogo? No es lícito turbar la paz de los muertos. Dejad esa sangre; os lo mando.

De muy mala gana, el médico soltó el cuajarón. Advertido por Guillermo, salió, no sin protestar. Guillermo, que le estaba esperando con verdadera impaciencia, respiró, por fin, cuando llegó al corredor. Cerró la puerta del laboratorio, resuelto a cumplir la palabra que a su padre había dado de no volver a poner allí los pies.

En el salón del piso bajo encontró al Juez de paz de Véteuil. Con cierta cortesía, este personaje le dijo que venía a sellar los papeles del muerto, a no ser que le presentara un testamento en regla. Hasta tuvo la delicadeza de advertir a Guillermo que conocía el grado de parentesco que tenía con el difunto, y que no dudaba de la existencia de un testamento enteramente a su favor. Terminó su discursillo con una graciosa sonrisa: el testamento estaría, indudablemente, en el fondo de algún cajón; pero la ley era la ley, porque podía haber legados de carácter particular, y era preciso esperar.

Guillermo cerró la boca a aquel hombre, mostrándole un testamento que le instituía legatario universal. El conde había esperado que su hijo fuera mayor de edad para poder adoptarle y transmitirle su nombre; y como la adopción implicaba la necesidad de legar, había podido considerar a su hijo natural como a hijo legítimo. El juez de paz se deshizo en excusas; repitió que la ley era ley, y se retiró dando el nombre de De Viargue a aquel a quien, pocos momentos antes, había nombrado señor Guillermo a secas, aunque no ignoraba el derecho que tenía a llevar el nombre de su padre adoptivo.

En los días siguientes, Guillermo estuvo ocupadísimo. No le dejaron ni un momento para pensar en su nueva posición. De todas partes recibía pésames, peticiones y ofertas de servicios. Tomó la determinación de encerrarse en su cuarto, después de encargar a Genoveva que despachase a la numerosa gente que le importunaba. El conde, en su testamento, había dejado a la vieja una renta que le permitiría pasar tranquilamente el resto de su vida. Pero casi se había enfadado; no quería aceptar el dinero, y decía que por modo alguno pensaba en abandonar sus quehaceres. En realidad, Guillermo estaba muy contento por haber hallado alguien a quien confiar los cuidados materiales de la vida. Su carácter débil era el reverso de la actividad; las cosas más nimias de la existencia eran para él obstáculos casi insuperables.

Cuando volvió a quedarse solo, se entristeció. No sosteniéndole ya la fiebre, se sentía aplastado por un sombrío desfallecimiento. Durante algunos días echó en olvido el suicidio de su padre; pero después volvió a pensar en él. Aquel drama reciente se enlazaba fatalmente con la larga serie de males que ya le habían torturado. Recordaba con amargura la casualidad de su nacimiento, su juventud febril y medrosa, su infancia de mártir, su vida entera sumida en el dolor. ¡Y aún venía su padre a turbarle con el horror de su muerte violenta y la ironía de sus negaciones!

Todos estos lamentables hechos contrariaban en gran manera a Guillermo, y le envolvían en una atmósfera asfixiante. Llegaba a considerarse como víctima del acaso, y hubiera comprado a cualquier precio la sombría tranquilidad del olvido. Cuando se vio dueño de una fortuna y obligado a desempeñar su papel de hombre, acrecentáronse sus dudas y sus temores; no conocía el mundo, y temblaba ante el porvenir, pensando en las nuevas amargas que le esperaban.

Se creyó muy desgraciado, y esto aumentó su amor por Magdalena. Volvió a pensar en ella con una especie de devoción religiosa. «Solo ella —se decía— sabe lo que valgo y cuán digno soy de ser amado». Si hubiera reflexionado mejor, habría descubierto en sí mismo un miedo secreto a esas relaciones con una mujer de quien desconocía el pasado, y tal vez habría retrocedido, recordando la historia de su propia madre. Pero era tal la necesidad que tenía de ser amado, que se lanzaba ciegamente en el amor del único ser que aún podía darle algún cariño y cierta tranquilidad. Todos los días escribía extensamente a Magdalena, quejándose de su aislamiento, y jurándole que su separación terminaría pronto. Por fin, se resolvió a ir de nuevo a encerrarse con su querida en el pabellón de la calle Boulogne; si bien, recordando los malos días que allí había pasado, temió no volver a gozar de su primera felicidad. Y al día siguiente escribió a Magdalena para que viniera a Véteuil.

Agradó en extremo a Magdalena esta determinación. También ella temía la soledad del pabellón, impregnado del recuerdo de Jacobo. Estaba desesperada. Desde la primera noche en que se quedó sola, había guardado el retrato de aquel hombre, cuyo recuerdo tenía siempre presente. Si le hubiera tenido de continuo a la vista en su alcoba, a pesar de que podía hacerlo libremente, hubiera creído que todas las noches se entregaba a un fantasma. Llegó hasta enfadarse con Guillermo porque la dejaba en una casa habitada por su primer amante. Al cerrar la puerta del hotelillo para ir en busca de Guillermo, experimentó verdadera alegría; se le figuraba que dejaba allí encerrado el espectro de Jacobo.

Guillermo la esperaba en Mantes. La alejó unos cuantos pasos de la estación para exponerle el plan de su nueva vida. Ella aparentaría venir de temporada al país, y él le alquilaría el pabellón sito en el extremo del parque, en donde podría verla cuando quisiera. Magdalena meneó la cabeza, le repugnaba volver a vivir en casa de su amante, y buscaba pretextos para rehusar el ofrecimiento que se le hacía. Le dijo que serían menos libres viviendo casi en el mismo departamento; que esto daría motivo a murmuraciones, y que era mil veces preferible que la dejara vivir sola en una casita próxima a la Noirade. El joven comprendió la prudencia de estas reflexiones, recordando el escándalo que en otro tiempo habían causado en el país las relaciones del conde con la mujer del notario. Quedó acordado por ambos que él volvería solo en el *cabriolet* en que había ido, y que ella tomaría la diligencia para entrar en Véteuil como forastera. En cuanto hubiera elegido habitación, debería avisar a Guillermo.

Magdalena tuvo la buena fortuna de encontrar inmediatamente lo que buscaba. El dueño del hotel en donde se detuvo tenía, a un cuarto de legua de la Noirade, una

especie de granja, con un palacete burgués aún no habitado por el propietario, que lloraba el dinero que había gastado en construirlo. Tan luego como Magdalena, la noche misma de su llegada, indicó su deseo de quedarse en el país, si encontraba en las cercanías de la villa una vivienda que la gustase, el dueño del hotel le ofreció su casa. Al día siguiente fue a verla. Era un pabellón de un solo piso, con cuatro piezas; las lluvias del último invierno, casi no habían deslucido la blancura de los muros exteriores; un seto vivo servía de cerco al jardinillo reservado; más allá, a un tiro de fusil, estaba la granja, en que había varios edificios, de donde salían los cantos del gallo y los balidos del ganado. A Magdalena agradó mucho este hallazgo, tanto más, cuanto que el pabellón estaba amueblado, y podía instalarse en él inmediatamente. Lo alquiló en quinientos francos por seis meses, calculando que aún le quedaban fondos para el gasto diario durante esa temporada. Tarareaba al desocupar sus maletas, y tenía ganas de reírse y correr como una chiquilla. Al contemplar aquella casita, con el tejado rojo, las persianas grises, blanca y sonriente, entre el verde follaje, se decía: «Me parece que voy a ser aquí muy dichosa».

A eso de las nueve de la noche recibió la visita de Guillermo, a quien había escrito por la mañana. Le hizo los honores de la casa con una especie de infantil alegría, paseándole por todos los rincones, y sin pasar por alto ni un armario. A pesar de que la noche estaba oscura, le hizo visitar el jardín. «Allí —decía con cierta vanidad— hay fresas; allí violetas; aquí me parece que hay rábanos». Guillermo no veía nada; pero, a favor de la sombra, tenía cogida por el talle a Magdalena, la besaba en sus desnudos brazos, y se reía con sus risas. Al llegar al fondo del jardín, Magdalena dijo con cierta gravedad: «Por este lado he visto una abertura en el seto, y, para que no me comprometáis, es preciso que entréis por esa abertura cuando vengáis a verme». Y, quieras que no quieras, el joven tuvo que ensayar si podía pasar por allí. Hacía ya mucho tiempo que los jóvenes amantes no habían tenido momentos tan dichosos.

Magdalena no se había engañado: debía de ser dichosa en aquel apartado rincón. Sentía en el corazón un nuevo amor, amor franco y riente de colegial. El retrato de Jacobo dormía en el fondo del hotel de la calle Boulogne, en donde le había encerrado con todos sus recuerdos. A veces se le figuraba que acababa de salir del colegio: tan franca era su sonrisa, y tan indolente su espíritu. Lo que más le encantaba era vivir en casa propia, y solía decir: «Mi casa, mi cuarto», con infantil alegría; era muy hacendosa; calculaba el precio de los platos que comía, y se preocupaba con el alza de los huevos y de la manteca. Nunca Guillermo le daba más contento que cuando aceptaba sus invitaciones para comer; entonces, hasta le prohibía llevar frutas de la Noirade, porque deseaba pagar ella todos los gastos, y gozaba con dar sin recibir. Desde entonces pudo amar a Guillermo de igual a igual, libremente: ya no era la mujer entretenida. «Me entrego; pero no me vendo», pensaba.

Esa es precisamente la explicación de las ternuras de sus nuevos amores. Guillermo quedó sorprendido y encantado al hallar en Magdalena una mujer

desconocida. Hasta entonces había sido su querida; ahora era su amante. O, lo que es lo mismo: hasta entonces la había amado en casa de él; en adelante iba a amarla en casa de ella. Esta diferencia era el colmo de la felicidad.

Sin saber por qué, era menos libre en la casita de Véteuil que en el pabellón de la calle Boulogne; no se tenía por amo de la casa, y se mostraba más agradecido que antes a las caricias con que Magdalena le favorecía. Había en sus relaciones menos brutalidad. Su espíritu, dado a las afecciones respetuosas, se gozaba de una manera especial en los matices de esta nueva situación. Le gustaba entrar en casa de una mujer en calidad de amante libremente escogido; en esa casa encontraba un perfume desconocido de elegancia y de gracia y un ambiente tibio que no había en la Noirade. Además, tenía que entrar allí ocultándose, por temor a las malas lenguas; iba por senderos extraviados, o a campo travieso, sobre tierras laborables, mojándose los pies con el rocío de los prados, tan feliz como el colegial que «hace novillos». Cuando se creía observado, fingía estar cogiendo hierbas o flores, y de nuevo emprendía su caminata, inquieto, anhelante, y gozoso de antemano con sus próximas alegrías. Y cuando llegaba, después de haberse deslizado como un merodeador por la abertura del seto de espinos, se arrojaba en brazos de Magdalena, que le esperaba, y que le llevaba al fondo de la casa, en donde le ofrecía sus labios y sus mejillas, lejos de los curiosos. Esta escapatoria, esta caminata y este abrazo de bienvenida, le encantaban cada día más. Si hubiera sido más libre, tal vez se habría cansado antes.

Cuando se encerraban, Guillermo se complacía en pensar que su felicidad era por todos ignorada. Cada visita era para él una aventura encantadora, una cita dada por una joven prudente. Ya no se acordaba de los meses pasados en la calle Boulogne. Además, ya no era Magdalena la misma mujer de antes; ya no soñaba; estaba despierta, seguía amándole; le amaba de oculto, como la mujer que tiene que guardarse; le recibía con súbitos rubores en la alcoba, donde él no se quedaba a dormir y cuyo olor particular le causaba en cada visita una emoción profunda. Nada de lo que había en esa habitación era de él, ni siquiera las zapatillas.

Esta agradable vida duró toda la temporada. Los días se sucedieron en medio de una paz dichosa. Los amantes se felicitaban mutuamente por la dicha que su amor les proporcionaba, así como otras veces habían estado a punto de reñir por lo desgraciados que recíprocamente se hacían.

Magdalena había alquilado la casita hacia mediados de abril. Del campo no conocía más que algunos sitios de los alrededores de París. Vivir toda una estación en pleno campo, fue para ella una alegría fuerte y sana. Vio florecer los árboles y madurar los frutos, y presencié con sonriente admiración la labor de la tierra. A su llegada las hojas empezaban a reverdecer; la vega se despertaba con los primeros rayos del sol, aún humedecida por las lluvias del invierno, con la gracia pueril de un niño; y Magdalena sentía en el corazón un soplo fresco y virginal. Después, del cielo bajaron caricias más abrasadoras; ennegreciose el follaje; la tierra se hizo mujer, mujer amorosa y fecunda, cuyas entrañas palpitaban con extraordinaria voluptuosidad

en el trabajo del alumbramiento. Magdalena, refrescada y sosegada por el tibio ambiente de la primavera, conoció que los ardores del estío daban más energía y más fortaleza a la sangre que circulaba por sus venas. De este modo, a la luz del día, recobró la paz y el vigor, a semejanza de uno de esos arbustos destrozados por el invierno, que renacen, que vuelven a ser niños para crecer de nuevo y desplegar sus follajes.

Magdalena tenía necesidad de aire libre, y era aficionada a los paseos largos. Todos los días recorría leguas enteras sin cansarse. Acostumbraba a reunirse con Guillermo en la orilla de un arroyo en que él pescaba cangrejos. Desde allí, sobre la blanda hierba, y poco a poco, ocultos por los árboles, emprendían el paseo por el valle. Junto a ellos corría el riachuelo, un hilo de plata que silenciosamente se deslizaba sobre la arena, y que, de trecho en trecho, tenía una cascada que retumbaba como los ecos de una flauta pastoril. A uno y otro lado se alzaban inmensos troncos de árboles, que parecían cañas de columnas extravagantes carcomidas por el musgo y la yedra, entre los cuales habían crecido las zarzas y formado verdes murallas, que servían de cercos al paseo. El espacio estaba poblado deavecillas, parecidas en el zumbido a los moscardones; de trecho en trecho las ramas se apartaban y dejaban ver, en el fondo de todo este verdor, un pedazo azul del cielo. Guillermo y Magdalena gustaban de este desierto estrecho, de este emparrado natural que no tenía fin, y bajo el cual, durante horas enteras, recorrían todas sus sinuosidades. La frescura del agua y el silencio de los árboles les impregnaban de deliciosa voluptuosidad. Iban cogidos por el talle, y el uno pegado al otro se estrechaban más aún en los parajes donde la sombra era más espesa. A veces retozaban como niños; corrían uno en pos de otro, tan pronto rozándose con las zarzas como cayendo sobre la hierba. De repente, la joven desaparecía, ocultándose detrás de un matorral; su amante, que veía perfectamente una punta de su vestido, fingía buscarla con inquietud, y después, de un salto, la cogía, y juntos se arrojaban en el suelo, riendo a todo reír.

Otras veces, Magdalena decía que estaba helada, y que quería ir por el sol; en la sombra no se hallaba a gusto aquella vigorosa naturaleza. Entonces dejaban a un lado la muralla de zarzas, y se salían al borde de inmensos campos de trigo, cuyas espigas ondulaban, adormecidas por el calor, bajo el cielo del mediodía. El aire era abrasador. Magdalena estaba muy a gusto en este horno caldeado; voluptuosamente dejaba que el sol quemara su cuello y sus desnudos brazos; algo pálida, la frente cubierta de sudor, se dejaba acariciar por el astro del día. Esto, según ella decía, la reanimaba. Pero Guillermo sufría mucho con el calor, y cuando ella le veía jadear, le llevaba de nuevo a la sombra del paseo, a orillas del riachuelo claro y frío.

Y entonces comenzaba de nuevo la caminata llena de encantos, que por un momento había dejado de gozar. De este modo iban hasta una especie de rotonda en que tenían costumbre de pararse a descansar. El paseo se ensanchaba, el arroyo formaba un lago de acerada superficie, y entre los árboles se descubría una vasta extensión del cielo.

En la orilla del lago crecían flexibles juncos, en torno de los cuales abundaba la maleza. Pero la alegría de este retiro salvaje y dulce a la vez, era un manantial que brotaba de una roca. El hilillo de agua salía, serpenteando, del fondo de una gruta llena de plantas trepadoras y entre paredes rezumadas por la humedad.

Guillermo y Magdalena se sentaban allí a escuchar el acompasado ruido de las gotas, que una a una caían de la bóveda. En el ruido de esas gotas había un arrullo y una vaga sensación de sueño y de eternidad, que prestaban indefinibles encantos a los amores de Guillermo y Magdalena, quienes poco a poco iban dejando de hablar, abstraídos en el monótono e incesante gotear del agua, creyendo escuchar los latidos de sus corazones, soñando y sonriendo, con las manos entrelazadas.

Magdalena llevaba siempre algunas frutas. Al despertar de su sueño, partía con sus bellos dientes sus provisiones, dando a morder a su amante albérchigos y peras. Guillermo se extasiaba contemplándola; cada día la hallaba más hermosa, y con sorpresa y admiración veía el desarrollo de salud y de vigor que el aire libre le proporcionaba. La campiña la había transformado en otra mujer. Hasta parecía que había crecido. Sana, vigorosa, fuerte, ancho el pecho, la sonrisa franca, Magdalena era una arrogante muchacha. Su cutis, ligeramente bronceado, había conservado su transparencia. Sus cabellos rojos y casi sueltos caían sobre la nuca formando una sola espesa y brillante trenza. Todo su ser adquiría los tonos de un vigor supremo.

Guillermo no se cansaba de admirar a aquella criatura, con cuyos besos mitigaba la fiebre que le devoraba. Estaba cada vez más sereno, más a sus anchas, por decirlo así; vivía sin zozobras, conforme a la sencillez nativa de su ser, gracias a ese ambiente de soledad y de pleno sol en que sus gracias y su vigor se desarrollaban ampliamente. Durante las largas horas que pasaba en la Fuente —nombre que habían dado a aquel lugar—, el joven contemplaba a Magdalena tendida sobre la hierba y con la nuca enrojecida por el reflejo de sus cabellos; observaba, bajo el ligero vestido, las correctas líneas de sus formas, y a veces, de repente, se abalanzaba a ella para abrazarla con el orgullo que da la posesión. En todo esto no había nada de brutal; eran explosiones de amor puro.

Los días en que los amantes no iban a la Fuente, recorrían en *cabriolet* algunos kilómetros; después, dejaban el carruaje en una posada, y emprendían, a través de los campos, el camino que la casualidad les deparaba. Solían escoger los senderos más estrechos, en busca de lo desconocido. Cuando, al cabo de algunas horas, habían caminado entre doble fila de manzanos, sin encontrar alma viviente, se creían tan felices como el merodeador que rehuye el encuentro del guardabosque. Esas vastas llanuras normandas, terrosas y monótonas, eran para ellos la imagen de sus tiernas caricias; nunca se cansaban de ver el mismo horizonte y los mismos campos. A veces se internaban por las tierras, y entraban en las granjas. Magdalena adoraba a los animales domésticos; una manada de polluelos que picoteaban en torno de su madre, cacareaban y aleteaban, le producía risa para toda una tarde; entraba en los establos para acariciar a las vacas; se encantaba viendo saltar a los cabritillos, y sentía



vivísimos deseos de tener en su casa gallinas, patos, pichones, gansos, y si no fuera por temor a la burlona sonrisa de Guillermo, no habría vuelto a Véteuil sin llevar en su falda alguna bestiecilla. Tenía, además, otra pasión, la de los niños: cuando veía alguno revolcándose, en el corral de una granja, sobre el estiércol, entre las aves, le miraba en silencio, un poco pensativa y con cierta sonrisa; después, involuntariamente atraída, se acercaba y cogía en brazos al chiquillo, sin importársele un ardite que tuviera la cara embadurnada. Pedía leche, en tanto que retenía al rapazuelo, a quien hacía dar brincos, y llamaba a su amante para que viera los ojos de la pobre criatura. Después de beber la leche, se retiraba bien a su pesar, y no sin volver la cabeza para mirar por última vez al chiquillo.

Vino el otoño. Empujadas por el viento helado, negras nubes cruzaban el espacio; la campiña languidecía. Los amantes quisieron ir por última vez a la Fuente. Parecía demasiado triste su soledad. Sobre la hierba caía una verdadera lluvia de hojas amarillentas; la rotonda, completamente abierta, ya no estaba formada más que por los pelados troncos de los árboles, cuyas ramas, desprovistas de hojas, dejaba ver su lamentable desnudez bajo un cielo gris. El lago, y aun la fuente misma, estaban estropeados, deslucidos, a consecuencia de las últimas tempestades. Guillermo comprendió que se acercaba el invierno, y que era preciso renunciar a los paseos. Y contemplando a Magdalena, pensaba con tristeza en esta muerte del estío. La joven, sentada enfrente de él, abstraída, entreteníase en hacer pedazos algunas de las ramas caídas sobre el musgo.

Desde la víspera tenía Guillermo el propósito de ofrecer su mano y su nombre a Magdalena. Esta idea había nacido en él una tarde, en una granja, viendo a Magdalena con qué ternura acariciaba a un niño. No quería tener un hijo bastardo, si por acaso alguna vez Magdalena quedaba en cinta. La palabra *bastardo* traía a su memoria los recuerdos de su infancia, que le espantaban.

Por otra parte, parecía que todo se conjuraba fatalmente para impulsarle al matrimonio. Como en otro tiempo decía a Jacobo, debía de amar a una sola mujer, la primera que encontrase; y debía amarla con todo su ser y no apartarse nunca de este amor, por miedo al cambio, por temor a lo desconocido. Se había entregado por completo a Magdalena, y puesto que así estaba a gusto, no quería abandonarla. Era un asilo en que se había refugiado para toda su vida. El matrimonio no haría más que legitimar una unión que él tenía ya por eterna.

Si pensaba en apresurar el desenlace previsto, era ante la idea de que pudiera tener un hijo. Además, el invierno se acercaba: tendría frío en el fondo de su gran castillo desierto, y necesitaba aspirar el aliento cálido de su amante. En esos meses helados tendría que desafiar la lluvia para llamar a la puerta de Magdalena. Por el contrario, ¡qué alegría más dulce, si vivieran ambos en la misma casa!

Pasaría los días malos al amor de la lumbre; tendrían una luna de miel friolera en una alcoba cerrada, de donde no saldrían hasta la primavera para tomar el sol. Entraba por mucho en su resolución el ardiente deseo de amar a Magdalena sin temor

al qué dirán, y darle una prueba de estimación, que seguramente sería agradecida. Tenía por cosa indudable que, viviendo en la intimidad, mutuamente comprometidos, pondrían término a sus inquietudes y a sus sufrimientos.

Sin embargo, en el fondo del proyecto acariciado por Guillermo palpitaba un vago sentimiento de temor, que le traía desasosegado. En los últimos meses que acababan de transcurrir, nunca había pensado en los terrores del porvenir en que el suicidio de su padre le había hecho pensar; su vida no era penosa; su amor, después de tantos contratiempos, le servía de reposo, y mitigaba sus pesares y sus sufrimientos. Y era porque ahora vivía del presente, de las horas que transcurrían, cada una de las cuales le traía un goce particular. Pero desde que pensaba en el día siguiente, lo desconocido de ese día siguiente le daba fiebre. Tal vez, sin quererlo, temblaba ante un compromiso eterno con una mujer de quien aún desconocía la historia. De todos modos, estaba algo turbado y vacilante entre sus deseos y su corazón.

Había ido a la Fuente resuelto a hablar. Pero los árboles estaban tan desnudos y el cielo tan triste, que se callaba, tiritando a impulsos de los primeros soplos del invierno. También Magdalena tenía frío; con un pañuelo en el cuello y los pies envueltos en su falda, seguía rompiendo en pedazos las ramas secas que había sobre el musgo, sin saber lo que hacía, contemplando en silencio las nubes cargadas de lluvia que ennegrecían el horizonte. Por fin, en la hora del regreso, Guillermo le comunicó su proyecto: su voz temblaba un poco; parecía que solicitaba un favor.

Con sorpresa, casi con espanto, la joven le escuchó.

—¿Por qué no seguir siendo lo que somos? —dijo Magdalena—. Yo no me quejo; soy muy dichosa... No nos amaremos más porque estemos casados... Tal vez atentaremos contra nuestra felicidad.

Y viendo que él iba a insistir, añadió:

—Resueltamente, no. Eso me da miedo.

Se echó a reír para atenuar la dureza de sus palabras. Ella misma se admiraba de haberlas dicho y acentuado. La verdad era que se rebelaba contra la proposición de Guillermo; se le figuraba que le pedía algo imposible, sin recordar que ya había pertenecido a otro hombre. Había empleado la voz y el ademán de una mujer casada a quien un amante rogara que viviera maritalmente con él. Si no se hubiera creído obligado a defender sus amores, tal vez Guillermo, contrariado, habría retirado su ofrecimiento. Pero fue cobrando ánimo a medida que hablaba, y no tardó en olvidar el desencanto que había experimentado ante la negativa de su querida; así es que tuvo palabras dulces y cariñosas para pintar el cuadro de la excelente vida que pasarían casándose. Hablaba con el corazón en la mano, en actitud suplicante y de adoración.

—Soy huérfano —decía—, y no tengo en el mundo a nadie más que a ti. No te niegues a unir tu vida a la mía, porque si no creeré que el cielo continúa persiguiéndome con su cólera, y que no me amas bastante para colmar mi felicidad. ¡Nadie mejor que tú sabe cuánto necesito tu cariño! ¡Solo tú me has tranquilizado!

¡Solo tú me has acogido en tus brazos! Y hoy no sé cómo darte gracias, y te ofrezco todo cuanto tengo, que es nada en comparación a los felices momentos que me has dado y que todavía me darás. ¡Vamos! ¡Ya sé que siempre te seré deudor de todo eso, Magdalena! Nosotros nos amamos, y el matrimonio no acrecentaría nuestro amor, pero nos dejará amarnos libremente. ¡Y cuán dichosa será nuestra existencia! Una existencia de paz y de orgullo, una confianza sin límites para el porvenir, un cariño constante... ¡No me lo niegues, Magdalena!

La joven escuchaba, presa de cierto malestar, con mal contenida impaciencia, que pugnaba por tornarse en sonrisa. Cuando su amante hubo acabado la plegaria, Magdalena, con la garganta apretada por la emoción que la iba invadiendo, no pudo articular ni una sola palabra. Después dijo:

—Sin embargo, tú no puedes casarte con una mujer cuya historia te es desconocida... Es preciso que te diga quién soy, de dónde vengo, y lo que he hecho antes de conocerte.

Guillermo se levantó y le tapó la boca con la mano.

—¡Cállate! —dijo, con una especie de terror—. Yo te amo, y no quiero saber más... Te conozco perfectamente. Quizá eres mejor que yo, y seguramente tienes más fuerza de voluntad que yo. Tú no sabrías ser mala. El pasado ha muerto; yo te hablo del porvenir.

Magdalena luchaba con su ternura infinita y su fe absoluta. Cuando pudo hablar, dijo:

—¡Óyeme; tú eres un niño, y es preciso que yo razone por ti!... Eres rico, joven, y algún día me echarías en cara el haber yo aceptado tan pronto tu ofrecimiento... Yo no tengo nada, soy una pobre muchacha pero tengo que conservar mi pundonor, y no quiero que algún día me acuses de que he entrado como intrigante en tu casa... Ya ves si soy franca... Puedo ser para ti una querida adorable; y si llegara a ser tu mujer, al día siguiente me dirías que debías haberte casado con una mujer mejor dotada y más digna que yo.

Si Magdalena se hubiera propuesto avivar los deseos de Guillermo, no lo habría hecho mejor. Las suposiciones que hacía casi le hicieron llorar. Como Guillermo tenía toda la testarudez de un niño, juró vencer, a pesar de todo, las dificultades que le oponía su querida.

—Tú no me conoces —le decía—, y me has hecho mucho daño, Magdalena... ¿Por qué me hablas de ese modo? ¿Ignoras lo que pienso, ni en lo que sueño, desde hace un año que vivimos juntos? Quisiera dormirme en tu regazo y no despertarme jamás. Demasiado sabes que ese es mi mayor deseo; haces mal en atribuirme las ideas de otros hombres... Dices que soy un niño. Pues bien; ¡mejor! No puedes tener miedo de un niño que se entrega a ti.

Con tono cada vez más dulce, volvió a hacer su tierna súplica. Dijo tanto cuanto su corazón le dictaba. Magdalena se ablandaba. Estaba conmovida por aquella voz temblorosa que tan humildemente le brindaba con el perdón y el aprecio del mundo.

Sin embargo, no se daba por vencida. Cuando su amante acabó por decirle: «Puesto que eres libre, ¿por qué me niegas la felicidad?», hizo un brusco movimiento.

—¡Libre! —dijo—. Sí. ¡Soy libre!...

—Pues bien —añadió Guillermo—: no hables del pasado. Si has tenido algún otro amor, ese amor ha muerto, y yo me caso con una viuda.

La palabra viuda hizo palidecer a Magdalena. Su frente dura y sus ojos grises expresaron una ansiedad dolorosa.

—Vámonos —dijo—, porque está anocheciendo... Ya te responderé mañana.

Y se fueron. El cielo estaba oscurecido, y el viento soplaba lúgubrementemente en los árboles del paseo. Al despedirse, Guillermo abrazó silenciosamente a Magdalena, como para tomar definitivamente posesión de ella con esta última prueba de cariño.

Magdalena pasó una noche de insomnio. Cuando se quedó sola, reflexionó sobre la proposición de su amante. Aunque con cierta sorpresa mezclada de terror, la idea del matrimonio le era grata, quizá por lo mismo que nunca había pensado en ella. Ni siquiera se había atrevido a soñar en semejante cosa. Después, reflexionando acerca de la vida tranquila y digna con que le brindaba Guillermo, se admiró de haberse rebelado contra ella. Al recordar las palabras cariñosas del joven, se avergonzó de haberle recibido con tanta frialdad y dureza, y no supo qué pensamiento secreto le había impulsado a rehusar una unión que habría debido aceptar con humildad y gratitud. ¿Por qué sus temores y sus dudas? ¿Por qué desdeñar la inesperada felicidad con que se le brindaba? Cuanto más pensaba en esto, menos acertaba a explicárselo. Pero la verdad era que pensaba en Jacobo. El recuerdo de aquel hombre había revivido en ella cuando su amante le hablaba. Pero este recuerdo no podía en modo alguno turbarla. Jacobo había muerto, y no le debía nada, ni siquiera el dolor. ¿Con qué derecho habría resucitado para recordarle que le pertenecía? Las dudas que acerca de su libertad le asaltaban entonces, la hacían sufrir profundamente. Cuerpo a cuerpo luchaba con el fantasma nuevamente aparecido de su primer amor, y quería vencerle a toda costa. Y, sin embargo, tenía conciencia de que el fantasma de Jacobo era lo único que realmente le había hecho mostrarse desdeñosa con Guillermo. Esto era monstruoso e inexplicable. Acosada por estas ideas, resolvió casarse con el vivo para hacer callar al muerto. Era el amanecer cuando se durmió. Soñó que el naufrago salía de las olas lívidas del mar y venía a arrancarle de los brazos de su marido.

Aún dormía Magdalena, cuando Guillermo, tembloroso e inquieto, fue por la mañana a verla. La cogió suavemente en sus brazos. La joven se despertó sobresaltada, y se arrojó en ellos, como para decirle: «Soy tuya». Después los besos y las caricias duraron largo rato. Parecía que ambos tenían necesidad de entregarse y de poseerse mutuamente para creer en la fuerza de su unión.

Por la tarde, Guillermo empezó a ocuparse en los preliminares de la boda. Cuando, por la noche, anunció a Genoveva que iba a casarse con una señorita de los alrededores, la protestante le miró con maligna sonrisa.

—Más vale así —le dijo.

Comprendió que lo sabía todo. Sin duda le había visto con Magdalena, y las murmuraciones debían de ser la comidilla del país. La respuesta socarrona de Genoveva le obligó a apresurar el día de la boda. Algunas semanas bastaron para que todo se arreglara. Los amantes se casaron a principios de invierno casi secretamente. Cinco o seis curiosos de Véteuil fueron los únicos que los vieron subir en coche al salir de la alcaldía y de la iglesia. Una vez de regreso en la Noirade, se encerraron, después de haber dado las gracias a los testigos de su boda. Estaban en su propia casa, unidos para siempre.

## VI

Los cuatro años subsiguientes fueron tranquilos y felices. Los esposos los pasaron en la Noirade. Durante el primer año, tuvieron proyectos de viaje; querían ir a pasear sus amores por Italia o por las orillas del Rhin, como es costumbre. Pero siempre, en el momento de partir, se arrepentían, porque parecían inútil ir a buscar tan lejos una felicidad que tenían al alcance de la mano. Ni siquiera fueron una sola vez a París. Los recuerdos que habían dejado en el hotelito de la calle Boulogne les ponían de mal humor. Encerrados en el fondo de su querida soledad, creíanse protegidos contra las miserias de este mundo.

Guillermo era completamente feliz. El matrimonio era la realización del ideal de su adolescencia. Vivía en paz, sin inquietudes, sin zozobras. Desde que Magdalena vivía en la Noirade, esperaba tranquilamente el porvenir. El porvenir sería lo que era el presente: una serie de días parecidos e igualmente dichosos, un largo sueño de cariño. Su espíritu inquieto necesitaba de esta tranquilidad continua; su deseo más arraigado era el de llegar así al término de la vida, después de una existencia pasiva, exenta de vicisitudes y dedicada toda a un sentimiento único. Vivía en pleno reposo, y no quería salir de él.

Magdalena también descansaba. Descansaba deliciosamente de las turbulencias de su vida anterior en la calma de su vida actual. Por nada se inquietaba. Podía estimarse a sí misma y relegar al olvido la vergüenza de su pasado. Ahora participaba sin escrúpulos de la fortuna de su marido, y reinaba como mujer legítima. La soledad de la Noirade, de aquel gran edificio negro y carcomido, era de su agrado. No quiso que Guillermo mandara arreglar a la última moda la antigua vivienda. Solo permitió que arreglara un departamento del primer piso, el comedor y el salón del piso bajo. Las demás habitaciones permanecieron cerradas. En cuatro años, los esposos no subieron ni una sola vez la escalera hasta los graneros. A Magdalena le gustaba todo este vacío que había en su derredor; se le figuraba que esto la aislaba más del mundo exterior. Permanecía horas enteras en la vasta sala del piso bajo, en donde reinaba el más absoluto silencio; los sombríos rincones de esta pieza la hacían pensar en la inmensidad de las tinieblas. Por la noche, cuando estaba encendida la lámpara, sentía profundo abatimiento al verse tan pequeña en medio de lo infinito. Del campo no venía el menor ruido; en la Noirade todo era claustroal recogimiento. A veces Magdalena soñaba con una de aquellas bulliciosas fiestas nocturnas en que había estado con Jacobo en la calle Soufflot; oía el ruido ensordecedor de los coches sobre las calles de París; veía los destellos luminosos de las luces de gas; vivía de nuevo, durante un segundo, en el cuartito del hotel, lleno de humo de tabaco, del chocar de las copas, de risotadas y de besos. Esto no era más que un relámpago, una especie de bocanada de aire cálido y nauseabundo que le azotaba en la cara. Espantada, casi

ahogada, miraba en torno suyo. Y volvía a respirar al verse en el sombrío y desierto salón; de aquel pesadísimo sueño se despertaba confiada y tierna, para sumirse de nuevo, con mayor voluptuosidad, en el fondo de la sombra y del silencio que en torno de ella había. ¡Cuán dulce era para ella esta vida de pasividad, después de los estremecimientos de la carne que el acaso le había hecho sufrir! Daba gracias al techo glacial, a las paredes mudas y a todo aquello en que se envolvía como en un sudario; tendía sus manos a Guillermo como para darle gracias, porque la había curado al volverle su dignidad perdida y era su salvador muy querido.

Los esposos pasaron algunos inviernos en una soledad casi absoluta. Casi siempre estaban en la sala del piso bajo; en la chimenea ardían troncos de árboles hechos pedazos, y al amor de la lumbre pasaban días enteros. Vivían, por decirlo así, al reloj, conservando sus costumbres con la tenacidad de gentes que temen cualquier vicisitud. No se ocupaban en cosa alguna; no se fastidiaban nunca, o, por lo menos, creían que el fastidio era la suprema felicidad. Por lo demás, nada de caricias apasionadas, nada de voluptuosidades para olvidar la marcha lenta de las horas. Dos amantes pasan una estación entera en brazos el uno del otro, para satisfacer sus apetitos, convirtiendo los días en noches de amor. Guillermo y Magdalena se limitaban a sonreírse; su soledad era casta; si se encerraban, no era porque tuvieran caricias que ocultar; era porque amaban el silencio, la paz y el frío del invierno. Tenían bastante con vivir solos, frente a frente, gozándose en la calma de su presencia.

Cuando vino el buen tiempo, abrieron las ventanas. En vez de aislarse en la vasta sala, se ocultaban en el centro de algún soto. Nada había cambiado. Hacían una vida retirada, casi salvaje. Guillermo prefería el invierno, el aire templado y sano del hogar; pero Magdalena gustaba más del sol, del gran sol que le quemaba la nuca y daba a su sangre movimientos tranquilos y fuertes. A menudo salía con su marido al campo; solían ir a la Fuente, y se paseaban a orillas del riachuelo, recordando sus paseos de otros tiempos; otras veces recorrían las granjas vecinas, pasando por las tierras de cultivo, lejos de las aldeas. Pero la excursión que más les agradaba era la de ir a pasar las tardes en la casita en que había vivido Magdalena.

Algunos meses después de su matrimonio habían comprado aquella casa. No podían acostumbrarse a la idea de que no les pertenecía, y experimentaban un vivo deseo de entrar siempre que pasaban por delante de ella. Cuando les perteneció, diéronse por satisfechos, sabiendo que nadie iría a arrojar de allí los recuerdos de sus caricias. Y cuando el tiempo estaba bueno iban allí casi todos los días, y estaban algunas horas. Era como su casa de campo, aunque no distaba más que diez minutos de la Noirade. Allí estaban más solitarios aún, pues habían prohibido que fueran a distraerlos. A veces dormían también allí. En aquellas noches se olvidaban del mundo entero. Guillermo solía decir:

—Si algún día nos sucede cualquier desgracia, vendríamos aquí a olvidarla, y aquí nos haríamos fuertes contra el sufrimiento.

De este modo transcurrían los meses, y las estaciones se sucedían unas a otras. Desde el primer año de su unión habían tenido una alegría extraordinaria. Magdalena había dado a luz una niña. Guillermo recibió con profunda gratitud a ese hijo, que hubiera podido ser de su querida, y era de su mujer legítima. En ese retraso de la maternidad de Magdalena vio una merced del cielo. Fue la pequeña Lucía la alegría de la casa. Aunque fuerte, su madre no pudo amamantarla. Tomó para nodriza a una joven que le había servido antes de casarse. Esa mujer, hija del capataz de la granja inmediata a la casita de Magdalena, amamantó a la niña en las cercanías de la Noirade. Los padres iban a verla todos los días. Andando el tiempo, cuando Lucía creció, la dejaban semanas enteras en la granja, en donde se divertía y gozaba de buena salud. La veían todas las tardes cuando iban a encerrarse en el pabellón. Se la llevaban con ellos, y experimentaban inmensa alegría en colocar aquella cabecita rubia en medio de sus recuerdos. La hija querida esparcía cierto perfume infantil en las estrechas habitaciones testigos de sus amores; y escuchaban, enternecidos, su charla, con el pensamiento en lo pasado. Cuando se reunían los tres en el fondo de su retiro, Guillermo tomaba sobre sus rodillas a Lucía, que se reía con sus labios color de rosa y sus ojos azules.

—Magdalena —decía amorosamente—: he aquí el presente y el porvenir.

Y Magdalena se sonreía tranquilamente. La maternidad había equilibrado su temperamento. Hasta entonces había tenido caprichos de niña y actitudes locas de celosa; sus rojos cabellos caían sobre su espalda con libre impudor, y en sus ojos grises y en sus labios rojos brillaban los atrevimientos del deseo. Ahora todo su ser se había transformado; el matrimonio le había dado una especie de madurez precoz; su cuerpo se iba redondeando, y tenía movimientos menos atrevidos, más mesurados; sus cabellos rojos, cuidadosamente trenzados, eran un admirable signo de fortaleza, y entre sus rizos se destacaba su faz placentera. La hija se había hecho madre, mujer fecunda, en la plenitud de su belleza. Lo que sobre todo había impreso en Magdalena el sello de la seriedad, de la calma y de la salud, era la satisfacción interior que sentía. Sabía que era libre, y estaba orgullosa de serlo, y satisfecha de sí misma; su nueva manera de vivir era un medio favorable a su amplio desenvolvimiento. Ya durante los primeros meses que pasó en el campo, se había mostrado más alegre y vigorosa; pero entonces tenía aún algo de brutal, que ahora se había convertido en seriedad.

Guillermo descansaba en la fuerza sonriente de Magdalena. Cuando la estrechaba contra su pecho, le comunicaba algo de esa fuerza. A Guillermo le gustaba reposar su cabeza en el seno de Magdalena, y escuchar los latidos acompasados de su corazón. Eran latidos que regulaban su vida. Una mujer ardiente y nerviosa le habría causado horribles torturas, porque su cuerpo y su espíritu temblaban al menor choque. Por el contrario, la respiración mesurada de Magdalena le prestaba aliento. Se hacía hombre. Su debilidad no era ya más que ternura. La joven le había absorbido, y le llevaba adonde ella quería. Como sucede en toda unión, el ser fuerte había tomado fatalmente posesión del ser débil, y en adelante Guillermo pertenecía por entero a



aquella que le dominaba. Y le pertenecía de una manera extraña y profunda. Estaba por ella constantemente influido; tenía sus mismas tristezas y sus mismas alegrías, y se amoldaba a todos los cambios de su naturaleza. Él desaparecía, no se imponía jamás. En vano habría querido rebelarse, porque se hubiera visto arrastrado por la voluntad de Magdalena. Desde entonces, su tranquilidad dependía de esa mujer, cuya existencia tenía que ser precisamente la suya. Si ella continuaba siendo pacífica, él viviría pacíficamente a su lado; si ella se volvía loca, él se tendría por tan loco como ella. Era una compenetración absoluta de la carne y del corazón.

Por lo demás, el horizonte de su vida era vasto y tranquilo; los esposos se miraban sin recelo uno al otro. Cuatro años de felicidad les garantizaban contra cualquier perturbación. Guillermo se sentía dichoso al entregarse por completo a su mujer, a quien solía decir con cierta sonrisa: «Tú eres el hombre, Magdalena». Entonces ella le abrazaba, como avergonzada del poder que, a su pesar, tenía por la fuerza de su temperamento. Viéndoles bajar al parque, llevando en medio a la pequeña Lucía, era fácil descubrir las plácidas alegrías de su unión. La niña era el lazo que les unía. Cuando la chiquilla no les acompañaba, Guillermo sentía frío al lado de Magdalena, a quien, sin embargo, profesaba tanto cariño, que a nadie se habría ocurrido la posibilidad de un choque entre ambos.

Durante esos primeros años no recibieron sino muy contadas visitas. Conocían a poca gente, y se relacionaban a duras penas, porque no les gustaba conocer caras nuevas. A quien recibían con más frecuencia era a sus vecinos de campo, el señor de Rieu y su mujer, que habitaban en París durante el invierno, y venían a pasar el verano en Véteuil. El señor de Rieu había sido en otro tiempo el amigo más íntimo del padre de Guillermo. Era un anciano respetable, de tipo aristocrático, frío e irónico; sobre sus pálidos labios brillaban a veces finas sonrisas, agudas como cuchillas de acero. Molestado por una sordera casi absoluta, toda la perspicacia del sentido que le faltaba se había fijado en sus miradas. Veía las cosas más pequeñas, aun aquellas que estaban fuera de su alcance. Eso sí, parecía que nada veía, y solo en un ligero pliegue de sus labios se revelaba que había visto y había oído. Cuando entraba en alguna parte, se sentaba en un sillón, y allí permanecía horas enteras, como perdido en el fondo de su eterno silencio. Reclinaba la cabeza en el respaldo, conservaba la más perfecta rigidez en los rasgos de su fisonomía, cerraba a medias los ojos, y parecía dormir; la verdad era que seguía la conversación, y que estudiaba hasta las menores inflexiones de la fisonomía de los interlocutores. Con esto se divertía extraordinariamente; en esta distracción hallaba una alegría feroz, sobre todo cuando creía sorprender algún mal pensamiento en la frente de aquellos que le tenían por una estatua, delante de la cual podían ser revelados los mayores secretos. Para él no había sonrisas, ni expresiones finas y delicadas: no había más que muecas. Como no oía los sonidos, tenía por grotescas las contracciones bruscas de los semblantes. Cuando dos personas hablaban delante de él, las examinaba cuidadosamente, como quien examina a dos bestias que se hubieran enseñado los dientes. «¿Cuál de las dos

se comerá a la otra?» —solía decir para sus adentros—. Este estudio continuo, esta observación y esta ciencia de lo que él llamaba las muecas y las contorsiones, le hacían despreciar soberanamente a los hombres. Agriado por su sordera, que no quería confesar, pensaba a veces que era una dicha el ser sordo y poder aislarse en un rincón. Su orgullo de raza se tornaba en implacable sarcasmo; fingía creer que vivía en un pueblo de miserables bestias que se revolcaban en el fango, como perros vagabundos, arrastrándose cobardemente bajo el látigo, y devorándose por un hueso hallado entre las basuras. Su semblante pálido y altivo protestaba contra la turbulencia de los semblantes de los demás; sus agudas sonrisas eran las burlas de un hombre a quien la infamia divierte, y que no quiere enfadarse con brutos privados de razón.

Profesaba, sin embargo, alguna amistad al joven matrimonio, pero no tanta que bastara a desarmar su curiosidad burlona. Cuando iba a la Noirade, miraba a su joven amigo Guillermo con alguna compasión; no le pasaba inadvertida la adoración por Magdalena, y siempre le había parecido monstruoso el espectáculo de un hombre a los pies de una mujer. Por lo demás, aquellos esposos que hablaban poco, y cuyos semblantes conservaban una placidez relativa, le parecían las criaturas más razonables de cuantas hasta entonces había conocido. Les visitaba con verdadero placer. Su víctima, su eterno sujeto de observación y de burla, era su propia mujer.

Elena de Rieu, que le acompañaba las más de las veces a la Noirade, había cumplido los cuarenta años. Era una mujer gruesa, rubia pálida, que iba engruesando, mal de su grado. Imaginaos una muñeca de niño que se hubiera hecho vieja. Amanerada y pueril, tenía todo un arsenal de gestos, de miradas, de sonrisas; manejaba su semblante como un instrumento delicado, cuya armonía celestial debía de encantar a todo el mundo; nunca dejaba en paz a su fisonomía, pues tan pronto bajaba la cabeza de una manera lánguida, como la levantaba hasta las nubes con súbitos fingimientos de pasión y de poesía, volviéndola y revolviéndola, conforme a las necesidades del ataque o de la defensa. Luchaba, heroicamente contra la edad, que la engordaba y la envejecía; embadurnada con pomadas y con aceites de tocador, comprimida por corsés que la asfixiaban, creía de este modo rejuvenecer. Todo esto no pasaba de ridículo; pero esa señora tenía también algunos vicios. Consideraba a su marido como si fuera un pobre hombre de madera, con quien se había casado para presentarse en el mundo. Creía que era muy excusable el no haberle amado. «¡Id a hablar de amor a un hombre que no os oye!» —solía decir a sus amigas íntimas—. Y entonces se daba aires de mujer desgraciada y mal comprendida.

La verdad era que se consolaba ampliamente. No queriendo desperdiciar las frases amorosas que no podía decir al señor de Rieu, se las recitaba a otras personas que tenían buen oído. Siempre escogía los amantes de edad tierna y delicada, entre los diez y ocho y los veinte años. Para satisfacer sus gustos de muchacha, necesitaba jovencuelos de sonrosadas mejillas, en quienes aún se percibía el olor de la leche con que sus nodrizas les habían amamantado. Si se hubiera atrevido, habría pervertido a

los colegiales con quienes tropezaba, porque, en su pasión por los niños, entraba por mucho el apetito de vergonzosas voluptuosidades y el afán de propagar el vicio y de gozar estrambóticos placeres en brazos de la juventud. Era tan delicada en esta materia, que prefería los besos que cosquillean a las caricias estrepitosas. No es de extrañar, pues, que se la encontrara siempre en compañía de cinco o seis adolescentes, a quienes ocultaba en su cama, en sus armarios o en cualquiera otra parte. Su felicidad estribaba en tener cinco o seis amantes cosidos a sus faldas. Pero al mismo tiempo gustaba de variar, y vivía en perpetua renovación de amantes. Parecía una profesora de colegio que va de paseo con sus discípulos. Nunca carecía de aduladores, pues los tomaba dondequiera que fuese, entre esa turba de jóvenes imbéciles que sueñan con tener una querida de edad madura y casada. Sus cuarenta años, sus ridículos ademanes de chiquilla y sus carnes macilentas, que hacían retroceder a los hombres maduros, eran invencibles atractivos para los estúpidos de diez y seis años.

A los ojos de su marido, Elena era una maquinilla extraordinariamente curiosa. Se había casado con ella en un día de mal humor, y la habría arrojado de su casa al día siguiente, si hubiera creído que valía la pena de incomodarse. El laborioso estudio de la fisonomía de esta coqueta le proporcionaba no pocas satisfacciones; en lo que más se entretenía, era en buscar el engranaje de las secretas ruedas que daban movimiento a los ojos y a los labios de la maquinilla. Se figuraba que aquel pálido semblante, embadurnado con afeites, y nunca en reposo, era el de un cómico lúgubre, con sus arqueamientos de cejas, sus contracciones de labios y todo su juego rápido y para él mudo. Observando detenidamente a su mujer, había llegado a convencerse de que la humanidad estaba compuesta de *fantoques* estúpidos y malvados. Cuando se fijaba en las arrugas de la muñeca envejecida, descubría bajo sus muecas infamias y estulteces, y la consideraba como a una bestia a quien era preciso vapulear. Se distraía en estudiarla y despreciarla. La trataba como a animal doméstico; tanto se le daba de sus vicios, como de los maullidos de una gata en celo; con su honor, muy por cima de las inmoralidades de semejante criatura, presenciaba con supremo desdén y glacial ironía el desfile de adolescentes por la alcoba de su mujer. Hubiérase dicho que se complacía en hacer gala de su desprecio a los hombres, de su negación de toda virtud; así es que toleraba todas las porquerías que pasaban bajo el techo de su hogar, y aceptaba la perversión y el adulterio como las cosas más naturales del mundo. Su silencio y su sonrisa cruelmente burlones, parecían decir: «El mundo es un innoble montón de fango; en él he caído, y en él debo de vivir».

A Elena nada le importaba de su marido. Delante de él tuteaba a sus amantes, convencida de que no la oía. El señor de Rieu leía el tuteo en sus labios, y entonces se mostraba aún más fino con aquellos jóvenes, gozándose en su turbación y obligándoles a decirle con voz de trueno cosas graciosas. Nunca revelaba la menor extrañeza al ver que su salón se llenaba todos los días con caras nuevas; recibía a los pensionistas de Elena con una paternal bondad, en que se ocultaban terribles

sarcasmos. Les preguntaba su edad y sus estudios. «Nosotros queremos mucho a los niños», solía decir con aire socarrón. Cuando el salón quedaba desierto, lamentábase del abandono en que la juventud deja a los viejos. Un día, viendo que el salón estaba casi vacío, trajo para su mujer un joven de diez y siete años; pero era jorobado, y Elena se apresuró a despedirlo. A veces, el señor de Rieu se mostraba más cruel aún: entraba bruscamente en el cuarto de Elena, y le hablaba durante horas enteras del buen tiempo y de la lluvia, en tanto que algún inocente se asfixiaba entre las sábanas, rápidamente corridas al entrar el marido. Se le atribuía en Véteuil una frase de marido engañado, que es muy usual: Habiendo sorprendido a su mujer en flagrante delito con un muchacho escapado del colegio, se había limitado a decir al amante, con voz seca y fina: «¡Ah, caballero; tan joven y sin tener obligación de hacer eso! ¡Se necesita valor!». Pero el señor de Rieu no era hombre capaz de meterse a sorprender delitos flagrantes; quería parecer tan ciego como sordo era, y, merced a esto, podía conservar su altivez y su actitud terriblemente seria. Lo que más le regocijaba era la estupidez de su mujer, que llegaba hasta el punto de suponerle tan necio, que de nada sospechaba. Se hacía el tonto, y se divertía extraordinariamente en decirle frases de doble sentido, cuya fina crueldad solo él comprendía. Se burlaba a todas horas de esa mujer, y se habría apesadumbrado si esta se hubiera arrepentido. En realidad, lo que el señor de Rieu se proponía era saber hasta qué punto podía llegar el desprecio.

Entre esta naturaleza irónica y el espíritu relajado del señor de Viargue, había existido una especie de simpatía, que era la explicación de la antigua amistad de los viejos. Ambos habían llegado al mismo grado de desdén y de negación: el sabio, porque creía haber descubierto la nada; el sordo, porque creía descubrir bajo la máscara humana las fauces de una bestia lúbrica. En tiempos del conde, el señor de Rieu era la única persona que entraba en su laboratorio. Allí pasaba días enteros. El suicidio del químico no debió de sorprender a su viejo amigo. Sin conmoverse, volvió al año siguiente a la Noirade, y solo se permitió llevar a su mujer con los jovencitos que la acompañaban.

Hacía entonces algunos meses que Guillermo y Magdalena se habían casado. Elena les presentó su última conquista, un muchacho de Véteuil, a quien había tomado de huésped para amenizar los placeres del veraneo. Ese muchacho se llamaba Tiburcio Rouillard; no estaba muy a gusto con su nombre, pero sí muy orgulloso de su apellido. Hijo de un antiguo chalán, de quien esperaba heredar una fortuna, el señor Tiburcio tenía una ambición desmesurada; vegetaba en Véteuil, y tenía el propósito de ir a París a hacer carrera. Vulgar y astuto, era capaz de todas las cobardías útiles, y conocía su propia fuerza. Era de esos bribones que piensan en ser diez veces millonarios, y que siempre acaban por tener los diez millones. Al tomarle en destete, la señora de Rieu se figuraba, como de costumbre, habérselas con un chiquillo. La verdad era que el chiquillo estaba ya podrido de vicios; si fingía ignorancia y timidez, era porque tenía interés en parecer ignorante y tímido. Elena acababa de tomar un amo. Tiburcio, que había fingido ponerse atolondradamente en

el camino de ella, tenía ya bien calculado su atolondramiento. Pensaba que un enredo con semejante mujer, hábilmente explotado, le llevaría a París, en donde ella le abriría todas las puertas; se haría indispensable a los apetitos escandalosos de su querida, y, de grado o por fuerza, haría de ella el instrumento de su fortuna el día en que la tuviera bajo su dominio como esclava sumisa. Si no fuera porque tenía este cálculo, se habría echado a reír delante de Elena en la primera cita. Le parecía grotesca aquella vieja, de gustos tan sucios y hablando siempre de lo ideal; de los brazos de ella salía hastiado; pero era un muchacho tan ambicioso, que se habría tirado al río para recoger una pieza de veinte francos.

La señora de Rieu estaba encantada con su amiguito. La colmaba aún de lisonjas, y era en extremo dócil. Nunca había encontrado un muchacho mejor provisto de vicios nacientes. Era tanto lo que quería al bellaco, que tenía que tomar mil precauciones para que su marido no los sorprendiera a cada paso al uno en brazos del otro. Paseaba a Tiburcio como quien pasea a su perro, llamándole y acariciándole con la vista y con la voz. Desde que fue presentado en la Noirade, Tiburcio vio en esto el primer servicio que ella le prestaba. Había sido condiscípulo de Guillermo y uno de sus más encarnizados verdugos; menor que él en dos o tres años, se aprovechaba de sus timideces de paria para complacerse cobardemente en abofetear a un niño mayor que él. Ahora estaba arrepentido de aquel error de su juventud, pues creía que solo se debe atropellar a los pobres, o sea a aquellos de quienes no será necesario valerse jamás. Antes de conocer a Elena, en vano se había ingeniado para entrar en la Noirade. Guillermo casi no le devolvía el saludo. Cuando entró pegado a las faldas de su querida, se puso de hinojos ante su antigua víctima, a quien llamó, sencillamente «de Viargue», acentuando la partícula nobiliaria como en otro tiempo había acentuado la palabra *bastardo*, que tan a menudo le echaba en cara. Su plan consistía en establecerse en Véteuil y vivir familiarmente con los nobles y los ricos de la comarca. No le hubiera desagradado valerse de Guillermo y Magdalena para hacer su fortuna futura. Hasta intentó cortejar a la joven, porque estaba en el secreto de sus amores, y la creía muy frágil. Si hubiera podido seducirla, habría tenido, en vez de una, dos mujeres a su servicio. Soñaba ya con utilizar hábilmente la rivalidad de ambas para estimular su celo y sacar a subasta sus amores. Pero Magdalena recibió con tal desprecio sus declaraciones, que se vio obligado a desistir de su proyecto.

No sin repugnancia el joven matrimonio veía a Tiburcio en la Noirade. Porque en el fondo de aquella astuta naturaleza había una estupidez provinciana y una vanidad bestial tan visibles, que Guillermo le toleraba a duras penas. Cuando el impertinente le llamaba amigo, con cierta fatuidad, le entraban ganas de plantarle en la calle. Y seguramente habría acabado por eso, si no hubiera temido dar un escándalo, cuya resonancia hubiese perjudicado al señor de Rieu, Magdalena y él toleraban lo más pacientemente posible al intruso. Además, como ambos vivían en plena luna de miel, casi no se ocupaban de los visitantes, a quienes olvidaban tan pronto como la puerta se cerraba tras de ellos.

Una vez por semana, todos los domingos, estaban seguros de ver llegar al matrimonio de tres, que venía a pasar la tarde en la Noirade. Elena, del brazo de Tiburcio, era la primera que entraba, y detrás de ella el señor de Rieu, siempre grave y despreocupado. Toda la reunión bajaba al parque, y eran de ver entonces, bajo los arcos de ramaje en que se sentaban, los ademanes lánguidos de la dama y los respetuosos miramientos del joven. El marido, situado enfrente de ellos, los miraba con los ojos medio entornados. En algunas crueles sonrisas que plegaban los labios imberbes de Tiburcio, había adivinado el carácter vil y los perversos instintos del muchacho. Su ciencia de observador le decía que su mujer había caído en poder de un amo, que, andando el tiempo, la maltrataría. El drama prometía ser curioso, y de antemano se gozaba en el inevitable choque de aquellos dos malvados; se figuraba ya ver convertidos en zarpas los dedos aún cariñosos del amante; ansiaba que llegase la hora en que Elena lanzase un grito de dolor al sentir las garras de Tiburcio clavadas en su cuello. En el vicio hallaría su propio castigo; temblaría y se humillaría a los pies de un niño, ella, que tanta carne tierna había comido. Silencioso y burlón, el señor de Rieu soñaba con esta venganza que la casualidad le deparaba. A veces se horrorizaba de sí mismo al ver la faz helada y caricaturesca y la ternura del hijo del chalán, a quien, sin embargo, solía tratar cordialmente, y a quien cuidaba como se cuida a un perro amaestrado para morder a las gentes.

Magdalena, que conocía los amores de la señora de Rieu, miraba siempre a esta con cierto asombro. ¿Cómo podía esta mujer vivir tranquila en medio de sus desórdenes? Cuando se dirigía a sí misma esta pregunta, pensaba en que tenía que habérselas con un monstruo, con una criatura enferma y excepcional. Y es porque Magdalena, con su temperamento sano y frío, no acertaba a comprender más que las situaciones despejadas. Si por un instante había tenido los pies en el fango, era por casualidad, y bien había purgado su caída. Su orgullo era incompatible con los sobresaltos y las amarguras del adulterio; necesitaba una atmósfera de estimación y de paz, y un espacio en que pudiera vivir con la frente descubierta. Al fijarse en Elena, pensaba en los celos y las zozobras que sentiría al tener que ocultar a un amante en su lecho. Como no era apasionada, no comprendía los íntimos goces de la pasión, en la cual solo veía sufrimientos: el terror y la vergüenza ante el marido, los besos siempre crueles del amante, la paz de la existencia, a menudo turbada por las caricias o la cólera de aquellos dos hombres. Su naturaleza franca rechazaba esas cobardías y esas mentiras. Los caracteres afeminados y los cuerpos débiles son los únicos que se doblegan bajo los golpes, y acaban por encontrar en la perplejidad misma un espacio voluptuoso en que adormecerse. Cuando se paraba a observar el semblante de Elena, Magdalena decía: «Si alguna vez me entrego a otro hombre que no sea Guillermo, me mataré».

Cuatro años seguidos volvieron a la Noirade los visitantes. El padre de Tiburcio retenía brutalmente a su hijo en Véteuil, en donde le había colocado en casa de un abogado, y el joven se mordía los puños al ver que no podía estar con su querida en

París. Elena se afectó tanto con su dolor, que en dos ocasiones pasó algunos meses del invierno en el campo; en la primavera volvía con mayor apresuramiento al lado de su amante, porque no había encontrado otro que le agradara tanto. Tiburcio empezaba a odiarla profundamente. Cuando ella volvió en pleno mes de diciembre, estuvo él a punto de hacerse el desentendido: ¿qué le importaban sus más ardientes caricias, si no podía utilizarla para sus fines? Cuatro temporadas de amor inútil con esta mujer que habría podido ser su madre, le habían irritado, hasta el punto de que la hubiera abandonado el mejor día, después de injuriarla y abofetearla, si el antiguo chalán no hubiese tenido la feliz idea de morir a consecuencia de un vómito de sangre. Quince días después, el joven Rouillard iba a París en el mismo coche que Elena, más respetuoso y más amable que nunca. El señor de Rieu empollaba a la pareja con sus miradas a medio velar.

Cuando los de Rieu estaban ausentes, sobre todo en las largas noches del invierno, Guillermo y Magdalena no tenían más compañía que la de Genoveva. Vivía con ellos como una igual, se sentaba en la misma mesa, y vivía en las mismas habitaciones que ellos. Tenía entonces noventa años: siempre erguida, más seca y más angulosa, conservaba todo el ardor sombrío de su espíritu; su nariz adelgazada, sus labios plegados hacia dentro, y las arrugas que surcaban su faz, daban a su semblante la fealdad de una máscara siniestra. Por la noche, cuando las labores del día habían terminado, venía a sentarse en la sala en que estaban los jóvenes esposos; traía su Biblia chapeada con hierro, la abría de par en par, y a la luz amarillenta de la lámpara, salmodiaba en voz baja algunos versículos. Pasaba horas enteras leyendo, con un murmullo sordo e incesante, entrecortado por el ruido que las hojas hacían al volver. En el silencio, su voz zumbona parecía recitar el oficio de difuntos; se entregaba a sordas lamentaciones, semejantes al murmurio de las olas; murmurio que parecía salir de bocas invisibles, ocultas entre las tinieblas del techo.

Algunas noches Magdalena experimentaba secretas turbaciones al coger al vuelo algunos pasajes de los que en la Biblia leía Genoveva. Con preferencia esta escogía las páginas más sombrías del Antiguo Testamento, páginas de sangre y de horror, que la exaltaban y prestaban a sus acentos una especie de furor mal comprimido. Con implacable alegría hablaba de la cólera y de la venganza del Dios terrible, de aquel Dios de los profetas, el único que ella conocía, y a quien presentaba aplastando a la tierra con sus designios y castigando con su brazo cruel a los seres y a las cosas. Cuando llegaba a los capítulos en que se hablaba de exterminio y de incendio, leía más despacio, para saborear mejor los horrores del infierno y los detalles de la implacable justicia del cielo. En su enorme Biblia siempre se presentaba Israel postrado de hinojos y tembloroso ante su juez, y Genoveva sentía en su carne el estremecimiento sagrado que experimentaban los judíos, hasta tal punto, que se ponía a sollozar, creyendo que sobre sus espaldas caía la ardiente lluvia de Sodoma. A veces sintetizaba su lectura con una palabra siniestra, para condenar lo condenado por Jehová; su fanatismo arrojaba sin piedad los pecadores al abismo. Castigar a los

culpables, matarlos, quemarlos, le parecía sagrada empresa, porque miraba a Dios como a verdugo que se había impuesto la misión de azotar al mundo impío.

Esta dureza de espíritu desconsolaba a Magdalena. Se ponía pálida, a pesar de haber dedicado todo un año de su vida a ganar el perdón de sus culpas. El perdón estaba alcanzado, pues se creía absuelta por el amor y el aprecio de Guillermo, y hete ahora que oía, en la paz octaviana que disfrutaba, palabras inexorables de castigo. ¿Acaso Dios no perdona nunca las faltas? ¿Debía estar hasta la hora de su muerte aplastada bajo el peso de las faltas de su juventud? ¿Debería pagar algún día su deuda de arrepentimiento? Estos pensamientos turbaban la tranquilidad de su vida, y la obligaba a pensar en el porvenir con sorda inquietud; entonces temía perder su dicha presente; veía abrirse a sus pies hondos abismos, y creía que un soplo bastaría para lanzarla en pleno huracán. El cielo de que le hablaba Genoveva, aquel tribunal sombrío de inquisidores, esa especie de cámara de tortura en que se oían gritos de agonía y se percibía olor a carne quemada, se le aparecía como una visión sangrienta. Estando en el colegio, después de su primera comunión, le habían enseñado que el paraíso era una deliciosa confitería llena de golosinas, distribuidas entre los elegidos, por ángeles rubios y sonrosados; después se había burlado de su fe de chiquilla, y no había vuelto a entrar en la iglesia. Ahora veía la confitería transformada en tribunal; no creía en los eternos bombones, como tampoco creía en las eternas espadas flamígeras de los querubines; pero los cuadros lamentables evocados por el espíritu de la fanática, si no le infundían el temor de Dios, la perturbaban de un modo extraño, haciéndole recordar su vida de otros tiempos.

Comprendía que el día en que Genoveva supiera el secreto de su pecado, la condenaría a uno de esos suplicios de que con tanto regocijo solía hablar, y sería implacable con ella. A veces, Magdalena se figuraba que la vieja la miraba de una manera ruda; entonces bajaba la cabeza, el rubor coloreaba sus mejillas, y temblaba como una pecadora que no tiene derecho a esperar el perdón. Aunque no creía en Dios, creía en poderes y en necesidades fatales. Genoveva se erguía, seca y rígida, implacable y cruel, para decirle: «Llevas en ti misma la angustia de tu vida pasada; un día esa angustia se te subirá a la garganta y te ahogará...». Parecía que la fatalidad habitaba en la Noirade, y que la cercaba por todas partes, recitando lúgubres versículos de penitencia.

Cuando estaba a solas con Guillermo en su alcoba, recordaba los secretos sobresaltos de la noche, y sin querer hablaba del vago temor que la inspiraba la protestante.

—Soy una niña —decía a su marido con mal disimulada sonrisa—: Genoveva me ha asustado hoy... La he oído murmurar cosas horribles... ¿No podrías decirle que fuera a leer su Biblia a otra parte?

—¡Bah! —replicó Guillermo—. Eso tal vez le disgustaría. Ella cree que nos salva dándonos parte en sus lecturas. Pero ya la rogaré mañana que lea en voz más baja.

Magdalena, sentada en el borde de la cama, creía ver las visiones evocadas por la



fanática. Sus labios se contraían imperceptiblemente. Y luego decía:

—Genoveva hablaba de sangre y de cólera... No tiene la bondad indulgente de la vejez; es inexorable... ¿Cómo puede ser tan ruda viviendo con nosotros y participando de nuestra dicha y de nuestra tranquilidad?... En verdad, Guillermo, que a veces esa mujer me da miedo.

El joven se reía.

—¡Pobre Magdalena mía! —decía, abrazando a su mujer—. Estás nerviosa esta noche. ¡Vamos, acuéstate, y no tengas sueños pesados!... Genoveva es una vieja loca, y no debes hacer caso de sus fúnebres letanías. A todo se acostumbra uno: antes, me aterraba cada vez que la veía abrir su Biblia; ahora creería que me faltaba algo si no me arrullase con su monótono murmullo... ¿No tienes un gran placer, por la noche, en que nos amemos hablando de estas cosas?

—Sí, a veces —replicaba—; sobre todo cuando ya no oigo las palabras, y cuando la voz se percibe como un soplo de aire... ¡Pero qué escenas de horror, qué crímenes y qué castigos!

—Genoveva —decía Guillermo— tiene un carácter muy defectuoso; nos evita una porción de molestias estando encargada de la casa; me ha visto nacer, y ha visto nacer a mi padre... ¿Sabes que ya debe de tener más de noventa años?... Es capaz de trabajar hasta después de los cien años... Es preciso quererla, Magdalena, porque se trata de una antigua criada de la familia.

Magdalena no lo escuchaba. Estaba sumida en un sueño inquieto. Después, presa de súbita congoja, le preguntó:

—¿Crees que el cielo no perdona nunca?

Sorprendido y entristecido, Guillermo la abrazó entonces, y con voz conmovida le preguntó por qué dudaba del perdón. Sin replicar directamente, Magdalena murmuraba:

—Genoveva dice que el cielo no perdona...

Esta escena se renovaba a menudo, y era lo único que alteraba la paz de los jóvenes esposos. Los cuatro primeros años de su matrimonio transcurrieron en medio de una soledad apenas turbada por las visitas de los de Rieu, y en una dicha que las lamentaciones de Genoveva no podían interrumpir seriamente. Necesitaban un golpe más rudo para caer de nuevo en el dolor.

A principios del quinto año, hacia los primeros días de noviembre, cuando Tiburcio acompañó a Elena a París, Guillermo y Magdalena, seguros ya de no ser por nadie molestados, se disponían a pasar el invierno en el salón en que tan tranquilamente habían vivido durante los cuatro inviernos anteriores. Una vez hablaron de ir a París a vivir en su casita de la calle Boulogne; pero aplazaron este viaje hasta el año siguiente, como lo hacían todos los años; no sentían la necesidad de salir de Véteuil. Hasta el mes de febrero vivieron encerrados, y solo distraídos por la charla de su hija, que iba creciendo. Dormían en una paz octaviana, de que no pensaban despertarse.

## VII

Hacia mediados de enero, Guillermo tuvo que ir a Mantes, para despachar un negocio que no había podido encomendar a nadie, y que le obligaba a permanecer allí toda la tarde. Montó en el *cabriolet*, y dijo a Magdalena que no regresaría hasta las once de la noche. La joven le esperó en compañía de Genoveva.

Después de la comida, de sobremesa, la protestante abrió, como de costumbre, su enorme Biblia. Al acaso leyó algunas páginas. Por último se fijó en el conmovedor poema de la pecadora que vertía perfumes sobre los pies de Jesús, a quien Jesús perdona sus pecados y despide cariñosamente. Raras veces la fanática escogía un pasaje del Nuevo Testamento; aquellas frases de redención, aquellas palabras llenas de tierna y delicada poesía, no eran a propósito para calmar los ardores sombríos de su alma. Aquella noche, ya debido a la casualidad al abrir la Biblia en un pasaje de misericordia, ya porque obedeciese a los impulsos de una idea inconsciente y vaga, ello es que salmodió la historia de María Magdalena, con voz llena de unción, y muy dulce.

En el silencio de la sala, Genoveva murmuraba:

«Y una mujer de la ciudad que había sido muy pecadora, sabiendo que Él estaba comiendo en casa del fariseo, le llevó un vaso de alabastro, lleno de aceite oloroso. Y arrodillándose a los pies de Jesús, se echó a llorar; le roció los pies con sus lágrimas, y los limpiaba con sus cabellos; le besaba los pies y los ungía con aquel aceite».

De este modo continuó levantando el tono, y dejando caer uno a uno los versículos, lentamente, a manera de sollozos.

Hasta entonces Magdalena había hecho todo lo posible para no oírla. Se asustaba de tener que pasar a solas con ella toda la noche, y se entretenía en leer un libro junto a la chimenea, esperando con impaciencia a Guillermo. Las pocas palabras que, sin querer, cogía al vuelo de la salmodia de Genoveva, le causaban tedio. Pero cuando esta empezó la historia de la pecadora arrepentida y perdonada, Magdalena irguió la cabeza, y escuchó, llena de emoción.

Los versículos caían uno a uno, y Magdalena creía que la enorme Biblia hablaba de ella, de su deshonor, de sus lágrimas y de sus perfumes de ternura. Pues qué, ¿no era el suyo aquel poema de dolor y de adoración? Ella también se había arrodillado, y Guillermo la había perdonado. Una ternura inefable la invadía poco a poco, a medida que el relato se iba desarrollando, entrecortado por suspiros profundos de remordimiento y de esperanza. Seguía frase a frase, esperando con fervor la última palabra de Jesús. El cielo le decía que era preciso haber amado mucho y haber llorado mucho para alcanzar la redención. Pensó en su vida pasada y en sus relaciones con Jacobo; el recuerdo de este hombre, que aún la sobresaltaba a veces, ya no le produjo sino tierno sentimiento. Todas las cenizas de aquel amor estaban frías, y un soplo de

misericordia acababa de aventarlas. Como la Magdalena, de quien tomaba su nombre, podía vivir en el desierto, purificándose en su amor. Si a veces, cuando Genoveva leía, se figuraba oír el movimiento de labios invisibles, ocultos en la sombra del salón, que la amenazaban con terribles castigos, ahora creía escuchar voces cariñosas que le prometían olvido y felicidad.

Cuando la protestante llegó a aquel versículo: «Después, Jesús, dijo a la mujer: “Tus pecados te son perdonados”», Magdalena tuvo una sonrisa de celestial alegría. Sus ojos vertían lágrimas de gratitud, y no pudo menos de revelar toda la dicha que acababa de experimentar.

—Es una historia muy bonita —dijo a Genoveva—; y me alegro de haberla oído... Ya me la leeréis más veces.

La fanática había levantado la cabeza; sin replicar, miraba a la joven con extraña mirada. Parecía sorprendida y descontenta de su afición a los poemas tiernos del Nuevo Testamento.

—Prefiero esta historia —dijo Magdalena— a las páginas crueles que tan a menudo me leéis. Es muy agradable eso de perdonar y ser perdonado. La pecadora y Jesús os lo dicen.

Genoveva se levantó como movida por un resorte al oír los conmovidos acentos de la joven; sus ojos tomaron aspecto sombrío; después, cerrando súbitamente la Biblia, exclamó con su voz fatal:

—¡Dios Padre no habría perdonado!

Esta frase terrible, impregnada de feroz fanatismo; esta blasfemia negadora de toda bondad, heló a Magdalena. Le pareció que una losa de plomo caía sobre sus espaldas. Genoveva la arrojaba brutalmente en el abismo de donde acababa de salir: el cielo no perdonaba; era una tonta al soñar en la benignidad de Jesús. Fue presa entonces de verdadera desesperación. «Pero ¿por qué me asusto? Esa mujer está loca». Y, sin embargo, tenía el presentimiento de un golpe que la amenazaba, y miraba en torno de sí con inquietud. El salón seguía iluminado por los reflejos amarillentos de la lámpara y por los resplandores del fuego que ardía en la chimenea. En todo aquello que la rodeaba, Magdalena creía ver palpitante una desgracia insondable.

Genoveva se acercó a la ventana.

—Ahí está Guillermo —dijo, volviendo al centro de la habitación.

A través de los cristales había pasado una luz roja, y habíase percibido el ruido de un coche al detenerse ante el vestíbulo. Magdalena, aunque esperaba con impaciencia a su marido, permaneció sentada, en vez de correr a su encuentro, y mirando hacia la puerta con extraña ansiedad. Sin saber por qué, su corazón latía dolorosamente.

Guillermo entró apresuradamente. Estaba loco de alegría. Arrojó su sombrero sobre un mueble, y se enjugó la frente, a pesar de que fuera hacía mucho frío.

—¿A que no sabes a quién he encontrado en Mantes? —le preguntó, con manifiestos deseos de revelarle inmediatamente su secreto.

La joven continuó sentada, y no se levantó. Estaba sorprendida y casi asustada con la alegría bulliciosa de su marido.

—¡Vamos! —añadió—. Adivina. ¿A que no aciertas?

—Pero ¿yo qué sé? —dijo Magdalena—. No recuerdo ningún amigo cuyo encuentro te pueda causar tanta alegría.

—En eso le engañas, porque he encontrado a un amigo, el único, el mejor...

—¿Un amigo? —replicó ella, vagamente asustada.

Guillermo no pudo callar por más tiempo lo que a todo trance quería decir. Cogió entre las suyas las manos de su mujer, y con súbita explosión de triunfo, dijo:

—¡He encontrado a Jacobo!

Magdalena no lanzó siquiera un grito, ni hizo el menor ademán de asombro; pero se puso horriblemente pálida.

—Eso no es verdad —dijo—, porque Jacobo ha muerto.

—¡Quiá! ¡Si no ha muerto! Es cosa de historia, que ya te contaré... Cuando le vi en la estación de Mantes, le tuve miedo. Creí que era un aparecido.

Y se echó a reír con risa infantil. Había soltado las manos de Magdalena, que cayeron inertes sobre las rodillas de la joven. El golpe le había anonadado. Aunque hubiera querido levantarse para huir, no hubiera tenido fuerzas para moverse. En el aplanamiento de todo su ser, no escuchaba más que las palabras atroces de Genoveva:

«Dios Padre no habría perdonado». Dios Padre, con efecto, no perdonaba. Ya había conocido que la desdicha le rondaba y estaba a punto de ahogarla. Se quedó estupefacta, y miraba a las paredes como si no hubiera conocido la sala. Por último, dirigió la vista hacia la protestante, pensando para sus adentros: «Esa mujer es la fatalidad; ella es la que ha ido a resucitar a Jacobo para ponerlo entre mi marido y yo».

Guillermo, ciego de alegría, se acercó a Genoveva.

—Es preciso preparar el cuarto azul —le dijo.

—¿Viene mañana Jacobo? —preguntó la vieja con familiaridad.

A esta pregunta, que resonó terriblemente en su espíritu, Magdalena se levantó por fin. Apoyada en el respaldo de su sillón, y tambaleándose, dijo febrilmente:

—¿Por qué ha de venir mañana? No vendrá... Ha visto a Guillermo en Mantes, y no necesita más... Se ha marchado a París, ¿no es cierto?... Debe de tener negocios que ventilar y gentes a quienes ver...

Todo esto lo decía balbuciente. En cambio, Guillermo soltó la carcajada.

—¡Pero si Jacobo esta ahí —dijo—, y no tardará un segundo en llegar!... Ya comprenderás que no le he dejado... Está ayudando a desenganchar el caballo, que se ha herido... ¡Como los caminos están tan malos y la noche tan oscura!...

Después abrió la ventana, y gritó:

—¡Eh, Jacobo; acaba pronto!...

Una voz fuerte, que salía de las tinieblas del patio, respondió:

—¡Si, sí; allá voy!

Esta voz cayó sobre el pecho de Magdalena como una maza de hierro. Se dejó nuevamente caer sobre su asiento, ahogando un suspiro, un estertor de agonía. ¡Oh! ¡Cuánto hubiera preferido morir! ¿Qué iba a decir cuando entrara Jacobo? ¿Cuál sería su actitud entre esos dos hermanos, su marido de hoy y su amante de ayer? Se volvía loca, pensando en la escena que iba a pasar. Lloraría de rabia y de dolor, y se ocultaría el rostro entre las manos, mientras Jacobo y Guillermo se apartarían con disgusto; se arrastraría a los pies de ellos locamente, sin atreverse a echarse en brazos de su marido, desesperada por haber puesto su deshonra como un abismo entre aquellos dos amigos de la infancia. «Jacobo esta ahí —pensaba—, y no tardará en estar aquí». Cada minuto que transcurría, era para ella un siglo de mortal angustia. Con los ojos fijos en la puerta, al menor ruido entornaba los párpados para no ver. Esta situación, esta espera, que duró más de un minuto, equivalió a todos los sufrimientos de una vida entera.

Guillermo continuaba paseándose por la sala. Por fin, advirtió la palidez de Magdalena.

—¿Qué tienes? —le preguntó, acercándose a ella.

—No sé —dijo—: he estado mal toda la noche.

Después, haciendo un esfuerzo, se levantó, y apeló a toda la energía que la quedaba para retardar la terrible explicación.

—Me voy a acostar —dijo, con voz más firme—. Tu amigo nos entretendría largo rato con su conversación, y realmente tengo sueño. Mi cabeza estalla... Ya me le presentarás mañana.

Guillermo, que tenía extraordinaria complacencia en poner frente a frente los dos únicos afectos de su vida, se vio contrariado por el súbito malestar de su mujer. Desde Mantes había arreado mucho a su caballo; el pobre animal se había descoyuntado una pierna al resbalar en un surco. Tenía ganas de llegar a la Noirade, y de antemano se regocijaba con la escena que pasaría al abrir la puerta del comedor. Ocurriósele la pueril fantasía de representar una comedia: presentaría a Jacobo como a un extraño, y gozaría con el asombro de Magdalena al saber el nombre del desconocido. Es que, en realidad, estaba loco de contento; en adelante, su corazón estaría henchido de un amor y de una amistad que labrarían su dicha futura. Ya se figuraba estar juntando las manos de Magdalena y de Jacobo, y diciendo a ambos: «Aquí tienes a tu hermano; aquí tienes a tu hermana: amaos, amémonos los tres hasta exhalar el último aliento».

Insistió en retener a su mujer. Le desagradaba aplazar para el día siguiente las alegrías de corazón que desde Mantes venía acariciando. Pero Magdalena estaba tan indispuesta, al parecer, que la dejó retirarse. Iba esta a salir por la puerta que da al vestíbulo, cuando creyó oír ruido de pasos. Retrocedió con un movimiento brusco y despavorido, como quien huye de una agresión repentina; después desapareció rápidamente por una puerta que comunicaba con el salón. Acababa de cerrar esa puerta, cuando entró Jacobo.

—Tu caballo está muy estropeado —dijo a Guillermo—. Soy algo veterinario, y

me parece que es animal perdido.

Decía todo esto solo por hablar, de paso que inspeccionaba minuciosamente la habitación. Ducho en materia de amor, tenía mucho interés en saber qué mujer se había casado con su amigo, corazón débil y delicado, cuyos arrebatos amorosos le hacían en otro tiempo reír. Guillermo adivinó la pregunta muda de sus miradas.

—Mi mujer está algo indispuesta —le dijo—; pero ya la verás mañana.

Después, volviéndose hacia Genoveva, que aún estaba en la sala, le dijo:

—¡Pronto! Que preparen el cuarto azul. Jacobo debe de estar muerto de cansancio.

Para la protestante no había pasado inadvertida la profunda emoción de Magdalena. Solo por curiosidad malsana había permanecido en aquella habitación. Hacía ya mucho tiempo que su espíritu inquisidor creía haber descubierto que Magdalena era pecadora. Aquella criatura bella y vigorosa, con los cabellos rubios y los labios rojos, exhalaba un olor carnal del infierno. A pesar del odio de su religión a las imágenes, Genoveva tenía en su cuarto una estampa de las tentaciones de San Antonio, cuyas aberraciones demoníacas se conformaban a su naturaleza visionaria. Aquellos diablillos, que con atroces muecas atormentaban al pobre santo; aquella boca de infierno que se abría para tragar la virtud bamboleante, eran el fiel símbolo de sus creencias religiosas. En un rincón, unas mujeres mostraban sus desnudas gargantas al virtuoso ermitaño, y, por casualidad, una de esas mujeres tenía algo de parecido con Magdalena. Ese parecido tenía muy preocupada a Genoveva, a quien causaba espanto hallar en la joven esposa de Guillermo la obscena sonrisa y la insolente cabellera de la cortesana, del monstruo vomitado por el abismo. Con exaltación de exorcista solía, para sus adentros, bautizar a Magdalena con el epíteto latino de *Lúbrica*; epíteto escrito en el margen de la estampa, debajo de la diablesa. Toda la parte inferior de aquella estampa, toscamente impresa, estaba cubierta de nombres, que personificaban un vicio en cada demonio. Cuando, al saber la resurrección de Jacobo, se contrajo bruscamente el semblante de Magdalena, Genoveva se convenció de que el diablo por quien estaba poseída era el que la había obligado a hacer aquellas muecas de dolor. Creyó, por fin, descubrir a la bestia inmunda oculta bajo aquella piel nacarada, y no habría sentido extrañeza si el soberbio y voluptuoso cuerpo de la joven se hubiera trocado en monstruoso sapo. No comprendió cuál era el drama que conmovía a la desdichada, pero tuvo conciencia de que el pecado la ahogaba. De consiguiente, se propuso vigilarla para impedir que hiciera daño, si trataba de que en la Noirade volviera a entrar Satanás, salida con el alma del señor de Viargue por la chimenea del laboratorio.

Se disponía a subir para preparar el cuarto azul, cuando Jacobo tomó alegremente entre las suyas las manos secas de la vieja. Se excusó por no haberse fijado en ella al entrar, y trabaron de nuevo conocimiento. La felicitó por su buen aspecto; le dijo que había rejuvenecido, y acabó por hacerle sonreír. Jacobo tenía las maneras algo bruscas de un joven bien educado, que ha vivido libre y alegremente, sin duelos y sin

penas. Después que Genoveva se retiró, los dos amigos se sentaron junto a la lumbre medio apagada. Sobre la rejilla ardía una brasa rojiza.

—Tú duermes en pie —dijo, sonriéndose, Guillermo—; pero yo no te acompañaré mucho tiempo. Tu habitación estará muy pronto dispuesta... ¡Ah, pobre Jacobo mío; cuán agradable es volverse a ver! Hablemos, ¿quieres? Hablemos, como otras veces, ante esta chimenea en que calentábamos nuestras manos heladas, al volver de nuestras pescas. ¡Cuántos cangrejos cogíamos!

Jacobo también se sonreía. Hablaron del pasado, del presente y del porvenir; sus recuerdos y sus esperanzas salían al azar en la conversación.

Ya, en el trayecto de Mantes a Véteuil, Guillermo había molido a su amigo con preguntas sobre la manera como se había salvado de las olas, sobre su prolongado silencio y sobre lo que pensaba hacer en adelante. Sabía al dedillo la historia de Jacobo; pero le obligaba a repetírsela, en medio de nuevas expansiones y nuevos asombros.

El periódico que Guillermo había leído, estaba equivocado. Dos hombres salieron vivos del naufragio del *Prophète*, el médico y un marinero, que tuvieron la fortuna de asirse a una chalupa arrastrada por el oleaje. Habrían muerto de hambre si el viento no les hubiera llevado hacia la costa. Allí fueron arrojados con tal violencia sobre unos guijarros, que el marinero quedó instantáneamente muerto, y Jacobo, con las costillas medio rotas, se desvaneció. Llevado a una casa vecina, estuvo moribundo cerca de un año; el ignaro médico que le cuidaba estuvo más de diez veces a punto de matarle. Después de curado, en vez de regresar a Francia, continuó su viaje, y fuese tranquilamente a Cochinchina a prestar sus servicios. Solo una vez escribió a su tío; bajo el sobre venía otra carta, dirigida a Guillermo, con encargo de que el abogado de Véteuil la llevara a la Noirade. Pero el buen hombre había muerto, dejando a su sobrino unos diez mil francos de renta; la carta de Jacobo se perdió, y nunca tuvo valor para volver a coger la pluma: la tinta y el papel le daban horror. No se olvidó por completo de su amigo; pero fue aplazando de un día para otro el escribirle unas cuantas líneas, hasta que, con su indolencia de buen vividor, pensó que sería mejor darle noticias propias cuando regresara a Francia. Al saber que había heredado, se quedó frío; era entonces el amante de una mujer indígena extraordinariamente hermosa. Poco después esta mujer se cansó de él. Disgustado del servicio, resolvió venir a comerse sus rentas a París. Había desembarcado la víspera en Brest. Solo pensaba detenerse un día en Véteuil; se encaminaba a toda prisa hacia Tolón, en donde estaba moribundo uno de sus camaradas de campaña, recién venido en otro buque; un muchacho a quien era deudor de una buena acción, y a quien tenía, por tanto, el deber de velar en el lecho del dolor.

Todo este relato sorprendió extraordinariamente a Guillermo, que creía estar oyendo un cuento de las *Mil y una noches*. Nunca se habría imaginado que en tan poco tiempo pudieran acaecer tantos sucesos. Toda esta multiplicidad de acontecimientos se avenía mal con su carácter suave y ocioso.

Continuaba alegre y cordial la conversación de los dos amigos.

—¿Por qué —exclamó Guillermo, quizá por vigésima vez— no te quedas conmigo más que un día? No has hecho más que llegar, ¡y ya quieres marcharte!... ¡Vamos, quédate una semana!

—Es imposible —replicó Jacobo—; sería cometer un crimen dejar solo a mi compañero en Tolón.

—Pero ¿volverás?

—De seguro, antes de un mes; quizá dentro de quince días.

—¿Y para no volver a ausentarte?

—Eso es, mi querido Guillermo. Estaré contigo, nada más que contigo. Si quieres, pasaré aquí el verano... Entretanto, mañana por la noche volveré a tomar el ferrocarril. Puedes disponer de mí a tu antojo durante un día.

Guillermo no escuchaba; miraba a su amigo con ternura, y parecía acariciar una idea feliz.

—Oye, Jacobo —le dijo por último—; estoy pensando una cosa que puedes realizar: vente a vivir con nosotros. Esta casa es tan grande, que a veces tiritamos aquí de frío; la mitad de las habitaciones está desocupada, y esas habitaciones vacías, que antes me causaban espanto, ahora me producen todavía cierto malestar. Ocuparás, si quieres, un piso completo, y vivirás a tu antojo como soltero. Lo que yo quiero es tu presencia y tus estrechos apretones de manos; lo que te ofrezco es nuestra tranquila felicidad, nuestra paz nunca interrumpida. ¡Si supieras qué bien se está en un rincón donde se ocultan dos amantes! ¿No te agradecería descansar aquí con nosotros? Alójate en esta morada, te lo ruego; pasa aquí años enteros, lejos del ruido mundanal; aprende a saborear nuestro sueño, y te aseguro que no querrás despertarte nunca. Tú nos traerás tu alegría, y nosotros te daremos parte de nuestra tranquilidad. Yo seguiré siendo tu hermano, y mi mujer será tu hermana.

Jacobo escuchaba sonriendo todas las palabras sinceras de Guillermo.

—Pero ¡mírame! —exclamó por toda respuesta.

Cogió la lámpara, y se iluminó la faz. Su semblante se había embastado y endurecido; el aire del mar y el sol le habían dado color de ladrillo; todos los rasgos de su fisonomía revelaban la vida azarosa que el médico había tenido. Parecía haber crecido y engruesado; la cuadratura de sus hombros, la anchura de su pecho y la solidez de sus miembros, le daban aspecto de gladiador, con enormes puños y cabeza bestial. Volvía algo tosco; la finura de su infancia se había borrado en su oficio de cortador de miembros; había comido tanto, reído tanto y vivido tan a sus anchas la vida animal, que tenía adormecido el corazón y se limitaba a dar satisfacción a la carne. En el fondo seguía siendo buen muchacho; pero era incapaz de comprender la amistad de la manera apasionada y absoluta de Guillermo. Pensaba en una vida de placeres positivos, una vida desligada de todo lazo, pasada aquí y allá, en el fondo de las alcobas más voluptuosas y en torno de las mejores mesas. Guillermo, que no le había examinado despacio, sorprendióse al verle tan maduro y tan robusto. Al lado de



él, Guillermo no era más que un niño débil.

—¡Pues bien; ya te miro! —replicó con inquietud, previendo a lo que quería ir a parar.

—Y ya no insistes en tu ofrecimiento, ¿no es cierto, mi querido Guillermo? —replicó Jacobo, riéndose a todo reír—. Me moriría si viviera con la tranquilidad que tú; antes que transcurriera el primer año, tendría una congestión.

—¡No, no! La felicidad alarga la vida.

—Pero ¡qué niño eres! Tu felicidad no será nunca la mía. Esta casa sería para mí una tumba; tu amistad no me libraría del terrible fastidio de esas grandes habitaciones vacías de que me hablas... Soy franco: comprendo que llegaríamos hasta a enfadarnos.

Y al ver la desolación de Guillermo ante esta negativa, prosiguió:

—No digo que no aceptaré nunca tu hospitalidad. Vendré de cuando en cuando a veros y a pasar un mes con vosotros. Ya te he dicho que pasaré aquí el verano próximo. Pero, en cuanto venga el frío, iré a calentarme en París... ¡Enterrarme aquí, bajo la nieve!... ¡Ah! ¡Eso no, amigo mío!

Su voz fuerte y su alegría sanguínea causaban enojo al pobre Guillermo, inconsolable al ver desvanecido su querido sueño.

—¿Y qué piensas hacer en París? —le preguntó.

—No lo sé —replicó Jacobo—. Indudablemente, nada. Hace ya mucho tiempo que trabajo. Puesto que mi tío ha tenido la excelente idea de dejarme rentas, voy a vivir todo lo más alegremente posible. Comeré bien, beberé mucho, y, para distraerme, tendré más muchachas bonitas que quiera... ¿Te parece poco?

Y nuevamente se echó a reír. Guillermo meneaba la cabeza.

—¡Tú no serás dichoso! —le dijo—. En tu lugar, yo me casaría y vendría a vivir aquí, en este pacífico retiro, en que la felicidad está asegurada. Fíjate en el silencio que nos rodea; mira el resplandor tranquilo de esa lámpara: esa es mi vida. Ya ves cuán agradablemente vivirías en esta calma perfecta, si tuvieras ternura de corazón, y para ejercitar esa ternura, días, meses y años semejantes, igualmente tranquilos... Cásate, y vente.

A Jacobo llegó a parecerle sumamente cómica esa idea del matrimonio y del retiro en una especie de convento para el amor.

—¡Ah! ¡Qué temperamento de enamorado! —exclamó—. No quiere comprender que sobre la tierra no hay otro como él... Pero, ¡pobre amigo mío!, ya no se hacen maridos como tú. Si yo me casase, quizá pegaría a mi mujer al cabo de ocho días, aunque no soy tan malvado. Ya comprendes que no tenemos la misma sangre en las venas. Tú tienes a la mujer un respeto ridículo; yo la considero como un regalo exquisito, pero del cual no hay que atracarse. Si me casara y me retirara a vivir aquí, compadecería sinceramente a la pobre criatura que se encerrara en mi compañía.

Guillermo se encogió de hombros.

—Te finges más pesimista de lo que eres —le dijo—. Adorarías a tu mujer, y la

mirarías como a un ídolo el día en que te diera un hijo. No te burles de mi respeto ridículo; peor para ti si no llegas a tenerlo. No se debe amar más que a una mujer en la vida; la mujer que os ame, y vivir ambos con ese mutuo amor.

—He ahí una frase que reconozco —replicó Jacobo con ironía—. Me la dijiste bajo los sauces que dan sombra al riachuelo. Ya veo que no has cambiado: te encuentro tan entusiasta como antes... ¡Qué quieres! Yo tampoco he cambiado, y sigo comprendiendo el amor de otra manera... Un lazo eterno me daría miedo; he procurado siempre no coserme a las faldas de una mujer, y me compongo de manera que las quiero a todas y no amo a ninguna. El placer tiene encantos, mi querido trapista...

Se detuvo un instante, y después, súbitamente, dijo con su voz brutal y bulliciosa:

—¿Eres feliz con tu mujer?

Guillermo, que se disponía a encomiar sus sentimientos de eterna ternura, se regocijó con esta pregunta personal, que despertaba en él la sensación deliciosa de sus cuatro últimos años de felicidad.

—¡Oh, sí, dichoso, muy dichoso! —replicó con voz enternecida—. No puedes imaginarte una felicidad semejante. Es un arrullo sin fin; me parece que he vuelto a ser niño, y que he encontrado una madre. Desde hace cuatro años vivimos en constante alegría. Quisiera que lo hubieras visto para que aprendieses a amar. Ese silencio y esa sombra de que te asustas, nos han hecho dormir en un sueño divino. Y nunca nos despertaremos, amigo mío; tengo la certidumbre y gozo de antemano de una eternidad de paz.

Jacobo le miraba curioso. Tenía vivísimos deseos de hablarle de su mujer, de esa buena alma que consentía en bañarse en ese río de leche.

—¿Es bonita tu mujer? —le preguntó.

—No lo sé —respondió Guillermo—. La amo mucho... Ya la verás mañana.

—¿La has conocido en Véteuil?

—No. La conocí en París. Nos amamos, y después me casé con ella.

Jacobo creyó advertir que se coloreaban ligeramente las mejillas de su amigo. Vagamente adivinó la verdad. No era hombre que se detuviera en su interrogatorio.

—Antes de ser tu mujer, ¿ha sido tu querida? —le preguntó.

—Sí, durante un año —respondió sencillamente Guillermo.

Jacobo se levantó y anduvo algunos pasos. Después volvió a colocarse frente a su amigo, y con voz grave le dijo:

—En otros tiempos me escuchabas cuando te reñía. Déjame por un momento recobrar mi antiguo papel de protector... Has hecho una tontería, amigo mío: no debe uno casarse con su querida. No sabes lo que es el mundo: algún día comprenderás tu falta, y te acordarás de mis palabras. Esos casamientos son muy agradables; pero suelen acabar mal: los esposos se adoran en los primeros años, y se detestan hasta el fin de sus días.

También Guillermo se levantó rápidamente.

—¡Cállate! —exclamó con inusitada firmeza—. Te quiero tal como eres; pero me desagrada que nos juzgues al igual que otros matrimonios. Cuando veas a mi mujer, te arrepentirás de tus palabras.

—Desde luego me arrepiento, si así lo quieres —dijo el antiguo médico, sin perder la gravedad de su tono—. Concedamos que la experiencia me ha hecho escéptico, y que nada comprendo de tus refinamientos de ternura. He dicho lo que pienso. Es un poco tarde para darte consejos; pero en tiempo oportuno podrás sacar algún provecho de mis advertencias.

Siguió a estas palabras un silencio penoso. A poco, un criado vino a decir que ya estaba preparado el cuarto azul. Guillermo recobró su habitual sonrisa; tendió la mano a su amigo con ademán cordial y cariñoso.

—¡Sube a acostarte! —le dijo—. Mañana será de día, y verás a mi mujer y a mi hija... ¡Bah! Te convertiré; haré que te cases con una buena muchacha, y acabarás por venir a enterrarte en esta casa vieja. La dicha es paciente, y te esperará.

Los dos jóvenes fuéronse hablando. En el vestíbulo, al pie de la escalera, Jacobo tendió la mano a su antiguo camarada.

—No te enfades por lo que te he dicho. No deseo más que tu felicidad —le dijo—. Eres dichoso, ¿no es verdad?

Estaba ya subiendo los escalones del primer piso.

—¡Eh!... Sí —replicó Guillermo—. Aquí todo el mundo es feliz... Hasta mañana.

Al entrar en el comedor, vio que estaba allí Magdalena, de pie, en el centro de la pieza. Había oído toda la conversación de los dos amigos. Se había quedado detrás de la puerta del salón, clavada allí por la voz de Jacobo. Esa voz, en que reconocía hasta las más ligeras inflexiones, la impresionaba extraordinariamente. Seguía una a una todas las frases, imaginándose los gestos y los movimientos de cabeza con que el que hablaba debía de acompañarlas. La puerta que la separaba de su antiguo amante no existía para ella; creía tenerle delante de los ojos, viviendo y obrando como en los tiempos aquellos en que la estrechaba en sus brazos en el cuarto de la calle Soufflot. La presencia y la vecindad de ese hombre le causaban una voluptuosidad amarga; se angustiaba al oír aquellas risotadas, y su carne ardía con aquella fiebre que él antes que otro había conocido. Con secreto horror se sentía atraída por él; de buena gana hubiera huido, pero no podía, porque gozaba involuntariamente al verle resucitado. Alguna que otra vez se inclinaba, con instintivo movimiento, para tratar de verle por el agujero de la cerradura, para reconocerle mejor. Los pocos minutos que permaneció de este modo, desfallecida, con las manos apoyadas en la puerta, fueron para ella una eternidad de tormentos. «Si me caigo —pensaba—, vendrán, y me moriré de vergüenza». Algunas frases de Jacobo la hirieron en el corazón; cuando dijo que no debía uno casarse con su querida, se echó a llorar, procurando no ser oída. Esta conversación; esos proyectos de felicidad que ella iba a hollar con sus plantas; esas confidencias que la herían en lo más profundo de su ser, fueron para ella un

suplicio indecible. A duras penas percibía la voz dulce de Guillermo; no tenía oídos más que para escuchar la voz regañona de Jacobo, que estallaba terriblemente en su cielo en calma. Se sentía como herida por un rayo.

Cuando los dos amigos se encaminaron hacia la escalera, Magdalena hizo un esfuerzo supremo, pensando que a toda costa era preciso acabar. Después de lo que acababa de oír, érale imposible sobrellevar hasta el día siguiente la situación. Contra ese estado de cosas se rebelaba su naturaleza recta. Volvió al comedor. Sus rubios cabellos estaban destrenzados; su semblante, visiblemente pálido, tenía brucas contracciones; sus ojos, dilatados, parecían los ojos de una loca. Guillermo, sorprendido de encontrarla allí, se alarmó ante aquel desorden. Corrió hacia ella.

—¿Qué tienes, Magdalena? —le preguntó—. ¿No te has acostado?

Señalando con el dedo la puerta del salón, respondió:

—No; estaba allí.

Dio un paso hacia su marido, le puso las manos sobre los hombros, y, mirándole con sus ojos fríos, le preguntó:

—¿Es amigo tuyo Jacobo?

—Sí —replicó Guillermo, asombrado—; demasiado lo sabes, porque ya te he dicho cuán poderoso lazo nos unía el uno al otro... Jacobo es mi hermano, y deseo que le ames como si fueras hermana de él.

La palabra hermana la hizo sonreírse de un modo extraño. Cerró un instante los ojos; y después, alzando los párpados, más pálida y más resuelta, replicó:

—Sueñas con hacerle participar de nuestra vida: ¿es que quieres que venga a vivir con nosotros para tenerle siempre a tu lado?

—Indudablemente que sí —dijo Guillermo—; ese es mi mayor deseo... ¡Sería tan dichoso contigo y con él, los únicos seres que me aman en el mundo!... En nuestra juventud, Jacobo y yo habíamos jurado tenerlo todo en común.

—¡Ah! ¿Conque habéis hecho ese juramento? —murmuró Magdalena, herida en el corazón por la frase inocente de su marido.

Nunca la había impresionado tanto como ahora esa idea de comunidad entre Jacobo y Guillermo. Tuvo que guardar silencio; su garganta se secaba, y solo con gritos habría podido confesar la verdad. En esto, Genoveva entró en la habitación, sin que los esposos se fijaran en ella; observó su disgusto, y permaneció de pie en la sombra; sus ardientes ojos relucían, sus labios se movían silenciosamente, como si pronunciara en voz baja palabras de conjuro.

Durante toda la confesión de Magdalena, Genoveva estuvo allí inmóvil, implacable, semejante a la figura rígida y muda del Destino.

—¿Por qué me haces esas preguntas? —preguntó por fin Guillermo, vagamente espantado por la actitud de su mujer.

Esta última tardó en contestar. Seguía con las manos sobre los hombros de su marido, mirándole de cerca, en los ojos, con una fijeza cruel. Esperaba que él leería la verdad en su semblante, y no tendría que confesar en alta voz su vergüenza. Temía

horriblemente hacer una confesión inmediata. No sabía qué palabras emplear. Sin embargo, era preciso decidirse.

—He conocido a Jacobo en París —dijo lentamente.

—¿No es más que eso? —replicó Guillermo, que no comprendió del todo—. ¡Me das miedo!... ¡Bueno! Pues si has conocido a Jacobo en París, será para nosotros un antiguo conocido, y nada más... ¿Crees que voy a avergonzarme de ti? Ya he referido nuestra historia a nuestro amigo, y estoy orgulloso de nuestros amores.

—He conocido a Jacobo —repitió la joven, con voz más ronca.

—¿Y qué?...

La ceguedad y la confianza absoluta de su marido torturaban a Magdalena. No quería él comprender, y la obligaba a ser brutal. Tuvo impulsos de rabia.

—¡Oye! —exclamó violentamente—. Me has suplicado que no te hablara de mi pasado. Te he obedecido, y casi he olvidado. Pero he aquí que el pasado resucita y me aplasta; a mí, que vivía tranquila. Ya no puedo callarme; es preciso que te bable de eso, para que impidas a Jacobo que me vea... Le he conocido, ¿comprendes?

Guillermo se arrojó sobre una silla, junto a la chimenea. Creyó que había recibido un golpe en el cráneo, y tendió las manos como para agarrarse en su caída. Todo su cuerpo se helaba. El temblor nervioso que había hecho flaquear sus piernas le conmovía de pies a cabeza, y daba a sus dientes un ligero castañeteo seco y regular.

—¡Él!... ¡Oh! ¡Desventurada! ¡Desventurada! —replicó con voz cascada.

Juntó las manos en actitud de plegaria. Con los cabellos ligeramente caídos sobre sus sienes, las pupilas agrandadas, los labios blancos y febricantes; toda su faz trastornada por mortal angustia, parecía rogar al cielo que no le castigara con tanta crueldad. Más que colérico, estaba aterrado, como cuando en el colegio sus compañeros le golpeaban y se escondía en un rincón, sin saber qué falta había cometido. Para amortiguar su dolor, no hallaba en el fondo de su corazón herido una mancha ni un insulto que echar en cara a Magdalena, y no hacía más que mirarla en silencio, con aquellos suplicantes y aterrados ojazos de niño.

La joven deseaba que su marido la maltratase, porque entonces podía ella rebelarse y desplegar toda su energía. Falta de ese acicate, Magdalena cayó jadeante a los pies de Guillermo, vencida por el mirar desesperado y la actitud de víctima de este.

—¡Perdón! —balbuceó, arrastrándose por el suelo, llorosa, con los cabellos en desorden, sollozando—. ¡Perdón, Guillermo! ¡Cuánto sufres, amigo mío! ¡Ah! Dios no es misericordioso: castiga a sus criaturas como Señor celoso e implacable que es. Genoveva tenía razón al temblar ante él y al asustarme con su cólera. Yo no creía a esa mujer, y esperaba que el cielo perdonara alguna vez. Pero el cielo no perdona nunca. Yo decía: «El pasado ha muerto, y puedo vivir en paz». El pasado era aquel hombre engullido por las olas. Se había sumergido con mi vergüenza en el fondo del mar, en las profundidades del océano, arrojado contra los peñascos, desaparecido para siempre. ¡Y ahora resucita, vuelve del abismo con sus risotadas de siempre! La

fatalidad le arroja a la costa y le envía para robarnos nuestra dicha... ¿Te explicas eso, Guillermo? Estaba muerto, y ya no está muerto... ¡Qué cosa tan horrible! ¡Vaya unos milagros que hace Dios! Buen cuidado ha tenido de no matar por completo a Jacobo. Lo necesitaba para castigarme... Pero ¿qué falta hemos cometido nosotros? Nos hemos amado y hemos sido dichosos. Entonces es que se nos castiga por ser felices. Será porque Dios no quiere que sus criaturas vivan tranquilas. Casi me dan ganas de blasfemar... Genoveva tiene razón: el pasado, la falta no muere nunca.

—¡Desdichada! ¡Desdichada! —repetía Guillermo.

—Recuerda que yo no quería aceptar el casamiento con que me brindabas. Cuando me suplicabas que me uniera a ti, ya te acordarás, en aquella triste tarde de otoño, junto al cenagoso charco de la fuente, una voz secreta me decía que no contara con la clemencia del cielo. Yo te decía: «Sigamos como estamos; nos amamos, y esto basta; quizá nos amaremos menos si nos casamos». Y tú insistías, diciendo que deseabas poseerme por completo y a cara descubierta; me hablabas de una vida de paz, y pronunciabas las palabras estimación, cariño eterno y hogar común. ¡Ah! ¿Por qué me dejé ablandar? ¿Por qué no hice caso del terror secreto que sentía? Entonces me habrías acusado de no quererte; pero hoy huiría de Jacobo sin manchar tus afectos de niño, sin arrastrarte conmigo por el lodo. Pensaba que, siendo querida tuya, si alguna vez fuera infame para contigo, si llegábamos a encontrarnos frente a frente de mi vergüenza, podrías arrojarme de tu lado como se arroja a una prostituta y olvidarme. Yo volvería entonces a ser la criatura perdida que va de lecho en lecho, a quien sus amantes arrojan a la calle cuando bien les place. ¡Y ahora tenemos una hija! ... ¡Oh! Perdona, amigo mío. He sido muy cobarde al ceder a tus ruegos.

—¡Desdichada! ¡Desdichada! —volvió a decir Guillermo.

—¡Ah! Sí, he sido muy cobarde; pero es preciso saberlo todo. ¡Si supieras cuán cansada estaba, y qué necesidad tenía de reposo!... Vamos, no me tengo por mejor que las demás; si cedí, fue porque tenía necesidad de cariño, y deseaba cicatrizar las heridas de mi orgullo. Cuando me diste tu nombre, me pareció que me lavabas de toda mancha. Parece, sin embargo, que el fango tiene huellas imperecederas... Además, he vacilado, ¿no es cierto? Pasé toda una noche pensando en si cometería una mala acción aceptando tu ofrecimiento. Debí rehusar. Pero llegaste cuando aún dormía, y me cogiste en tus brazos; recuerdo que tus ropas estaban frías como el aire de la mañana; habías pasado por cima de la húmeda hierba para llegar más pronto... y me faltó valor para negarme, a pesar de que había visto a Jacobo en mi insomnio. Su espectro me decía que le pertenecería siempre, que asistiría a nuestra boda, y que viviría en nuestra alcoba... Me indigné; quise probar que era libre, y he sido cobarde, cobarde, cobarde... ¡Ah! ¡Cuánto te estoy descorazonando, y qué bien haces en odiarme!

—¡Desdichada! ¡Desdichada! —decía la voz baja y monótona de Guillermo.

—Después fui tan tonta, que me alegré de haber hecho una cobardía. Durante cuatro años, el cielo ha tenido la bondad cruel de recompensarme por mi mala acción.

Quería castigarme en plena calma, para que el golpe fuera mortal... Vivía tranquila en esta habitación, y me llegué a persuadir de que siempre había vivido aquí. Me creía honrada cuando abrazaba a nuestra hijita... ¡Qué días tan agradables, cuán bienhechoras caricias, cuánta ternura loca y cuánta felicidad robadas! Sí, porque yo robaba todo eso; tu amor, tu cariño, tu nombre, la tranquilidad de nuestra vida, los besos de mi hija. Yo no merecía nada bueno ni nada digno. ¿Por qué no he comprendido que el destino se burlaba de mí, y que un día u otro me arrebataría aquellos goces, que no estaban hechos para una criatura de mi especie? No, yo exhibía neciamente mi felicidad, mi robo; llegué a imaginarme que era acreedora a esa felicidad, y me forjaba la vana ilusión de que serían eternos esos días. ¡Y después todo se ha derrumbado!... Pues bien: ¡eso no es más que justicia! Soy una miserable. Pero tú, Guillermo; tú no debes sufrir. No quiero que sufras, ¿lo oyes?... Voy a marcharme, me olvidarás, y no volverás a oír hablar de mí...

Y Magdalena sollozaba, con las ropas en desorden, y apartando sus cabellos, que con las lágrimas se pegaban en sus mejillas. La desesperación de esta gallarda criatura, quebrantada en su ingénita energía por un golpe inesperado, tenía arrebatos de cólera. Quería aparecer humilde, pero de pronto se encolerizaba y desafiaba al destino. Si no hubiera sufrido tanto, quizá se habría calmado antes. Solo una idea la enternecía realmente: se apiadaba de Guillermo. Habían resbalado sus rodillas, y estaba sentada en el suelo; al tiempo mismo en que hablaba con el acento entrecortado de un moribundo que delira, alzaba los ojos hacia su marido, con ademán suplicante, como para rogarle que no se apesadumbrara tanto.

Guillermo, atontado, estupefacto, taciturno, la veía arrastrarse por el pavimento. Se había cogido la cabeza entre las manos, y repetía: «¡Desdichada! ¡Desdichada!», moviendo el cuello como un idiota que no hubiera encontrado más palabra que esta en el fondo de su vacío cráneo. Y, con efecto, este pobre y dolorido no tenía otra queja que exhalar más que esa. Hasta ignoraba el motivo de su sufrimiento; y no hacía más que mecerse con aquellas lamentables letanías, y con aquella palabra cuyo sentido desconocía ya. Cuando su mujer dejó de hablar, se admiró del silencio que reinaba. Recobró la memoria, e hizo un gesto indefinible de pesar.

—¿De modo que tú sabías que Jacobo era amigo mío, mi hermano? —dijo con una voz extraña, que no parecía la suya.

Magdalena movió la cabeza con ademán de soberano desprecio.

—Yo lo sabía todo —replicó—. He sido cobarde, te lo he dicho: cobarde e infame. ¿Te acuerdas del día que fuiste llorando a la calle Boulogne? Llevabas la noticia de la muerte de Jacobo. Pues bien: antes de que tú llegaras, ya había yo visto el retrato de ese hombre. Dios es testigo de que aquel día quise huir, para evitarte el dolor de haberme poseído después que tu hermano... Fue el destino quien me tentó. Nuestra aventura es una siniestra broma del cielo... Cuando creí que él, cuando supe que Jacobo ya no podía alzarse ante nosotros, me di por vencida, no tuve el valor de sacrificar mi cariño, y me dije a mí misma, que no tenía el derecho de disgustarte

separándome de ti. Y a contar desde entonces, he mentido, he mentido con mi silencio... La vergüenza no me ahogaba. Había guardado ese secreto para siempre, y tú habrías muerto tal vez en mis brazos sin saber que antes que a ti había estrechado a tu hermano en mis brazos... Mis caricias te helarían hoy, porque recuerdas con disgusto nuestros cinco años de amor. Pero yo he pasado tranquilamente por esta infamia. Es porque soy mala.

Se detuvo bruscamente, palpitante, para escuchar; en su faz estaba retratado el miedo. La puerta de la sala que daba al vestíbulo había quedado entornada, y creía haber oído ruido de pasos en la escalera.

—Oye —murmuró—; va a venir Jacobo. ¿No comprendes que puede entrar de un momento a otro?

Guillermo se despertó sobresaltado. Sobrecogido por la misma ansiedad, también se puso a escuchar. Medio encorvados, estuvieron ambos un instante, ensordecidos y ahogados por las palpitations de su corazón. No parecía sino que allí, en las tinieblas del vestíbulo, hubiera un asesino dispuesto a derribar en un segundo la puerta, y puñal en mano caer sobre ellos. Guillermo temblaba más aún que Magdalena. Ahora que lo sabía todo, no podía conformarse a la idea de encontrarse frente a frente de Jacobo; su espíritu delicado y débil se oponía a una explicación inmediata. Después de la crisis por que acababa de pasar, se volvía loco pensando en la posibilidad de que Jacobo bajara. Cansado de escuchar en vano, volvió sus miradas a Magdalena, y la vio a sus pies enteramente abatida y desconsolada.

Instintivamente se arrojó en sus brazos y la estrechó contra su pecho.

Largo rato estuvieron llorando. Tan fuertemente unidos estaban, que Jacobo no podría separarlos. Guillermo había enlazado sus manos en la espalda de Magdalena, y con la frente apoyada en su hombro, lloraba como un niño. Magdalena estaba perdonada. Guillermo decía: «Tú no eres culpable; la casualidad es quien lo ha hecho todo. Ya lo ves; todavía te amo, y no te creo indigna de mis caricias. No hablemos de separación». Y añadía: «Consuélame, consuélame; estréchame contra tu seno y méceme para aliviar mis penas. ¡Ah! ¡Cómo lloro y qué necesidad siento de hallar un refugio en tus brazos! No me abandones, te lo ruego. Me moriría si me dejaras solo, y no podría soportar el peso de mi dolor. Cúrame las heridas que me has hecho; sé buena y cariñosa». Magdalena oía perfectamente estas palabras, dichas en el silencio, entre los ahogados sollozos de su marido. Debía apiadarse de esa naturaleza nerviosa, y consolarla. Aquel perdón absoluto, aquella misericordia muda, entre besos y lágrimas, la inundaban de placer. Si su marido le hubiera dicho: «Te perdono», ella habría movido tristemente la cabeza; pero no le decía nada; temblaba al pedirle el auxilio de su cariño, y Magdalena entonces se iba calmando poco a poco, feliz al verle tan agradecido a sus caricias.

Había sonado la una de la madrugada, y era preciso tomar una resolución.

—No podemos esperar a que se despierte —dijo Magdalena, evitando nombrar a Jacobo—. ¿Qué piensas hacer?



Guillermo la miró con aire tan trastornado, que Magdalena le creyó incapaz de tomar una resolución enérgica. Sin embargo, añadió:

—Si se lo decimos todo, se irá y nos dejará tranquilos. Sube a decírselo.

—No, no —balbuceó Guillermo—: ahora, no; después.

—¿Quieres que suba yo?

—¡Tú!

Guillermo pronunció esta palabra con asombro y espanto. Magdalena se había ofrecido, impulsada por su carácter valeroso. Pero él no comprendía en modo alguno la lógica de su ofrecimiento, y lo miraba como una verdadera monstruosidad.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó Magdalena.

Tardó en responder. Le había parecido oír de nuevo ruido de pasos en la escalera, y, lleno de ansiedad, se puso a escuchar como la primera vez. La vecindad de Jacobo y la idea de que ese hombre viniera a tenderle la mano, le causaban una angustia cada vez más terrible. Una sola idea bullía en su cerebro; la de huir, para eludir una explicación, y ocultarse en el fondo de algún retiro ignorado. En las situaciones penosas, siempre trataba de ganar tiempo e ir a buscar lejos la paz que anhelaba. Cuando levantó la cabeza, dijo en voz baja:

—¡Vámonos! Mi cerebro estalla, y en este instante soy incapaz de tomar una resolución... Él no debe estar aquí más que un día. Después que se marche, tendremos por delante un mes para recuperar y afirmar nuestra felicidad.

No se avenía bien con la rectitud de Magdalena esa proyectada fuga. Comprendía que nada se adelantaba con eso.

—¡Concluamos! —replicó Magdalena.

—No; ven acá, te lo ruego... —murmuró Guillermo con insistencia—. Vamos a acostarnos en nuestra casita; mañana pasaremos allí el día, y esperaremos a que se marche... Ya sabes cuán dichosos hemos sido en aquel rinconcito: el aire tibio de ese retiro nos confortará; olvidaremos, y nos amaremos como cuando yo iba a verte ocultamente... Si cualquiera de nosotros vuelve a verle, nuestra felicidad ha muerto.

Magdalena hizo un ademán de resignación. Estaba tan conmovida y veía a su marido tan fuera de quicio, que no se atrevía a exigirle una resolución heroica.

—Sea —dijo—; partamos. Iremos adonde tú quieras.

Ambos miraron en torno de ellos. El fuego se había apagado; la lámpara ya no alumbraba más que con un reflejo vacilante y amarillento. Aquella vasta sala, en que habían pasado tantas noches al amor de la lumbre, estaba sombría, glacial, lúgubre. Fuera, el viento silbaba y hacía gemir a las ventanas. Parecía que, al soplar en la habitación, el huracán del invierno se llevaba toda la alegría y toda la paz de la vieja morada. Al dirigirse hacia la puerta, Guillermo y Magdalena vieron en la sombra a Genoveva, tiesa, inmóvil, que les miraba con sus relucientes ojos.

Durante la larga y dolorosa escena a que había asistido oculta, permaneció en actitud rígida e implacable. Experimentaba feroz voluptuosidad en escuchar aquellos sollozos y aquellos gritos de la carne. La confesión de Magdalena era para ella el

descubrimiento de un mundo de deseos, de goces y de dolores en que nunca había tomado parte su cuerpo virgen, y cuyo cuadro le hacía pensar en las crueles alegrías de los condenados. «Así deben de llorar y reír —pensaba— los que viven envueltos por ardientes llamas». En su horror se destacaba una curiosidad grandísima; la curiosidad de una mujer que ha envejecido entre quehaceres ordinarios, sin conocer hombre, y que de repente oye el relato de una vida apasionada. Quizá hasta envidiaría por un instante los amargos placeres del pecado y las quemaduras infernales que habían desgarrado el pecho de Magdalena.

No se había engañado: aquella criatura era hija de Satán, y el cielo la había puesto en la tierra para perdición de dos hombres. La veía retorcerse y despeinarse, como hubiera visto una serpiente hecha pedazos revolcarse en el polvo; las lágrimas que derramaba le parecían lágrimas de rabia de un demonio desenmascarado; sus cabellos rubios destrenzados, su cuello terso y blanco, henchido por los sollozos, todos sus miembros desencajados, exhalaban, según ella, un olor carnal y nauseabundo. Aquella era *Lúbrica*, el monstruo de abultados senos y brazos tentadores, la infame cortesana que oculta un montón de inmundo cieno bajo el terciopelo de su piel nacarada y voluptuosa.

Cuando Magdalena avanzó hacia la puerta, Genoveva retrocedió, para evitar su contacto.

—¡Lúbrica, Lúbrica!... —murmuraba entre dientes—. El infierno te ha vomitado, y estás tentando al santo con tu impura desnudez. Tu rubia cabellera y tus labios rojos arden todavía con el fuego eterno. Has emblanquecido tu cuerpo y tus dientes en las brasas del abismo. Has engordado con la sangre de tus víctimas. Eres bella, eres fuerte y eres impúdica, porque te alimentas con carne... Pero un soplo de Dios te hará morder el polvo, Lúbrica, hija maldita, y te pudrirás como una perra arrojada en el borde de un camino.

Los esposos no podían percibir sino alguna que otra de esas palabras que Genoveva articulaba febrilmente, a manera de exorcismo contra las tentaciones del demonio. Ellos creían que todas las gentes de la casa estaban acostados, y se sorprendieron y admiraron de encontrarla allí.

Debía de haberlo oído todo. Iba Guillermo a rogarle que guardara silencio, cuando ella se le adelantó con voz seca de sermoneadora:

—¿Qué diré mañana a tu amigo? ¿Le confesaré tu deshonor?

—¡Cállate, loca! —exclamó el joven, con sorda irritación.

—Esta mujer tiene razón —dijo Magdalena—. Es preciso explicarle nuestra ausencia.

—¡Bah! ¡Que diga lo que quiera!... Por mí... Que dé por pretexto la muerte de uno de tus parientes, o una mala noticia inesperada que nos ha obligado a partir inmediatamente.

Genoveva le miraba con gran tristeza. Después dijo:

—Mentiré por ti, hijo mío. Pero mi embuste no te librá de los tormentos que tú

mismo te procurarás. ¡Ten cuidado! El infierno se desencadena; acabo de ver cómo se abre el abismo ante ti, y caerás en él si te entregas a la impura...

—¡Cállate, loca! —exclamó de nuevo Guillermo.

Magdalena retrocedió bajo la ardiente mirada de la fanática.

—No está loca —balbuceó—, y deberías de escuchar su palabra, Guillermo... Déjame partir sola; yo soy quien debe ir por esos caminos en esta noche de invierno... Oye cómo sopla el viento. Quédate, olvídate; no desafíes al cielo, queriendo participar de mi deshonra.

—No, yo no quiero abandonarte —replicó el joven con súbita energía—. Sufriremos juntos, si es que debemos sufrir. Espero, y te amo. Ven; nos tranquilizaremos, y seremos perdonados.

Entonces se dejó oír la voz fatal de Genoveva, que decía:

—¡Dios Padre no perdona!

Esta frase, que Magdalena había oído antes de la venida de Jacobo como profecía de desgracias, y que ahora oía de nuevo, en el momento de acariciar el olvido, le causó espanto. Perdió todas las fuerzas que le quedaban. Se tambaleó, y se apoyó en los hombros de su marido.

—¿Oyes? —murmuró—. ¡Dios no perdona nunca, nunca!... No nos libramos del castigo.

—No hagas caso de esa mujer —dijo Guillermo—. Miente; Dios es bueno, y perdona a los que aman y lloran.

Magdalena movía la cabeza, y repetía:

—¡Nunca! ¡Nunca!...

Después lanzó este tremendo grito de angustia:

—¡Ah! Conozco que los recuerdos me persiguen.

Cruzaron el vestíbulo, y salieron de la Noirade. Solo muy vagamente adivinaron lo ridículo de esta fuga. Pero, despavoridos por el brusco golpe que acababa de anonadarlos, carecían de fuerzas para no dejarse arrastrar por ese instintivo movimiento de los animales heridos, que corren a refugiarse en cualquier agujero. No razonaban. Huían de Jacobo, a quien dejaban por amo de su morada.

## VIII

La noche estaba oscura como boca de lobo. Hacía muchísimo frío. Llovía, y el viento formaba remolinos de agua, y a lo lejos, en la siniestra oscuridad, se quejaba lúgubrementemente, al pasar entre los árboles del parque, y esas quejas semejaban lamentos de voces humanas, estertores de una multitud agonizante. La tierra remojada, cubierta de charcos, se ablandaba bajo los pasos como una alfombra de inmunda podredumbre.

Guillermo y Magdalena, muy juntitos, marchaban contra el viento que les soplaba en la cara, se metían en los charcos y caían en los baches. Al salir del parque, volvieron instintivamente la cabeza, y ambos miraron hacia la Noirade, guiados por un mismo pensamiento; querían convencerse de que Jacobo dormía, y de que por las ventanas del cuarto azul no salía claridad alguna. Pero no vieron más que las tinieblas y la masa enorme y opaca de la noche; parecía que la Noirade había sido arrastrada por el huracán. Volvieron a emprender la marcha, poco a poco y en silencio. No veían ni el terreno que pisaban, y se metían hasta las rodillas en los sembrados. Conocían perfectamente el camino de la casita; pero la oscuridad era tan completa, que necesitaron más de media hora para recorrer la distancia de un cuarto de legua escaso. Por dos veces se extraviaron. Estando a punto de llegar, una oleada de agua y viento les dejó mojados y medio ciegos. Así fue como entraron en su retiro: llenos de fango y tiritando de frío.

Gran trabajo les costó encender una vela. Cerraron la puerta, y subieron al cuarto de dormir, en el primer piso. Allí era donde habían pasado tantas noches felices, y allí esperaban recobrar la templada calma de sus amores. Al abrir la puerta de aquella pieza, se quedaron desconcertados; se habían olvidado la víspera de cerrar la ventana, y a impulsos del viento había entrado la lluvia; en el centro del pavimento había una gran charca de agua. Tuvieron que desecar aquel pantano, pero la madera quedó mojada. El invierno había tomado libremente posesión de aquel cuarto el día antes todo: estaba húmedo, las paredes, los muebles y cuantos objetos había allí. Guillermo bajó a buscar leña. Una vez encendida la chimenea, los esposos confiaron en que pronto se calentarían y se entonarían en la cálida y silenciosa atmósfera de su soledad.

Allí tenían siempre algunas ropas. Se mudaron, y se sentaron delante de la chimenea. Tenían secreta repugnancia a acostarse juntos, todavía tiritando y aterrados, en la fría cama testigo en otros tiempos de noches ardorosas y apasionadas. Cuando dieron las tres, dijo Guillermo:

—Conozco que no podré dormir. Esperaré a que amanezca en esta butaca... Tú debes de estar cansada, Magdalena; acuéstate.

Magdalena hizo un signo negativo, y volvieron a guardar silencio.

Fuera, la tempestad seguía desencadenándose cada vez con mayor violencia. Trombas de aire venían a estrellarse contra la casa con alaridos de fiera, rompiendo puertas y ventanas; parecía que el pabellón estaba cercado por una manada de lobos que lo movían con sus uñas furiosas. A cada nueva borrasca, todo el pabellón retemblaba. Cuando cesaba el viento, las oleadas de agua caían sobre el tejado con ese ruido sordo y continuo de los tambores que tocan funerals. Mucho hacían sufrir a los esposos los ímpetus del huracán; cada sacudida y cada lamento les causaba un vago malestar; tenían miedo, y de cuando en cuando se paraban a escuchar, creyendo percibir en el camino quejumbrosas voces humanas. Cuando una más impetuosa ráfaga de viento hacía retemblar el maderamen de la casa, levantaban sobresaltados la cabeza, y miraban con espanto en torno de ellos. ¿Era aquel su bien amado retiro, tan suave y tan perfumado? Parecíales que habían cambiado los muebles, las pinturas y hasta la misma casa. Examinaban con desconfianza todos los objetos, y no reconocían ninguno, Si les asaltaba algún recuerdo, era para mortificarles; recordaban que allí habían tenido exquisitos goces, y el recuerdo lejano de esos goces solo les servía para descorazarlos. En otro tiempo, hablando del pabellón, decía Guillermo: «Si algún día nos sobreviene alguna desgracia, iremos a mitigarla en esa soledad. Allí seremos fuertes contra el sufrimiento».

Y ahora, cuando, heridos por un golpe terrible, corrían a refugiarse allí, no encontraban más que el espectro lamentable de sus amores, y estaban anonadados bajo el peso de las horas presentes y echando de menos los tiempos que pasaron.

Poco a poco se fue apoderando de ellos triste postración. La caminata que acababan de hacer por el fango, azotados por el viento y la lluvia, les había servido de calmante para la fiebre, evitándoles una congestión. Sus cabellos, empapados en agua, caían como témpanos sobre sus frentes ardorosas. Además, el calor del fuego daba cierta pesadez a sus miembros, hartos fatigados. A medida que la llama del hogar iba penetrando en su carne, aún helada, parecíales que su sangre se espesaba y que cada vez circulaba con mayor dificultad. Sus pesares giraban como ruedas de molino. Estaban verdaderamente aniquilados, y ya en ellos no hacían mella las quemaduras punzantes ni los desgarramientos secos: se conformaban a esa asfixia de su ser, como las personas cansadas que sin sentir se duermen. Pero no dormían, ni mucho menos; soñaban despiertos, y por sus cerebros cruzaban pensamientos confusos.

A duras penas habían podido articular una palabra. Sentados delante del fuego, estaban aplanados en sus butacas, mudos, como si estuviera el uno a mil leguas del otro.

Magdalena, al cambiar de ropa, se había quitado sus zagalejos y sus medias cubiertas de barro. Enseguida se había puesto una camisa seca, y sobre ella nada más que un amplio peinador de cachemira azul. Sentada como estaba Magdalena en una butaca, el peinador dejaba al descubierto las piernas de la joven, doradas por el resplandor del fuego. Magdalena fantaseaba viendo arder los troncos. Se podía creer que ignoraba su desnudez, y que no sentía en su piel las penetrantes caricias del

fuego.

Guillermo la contemplaba. Poco a poco fue dejando caer la cabeza en el respaldo de la butaca, y con los ojos medio cerrados parecía dormir; pero no perdía de vista a Magdalena. Se quedó absorto en la contemplación de aquella criatura medio desnuda, cuyas formas robustas y torneadas le causaban dolorosa inquietud; no tenía deseo alguno, y veía en Magdalena la faz dura y basta de mujer satisfecha. La llama que de refilón daba en su semblante, formaba en él negras sombras, ennegrecidas más aún por las relucientes prominencias de la nariz y de la frente; las líneas se destacaban rudamente, y daban a toda su fisonomía, muda y como helada, aspecto de crueldad. Y desde las mejillas hasta la barba, la rubia cabellera, aún empapada en agua de lluvia, caía en pesadas masas. Aquella máscara fría, aquella frente de muerta, aquellos ojos grises y aquellos labios rojos, no iluminados por la sonrisa, causaban a Guillermo asombro y malestar. Aquel rostro no era el rostro sonriente y juvenil que él había visto. Aquel era un nuevo ser que se le aparecía, y se fijaba en cada rasgo para leer en él los pensamientos que de tal modo habían transfigurado a la joven. Cuando dirigía sus miradas más abajo, al pecho y a las desnudas piernas, veía con espanto cómo danzaba el resplandor amarillento del hogar. La piel se enrojecía, como si poco a poco se fuera cubriendo de manchas de sangre que se deslizaran rápidamente sobre la redondez de los senos y de las pantorrillas, desapareciendo y volviendo, por último, a dar el color del mármol a aquella epidermis tierna y delicada.

Magdalena se inclinó hacia el hogar, y casi sin saber lo que hacía se puso a atizar el fuego. Y se quedó encorvada, con la cara casi metida entre las llamas, abstraída en sus pensamientos. El peinador, que no estaba sujeto, se desprendió de los hombros, y se le cayó hasta la mitad de la espalda.

Ante aquella hermosa desnudez, Guillermo sintió encogimiento de corazón. No perdía de vista el flexible y vigoroso movimiento de aquel busto descubierto, ni las líneas del cuello inclinado y de los hombros caídos. Lo blanco de la piel, esa blancura lechosa de las mujeres rubias, hacía resaltar lo negro de un lunar que Magdalena tenía en la garganta. Y Guillermo se paraba deliciosamente a contemplar aquel lunar por él tantas veces besado. Sentía el corazón torturado por indecible angustia ante aquel busto adorable y aquel nacarado cutis. Y era que, en medio de su estupor, se despertaban en él los recuerdos, no como brucas ráfagas de la memoria, sino como masas que se movían pausadamente en su cerebro. Como estaba medio dormido, cien veces repelía mentalmente la misma frase. Tenía una pesadilla de que no podía deshacerse. Soñaba en los cinco años de amor pasados con Magdalena, en las noches tranquilas en que había dormido sobre su blanco pecho; recordaba la dulzura de los abrazos y de los besos que se habían dado. En aquellos tiempos, la ternura y la fe de Guillermo eran absolutas, y ni siquiera se le pasaba por las mientes que aquella mujer necesitara de otro más que de él mismo, porque él se daba por contento solo con ella, y hasta se olvidaba del mundo cuando dormía en su seno. Y ahora estaba sobresaltado por una duda atroz: recordaba haber besado aquellos hombros sedosos, sentía bajo

sus labios los estremecimientos de aquella piel, y no estaba cierto de si solo sus labios fueron los causantes de aquel estremecimiento o fueron los labios de algún otro. Él se había entregado virgen, y no podía confundir sus goces presentes y sus goces pasados; pero Magdalena no era tan ignorante como él; seguramente recordaba en su contacto los ardores que su primer amante le había hecho sentir. Era indudable que Magdalena, en brazos de Guillermo, debía de acordarse de aquel hombre, y Guillermo llegaba a pensar que ella quizá hallara un placer monstruoso en evocar los goces del pasado para doblar los del presente. ¡Qué burla tan infame y tan cruel! Mientras él creía ser el esposo, el único amado, no era seguramente más que un transeúnte que, a lo sumo, lograba tan solo reavivar la dulce llama de los antiguos besos aún no enfriados. ¿Quién sabe si aquella mujer le engañaba a todas horas con un fantasma, y se servía de él como de un instrumento cuyos arrebatos amorosos le recordaban melodías conocidas; si era con el ausente con quien se unía en pensamiento, y a él se encontraba agradecida por tantas horas de voluptuosidad? Esa indigna comedia había durado cuatro años. Durante cuatro años, él había desempeñado sin saberlo un papel odioso; se había dejado robar el corazón y la carne. Sumido en estos pensamientos, que la pesadilla hacía girar en su cerebro, no podía contemplar sin supremo disgusto la desnudez de su esposa; creía ver en su garganta y en sus hombros blancos manchas inmundas, llagas imborrables y ensangrentadas.

Magdalena seguía atizando el fuego. Su cara conservaba su impenetrable rigidez. Poco a poco, a cada movimiento de su brazo para remover los troncos, el peinador, se iba cayendo más y más.

Guillermo no podía apartar los ojos de aquel cuerpo que se iba quedando al descubierto, y que se exhibía con amplitud soberana y soberbia. Se le figuraba que era extraordinariamente impuro. Cada uno de los movimientos del brazo, que hacían resaltar los músculos del hombro, le causaba el efecto de un espasmo lúbrico. Nunca había sufrido tanto. Decía para sus adentros: «Yo no soy el único que conoce esos hoyuelos que se forman en el nacimiento de su cuello cuando estira los brazos». No podía tolerar el haber sido el segundo en disfrutar a aquella mujer. Como todos los temperamentos delicados y nerviosos, era en extremo celoso. Quería la posesión completa. El pasado le daba miedo, porque temía tropezar con rivales en sus recuerdos, rivales secretos, impalpables, contra los cuales no podía luchar. Se dejaba guiar por su imaginación, y entonces soñaba cosas horribles. Para colmo de desventura, el primer amante de Magdalena había sido Jacobo, su amigo, su hermano. Era lo que más le torturaba. Contra cualquier otro hombre, no habría hecho más que irritarse; contra Jacobo experimentaba un indefinible sentimiento de odio doloroso e impotente. Las antiguas relaciones de su mujer con aquel a quien él había mirado como a su Dios en su juventud, eran una de esas grandes ignominias, cuyo horror confunde a la razón humana. Guillermo veía en eso un incesto, un sacrilegio. Perdonaba a Jacobo, pero llorando lágrimas de sangre; pensaba en él con un terror vago, como en un ser fuera de su alcance que le hubiera herido mortalmente sin

saberlo, y a quien no devolvería jamás golpe por golpe. En cuanto a Magdalena, sobreexcitado como estaba por la pesadilla que exageraba las sensaciones más pasajeras, había muerto para él; por un extraño trastrueque de la realidad, se figuraba que Magdalena era la mujer de Jacobo, y que él no debía tocarla ni con los labios. Se estremecía solo con la idea de besarla; aquella carne le era repulsiva, porque, en su sentir, pertenecía a una criatura en brazos de la cual solo la lujuria le había arrojado. Si Magdalena le hubiera llamado, él habría retrocedido para evitar un crimen. Y continuaba absorto en la contemplación de aquella desnudez.

Magdalena dejó caer las tenazas. Se arrellanó en la butaca, ocultando la espalda y dejando al descubierto el pecho. Triste y silenciosa, se puso a mirar, aunque sin verla, una copa de bronce que estaba en un rincón de la chimenea.

Pero aunque Guillermo perdonaba a Jacobo, no por eso sus heridas quedaban menos abiertas. Sus dos únicas afecciones le habían hecho traición; la casualidad se había complacido cruelmente en acibarar su existencia, arrebatándole de un solo golpe todos sus cariños, y preparando, muy de antemano, con inaudito refinamiento, el drama que ahora le trastornaba la carne y el espíritu. En adelante ya no tenía nadie a quien amar; tan sólido y tan subsistente le parecía el lazo fatal con que en otro tiempo se habían unido Jacobo y Magdalena, que les acusaba de adulterio, como si acabaran de entregarse el uno al otro. Con indignación los arrojaba de su memoria, y se volvía a encontrar solo en el mundo, en la fría soledad de su juventud. Todos los pesares de su vida renacían en su corazón; notaba el aliento aterrador de Genoveva que pesaba sobre su cuna, y se creía vuelto al colegio, mortificado a golpes, y pensaba en la muerte violenta de su padre. ¿Cómo había podido engañarse hasta el punto de creer que el cielo era misericordioso? El cielo se había burlado de él, acariciándole durante una hora con sueño de paz. Después, cuando empezaba a tranquilizarse y a pensar en una existencia llena de goces tranquilos, el cielo le había arrojado bruscamente al helado y negro abismo, para que su caída fuera más atroz. Pero se sublevaba contra lo implacable de los acontecimientos. Su dignidad se exasperaba. Si caía siempre solo en el fondo de su soledad, es porque él era el mejor, y su constitución más sensible y delicada que la del resto de los hombres. Sabía amar, y la multitud no sabía más que mortificarle. Basándose en estas ideas, recobraba toda su energía, y se sentía aún con fuerzas para luchar contra el destino. Seguro de su nobleza, miró los hombros de Magdalena con un resto de desprecio, mezclado con algo de compasión.

Magdalena continuaba absorta. Guillermo no acertaba a comprender en qué podía estar soñando. En Jacobo seguramente. Torturado por esta idea, trataba, aunque en vano, de leer en el semblante de su esposa los pensamientos que la tenían aplanada y muda. La verdad era que Magdalena no pensaba en nada; estaba medio dormida, con los ojos abiertos, anonadada, sin percibir dentro de sí misma sino el zumbido de sus amarguras, que iba calmándose. Ambos estuvieron allí hasta por la mañana, silenciosos e inmóviles. No cruzaron ni una sola palabra. A pesar del fuego que les



quemaba las piernas, sentían azotados sus hombros por un soplo glacial. Fuera, el huracán se iba apaciguando entre prolongados lamentos, semejantes a alaridos de moribundas fieras. Aquella fue una noche sin fin; una de esas noches de malos ensueños, en que se desea la pronta venida de una aurora que parece que no llega nunca.

Por fin vino el día, un día sucio y crapuloso, que fue avanzando con sombría lentitud. Los cristales de las ventanas estaban empañados con el reflejo humoso de la niebla; después, el cuarto se vio invadido poco a poco por un vapor amarillento, que cubrió los muebles sin iluminarlos; era un vapor que decoloraba y desteñía las azuladas tintas de la habitación; parecía que una oleada de fango cubría el pavimento. La vela, casi acabada, palidecía en aquella atmósfera espesa.

Guillermo se levantó y se acercó a la ventana. El campo se extendía innoble y desconsolador. Habían cesado completamente la lluvia y el viento. La llanura estaba convertida en un lago de fango, y el cielo, cubierto de nubes bajas y rastreras, tenía el mismo color gris de la llanura. Era una especie de agujero inmenso, en que los árboles destrozados, las casas ennegrecidas y las tierras blandas y cubiertas por las aguas, se arrastraban como restos sin nombre. Parecía que una mano furiosa había revuelto el horizonte entero y convirtiéndolo en una mezcla inmunda de agua podrida y de negra arcilla. El día que agonizaba sobre aquella fangosa inmensidad, tenía una claridad sombría sin resplandores, que causaba profundo disgusto.

Esos momentos angustiosos de una madrugada de invierno, son desesperantes para las gentes que han velado toda la noche. Guillermo se sentía descorazonado ante aquel horizonte sucio. Tenía frío, y experimentaba malestar en el cuerpo y en el alma. Le parecía que acababan de molerle a golpes, y que iba recobrando el conocimiento. Magdalena, tan temblorosa como él, cansada y herida, se asomó también a ver el campo; y al verle tan fangoso, no pudo reprimir un movimiento de disgusto.

—¡Cuánto fango! —murmuró.

—¡Hay mucho más! —añadió Guillermo, casi sin saber lo que se decía.

Hubo una pausa; y como no se apartaban de la ventana:

—Mira —dijo Magdalena—, el viento ha destrozado un árbol de nuestro jardín... La tierra de las platabandas ha invadido los paseos... Parece un cementerio.

—La lluvia lo ha devastado todo —replicó Guillermo con voz monótona.

Dejaron caer las cortinillas de muselina que habían descorrido, cansados ya de ver aquella cloaca. Sintieron escalofríos, y de nuevo se acercaron a la chimenea. Era ya muy de día, y observaron que su cuarto estaba desolado y todo sucio por las claridades sombrías de fuera. Nunca lo habían visto tan triste. Su corazón se encogió, y comprendieron que aquel disgusto y aquel enojo de que estaban poseídos no procedía solo de la tristeza del cielo, sino de su propia miseria y del brusco derrumbamiento de su felicidad. Lo sombrío del porvenir hacía más amargo el presente, y amenguaba los goces del pasado. Ambos pensaban:

«No hemos debido venir aquí; debimos habernos refugiado en cualquiera

habitación desconocida en que no hubiéramos encontrado, vivo y cruel, el recuerdo de nuestros antiguos amores. Si esta cama en que hemos dormido, si estas butacas en que nos hemos sentado, no tienen para nosotros el calor de otros tiempos, es porque los helamos con nuestros propios cuerpos. Todo ha muerto en nosotros».

A pesar de esto, fueron tranquilizándose. Magdalena se cubrió los hombros. Guillermo dejó sus pesadillas, y recobró la calma para apreciar la realidad de las cosas. En sus malos ensueños, agitado por la fiebre de ese semisueño en que los pesares se agrandan, se había perdido en el fondo de ideas monstruosas, rayanas en lo imposible, como aquellas suposiciones infames que se forjaba. Ahora, el frío de la mañana le sacaba de su estupor, y su espíritu se desprendía de sus visiones. Volvía a entrar en la banalidad ordinaria de los hechos. Ya no veía a Magdalena en brazos de Jacobo, ni se torturaba evocando el cuadro de aquel extraño adulterio que unía tan estrechamente a su mujer y a su amigo. Todo volvía a su respectivo puesto, y el drama perdía su interés de actualidad. Vagamente y sin inquietud vislumbraba a los amantes en un pasado lejano. A partir de aquel momento, se conformó con su situación, volvió a su vida normal, y a estar casado con Magdalena, amado por ella, y dispuesto a luchar para tenerla siempre a su lado. Aún se resentía del golpe brutal que entrambos acababan de sufrir; pero ya iba desapareciendo el dolor que le había causado, y encontraba lisos y llanos los obstáculos que al principio le habían parecido monstruosos e invencibles.

De consiguiente, se dispuso a esperar. Miró con triste sonrisa a Magdalena, que estaba en análoga disposición de espíritu. Sin embargo, sobre ella gravitaba una pesadísima masa que la ahogaba, y de la cual no se podía desembarazar. Quería esperar, pero siempre tropezaba con aquella masa. Era un peso fatal de que hasta la muerte no se vería libre su pecho. Las sonrisas con que correspondía a Guillermo parecían las de una moribunda que siente ya sobre su rostro el soplo de la muerte y no quiere decírselo a nadie.

Toda la mañana estuvieron junto a la chimenea, hablando de cosas indiferentes. Rehuyeron el tocar a sus heridas, aún frescas, dejando para más tarde el cuidado de tomar una resolución. Por de pronto, lo único que deseaban era adormecer sus penas. En el curso de la conversación, Guillermo tuvo una inspiración súbita. El día antes, la nodriza de Lucía había ido por la niña a la Noirade, porque iba a hacer la hornada en la granja, y esto era muy del agrado de la pequeñuela, porque se moría por los panecillos recién hechos. Casi siempre iba a presenciar las hornadas. Seguro de que Lucía aún estaba allí, no lejos de ellos, Guillermo expresó el deseo de verla, para colocarla entre Magdalena y él, como una esperanza de paz. Sus pesadumbres le habían hecho olvidarse de su hija, y gran contento fue el suyo al pensar en ella como lazo vivo que los uniría. ¿No era una prenda de la eternidad de su unión? Con una sonrisa de ella tendrían bastante para curarse y para convencerse de que nada en el mundo podría separarlos.

—Magdalena —dijo Guillermo—; debías ir por Lucía a la granja... para que

pasara el día con nosotros.

Magdalena adivinó la intención de su esposo. Tampoco ella se había acordado de su hija; pero al oír su nombre, experimentó profunda sensación de alegría. Al fin era madre, y todo lo olvidaría, incluso el peso que la ahogaba.

—Tienes razón —replicó—. Además, no podemos pasar el día sin comer... Nos desayunaremos con huevos y leche.

Se reía como si se tratara de organizar una partida de campo. Creía haberse salvado. Dos minutos le bastaron para vestirse con más abrigo; se puso una falda, se cubrió los hombros con un chal, y se encaminó hacia la granja. Entretanto, Guillermo colocó delante de la chimenea un velador, sobre el cual puso una servilleta. Estos preparativos de un almuerzo a solas con su mujer le recordaron aquellos días felices de sus amores, cuando comía con Magdalena en la casita. Se imaginó que la habitación había recobrado los encantos de otros tiempos; estaba cerrada, templada y perfumada. Echó en olvido todo el fango que había allá fuera, pensando en que iban a estar muy calentitos, y a pasar un día delicioso, solos, con su querida Lucía. Hasta veía cierto encanto en lo triste del día.

Magdalena tardó largo rato en volver. Volvió, por fin, y Guillermo fue a su encuentro, para aligerarla del peso de los comestibles con que venía cargada. Lucía era portadora de un trozo de panecillo.

Tenía entonces la niña tres años y medio. Para su edad, estaba muy crecida: sus miembros, cortos y gruesos, la daban el aspecto de una muchacha del campo criada al aire libre. Era rubia, como su madre, y se sonreía con muchísima gracia. Muy precoz de inteligencia, charlaba días enteros, imitando a las personas mayores, a quienes hacía preguntas que desternillaban de risa a sus padres. Al ver a su padre al pie de la escalera, le dijo:

—Cógeme, y súbeme en brazos.

No quería desprenderse de su panecillo, y no se atrevía a subir los escalones sin agarrarse al pasamanos. Guillermo la tomó en brazos, contento por ser portador de tan preciosa carga. Aquel cuerpecillo que se apoyaba en su hombro le reanimaba el corazón.

—Has de saber —dijo Magdalena— que esta señorita no se había levantado aún, y ha tardado más de un cuarto de hora en decidirse a venir conmigo, porque le habían prometido convidarle a manzanas cocidas esta mañana. He tenido que echarme dos en el bolsillo, y prometerle que las asaríamos en la chimenea.

—Quiero yo asarlas —dijo Lucía—, porque ya sé cómo se hace eso.

Tan pronto como su padre la dejó en el suelo, se puso a dar vueltas en torno de Magdalena, hasta que logró meter la mano en el bolsillo de su falda. Así que se apoderó de las dos manzanas, las mondó con un cuchillo, y se acurrucó gravemente junto a la chimenea. Apartó la ceniza, puso las manzanas sobre el mármol, y, sin perderlas de vista, volvió a acurrucarse. Después dejó el panecillo sobre sus rodillas.

Guillermo y Magdalena se sonreían al verla darse aires de hacendosa. Tanta

necesidad tenían de reponerse de sus pesadumbres, que en las inocentes puerilidades de su hija hallaban el mejor consuelo. Para olvidarse de todo, hubieran sido capaces de jugar con ella, y hacerse la ilusión de que, como ella, eran niñitos y sencillos. La quietud infantil de la niña y el olor fresco que de ella se desprendía les calmaba enterneciéndoles. Esperaban que el porvenir sería tranquilo y puro: el porvenir estaba cifrado en aquella querida criatura, ángel de paz y de pureza.

Se sentaron en torno del velador, y comieron con muy buen apetito. Hasta hablaron de lo por venir, haciendo proyectos, y viendo ya a su hija crecida, casada y dichosa. El recuerdo de Jacobo había sido borrado por la niña.

—¡Que se queman tus manzanas! —dijo Magdalena sonriendo.

—No se queman, no —replicó Lucía—. Ahora voy a calentar un panecillo.

Alzó la cabeza, y miró a su madre con cierta seriedad, que hacía envejecer a su fisonomía. Cuando no se sonreía, sus labios estaban secos, duros, y sus cejas se arqueaban ligeramente. Guillermo la observaba. De pronto palideció.

—¿Qué tienes? —le preguntó Magdalena.

—Nada —respondió.

Y seguía observando a Lucía, sin apartar de ella sus miradas, echándose atrás en su butaca como para huir de un cuadro que le aterraba. En su semblante se dibujaba un pesar continuo y atroz. Hasta llegó a hacer con la mano el ademán de apartar a su hija de su lado. Magdalena, espantada de su palidez, y sin comprender lo que pasaba por la mente de Guillermo, se separó del velador, y fue a sentarse en un brazo de la butaca.

—Respóndeme —dijo—. ¿Qué es lo que tienes? Estábamos tan tranquilos... Te sonreías ahora mismo... Vamos, Guillermo; creía que habíamos recobrado nuestra felicidad, y que empezábamos una nueva vida... Confiérame los malos pensamientos que cruzan por tu mente. Los disiparé, y te curaré. Quiero que seas dichoso.

Guillermo movió la cabeza, y se estremeció.

—Fíjate en Lucía —dijo, con voz apenas perceptible, como si temiera que alguien le escuchara.

En tanto Lucía, sentada en la alfombra delante de la chimenea, con la punta de un tenedor metía el panecillo en el fuego, dando gran importancia a esta tarea en que estaba absorta por completo.

—Bueno; ¿y qué? —preguntó Magdalena.

—Pero ¿no ves? —dijo Guillermo, con entonación cada vez más alterada.

—No veo nada.

Entonces Guillermo se ocultó el rostro entre las manos. Lloraba. Después hizo un esfuerzo, y balbuceó:

—Se parece a Jacobo.

Magdalena se estremeció. Sus ojos, agrandados por la emoción, se fijaron en su hija con una ansiedad que hacía temblar todo su cuerpo. Guillermo tenía razón: aunque vagamente, Lucía se parecía a Jacobo, y esta semejanza era mayor cuando la

niña plegaba los labios y la frente. El antiguo médico tenía de ordinario ese gesto de hombre positivista. Magdalena se resistía a convenir en esa terrible verdad.

—Te engañas —murmuró—. A quien se parece Lucía es a mí. Si fuera verdad lo que tú dices, ya lo habríamos observado antes de ahora.

Procuraba no nombrar a Jacobo. Pero Guillermo la sentía temblar junto a él.

—No, no; no me engaño —dijo—. ¡Demasiado lo sabes!... La niña crecerá, y será el vivo retrato de él. Nunca la había visto tan seria... ¡Me vuelvo loco!

Realmente perdía la cabeza. Por sus sienes corría frío sudor, y se ponía las manos en la frente como para evitar que estallara. Su mujer ya no se atrevía a hablar. Apoyada en un hombro de él, y desfallecida, seguía mirando a Lucía, que no se daba cuenta de lo que en torno de ella ocurría. Sus manzanas chirriaban y su panecillo iba tomando un hermoso color moreno.

—¿Luego tú pensabas en él? —preguntó sordamente Guillermo.

—¡Yo, yo!... —balbuceó Magdalena.

Comprendió lo que Guillermo quería decir. Se figuraba que ella había evocado el recuerdo de Jacobo al tiempo de concebir a Lucía. Las pesadillas del joven renacían en su trastornado cerebro; de nuevo pensaba en ese monstruoso adulterio moral, de que sin duda su mujer se había hecho reo tomando, en su imaginación, por besos de Jacobo los besos de su marido. De ahí la semejanza de su hija a su amante. Ya no podía dudar del odioso papel que había desempeñado; la prueba era palpable. Su hija ya no le pertenecía: era el fruto de la unión vergonzosa de Magdalena con un fantasma. Adivinando en las miradas de Guillermo estas acusaciones:

—Pero eso que piensas es monstruoso —dijo Magdalena—. Sé razonable, y no me hagas más infame de lo que soy... Nunca he pensado en ese hombre cuando estabas conmigo.

—Lucía se le parece —replicó implacable Guillermo.

Magdalena se retorció las manos.

—Yo no sé cómo ha sido eso —decía—. La casualidad me mata... ¡Oh! No; nunca he hecho eso que tú dices. Eso es indigno.

Guillermo se encogió de hombros. No se le podía ocurrir entonces que la semejanza de Lucía con el primer amante de su madre era un caso muy frecuente, que obedece a ciertas leyes fisiológicas aún desconocidas. Magdalena estaba indignada. Quería convencerle de su inocencia; pero veía que era imposible dar una prueba: él la acusaba por sus pensamientos, y ella no podía defenderse más que con protestas y juramentos. Durante algunos minutos, ambos estuvieron silenciosos, pero sollozando.

—¡Ya están asadas mis manzanas! —dijo de pronto Lucía, que hasta entonces había estado en una especie de éxtasis, absorta en la contemplación de sus manzanas y de su panecillo.

Palmoteando se levantó, y cogió del velador un tenedor para retirar del fuego las manzanas. Pero estaban tan calientes, que tuvo que esperar a que se enfriaran. Sentada en la alfombra, se entretenía en ver cómo humeaban, con tantos deseos de

cogerlas, que de cuando en cuando las tocaba con la punta de los dedos. Cuando creyó que ya estaban a propósito para ser comidas, se puso a reflexionar sobre si debía o no convidar a sus padres. Después de corta lucha entre su apetito y su corazón, cogió una manzana con el tenedor, y se la ofreció a su padre.

—¿Quieres, papá? —preguntó, con cierto temor de que el ofrecimiento fuera aceptado.

Desde que se puso a actuar de cocinera, con aires de mujer agobiada de trabajo, no había alzado la vista. Al ver que su padre lloraba y que la miraba con enojo, se puso muy seria, y volvió a dejar en el suelo el tenedor.

—¿Lloras, eh? ¿Es porque no has sido bueno? —le dijo.

Y se acercó a Guillermo, apoyando en las rodillas de este sus manecitas. Se empinaba para subir a un brazo de la butaca y besar a su padre. Estaba algo asustada de ver el doloroso grupo que formaban sus padres, y no sabía si reír o llorar. En esta duda permaneció breve rato, con la cara levantada, contemplando tierna y piadosamente a su padre. Después le tendió las manos.

—¡Cógeme! —dijo, dando a esta palabra la inflexión cariñosa que le era habitual.

Guillermo seguía mirándola, pero echándose atrás y cada vez más pálido y conmovido. ¡Cuánto se parecía a Jacobo, sobre todo cuando tomaba el aspecto de chiquilla seria! Aquellas manos de niña le quemaban las rodillas, y de buen grado la hubiera apartado de sí para no sufrir tortura al fijarse en cada uno de sus rasgos fisionómicos. Pero Lucía tenía un proyecto: el de cogerse a su cuello y consolarle. Después que le hubo dicho varias veces: «¡Cógeme! ¡Cógeme!», sin que le viera inclinarse hacia ella, se decidió a trepar por él. Ya se había subido sobre los brazos, cuando Guillermo, perdiendo la cabeza, la rechazó violentamente.

Lucía retrocedió tambaleándose, y cayó de espaldas. Sin embargo, no lloró. Fue tal su sorpresa, que se limitó a mirar a su padre con asombro y espanto. Contraía los labios y fruncía el ceño como el antiguo cirujano.

Magdalena corrió hacia ella al verla caer. La cabeza de la niña había pasado casi rozando con el velador, a riesgo de hacerse daño.

—¡Ah, Guillermo, qué cruel eres!... No creí que fueras tan malvado... Maltrátame; pero no maltrates a esta pobre criatura.

Magdalena cogió a Lucía en sus brazos. Entonces fue cuando la niña rompió a llorar, como si la mataran a golpes. No se había hecho daño; pero bastaba que la compadecieran, para que se creyese obligada a verter un torrente de lágrimas. Su madre la paseó para tranquilizarla, diciéndole que no era nada, y abrazándola.

Guillermo estaba arrepentido de su brutalidad. Cuando vio a Lucía tambalearse, se echó a llorar de vergüenza y de dolor. ¡Matador de niños, él!... Cuando recordaba que la cabeza de la niña habría podido chocar contra el velador, temblaba como tiemblan los asesinos. Y, sin embargo, las lágrimas de Lucía le irritaban, y parecíanle monstruosas las caricias de Magdalena. Se imaginó que ella debía de creer que abrazaba a Jacobo al abrazar a Lucía. Entonces, anonadado y herido por esta

suposición, se arrojó en el lecho y se cubrió la cabeza con una almohada, para no ver ni oír, permaneciendo allí inmóvil.

Pero no dormía. Bien a su pesar, oía los pasos de Magdalena. Con los ojos cerrados, seguía viendo el gesto de Lucía, sus labios tersos y su ceño fruncido. Ya no se atrevería nunca a besar aquella cara de niña que a veces tenía la seriedad de un hombre; ya no podría nunca, sin padecer horriblemente, ver a su mujer acariciar aquella cabecita rubia. Ya no tenía hija, ni lazo alguno que le uniera a Magdalena. Su última esperanza de salvación se había trocado en dolor supremo. En adelante, sería ridículo todo intento de recuperar la dicha perdida. Todas estas ideas retumbaban en su cerebro como un toque fúnebre. La carne venció a la desesperación, y se durmió.

Cuando se despertó, era ya muy entrada la noche. Se agitó, dolorido, sin saber qué era lo que de aquel modo le había anonadado. Después fue recordando, y de nuevo volvió a sufrir. Había pasado la crisis; pero estaba desconcertado y sin esperanza. Como no tenía encendida luz alguna, la habitación solo estaba iluminada por los reflejos amarillentos de los troncos que ardían en la chimenea. Vio a Magdalena tendida en una butaca, junto al fuego, que le miraba fijamente, con los ojos desmesuradamente abiertos. Lucía ya no estaba allí; sin duda su madre la habría llevado a la granja, y Guillermo no quiso averiguar lo que había sido de ella.

—¿Qué hora es? —preguntó a su mujer.

—Las ocho —replicó tranquilamente.

Hubo una pausa, al cabo de la cual preguntó Guillermo:

—¿Has dormido?

—Sí, un poco.

Con efecto, Magdalena había dormido durante algunos minutos. Pero ¡qué tarde tan larga y tan angustiosa! Penosísimas eran las horas que acababa de pasar en aquel cuarto, donde en otro tiempo había dormido tan tranquilamente. Ahora estaba desesperada, sin saber cómo luchar contra su destino. «¡Mañana me mataré, si es preciso!», pensaba: y con la seguridad de poder, cuando quisiera, librarse de la deshonra y del padecer, casi se tranquilizó. Hablaba con voz tan débil como una moribunda resignada que de buen grado se entrega a la muerte y a quien nadie puede aumentar los males.

Guillermo dio algunos pasos en la habitación. Fue a descorrer las cortinillas de la ventana. El horizonte estaba más despejado, y vio, en medio del campo, la sombría masa de la Noirade: solo estaban iluminadas las ventanas del piso bajo, Jacobo debía de haberse marchado.

—¿Vamos a pasar un mes en París? —dijo, por fin.

Magdalena no hizo el menor ademán de sorpresa, y solo alzó algo la cabeza.

—Saldremos dentro de una hora —añadió Guillermo.

—Está bien —replicó Magdalena.

¿Qué le importaba ir a París ni quedarse en Véteuil? ¿No había de sufrir en todas partes lo mismo? Comprendía que lo que deseaba Guillermo era dejar de ver a Lucía

durante algún tiempo, y lo encontraba muy natural. Al cabo de un instante, lo del viaje despertó en ella una vaga esperanza de curación; al principio se había conformado de una manera pasiva, y ahora se adhería a ese proyecto como a una última tentativa de salvación.

Al cerrar la puerta de la casita, los esposos experimentaron una gran opresión de corazón. Habían ido allí en busca de la paz de sus antiguas caricias, y de allí salían mortificados y más trastornados que antes. Allí habían manchado sus recuerdos, y ya no podrían volver nunca a pasar allí horas felices.

En la Noirade supieron que Jacobo se había marchado media hora antes, a lo sumo. Comieron a todo escape, casi sin tocar a los platos. Genoveva no les dirigió ni una sola palabra; miraba a Magdalena con aire sombrío. Al dar las nueve, Guillermo mandó enganchar el *cabriolet*. Era ya muy tarde para ir por el ferrocarril, y Guillermo, por un capricho de cerebro enfermo, quería ir de noche a París en su carruaje propio. Pensaba hallar la calma en el silencio de los caminos oscuros y desiertos. Dijo a Magdalena que se abrigase, y algunos minutos después marchaban por la carretera de Mantes.



## IX

Hacía mucho frío. Las nubes habían desaparecido, a impulsos del viento de la noche anterior, y helaba fuertemente. La luna, en toda su plenitud, daba con sus rayos al cielo un color azulado de acero pulido. Merced a esa claridad, límpida como el agua fría de un manantial, eran perfectamente visibles hasta los más pequeños detalles de cuanto abarcaba el horizonte. Sorprendidos en medio del deshielo, los accidentes del terreno parecía que se habían quedado tiesos en el período álgido del huracán; tenían puntiagudas espinas, oleadas de fango cuajado, rigideces de cadáver helado por la muerte en las últimas convulsiones de la agonía. Las ramas negras más pequeñas y las piedrecillas blancas de los muros, se destacaban con gran vigor, a la manera de coloreadas manchas, sobre aquel vasto y uniforme triste gris del horizonte.

El *cabriolet* escogido por Guillermo era un carruaje de dos asientos, con capota de cuero, movable. Lo había comprado en otro tiempo para recorrer el campo con Magdalena; no quería en esas excursiones llevar cochero, y prefería guiar él mismo. En la banqueta no había espacio más que para él y para su querida; así es que cuando hostigaba al caballo y oscilaba el *cabriolet*, Guillermo percibía el calorcillo de las piernas de Magdalena, y esto le agradaba. ¡Qué de paseos tan alegres habían hecho en aquel *cabriolet*, cuyos balanceos tanto les divertía, haciéndoles chocar uno con otro! Aquella noche, el carruaje rodaba monótonamente sobre el camino; en el silencio de los campos helados, los esposos no oían más que el acompasado trote del caballo, que con las herraduras producía ruido metálico sobre la tierra helada. Los rayos de los farolillos corrían delante dando saltos bruscos e iluminando débilmente aquel campo blancuzco con los resplandores tibios de velas encendidas en el crepúsculo.

Guillermo y Magdalena se habían cubierto las rodillas con una manta de lana color oscuro. Guillermo guiaba sin hablar; pero de cuando en cuando lanzaba una exclamación, que hacía enderezar las orejas al caballo. Magdalena aparentaba dormir en su rincón. Envuelta en pieles, con los pies calientes por la manta de lana y las manos guardadas, no tenía frío más que en la cara, pues el aire que rozaba sus ojos y sus labios no la mortificaba antes por el contrario, la mantenía despierta y refrescaba su abrasada frente. Maquinalmente seguía la pista a los resplandores de los farolillos que marchaban rápidamente por el camino. Su imaginación corría pareja con los saltos bruscos de aquellos resplandores. Casi no se daba cuenta de las escenas que acababan de pasar. ¿Cómo había podido trastornarse de esta manera? De ordinario, su voluntad era recta y firme, y fría su imaginación. Tal vez un minuto de reflexión habría bastado para arreglarlo todo, y ella, tan razonable, se había vuelto loca en un instante. Indudablemente, Jacobo debía de ser la causa de su azoramiento súbito; pero ya no amaba a Jacobo, y no comprendía cómo la resurrección de este la había trastornado hasta tal punto. Buscaba la explicación de esto, tan pronto en un hecho

como en otro, y se perdía en las aparentes contradicciones de su naturaleza. Vagamente, en el fondo de su ser, sentía que se agitaba la verdad; pero retrocedía ante el carácter extraño de las sensaciones que experimentaba.

Al arrojarle en brazos de Jacobo, la carne virgen de Magdalena había quedado marcada con la huella imperecedera del joven. Fue aquel un matrimonio íntimo, indestructible. Ella estaba entonces en la plenitud de su vigor, en esa edad en que el organismo de la mujer se madura y se fecunda al contacto del hombre; su cuerpo vigoroso y su temperamento mesurado se amoldaron mejor, por lo mismo que era rico en sangre y estaba libre de humores; se entregó tranquilamente, sin recelo, a esa transmisión carnal entre su amante y ella, hasta el punto de que su naturaleza fría contribuyó a que fuera más completa y duradera la posesión de todo su ser.

Puede decirse que, al estrecharla en sus brazos, Jacobo la modelaba a su imagen, le daba sus músculos y sus huesos, la hacía suya para siempre. La casualidad la había echado en brazos de aquel hombre, y la casualidad la retenía en ellos, a los cuales, por fatalidades fisiológicas, se adhería más, cuanto más a punto estaba de quedar viuda. Cuando al cabo de un año de este trabajo secreto de la sangre y de los nervios el médico se ausentó, este la dejó eternamente marcada con la huella de sus besos, poseída hasta el punto de que ella misma no era dueña de su propia carne; había en ella otro ser, elementos viriles que la completaban. Era un fenómeno puramente físico.

Ahora, los lazos de cariño estaban rotos, pero el lazo de la carne seguía estrechamente anudado. Si su corazón ya no amaba a Jacobo, su cuerpo se acordaba de él fatalmente, y le pertenecía siempre. Podía muy bien haberse borrado el sentimiento de afecto, pero no por eso tenía menos fuerza el efecto carnal de la posesión. Seguía siendo la esposa de Jacobo, a pesar de sentir hacia él sordo enojo. Ni las caricias de Guillermo, ni cinco años de ser abrazada por este, habían logrado que se borrara de sus miembros el ser que en ellos había penetrado en la época de la pubertad. Estaba por completo formada y virilizada para siempre, y en vano los besos de una multitud habrían tratado de borrar los primeros besos que había recibido. Su marido no poseía realmente más que el corazón; no se daba a él, se prestaba.

No había hecho más que prestarse desde que se casó. Prueba evidente e irrecusable de esto era el parecido de Lucía a Jacobo. Guillermo, aun teniendo una hija de Magdalena, no podía tenerla a su imagen. Fecundado por él, el seno de la joven daba al hijo los rasgos del hombre de quien conservaba la huella. Parecía que la paternidad saltaba por cima del marido para remontarse al amante. Seguramente, la sangre de Jacobo entraba por mucho en la fecundación de Magdalena: el primer padre era el que había hecho esposa a la virgen. Bien conoció Magdalena su servidumbre el día en que Guillermo la pidió en matrimonio. Como no era libre, su cuerpo sentía instintiva repulsión a un nuevo matrimonio en que no podía entregarse por completo. Estuvo a punto de dar una negativa rotunda, no sin cierto asombro de sí misma. ¿Pues no amaba a Guillermo y no vivía con él desde hacía un año? No quiso escuchar el

grito de su conciencia ni la rebelión de su sangre: podía haber tomado un segundo amante, pero estaba imposibilitada de unirse para siempre con otro que no fuese con Jacobo. Y por no haber hecho caso de aquel grito de su cuerpo esclavo, lloraba ahora lágrimas de sangre.

La certidumbre de ser poseída para siempre por un hombre a quien no amaba, la habría enloquecido; preferiría arrojarse inmediatamente bajo las ruedas del carruaje, aterrada ante la idea de los atroces sufrimientos que la aguardaban; arrastrar miserablemente su cuerpo esclavizado; sentir siempre en sus venas la sangre abominable de Jacobo; no poder entregarse en brazos de Guillermo sin creer que se prostituía. Ignoraba las fatalidades de la carne, que a veces ligan a una virgen con su primer amante de una manera tan estrecha, que no puede romperse ese matrimonio de la casualidad, y que es preciso aceptar para siempre al esposo de una hora, so pena de cometer un continuo adulterio. Para tranquilizarse, se ponía a pensar en los últimos cuatro años de no interrumpidas caricias. Pero comprendía que Jacobo estaba siempre con ella, pues que dormía en el fondo de su pecho, y no se había necesitado más que un segundo para despertarle vivo y fuerte. Ahí estaba precisamente la causa del súbito atolondramiento de Magdalena, criatura calmosa y enérgica. Solo a Jacobo era dable torcer la rectitud de su razón y de todos sus sentidos, porque ella le tenía en sus entrañas, y el sonido de su voz y su solo recuerdo bastaban para sobreexcitarla. Al volverle a encontrar, se había trastornado, y volvería a trastornarse siempre que le sintiera agitarse dentro de sí misma. La intuición de que ya no podía vivir en paz la aterraba extraordinariamente: recordaba con espanto y disgusto sus calofríos de la víspera, y se desesperaba, pensando que esos calofríos volverían a abrasarla tantas cuantas veces volviera a encontrar a Jacobo. No sienten los epilépticos más terror a las crisis que les amenazan, que el terror que sentía Magdalena. Como ellos, estaba sombría y helada de espanto, siempre bajo la presión de convulsiones atroces.

Magdalena, aplanada en el rincón del *cabriolet*, viendo correr sobre el blanco camino los azulados resplandores de los farolillos, procuraba dulcificar la crudeza de estos pensamientos; y su espíritu divagaba en preguntas a que no quería responder. Estaba cansada, y dejaba para más adelante el examen de su conciencia; entonces tomaría medidas enérgicas y lucharía. Solo pensaba en esas cosas, porque no podía evitarlo. Era un sueño vago y brusco, rudamente mecido por los balanceos del carruaje. Magdalena tenía calor en los pies y en las manos; sin darse cuenta, gustaba del calorcillo de la manta de lana y de la blandura de los almohadones del *cabriolet*. A no ser por el aire frío que le azotaba en los labios y en los ojos, se habría dormido. De cuando en cuando fijaba sus miradas en el campo, por cima de las orejas del caballo, y solo veía la tierra helada y rígida que se extendía por el horizonte, como un cadáver, bajo el blanco sudario de la luna. Aquellas soledades de los horizontes muertos la hacían pensar en los goces de una inmovilidad eterna.

Guillermo creía que Magdalena iba dormida. Guiaba maquinalmente, escuchando el silencio de la noche, dichoso por encontrarse en aquel camino desierto y en aquel

frío seco que calmaba su fiebre. Desde Véteuil no había dejado de pensar en la frase de Jacobo: «No se debe uno casar con su querida». Esta frase bullía en su memoria sin saber por qué, y de ella no podía olvidarse. La discutía y le daba vueltas con verdadero espanto; pero negándose siempre a tomarla por regla de conducta.

Nunca había tenido el estúpido propósito de procurar la redención de una pecadora. Al casarse con Magdalena, de ningún modo pensaba en rehabilitarla, ni en reconquistar para ella, como suele decirse, una virginidad por medio de su aprecio y de su amor. Se casaba con ella, porque la amaba, y nada más. Era demasiado nervioso, y se dejaba arrastrar por sus inclinaciones con demasiado regocijo para detenerse a hacer ridículas consideraciones de moralista. Seguía los impulsos de su corazón, y su razón no le imponía una tarea que sus negligencias de carne y de espíritu no le dejarían seguramente llevar a cabo. Lamentaba el pasado de su amante, y deseaba que ella lo olvidase, pero por egoísmo, por una rebelión de temperamento que le hacía intolerable la idea de no poseerla él solo. Solo los jóvenes inocentes o los viejos gastados son los que alguna vez forman el proyecto de redimir un alma. Aunque desconocedor del mundo, Guillermo no era de los que sueñan con un cielo de ideal engañoso. En ningún tiempo había creído que Magdalena tuviese necesidad de ser salvada, y solo quería ser amado, pero de un modo absoluto y eterno. Aun cuando se le hubiera pasado por las mientes la idea de una rehabilitación, no se habría parado en ella, y seguiría pensando que el amor lava por sí mismo sus manchas.

Por eso no entendía bien estas palabras: «No se debe uno casar con su querida». ¿Por qué? Al contrario; parecía que era muy sano adormecerse en brazos de una mujer conocida y adorada. Sus pesadillas de la noche anterior no habían logrado quitarle esta creencia. Si había sufrido, era por una crueldad del destino. Comprendía que Magdalena no había dejado de amarle, y no se arrepentía de haberse casado con ella. Al verla llorar, un solo pensamiento le animaba, y era el de mostrarse con ella más tierno y más delicado. Ni la tenía por culpable, ni él se creía imprudente. Igualmente castigados por la desgracia, debían en adelante unirse y consolarse mutuamente. Su ternura les salvaría.

Poco a poco su ser, encogido por el sufrimiento, se abría a la esperanza. El dolor extremo traía una reacción, que le hacía caer en brazos de Magdalena, para buscar en estos defensa contra las heridas de fuera. No había para él mujer que con sus caricias pudiera hacerle olvidar los sinsabores de la vida mejor que Magdalena. Olvidándose de que ella era la causa de sus últimas pesadumbres, soñaba en encontrar en sus brazos goces supremos que le absorbieran por completo y le hicieran olvidarse del resto del mundo. ¿Qué necesitaban? Un rincón apartado en que poder dar rienda suelta a su mutuo cariño. Y se ponía a soñar en la vida solitaria acariciada desde su juventud, tanto más agradable, cuanto más cruelmente se sentía castigado por el destino. Aumentaban sus deseos de vivir en paz, y se iba convirtiendo en cobardía su propósito de no apartarse de Magdalena: si esta hubiera llegado a pegarle, él se habría puesto de hinojos para rogarle que enjugara sus lágrimas. Muy a menudo, sin

embargo, tenía raptos de pundonor que le aislaban y le hacían pensar en la soledad de su corazón; su temperamento nervioso le condenaba a vivir aparte, con su deseo insaciable de serena nobleza y amor absoluto.

Siempre pensando en el nuevo género de vida que iban a tener en París, Guillermo sentía que el cuerpo de Magdalena le comunicaba un calor penetrante. Los pies de ambos se habían entrelazado bajo la manta gris, y el contacto suave de la joven entraba por mucho en el sueño de tranquilidad y de ternura que Guillermo acariciaba. Y el *cabriolet* seguía rodando en la noche helada.

Los viajeros se acercaban a Mantes. Desde Véteuil no habían desplegado los labios, sumido cada cual en sus pensamientos, mirando a lo lejos las reverberaciones de la luna sobre las tierras labradas. Al pasar junto a una casa construida en el borde del camino, un perro se puso a ladrar de una manera lastimera. Magdalena se sobrecogió.

—¿Dormías? —preguntó Guillermo.

—Sí —replicó—. Ese animal me ha despertado... ¿Dónde estamos?

Guillermo le indicó con la mano algunas casas azuladas por la luz de la luna.

—Estamos en Mantes —dijo.

Arreó al caballo. A seguida, una mujer que estaba oculta detrás de un seto, salió al camino y echó a correr detrás del *cabriolet*. Una vez que le hubo alcanzado, se agarró a uno de los faroles, y de este modo siguió corriendo. Decía palabras confusas que el ruido de las ruedas no dejaba oír.

—Es alguna pordiosera —dijo Magdalena, inclinándose y viendo el traje miserable de aquella mujer.

Guillermo le arrojó una pieza de cinco francos, que ella recibió al vuelo, pero sin soltar por completo el farol. Al inclinarse Magdalena, la mujer había lanzado un grito ahogado. Ahora la miraba con extraña fijeza.

—Retiraos —le dijo Guillermo, que sentía a su mujer temblar bajo las miradas de la mendiga.

Por fin la mujer se desprendió del farol, y Guillermo se apresuró a tranquilizar a su compañera.

—¡Oh! No he tenido miedo... —dijo Magdalena, toda temblorosa aún—. Pero ¿por qué miraba de aquel modo? Como llevaba el pañuelo por la cara, no he podido verla bien. Tenía aspecto de vieja, ¿no es verdad?

—Sí —respondió su marido—. He oído hablar de una muchacha de la comarca que se había escapado a París y había vuelto medio loca... Tal vez será esa.

—¿Qué edad tendrá?

—Pues no lo sé... ¿Crees que nos conoce?... Lo que quería es otra moneda de cinco francos.

Magdalena guardó silencio. Experimentaba un vago malestar, pensando en las miradas fijas que la mendiga le había dirigido. Sacó la cabeza fuera del coche, y vio que seguía corriendo muy cerca de las ruedas. Esto le infundió verdadero terror; pero

no quiso volver a hablar de aquella mujer a su marido.

El *cabriolet* entró en las calles de Mantes. Guillermo acariciaba un proyecto que súbitamente se le ocurrió. Iban a dar las once, y pensaba que no llegarían a París antes del amanecer. Ese largo viaje de noche empezaba a darle miedo; quizá sería mejor dormir en Mantes, en una posada. A realizar ese propósito le impulsaba el secreto deseo de poseer a Magdalena en el fondo de cualquier retiro ignorado. Durante la noche última, cuando más atormentado estaba con sus recuerdos en la casita inmediata a la Noirade, ya había pensado vivir en un cuarto desconocido, en donde nada les recordara el pasado. Aquel deseo era muy fácil de realizar enseguida. No había más que llamar a la puerta del primer hotel que encontrara: allí estaría la habitación apetecida. La idea de dormir en Mantes, aconsejada ante todo por la prudencia, era ya uno de sus más ardientes deseos.

—¿Quieres que nos detengamos aquí? —preguntó a Magdalena—. Debes de estar cansada. Saldremos mañana.

La joven seguía oyendo detrás del *cabriolet* los pasos de la mendiga. Aceptó sin vacilar el proyecto de Guillermo.

—Sí, sí —dijo—; durmamos aquí. Me estoy muriendo de sueño.

Entonces Guillermo procuró orientarse. Conocía a las puertas de Mantes una gran posada, en que estaba seguro de hallar habitación. Ese albergue, titulado del *Gran Ciervo*, había alcanzado cierta celebridad entre los viajantes de comercio antes de la apertura del camino de hierro. Se componía de tres cuerpos el edificio, de altura desigual, con patios, cuadras y cobertizos. En otro tiempo, por sus interminables corredores y sus innumerables escaleras, pasaban multitud de viajeros: ahora estaba casi vacío. Su propietario había tratado de convertir la posada en un hotel a la moderna; pero no había logrado más que amueblar ridículamente sus cuartos y sus salones. Veía que todos los antiguos clientes le abandonaban para ir a vivir en una casa que otro posadero había construido cerca de la estación, y amueblada al estilo de París.

A Guillermo le gustaban, por instinto, las casas modestas y solitarias. Se encaminó hacia el *Gran Ciervo*. Al día siguiente había feria, y las gentes de la posada aún no se habían acostado. Un mozo abrió de par en par la puerta cochera que daba al patio principal. Guillermo bajó del carruaje, para entrar él mismo al caballo por la brida. En tanto, el mozo fue a buscar una vela y la llave de un cuarto, porque los recién venidos le dijeron que querían acostarse inmediatamente.

Magdalena no se bajó del coche hasta entrar en el patio, y no estuvo allí más que dos minutos. Aún mareada por los vaivenes del *cabriolet*, e impresionada por el encuentro que habían tenido, miraba con inquietud en torno de sí. Se le figuraba que conocía esta casa, para su marido desconocida. Enfrente de ella había un palomar de ladrillos rojos, que creía haber visto en alguna parte; también creía reconocer una puerta de cuadra pintada de amarillo. Pero su cansancio y su vago terror no le dejaban ver con claridad sus recuerdos. Le hubiera sido imposible hacer un esfuerzo supremo

de memoria. Aquellos muros negros, aquellas sombrías masas de edificios bañados por la luna, tomaban por la noche un extraño aspecto de tristeza, y estaba segura de que todo aquello lo veía por primera vez. Solo la puerta de la cuadra y el palomar la dejaban atónita y hasta asustada, porque no recordaba haber estado allí nunca. Pero esto no fue más que un relámpago, una sensación rápida de ansiedad, que redobló su malestar y sus íntimos temores.

El mozo volvió a todo escape. Guio a los viajeros por un dédalo de escalerillas, cuyos tramos, desgastados por el uso, estaban algo inclinados. El mozo decía que si los señores hubieran entrado por el lado de las cocinas, habrían podido subir a su cuarto por la escalera principal. Magdalena no hacía más que mirar a todos lados; pero nada recordaba de aquel laberinto de pisos y corredores.

Por fin, el mozo abrió una puerta. Volvió a dar algunas excusas:

—Este cuarto da al patio —dijo—; pero ya estaba arreglado, y como parecía que el señor tenía tanta prisa... Por lo demás, la cama es buena.

—Está bien —replicó Guillermo—. Enciende la chimenea, porque aquí nos helamos.

El mozo puso algunos troncos sobre los morillos de hierro que había en la chimenea. En un rincón estaba amontonada la leña. Magdalena y Guillermo, impacientes por quedarse solos, andaban de un lado para otro. Ella se quitó el pañuelo que traía atado al cuello y el sombrero. Luego que el mozo, encorvado delante del hogar, se levantó, después de haber soplado ruidosamente la llama, fijó su mirada con cierta sorpresa en el semblante de Magdalena, iluminado por la luz de la bujía. Magdalena, con la vista fija en las puntas de sus botinas puestas junto al fuego, no observó el asombro del mozo. Este se sonrió discretamente, y miró con aire burlón a Guillermo.

—Cuida bien de mi caballo —le dijo Guillermo, para despedirle—. Antes de acostarme, bajaré a ver si tiene todo lo que necesita.

El cuarto en que iban a pernoctar los esposos era una vasta pieza cuadrada. El papel que cubría las paredes estaba hacía mucho tiempo desteñido; era imposible conocer cuál había sido su primitivo color. En el techo había una grieta con los bordes húmedos y enmohecidos, y el yeso, desnudo y frío, tenía una faja amarillenta. El piso era de ladrillos de color rojo subido. Los muebles consistían en una cómoda ventruda con asas de cobre, un armario inmenso, una cama demasiado estrecha para dos personas, una mesa redonda y sillas. La cama y las ventanas tenían colgaduras de algodón con guirnaldas de flores blancas. Sobre el desnudo mármol de la cómoda había un reloj de vidrio hilado, una de esas maravillas pueriles que los aldeanos se transmiten cuidadosamente de padres a hijos; aquel reloj representaba un castillo, con muchas ventanas, galerías y balcones; por las ventanas se descubrían, en el interior, gabinetes y salones con muñequillas acostadas en los sofás; había también dos ramos de flores artificiales, cuidadosamente puestos bajo un fanal; en medio de los ramos una armazón muy rara, una especie de monumento hecho con cajas de esas que

venden en las ferias, y que en la cubierta tienen pastorcillos y pastorcillas pintados con color de rosa; de esas cajas, entre grandes y pequeñas, de varios tamaños, había lo menos una docena, muy hábilmente superpuestas, que formaban un túmulo de arquitectura estrambótica. Las artes estaban también representadas en aquel cuarto por una colección de estampas con episodios históricos de Píramo y de Tisbe; aquellas estampas, en número de ocho, encerradas en marcos de delgadas varillas negras bajo cristales acribillados de manchas verduzcas, estaban alineadas en las paredes, sobre las cuales formaban placas azules, amarillas y rojas; la infantil sencillez del dibujo tenía un sabor verdaderamente campesino; debajo de cada cuadro había una extensa leyenda, y se necesitaría lo menos una hora para leer toda la historia.

De aquella habitación que, como objeto de lujo, tenía una alfombra ordinaria debajo de la mesa, se desprendía ese olor indefinible que tienen los cuartos amueblados. Olía a cuarto cerrado y enmohecido, a sábanas viejas, a ropas usadas y a polvo húmedo. Por lo inmensa, destartalada y glacial, se parecía a una sala común, adonde todo el mundo había ido, y en donde nadie había dejado la huella de su corazón ni de sus costumbres: tenía la banalidad vacía y la estúpida desnudez de un dormitorio de cuartel. Jóvenes y viejos, hombres y mujeres, habían dormido allí una noche en aquella cama, dejándola tan fría como una banqueta de antesala. Su vulgaridad, su sombra y su silencio estaban envueltos por una especie de tristeza vergonzosa, esa tristeza descorazonada que tienen las alcobas de las muchachas miserables por donde pasan los besos de todo un barrio. Tal vez habría sido testigo de muchas penas y de muchas alegrías del momento; pero el cuarto nada habría conservado de las lágrimas ni de las risas de sus pasajeros moradores. Rebuscando en algún rincón de la chimenea, tal vez se habría hallado un trozo de cosmético olvidado por algún viajante petimetre, u horquillas de alguna muchacha del Barrio Latino perdida en Mantes.

Guillermo había soñado con una soledad más dulce y un retiro más digno que ese. Gran disgusto le causó la vista de aquel cuarto tan plebeyo; pero no podía escoger, y, además, tenía lo que necesitaba: una pieza desconocida, un rincón en que nadie podía venir a perturbarle. Poco a poco se repuso, y acabó por sonreírse, pensando en que habían dejado a la Noirade para ir a dormir en aquel tugurio. Se sentaron junto al fuego, y Guillermo sentó sobre sus rodillas a Magdalena, que seguía estirando los pies hacia la chimenea, sin fijarse en nada de cuanto la rodeaba.

—¿Estás cansada, Magdalena? —le preguntó cariñosamente.

—No... —dijo ella—. He sentido frío al subir aquí... Voy a calentarme los pies antes de acostarme.

Magdalena, temblaba. Sin querer, seguía pensando en aquella mendiga que había venido detrás del carruaje.

—¿No te gusta que te haya traído aquí? —dijo Guillermo—. Ya sé que dormiremos muy mal, pero saldremos muy temprano... Por mi parte, estoy bien aquí.



¿No te agradan la calma y el silencio que aquí se notan?

Magdalena no respondió, pero dijo:

—¡Qué susto me ha dado aquella mujer!... Me miraba de una manera...

—¡Dios mío! ¡Qué niña eres! —replicó Guillermo—. Antes tenías miedo a Genoveva; ahora te asustas de una mendiga. Y, sin embargo, no eres cobarde... ¡Bah! Esa mujer estará durmiendo tranquilamente en cualquier barranco.

—Te equivocas, Guillermo. Nos ha seguido, y creo que ha entrado al mismo tiempo que nosotros en esta posada.

—¡Bueno! Será porque haya venido a pedir albergue en la cuadra... ¡Vamos, tranquilízate, Magdalena, y piensa en que estamos solos, apartados del mundo, y en brazos el uno del otro!

Guillermo tenía a Magdalena estrechamente cogida por el talle; pero ella continuaba triste y meditabunda, sin fijarse en las caricias de su marido, viendo cómo ardían los troncos en la chimenea. Ambos estaban iluminados por los rojizos resplandores de las llamas. La vela, desde un rincón de la cómoda, irradiaba una luz mortecina.

—¡Cuán tranquilo está aquí todo! —dijo pausadamente Guillermo—. No se oye el menor ruido... ¡Qué soledad tan hermosa!... ¿No es verdad? Parece uno de esos antiguos claustros en que se pasaba la vida entera, oyendo siempre el mismo toque de campana. En esta casa muerta debe de amortiguarse la fiebre del corazón. ¿No estás más tranquila desde que respiras el aire helado de este cuarto?

La joven estaba pensando en el palomar de ladrillos rojos y en la puerta amarilla de la cuadra.

—Me parece —dijo Magdalena— que alguna otra vez he visto un patio semejante al de esta posada... No sé... Pero creo que debe de hacer mucho tiempo.

Y no dijo más, temerosa de resucitar sus recuerdos. Su marido se sonrió ligeramente.

—Duermes y sueñas, Magdalena —dijo Guillermo—. Aquí estamos en lo desconocido. Desde ayer, todo mi anhelo era el de desterrarnos en un lugar como este. Este cuarto es triste; pero tiene para nosotros un gran encanto: no nos habla más que de la hora presente. Me alegro de que se me haya ocurrido quedarme aquí. Mañana recobramos nuestra dicha. Ten confianza, Magdalena.

Magdalena movió la cabeza, y dijo:

—Yo no sé qué tengo... Me ahogo... Estoy algo mareada... Tengo miedo, mira, y creo que aún estoy amenazada de algún peligro...

Guillermo se mostraba cada vez más cariñoso con su mujer, a quien miraba con ternura infinita.

—¿Qué temes? —le preguntó—. ¿No estás en mis brazos? Nadie puede venir aquí a molestarnos. ¡Ah! ¡Cuán grande es mi alegría al pensar que no hay sobre la tierra ni un solo ser que sepa que estamos en este cuarto! Que nadie sepa de nosotros: vivir en el fondo de un retiro oculto, pensar que ninguna criatura, amiga o enemiga,

puede venir a llamar a nuestra puerta, ¿no es la suprema tranquilidad que necesitábamos? Yo siempre he soñado con vivir en el desierto, y muchas veces he buscado en el campo un agujero donde ocultarme. Cuando no veía aldeanos ni granujas, y me hallaba a solas con el cielo, seguro de no ser visto por persona alguna, me ponía triste, muy triste; pero con una tristeza que me agradaba y que me retenía allí horas enteras. Y ahora estoy aquí contigo, Magdalena, lo mismo que en otro tiempo cuando estaba solo en el campo... Sonríete como sabes hacerlo.

Magdalena movió de nuevo la cabeza y se pasó la mano por la frente, como para borrar las sordas inquietudes que la traían a mal traer. Guillermo continuó:

—Siempre el mundo me ha inspirado rabia y espanto. Del mundo no podemos esperar nada bueno. Al salir de Véteuil, tenía la intención de ir a ahogar nuestros pesares en el barullo de París; pero ¡cuán saludable es la calma de esta soledad!... Aquí no hay más que dos seres que se aman. Ya ves; te tengo entre mis brazos, y puedo olvidarlo todo y perdonarlo todo. Nadie hay aquí que con sus burlonas sonrisas me impida abrazarte, ni nadie que se ría de que yo me entregue a ti en cuerpo y alma. Quiero que nos adoremos más, mucho más que como se adora en los amores vulgares de la multitud, con una ternura absoluta, que no se preocupe de las miserias y de las deshonras de aquí abajo. ¿Qué nos importa el pasado? Basta con que nos amemos y que nos abracemos, olvidados de nosotros mismos, sin cuidarnos de lo que en torno nuestro pase. Hagámonos cuenta de que no conocemos a nadie, que somos únicos en la tierra, sin familia, sin hijos, sin amigos, y abismémonos en la idea de nuestro cariño solitario. Nadie hay para nosotros en el mundo, Magdalena, y yo me entrego a ti; me tengo por dichoso con ser débil y con decirte que todavía te amo... Tú has acibarado mi existencia, Magdalena; pero te amo...

A medida que hablaba se iba animando. Su voz, baja y ardiente, tenía los fervores de la plegaria; tan pronto se arrastraba con humildad, como vibraba dulcemente. Estaba en uno de esos momentos de reacción en que el corazón se abre después de haber estado mucho tiempo cerrado. Si en aquel momento Magdalena le hubiera mirado con adoración, tal vez Guillermo habría llevado su cobardía de amor hasta el punto de arrodillarse ante ella. Después de sus sinsabores de la víspera, sentía un placer grandísimo en entregarse en brazos de aquella mujer, fuera del alcance de las miradas extrañas. Aquel ideal que perseguía de dedicarse por entero a ella y aquel sueño de una vida de cariño, eran producto de sus delicadezas nerviosas, heridas por las contrariedades del mundo.

Poco a poco Magdalena se iba reponiendo, merced a los arrebatos de cariño que Guillermo le prodigaba. Sus ojos grises resplandecieron, y en sus labios brotó el carmín. Pero aún no se sonreía. Lo que le agradaba era verse amada de una manera tan absoluta, y nada más. Dejó de contemplar el fuego, y volvió la cabeza hacia su marido.

Cuando este se encontró con las miradas de aquella, se sintió más enternecido aún.

—Si tú quisieras, Magdalena, seguiríamos por esos caminos: viajando de día, durmiendo por la noche en donde la casualidad nos deparase, y volviendo al día siguiente a emprender el viaje para cualquiera parte. Saldríamos de Francia, y a cortas jornadas llegaríamos al país del sol y del aire puro. Y en ese incesante cambio de horizontes nos encontraríamos más solos y más unidos. Nadie nos conocería; nadie tendría el derecho de dirigirnos la palabra. No dormiríamos nunca más que una noche en cada posada de las que halláramos al borde del camino; nuestros amores no dejarían huellas, y no tardaríamos en aislarnos del mundo entero, para no pensar más que en nosotros mismos. Ansío el destierro, Magdalena; un destierro en que me sea dable vivir en tus brazos: no desearía más que ir solo contigo, y hacer de tu pecho mi almohada allí donde la tempestad me llevase. Para mí no habría más que ese pecho blanco, para recostarme en él y sentir los latidos de tu corazón. Luego, perdidos en un pueblo donde no entendiéramos el idioma, no oiríamos más conversaciones que las nuestras, y podríamos mirar a los que pasaran a nuestro lado como animales sordos y mudos; entonces sería cuando, verdaderamente aislados, cruzaríamos entre las multitudes sin cuidarnos de nadie, como hacíamos en otro tiempo, cuando, en nuestros paseos, atravesábamos por medio de los rebaños de carneros que ramoneaban los rastrojos. Y así seguiríamos marchando siempre... ¿Quieres, Magdalena?

Poco a poco habíase ido dibujando una sonrisa en los labios de la joven. Algo más tranquila que antes, se apoyaba en los hombros de Guillermo, a quien, pasándole el brazo por el cuello, miraba más sosegadamente.

—¡Qué niño eres! —murmuró Magdalena—. Tú sueñas despierto, amigo mío, y me ofreces un viaje de que nos cansaríamos a los ocho días... ¿No sería mejor que desde luego mandáramos construir una de esas casas ambulantes parecidas a las de los bohemios?...

Y Magdalena se sonrió con cierta burla. Tal vez Guillermo se hubiese enojado, si esa sonrisa no hubiera venido acompañada de un beso.

—Es verdad —dijo, moviendo la cabeza—; soy un niño; pero los niños saben amar, Magdalena. Conozco que para ser dichosos ahora, necesitamos vivir en la soledad. Hablas de los bohemios: esos son felices, porque viven al aire libre, y más de una vez les he tenido envidia cuando estaba en el colegio. En los días de salida, casi siempre me encontraba con algunos grupos de ellos, acampados en las cercanías de la ciudad, en un terreno donde los maestros carreteros tenían sus depósitos de madera. Me divertía en correr sobre los maderos tendidos en el suelo, viendo de paso cómo los bohemios hacían hervir sus marmitas. Los chicos rodaban por tierra, los hombres y las mujeres tenían aspecto muy raro, y en el interior de los carricoches, que tenía yo muy buen cuidado de observar, veía un mundo de objetos extraños. Y andaba por allí, en torno de aquellas gentes, dando vueltas y abriendo los ojos con curiosidad y asombro. Como aún sentía en mi cuerpo los dolores de los golpes que mis compañeros me habían dado la víspera, solía pensar en irme muy lejos, en una de

aquellas casuchas ambulantes. Decía para mí: «Si en esta semana vuelven a pegarme, el domingo próximo voy a ver a los bohemios, y a rogarles que me lleven a cualquier país donde no me pegue nadie». Mi imaginación de niño se complacía en soñar con ese eterno viaje al aire libre. Pero nunca me atreví... No te burles, Magdalena.

Esta sonreía y alentaba a su marido con sus miradas para que no interrumpiera sus confidencias. En estas puerilidades hallaba consuelo, porque la hacían olvidar el drama que atormentaba a entrambos.

—Sabe —dijo alegremente Guillermo—, que yo era un chiquillo casi salvaje. Los golpes me habían hecho sombrío e insociable. Por la noche, en el dormitorio, como no podía dormir, veía con los ojos cerrados, paisajes y soledades que tomaban cuerpo en mi cerebro, y que yo acomodaba al gusto de mi carácter, a la vez huraño y dulce. Lo que más a menudo veía era abismos, peñascos en cuyo fondo bramaban los torrentes; los flancos de las colinas se elevaban rectos y grisáceos hacia un cielo de azul implacable, en que revoloteaban las águilas, y entre enormes pedruscos, al borde del abismo, colocaba una piedra blanca en que me veía a mí mismo, con los ojos del pensamiento, sentado, y al parecer muerto, en medio de la desolación y de la desnudez del horizonte. Otras veces mis sueños eran más dulces; me imaginaba una isla grande como una mano, en el centro de un ancho y caudaloso río, cuyas orillas, a lo lejos, me parecían dos franjas verduscas oscurecidas por la niebla; el cielo era gris pálido, y los álamos de mi isla se erguían entre los blancos vapores del agua, me veía acostado en la blanda hierba, arrullado por el continuo murmurio del río y refrescado por bocanadas de viento fresco. Aquellos paisajes por mí evocados y que me complacía en modificar a cada paso, ya quitando una roca, ya añadiendo un árbol, se me presentaban con extraordinaria limpidez y relieve; me prestaban consuelo, transportándome a países desconocidos, en donde me figuraba pasar vidas enteras de silencio y de paz. Cuando abría los ojos, y todo se borraba, volviéndome a encontrar en un dormitorio sombrío, iluminado por el resplandor mortecino de una lámpara, mi corazón se estremecía de angustia; escuchaba la respiración de mis camaradas, temiendo que se levantaran para venir a castigarme por haber tratado de olvidarme de ellos en mis sueños.

Se detuvo, para devolver a Magdalena los besos que ella le daba en la frente. Magdalena estaba conmovida por el relato que le había hecho de las penalidades de su juventud. En estos momentos de desahogo, Magdalena descubría las delicadezas de aquel temperamento nervioso, y se prometía amar a Guillermo como merecía, con la mayor y más absoluta ternura.

—Después —añadió—, cuando me asaltaba el deseo de escaparme con los bohemios, era con la esperanza de encontrar, camino adelante, los paisajes que en sueños había visto. Creía firmemente que los encontraría en alguna parte, y que serían tal como me los imaginaba. Sin duda un ángel bueno era quien me los había revelado, y hubiera tenido un gran pesar si me hubiesen probado que no existían más que en mi cerebro. Esos paisajes me llamaban, me decían que fuera a descansar en ellos, y me

prometían una vida eternamente tranquila.

De nuevo se detuvo, dudando, sin atreverse a proseguir. Después, con una sonrisa tímida y con el aire turbado del hombre maduro que confiesa una niñería:

—¿Quieres que te lo diga, Magdalena? —murmuró—. Pues sigo creyendo que existen esos horizontes con que tantas veces he soñado en mi juventud. Durante el día, mis compañeros me martirizaban; yo miraba los fríos muros del colegio con la desesperación del prisionero encerrado en una sala de tortura; por la noche, la imaginación me llevaba a través de los campos, y respirando con ansiedad el aire libre, experimentaba extraordinaria alegría al no ver puño alguno levantado sobre mi cabeza. ¡Bah! Mis sueños no pueden haberme engañado. Si buscáramos, hallaríamos en alguna parte de la tierra mi abismo de rocas y mi isla en el centro de un ancho y manso río. Por eso, Magdalena, quiero ir al azar, seguro como estoy de hallar algún día mis soñadas soledades. ¡Si supieras cuán dulces y tranquilas se me presentaban en ensueños! Allí dormiríamos con tranquilo sueño, y viviríamos para siempre apartados del mundo. Sería una vida ideal... ¿Quieres que vayamos en busca de esos rincones dichosos? Los reconoceré, sí, y te diré: «Aquí es donde podemos amarnos». No te rías, Magdalena: existen, los he visto.

Magdalena ya no se reía. A sus ojos asomaban algunas lágrimas, y sus labios temblaban de emoción. Las palabras de Guillermo la hacían llorar. ¡Cuánto amor y cuán inefable ternura descubría en él! Sin poderlo remediar, su cariño se redoblaba ante la idea de que no podía entregarse a él por completo y sin reservas; pero en aquel momento no tenía oídos más que para escuchar la cadencia de aquellas palabras, que una a una iban a caer sobre su corazón. De cuando en cuando besaba a su marido en la mejilla, o se reclinaba en su pecho y le abrazaba estrechamente. Ambos estaban iluminados por las azuladas llamas de los troncos que ardían en la chimenea. Todo el resto de la habitación estaba a oscuras.

—¡Niño!, ¡niño! —decía Magdalena—. ¡Vamos, que si pudiéramos realizar tu sueño, entonces sí que nos amaríamos siempre!

—¿Por qué no huir? —volvió a decir Guillermo.

Magdalena se sonrió ligeramente. Y luego dijo:

—Porque no podemos ir a habitar tus castillos en el aire, mi querido poeta. La felicidad debe estar en nosotros, y es inútil que nos pongamos a buscarla al azar. Veo que todo lo has olvidado, y conozco que yo también voy olvidando: aún nos quedan horas felices para vivir juntos.

Y viendo que su marido se entristecía, añadió alegremente:

—Desde ahora seremos felices en todas partes. Reto a la desgracia... No sé por qué, en el camino sentí calofríos. Estaba medio dormida, y debía estar helada. Después, esta posada me causó repugnancia... Pero desde que estamos aquí, calentitos y hablando, me parece que tienes razón: aquí, en medio del silencio que nos rodea, se está muy bien. Y es que tus palabras han dulcificado mis penas...

Guillermo se puso de nuevo alegre, oyéndola hablar de este modo.

—Sí, ten confianza, Magdalena —dijo—. Ya ves cuán unidos estamos. Nada puede ya separarnos. Podemos regresar a Véteuil o ir a París; en cualquier parte nos encontraremos con nuestro amor... Ámame siempre como me has amado ahora, y me curaré, te lo juro... Soy tuyo, ¿lo oyes?; tuyo por completo.

Se abrazaron más estrechamente aún, y durante algunos minutos no cesaron de besarse. Sonaron las doce de la noche.

—¡Ya es media noche! —exclamó Magdalena—. Necesitamos acostarnos enseguida, si queremos levantarnos temprano.

Y se quitó de sobre las rodillas de Guillermo, quien se levantó, diciendo:

—Voy a bajar un momento a la cuadra. Quiero ver cómo ese muchacho ha cuidado al caballo... ¿No tendrás miedo si te quedas sola aquí?

—¡Miedo! ¿De qué? —replicó la joven, sonriéndose—. Ya sabes que no soy miedosa... Cuando vuelvas, estaré acostada. Vuelve pronto.

Se dieron un último beso, y Guillermo se fue, dejando la llave en la puerta.

Una vez sola, Magdalena se quedó por un momento abstraída, contemplando el fuego con la vaga sonrisa que las palabras amorosas de su marido habían puesto en sus labios. Según acababa de decir, estaba más tranquila y alentada por nuevas esperanzas. Hasta entonces no había reparado en la habitación; al entrar, se había ido derecha hacia la chimenea, para calentarse los pies, y allí había permanecido sentada en las rodillas de Guillermo. Al salir de su inmovilidad, lo primero que trató de hacer antes de acostarse, fue arreglar algunos paquetes que el mozo había subido y dejado en desorden. Alzó los ojos, y miró en torno de ella.

De pronto, y sin que pudiera adivinar la causa, se sintió invadida por un vago terror, y de nuevo renació en ella el malestar. Experimentaba la misma sensación de repugnancia y de ansiedad que ya había sentido en el patio de la posada. Creía reconocer la habitación; pero daba tan poca luz la bujía, que era imposible distinguir claramente los objetos. Se trató a sí misma de loca y de miedosa, pensando que soñaba despierta. Sumida en estos pensamientos, continuó arreglando los paquetes. Faltaba un saco de noche. Lo buscó con la vista, y observó que estaba sobre la tabla de mármol de la cómoda, en donde lo había dejado el mozo. Detrás del saco estaba el reloj de vidrio hilado. A la vista de aquel reloj, Magdalena se quedó estática y horriblemente pálida.

No se había equivocado: conocía la posada y la habitación. Allí había dormido alguna vez con Jacobo. El estudiante era muy aficionado a remar, y muy a menudo iba a Rouen con amigos que llevaban a sus queridas. Magdalena le había acompañado en uno de estos viajes. Al llegar a Mantes se sintió indispuesta, y toda la banda tuvo que quedarse en la posada del *Gran Ciervo*.

Inmóvil, aplanada, la joven examinó el reloj. Un objeto como aquel no podía dejar lugar a duda; los castillos de vidrio hilado son muy raros; además, le eran conocidas las sencillas galerías y las ventanas abiertas, desde las que se veían los cuartos y los salones del interior. Recordaba haberse reído con Jacobo de las

muñequitas que habitaban en aquellas piezas. Hasta habían levantado el fanal, para entretenerse en cambiar de habitación a las muñecas. Se imaginaba que esos hechos databan de la víspera, y que volvía a ver el reloj después de una ausencia de pocas horas. La bujía, colocada junto a aquella frágil cristalería, iluminaba con sus rayos las delicadas columnatas y las estrechas salas de muros transparentes, y trocaba en agujas de fuego las rampas de los balcones. Parecía un palacio fantástico, iluminado con luces amarillas y verdes por millones de lamparillas imperceptibles. Y Magdalena miraba con terror ese brillar de estrellas, ni más ni menos que si dentro de aquel frágil juguetero hubiera un arma terrible y amenazadora.

Retrocedió, cogió la palmatoria, y dio una vuelta por la habitación. A cada paso tropezó con un recuerdo. Reconoció una por una las estampas coloreadas que referían la historia de Píramo y de Tisbe. Algunas manchas del papel pintado despertaron su atención, y todos los muebles le recordaron el pasado. Al pararse delante de la cama, se imaginó que ni siquiera habían mudado las sábanas, y que iba a acostarse con Guillermo bajo mantas que aún conservaban el calor del cuerpo de Jacobo.

Este pensamiento la desconcertó. Había recorrido la habitación con paso de sonámbula, con los ojos desmesuradamente abiertos, examinando objeto por objeto con minuciosidad de loca, para no perder el menor detalle. Pero cuando vio las cortinas de algodón azul bordadas con flores pálidas, sintió que sus piernas flaqueaban, y tuvo que sentarse. Entonces se fijó en aquella cama estrecha, ahuecada en el centro como una losa sepulcral, y juró no acostarse allí nunca con Guillermo.

Oprimió su cabeza entre las manos, creyendo que su cerebro iba a estallar. Estaba furiosa. El encarnizamiento con que sus recuerdos la perseguían, la desesperaba. ¿No podría ya dormir tranquila ni una sola noche, ni le sería permitido olvidar? Jacobo la seguía a todas partes, hasta a esa habitación de posada a que la casualidad la había llevado. ¡Y había tenido la estupidez de esperar y de creerse curada! Más le hubiera valido dejarse llevar en alas del temor, que con tiempo le había anunciado el golpe que le amenazaba. De esta hecha se volvería loca. ¿Qué iba a decir a su marido, al hombre cuyas palabras amorosas le mecían en un sueño engañoso pocos minutos antes? ¿Tendría el valor de decirle: «Ven; te has equivocado; este cuarto está maldito, porque he estado en él con mi primer amante»; o se callaría para prostituirse en brazos de Guillermo, pensando en Jacobo?

En esta perplejidad, miraba hacia la puerta y escuchaba los ruidos vagos de la casa, temiendo oír los pasos de su marido, temblando ante la idea de verle entrar y no saber qué decirle.

Creyó percibir en el corredor los pasos de alguien que se detenía en la puerta. Llamaron de una manera muy discreta.

—¡Entrad! —gritó, maquinalmente turbada, sin saber lo que decía.

Y quien entró fue Jacobo.

## X

Mucho sorprendió a Jacobo, al despertarse en la Noirade, la repentina marcha de Guillermo y de su mujer. Ni por las mientes le pasó la idea del terrible drama a que con su presencia había dado ocasión. Genoveva le refirió, en pocas palabras, la historia de la muerte repentina de un pariente, que había obligado a sus amos a partir por la noche. Ni por un momento puso en duda la veracidad de esta historia. «¡Bah — dijo—; ya veré a mis pichoncitos a mi vuelta de Tolón!». Y ya no pensó más que en matar el día lo más alegremente posible.

Fue a pasearse por las silenciosas callejuelas de Véteuil, en donde tuvo la mala suerte de no encontrar ni a uno solo de sus antiguos condiscípulos. Le parecía que no iba a llegar nunca la hora de su partida. Al anochecer, y cuando ya solo faltaban algunos minutos para tomar la diligencia, tropezó con un buen hombre, antiguo conocido, que le refirió punto por punto los últimos instantes de su tío. Cuando se separaron, ya la diligencia había salido. Jacobo perdió una hora en buscar un *cabriolet* de alquiler; llegó a Mantes precisamente cuando el silbido de la máquina anunciaba la salida del tren. Mucho le contrarió este retraso. Supo que al día siguiente, muy temprano, salía un tren que llegaba a París con antelación bastante para embarcarse inmediatamente en la estación de Lyon, y determinó dormir en el *Gran Ciervo*, en donde ya había estado otras veces.

Allí se encontró en país conocido; el personal era casi el mismo, y el criado que le guio a la habitación se permitió recordarle, con la familiaridad propia de los mozos de hotel, la corta estancia que allí había hecho con Magdalena; el mozo se acordaba perfectamente de aquella dama, toda una buena muchacha, que daba propinas con largueza.

Serían las diez de la noche. Jacobo se distrajo en fumar delante de la chimenea hasta después de las once. Al ir a acostarse, sintió que llamaban a la puerta, y abrió. Con aire misterioso entró el mozo de servicio. Tenía, según dijo, que decir alguna cosa al señor; pero no se atrevía, si antes el señor no le perdonaba su indiscreción; además, si se mezclaba en asuntos ajenos, era por agradar al señor, de cuya reciente vuelta a Francia tenía noticia, y de quien esperaba que no se enfadaría si le daba noticias de cierta persona. Jacobo, impaciente, le rogó que se explicase.

Entonces, dejándose de rodeos, el mozo le anunció lisa y llanamente la presencia de Magdalena en la posada, adonde acababa de llegar en compañía de un hombre. Con maliciosa sonrisa añadió que había instalado a los viajeros en el cuarto número siete, de que el señor debía de acordarse perfectamente. El antiguo médico también se sonrió con malicia. Estaban demasiado embotados por amores de casualidad sus sentimientos para que en ellos hiciera mella semejante confidencia. Hizo dos o tres preguntas al mozo —si Magdalena seguía siendo hermosa y si era viejo su



acompañante—, y acabó por despedirle, dándole a entender que la vecindad de la joven no le quitaría el sueño.

Pero después que se marchó el mozo se puso a pasear por la habitación, pensando en sus antiguos amores. No era soñador, y mientras estuvo ausente, no se preocupó con el recuerdo de su antigua querida. Sin embargo, experimentó cierta emoción al saber que estaba allí, en una habitación inmediata, en compañía de otro hombre. Era la única mujer con quien había vivido maritalmente durante un año, y la certidumbre de que la había poseído virgen era bastante para distinguirla de las numerosas criaturas amadas una noche y arrojadas a la calle al día siguiente. Además, y pensando filosóficamente, creía que así era la vida, y que nada tenía de extraño que Magdalena estuviera en brazos de otro. Ni siquiera por un instante se le ocurrió culparse por haber lanzado a Magdalena en una vida de azares; puesto que viajaba, era que había encontrado un amante rico. Estos pensamientos despertaron por fin en él el deseo de darle un apretón de manos, como antiguo camarada; ya no la amaba, pero tendría mucho gusto en hablar con ella algunos minutos. Al ocurrírsele la idea de este cordial apretón de manos, desapareció la leve angustia que le había acometido, y solo pensó en el medio de entrar un instante a ver a Magdalena: entrevista que le pareció muy sencilla y que estaba muy en armonía con su carácter. Hasta esperaba que, al verle, su antigua querida le daría un abrazo. Si se le hubiera ocurrido la idea de que estaba casada, le habría parecido muy cómica. Para él, Magdalena seguía estando en su casa de la calle Soufflot, en medio de sus amigos. Determinó obrar con prudencia, para no perjudicarla en el concepto de su nuevo amante.

Su cuarto estaba en el extremo del pasillo; tres piezas le separaban del número siete. Entreabrió la puerta para escuchar, pensando en lo difícil que era realizar su proyecto. Como tenía que partir al día siguiente muy temprano, desesperaba de lograr su propósito, cuando oyó el ruido de una puerta que se abría. Asomó la cabeza, y vagamente, en la sombra, vio a un hombre que salía del número siete y se encaminaba hacia la escalera. Cuando se apagó el ruido de los pasos de aquel hombre, se rio maliciosamente.

—El *señor* se va —pensó—; este es el momento de ir a ofrecer mis respetos a la *señora*.

Y, andando con paso de lobo, fue a llamar a la puerta de Magdalena. Esta, al verle, se incorporó bruscamente. Sin embargo, esta aparición no la impresionó tan fuertemente como la habría impresionado en otras circunstancias. Casi la esperaba. Desde que reconoció la habitación, y sus recuerdos la habían de nuevo trastornado, se imaginaba tener delante de sí a su antiguo amante. El que viniera le parecía muy natural: estaba en casa propia. Ni siquiera se paró a pensar cómo estaba él también en el *Gran Ciervo* y sabía su presencia allí. Se quedó helada. Erguida, inmóvil, y con los ojos fijos en Jacobo, esperaba en calma a que él hablase primero.

—¡Ah, sí; es Magdalena! —dijo por fin, bajando la voz.

Y mirándola amorosamente, se sonreía.

—Ese bueno de José tiene una excelente memoria... Te acordarás: José es el mozo que nos sirvió cuando estuvimos en esta posada... Acaba de decirme que estabas aquí y que te había conocido... He querido darte un apretón de manos, amiguita mía.

Y avanzó hacia ella, con las manos tendidas, cordialmente, sonriéndose. Magdalena retrocedió.

—¡No, no! —murmuró la joven.

No dejó de sorprender a Jacobo esta actitud; mas no por eso perdió su buen humor.

—¿No quieres que te estreche la mano? —añadió—. ¿Y por qué? No creas que vengo a perturbar tus nuevos amores. Soy un amigo, Magdalena; un antiguo camarada, y nada más... He esperado a que el *señor* no estuviera aquí, y me retiraré antes de que vuelva... ¿Es, por ventura, el grueso Raúl?

El grueso Raúl era aquel estudiante que, momentos antes de partir Jacobo, había ofrecido a Magdalena vivir con ella maritalmente. La joven se estremeció al oír aquel nombre. La suposición hecha por Jacobo, la posibilidad de unas relaciones íntimas entre ella y uno de sus antiguos amigos, la disgustaba profundamente. «¿Se lo diré todo?», pensaba. Arrinconada, había vuelto a adquirir la energía y la decisión de su carácter, e iba, en pocas palabras, a confesar la verdad a su primer amante, a suplicarle que no tratara de volver a verla, cuando Jacobo reanudó sus interrumpidas preguntas.

—¿No me respondes?... ¡Dios mío, cuán discreta te has vuelto!... ¿Has sido tú quien ha escogido este cuarto?... Te acuerdas de esta habitación, ¿no es cierto?... ¡Ah, pobre niña! ¡Qué días aquellos tan bellos y tan felices!... ¿Sabes que haces una mala partida a ese señor trayéndole aquí?

Y soltó una carcajada. Magdalena, anonadada, le miraba con profundo estupor.

—Yo no me hago ilusiones —añadió—; creo que me has olvidado completamente... Sin embargo, no quisiera estar en el puesto de ese señor... Acá para entre nosotros, ¿por qué diablos has elegido esta habitación?... ¿No me respondes? ¿No quedamos en la mejor armonía al despedirnos?

—Sí —dijo Magdalena con voz apagada.

Como se tambaleara, tuvo que apoyarse en la chimenea para no caer. Se sentía ya sin fuerzas para hablar; jamás se atrevería a nombrar a Guillermo, después que Jacobo se había reído del hombre que debía pasar la noche con ella en el cuarto en que en otro tiempo se habían amado. Y, para colmo de desdichas, Jacobo se había atrevido brutalmente a sospechar que ella había escogido con intención aquel cuarto... Le parecía que su primer amante la volvía a arrojar, con una palabra, en el fango de donde no debería haber salido; se consideraba manchada con un borrón tan imperecedero, que bajaba la cabeza avergonzada, teniéndose por culpable. Además, la presencia de Jacobo había hecho reproducirse en ella el espanto que el día anterior

le produjera. Esas conmociones profundas eran propias de su temperamento sanguíneo. Aquel guapo mozo, a quien para siempre estaba unida por los lazos íntimos de la carne, la dominaba por completo con su sola voz o con sus miradas, bajo las cuales quedaba jadeante, débil y vencida. Jacobo lo ignoraba todo; solo la casualidad era quien le ponía en su camino; ella apuraría su deshonra hasta el fin, esperando que aquel se alejara.

El joven no podía adivinar los pensamientos que hacían palidecer y temblar a Magdalena. Se imaginó que le suponía capaz de esperar al hombre con quien ella vivía para dar un espectáculo ridículo.

—¡No tiembles! —le dijo, sin dejar de sonreírse—. ¿Me tomas por algún ogro? Ya te he dicho que no quería más que darte un apretón de manos. No hago más que entrar y salir... ¡Vamos, que no tengo ganas de ver a ese señor! El verle no me importa en modo alguno. En cuanto oiga el menor ruido, me escapo...

Y se puso a escuchar en la puerta, que estaba abierta. Después volvió, sin que la actitud de Magdalena le hiciera perder su buen humor. Esta original entrevista le divertía.

—¿Sabes —añadió— que he estado a punto de quedarme en el fondo del mar? Pero los peces no me han querido... Volveré a vivir en París, en donde espero encontrarte... Supongo que no me recibirás con esa cara de espanto... Y tú, ¿qué te haces?

—Nada —replicó Magdalena.

Le escuchaba y le respondía maquinalmente. Después que él se marchara, ella reflexionaría. En su atolondramiento, ni siquiera había pensado que su marido podía volver de un momento a otro.

—¡Ah! —dijo Jacobo algo desconcertado—. ¿Conque no haces nada? ¡Dios mío, qué fría eres! ¡Y yo que creía que ibas a darme un abrazo!... ¿Acaso le amas?

—Sí.

—¡Tanto mejor! Detesto a las gentes que tienen el corazón vacío... ¿Y hace mucho tiempo que estás con él?

—Cinco años.

—¡Diablo! Ese es un amor serio... ¿De modo que no es el grueso Raúl, eh?... ¿Será tal vez Jorge? ¿No?... ¡Ah! Entonces será el rubicundo Julián Durand... ¿Tampoco?... ¿Es alguno a quien yo no conozco?

Magdalena se puso más pálida aún. Tuvo un estremecimiento, que dio a su semblante una expresión de indefinible sufrir. Jacobo creyó que habría oído los pasos de su amante.

—¡Vamos, no tiembles de ese modo! —le dijo—. Te he prometido escaparme enseguida que le sienta venir. ¡Como me gusta tanto hablar un poco contigo! ¿Conque ya no ves a los muchachos de quienes te he hablado?

—No.

—Eran buenos muchachos, camaradas de un día, en quienes no pocas veces he

pensado lejos de Francia... ¿Te acuerdas de aquellos buenos ratos que hemos pasado con ellos? Por la mañana salíamos para el bosque de Verrières, y por la noche volvíamos cargados con ramos de lilas. Aún me acuerdo de los enormes platos de fresa que comíamos, y me acuerdo más del cuartito en que a menudo solíamos dormir: a las cinco de la madrugada abría yo las persianas, y los rayos del sol te despertaban... Siempre me figuré que alguno de mis compañeros ocuparía mi puesto en tu corazón.

Magdalena hizo un ademán de súplica. A Jacobo iba molestándole aquella actitud fría, y continuó brutalmente:

—¡Vamos, dime la verdad; que por eso no me voy a enfadar!... Eso tenía que suceder, ya lo sé... ¡Esa es la vida! Se toma uno, se deja, y se vuelve a encontrar. No pasa una semana sin que yo me encuentre con alguna de mis antiguas amigas... Haces mal en tomar las cosas por lo trágico, y en tratarme como enemigo... ¡Eras tan alegre y tan despreocupada!

La contemplaba, maravillándose de verla tan gruesa, tan fresca y en toda la plenitud de su belleza.

—Puedes hacerme todos los visajes que quieras —añadió—; no por eso me parecerás menos hermosa. Te has hecho mujer, Magdalena, y debes ser feliz... ¡Oye; mírame un poco!... ¡Ah, mis queridos y hermosos cabellos rubios, mi suave y nacarado cutis!...

Se iba acercando a Magdalena, con los ojos inflamados por el deseo.

—¡Vamos!... ¿No quieres abrazarme antes de que me vaya?

—No, dejadme; os lo ruego —balbuceó esta, con voz apenas perceptible.

Impresionado por el tono de desesperación que había en las palabras de Magdalena, Jacobo se puso súbitamente serio; como en el fondo era buen muchacho, comprendió que, sin querer, había sido brutal y cruel. Silenciosamente dio algunos pasos hacia la puerta; después se detuvo, y volviéndose, dijo:

—Tienes razón, Magdalena. Soy un tonto, y he hecho mal en venir... Perdóname mis burlas, como yo te perdono tu frialdad. Pero me temo mucho que no tengas corazón ni memoria. Si realmente quieres a ese hombre, no permanezcas con él en este cuarto.

Hablaba con voz tan grave, que Magdalena contuvo sus sollozos. Jacobo le señalaba con enérgico ademán las paredes de la habitación.

—Yo soy un descreído —continuó—; poco delicado en amores, porque en todas partes tengo mis devaneos; y, sin embargo, oigo aún que esa cama, que estos muebles, que todo el cuarto, en fin, me habla de ti... Acuérdate, Magdalena.

Los recuerdos que evocaba hicieron brillar de nuevo el deseo en sus miradas.

—Vamos —dijo, acercándose a ella—; un apretón de manos tan solo, y me voy.

—No, no —repitió la joven con extraviado acento.

La contempló algunos instantes, temblorosa ante él, se encogió de hombros, y salió, diciendo entre dientes que era una estúpida. El temor que por un instante le

asaltó de haberse mostrado un tanto brutal, había sido ahogado por una sorda irritación contra aquella antigua querida que se negaba hasta a estrechar su mano. Si había tenido un momento de debilidad al mostrarle el cuarto, aquella debilidad, aquella tierna emoción, reconocían por causa celos que sentía vagamente, y que se hubiera avergonzado de confesar con franqueza.

Magdalena, al quedarse sola, se puso a dar vueltas por la habitación, y, maquinalmente, sin darse cuenta de lo que hacía, llevaba de un lado para otro los paquetes. Sentía dentro de sí, en sus oídos, una especie de grito, un zumbido ensordecedor que le impedía fijar sus ideas. Tuvo por un momento la de correr tras de Jacobo y decirle que estaba casada con Guillermo. Ahora, que no le veía ante ella, creía sentirse con fuerzas para esta confesión. Por otra parte, no la impelía a hacerla la idea de asegurar la tranquilidad de su marido, no; no pensaba en aquel momento más que en sí misma, y se desesperaba al recordar el menosprecio, la familiaridad y el sarcasmo con que la había tratado su primer amante; quería demostrarle que vivía como mujer honrada, y que se le debía respetar como tal. Esta rebelión de su orgullo le ocultaba su verdadera situación; ya no se interrogaba a sí misma lo que iba a decir a Guillermo cuando volviese. Exasperada por el encarnizamiento con que los hechos la castigaban, sentía, en medio de su cólera, un deseo egoísta de tranquilizarse, desahogándose de una manera inmediata y violenta.

Absorta en aquel ir y venir, haciendo los más bruscos ademanes, que se había apoderado de ella, sintió ruido a su espalda. Se volvió, creyendo que era su marido que regresaba, y vio en el dintel de la puerta a la mendiga que se habían encontrado en el camino, a la harapienta mujer que había seguido el *cabriolet* hasta el *Gran Ciervo*.

Aquella mujer se aproximó a ella, mirándola con atención.

—No me había equivocado —dijo—. Te conocí, Magdalena, a pesar de la sombra en que venías envuelta. ¿Me conoces tú?

Magdalena hizo un movimiento de viva sorpresa al ver en plena luz el rostro de la mendiga; pudo, sin embargo, hacerse superior a sus impresiones y mostrarse implacable.

—Sí; os reconozco, Luisa —contestó, con voz en que se reflejaba toda la cólera, toda la desesperación de que se hallaba poseída.

¡No le faltaba más que la aparición de aquella mujer para volverse loca! Luisa era aquella antigua compañera que la llevó a ver a su hija a algunas leguas de París la víspera de la partida de Jacobo. Se le conocía en el Barrio Latino con el apodo de *Verde-Gris*, apodo que le habían puesto por sus borracheras de ajeno y el color verdoso de sus mejillas flácidas y malsanas. *Verde-Gris* pasaba entonces, en la época en que habitaba el Barrio Latino, por una celebridad, cuyos favores se disputaban los recién salidos del colegio. Despavorida, atacada de histerismo por la bebida, se colgaba en los bailes públicos del cuello de todos los hombres; era la lujuria de la borrachera, y no tenía ni aun conciencia de la hediondez del fango en que se

revolcaba. Por un instante, cuando tuvo una niña, pareció que se limpiaba un poco de su borrachera. Jacobo, a quien gustaba su carácter truhanesco, no tuvo escrúpulo en dársela por compañera a Magdalena, tanto más, cuanto que en aquel entonces era la querida de uno de sus amigos. Quería *retirarse*, decía ella, y vivir con un solo hombre. Después rodó de nuevo por el lodo, sin poder tomar por mucho tiempo en serio su maternidad, burlándose ella misma de haber creído en tales tonterías por espacio de algunos meses. Cuando Magdalena vivía en la calle del Este, la vio una noche arrastrarse por la acera, presa de una borrachera de muerte, entre dos estudiantes que la maltrataban, y el recuerdo de aquella asquerosa criatura había quedado grabado en su memoria como el más desconsolador de los de su vida de otros tiempos.

Hoy *Verde-Gris* parecía haber caído en la última de las hediondecas. Tendría unos treinta y tantos años, y nadie hubiera dicho al verla que tenía menos de cincuenta. Llevaba un traje miserable lleno de jirones, cuya falda desgarrada y corta dejaba ver sus pies calzados con viejos zapatos de hombre; un chal de tartán, atado a la cintura, pretendía cubrir la desnudez de su cuerpo, y sus brazos salían de entre el chal medio desnudos y morados por el frío. Su rostro, rodeado por un pañuelo que ataba por debajo de la barba, tenía la expresión del más innoble embrutecimiento; la bebida la había convertido en una crapulosa máscara; sus labios carecían de color y de fuerza para unirse, y sus enrojecidos ojos parpadeaban constantemente. Balbuceaba en vez de hablar, con ronca voz, entrecortada por accesos de hipo, acompañando sus palabras de vagos ademanes, que conservaban un resto de las obscenas gracias de sus antiguas y descompuestas danzas. Pero lo que hacía sobre todo detestable e inmundicia a aquella disoluta criatura era su aspecto estúpido y el continuo temblor que la agitaba; el ajeno había corroído su carne y su espíritu; obraba y hablaba en medio de una especie de estupor interrumpido por estremecimientos nerviosos y repentinas exaltaciones burlonas. Magdalena recordaba lo que su marido le había dicho de una mujer que recorría las calles como una fugada de Charenten, y la creyó completamente loca, lo cual acabó de desesperarla.

—Sí, os reconozco —le repitió con rudo acento—. ¿Qué me queréis?

Luisa seguía mirándola con extraviados ojos y riéndose como una idiota.

—¿Ya no me tuteas —le dijo—, y te das importancia conmigo?... ¿Es acaso porque no llevo, como tú, traje de seda?... Tú sabes muy bien, hija mía, que la vida tiene sus alternativas. Mañana puedes quedarte tú tan pobre y miserable como lo estoy yo hoy.

Cada frase de estas hería o irritaba más y más a Magdalena. Todo su pasado desfilaba ante ella, y la hacía pensar que aquella mujer tenía razón, y que ella podía haber descendido hasta tal grado de infamia.

—Os equivocáis —replicó con violento tono—. Estoy casada... Dejadme.

Pero la loca exclamó:

—¡Has tenido una verdadera fortuna! Yo no soy tan afortunada... Cuando te he

visto en coche con un caballero, he creído que habrías pescado un millonario... ¿Es acaso tu marido el caballero que me arrojó una moneda de cinco francos?

Magdalena no contestó; sufría horriblemente. *Verde-Gris*, entretanto, hacía esfuerzos por fijar sus ideas y luchar con un escrúpulo que acababa de asaltarla. Por fin, registrando uno de sus bolsillos:

—Escucha —balbuceó—; voy a devolverte tus cinco francos... El dinero de un marido es sagrado... Creí que aquel caballero era tu amante, y no encontré inconveniente alguno, ¿lo crees tú así?, en aceptar cinco francos del amante de una antigua amiga.

La joven la rechazó con brusco ademán.

—Guardaos ese dinero —le dijo—; soy yo quien os lo da... ¿Qué más queréis de mí?

—Yo, nada —contestó Luisa con ademán estúpido.

Después, y como si recordara lo que quería:

—¡Ah! Sí —exclamó con acento burlón—: ya recuerdo... Pero, en verdad que te portas bien mal, Magdalena. Yo no tengo la cabeza fuerte, y tú me la acabas de trastornar con tanta importancia como te das. Yo quería charlar, reír un poco, hablar de los buenos tiempos... Esta idea me llenó de alegría al reconocerte en el coche. Te he seguido, porque no me atrevía a darte un apretón de manos delante de aquel caballero que venía contigo. ¡Y, créelo, tenía unos deseos de encontrarme contigo a solas!... Porque aquí no veo a nadie de nuestra antigua sociedad. Me alegra mucho saber que eres feliz.

Se había sentado, y gimoteaba con voz ronca, charlando con una familiaridad tal, que daba al traste con todas las delicadezas de Magdalena. Encogida dentro de sus harapos, envolvía a su antigua amiga en tiernas miradas, que degeneraban en enternecimientos de borracho. Su acento canallesco, que trataba de hacer cariñoso, y la familiar actitud de su débil cuerpo, hacían la escena insostenible.

—Ahí tienes —continuó—; yo no he sido afortunada... Caí enferma en París, a lo que parece por haber bebido demasiado ajeno: mi cabeza parecía hueca y vacía, y todo mi cuerpo temblaba como la hoja en el árbol a impulsos del viento. Mira mis manos cómo tiemblan todavía... En el hospital cogí miedo a los practicantes; les oía decir de mí que era cosa acabada, y que viviría muy poco. Entonces pedí que me dejaran marchar, y me dejaron. Quise volver a Forgues, un pueblecito como a una legua de aquí, donde mi padre ejercía el oficio de carretero en otro tiempo, y uno de mis antiguos amantes me pagó el billete del ferrocarril...

Tomó aliento para continuar, pues no podía hablar sino en periodos cortos.

—Imagínate —continuó— que mi padre había muerto, después de haberlo perdido todo, por su desgracia, en los negocios. Encontré en su lugar a otro carretero, que me puso de patitas en la calle. Pronto hará unos seis meses de esto. Hubiera deseado volver a París; pero no tenía ni cinco céntimos, y mis vestidos me abandonaban... Yo era cosa acabada, como decían en el hospital. Los hombres no me

hubieran recogido ni con tenazas. Entonces decidí quedarme en el país. Los aldeanos no son malos, y me dan de comer... Alguna vez los granujas me persiguen a pedradas por las calles; pero...

Su voz se había hecho sombría; Magdalena, helada, escuchaba su relato, y ya no tenía valor para despedirla. *Verde-Gris* acabó por mover la cabeza indolentemente, y volviendo a la burlona sonrisa que le era habitual, y que le hacía enseñar sus dientes amarillos:

—¡Bah! —dijo—. Yo también he tenido mi época, pequeñita mía... ¿Te acuerdas cómo me perseguían los hombres? Las hemos corrido buenas las dos en Verrières. Yo te quería mucho, porque jamás me molestabas con las necedades con que me molestaban las demás, lo que no impidió que un día que estábamos de campo me enfurruñara contigo; te había abrazado mi querido, y yo te hacía creer que estaba celosa. ¡Qué bien me burlé de ti aquel día!...

Magdalena palideció terriblemente. Los recuerdos evocados por aquella criatura la ahogaban.

—A propósito —preguntó de repente la otra—; y el tuyo, tu querido, aquel buen mozo, Pedro... Jacobo...; no recuerdo cómo se llamaba; ¿qué has hecho de él? ¡Vaya un hombre alegre que era aquel! Voy a decirte una cosa; me hacía el amor, porque me encontraba muy *chic*. Ahora ya no te incomodará saberlo, y por eso te lo digo... ¿Le ves alguna vez?

Magdalena se sentía sin fuerzas para poder soportar por más tiempo la angustia que la causaba la presencia de *Verde-Gris*. La cólera la ahogaba, y estaba en un estado terrible de excitación nerviosa.

—Ya os he dicho que estoy casada —le dijo—. Idos, idos de aquí.

La loca tuvo miedo. Se levantó con los ojos extraviados, como si hubiera oído el clamoreo de los granujas que la perseguían a pedradas por los campos.

—¿Por qué me echas de aquí? —balbuceó—. Jamás te he hecho daño alguno; yo he sido tu compañera, y al dejarnos de ver, quedamos muy buenas amigas.

—Idos, idos —continuaba repitiendo Magdalena—. No soy ya aquella que conocisteis; estoy casada, y tengo una hija.

—También yo tenía una hija... No sé si existe...: dejé de pagar el salario de la nodriza, y me la quitaron... No eres razonable, Magdalena; me tratas como a un perro. Bien decía yo en otra ocasión, que eras una impertinente con tus delicados modales.

Y como Magdalena la fuera empujando poco a poco hacia la puerta, se alborotó de pronto, y exhalando descompasados gritos:

—No porque tú hayas tenido suerte tienes el derecho de despreciar a los demás. Tú no eras más princesa que yo, ¿entiendes?, cuando vivíamos juntas en el Barrio. Si tu señor se hubiera encontrado conmigo, hoy sería yo la que llevase esos vestidos de seda y tú la que correría descalza por los caminos...

En aquel momento, Magdalena sintió en el pasillo los pasos de Guillermo que



volvía. La rabia se apoderó de ella, y cogiendo a Luisa por una muñeca, la llevó violentamente al centro de la habitación, gritándole:

—Esperad, tenéis razón. Aquí llega mi marido; quedaos para decirle que soy una infame.

—¡Ah! No —contestó la otra, desprendiéndose de ella—. Me has hecho montar en cólera a mi pesar. Eres muy orgullosa, ¿sabes?... Me voy: no quiero causarte perjuicio alguno.

Pero cuando iba a salir, entró Guillermo. Se detuvo sorprendido al ver a la mendiga, e interrogó a su mujer con la mirada. Esta estaba apoyada sobre el ancho armario. Su exasperación la había puesto rígida; no había ni una arruga en su frente, ni la menor ráfaga de vergüenza alteraba su mirada: fría, resuelta, con el rostro sin una arruga, terso, llena de terrible energía, parecía aprestarse a una lucha.

—Esta es una de mis antiguas amigas, Guillermo —dijo la joven con voz seca—. Ha subido para hablar conmigo... Invítala a que vaya a vernos a la Noirade.

Estas palabras hirieron dolorosamente al joven. Adivinó, en el tono con que Magdalena las había pronunciado, que su tranquilidad había muerto de nuevo. Su dulce fisonomía expresó una muda angustia. Se adelantó hacia Luisa, y le preguntó con voz conmovida:

—¿Habéis conocido a Magdalena?

—Sí, señor... —contestó la desdichada—. Pero no le hagáis caso. Si yo hubiera sabido lo que iba a suceder, no hubiera venido.

—¿Queréis dinero? —le preguntó.

Luisa hizo un gesto negativo, y contestó:

—No, gracias; si fuerais mi querido, no digo que no... Me voy: adiós.

Cuando hubo cerrado la puerta tras sí, los esposos se miraron un momento en silencio. Comprendían que un choque inevitable debía hacerles sufrir de nuevo, que no desplegarían los labios sin herirse fatalmente; hubieran querido no hablar, y, mal de su grado, se sentían impelidos a abordar los nuevos sufrimientos que les amenazaban. Fue un momento cruel de desconfianza y de ansiedad. Guillermo, en la desesperada sorpresa que le causaba aquel ataque imprevisto de la desgracia, esperaba con resignación, lleno de terror. Había dejado a Magdalena tranquila, sonriente, soñando en un porvenir de ternura, y la volvía a ver estremecida, irritada, con los ojos fijos en él, de una manera dura e implacable. La dificultad con que se explicaba aquel brusco cambio, redoblaba sus inquietudes, y le permitía entrever alguna terrible sacudida, que forzosamente le heriría de rechazo. Se había aproximado a su mujer, tratando de tranquilizarla, imprimiendo a sus miradas toda la cariñosa dulzura de que aún se sentía poseído. Pero ella seguía exasperada por las dos escenas que con tanta rapidez se habían sucedido, quebrantándola con sus contundentes golpes: diez minutos habían sido suficientes para resucitar todo su pasado; ahora no podía desechar el frío terror que le habían causado la aparición de Jacobo y de *Verde-Gris*. Desde la salida de su antiguo amante, no se inquietaba ya por

los disgustos que ocasionaría a su marido; pensaba únicamente en desahogar su cólera. Luisa había acabado de ingerirle el egoísmo feroz del sufrimiento; una sola idea la dominaba en medio de su cólera. «Puesto que soy infame; puesto que no hay perdón para mí; puesto que todo viene a estrellarse conmigo, seré lo que el cielo quiera que sea», se decía.

Por eso fue ella la que habló primero.

—Hemos sido unos cobardes —dijo bruscamente a Guillermo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó este.

Magdalena movió desdeñosamente la cabeza, y continuó:

—No hemos debido huir como culpables; debimos habernos hecho fuertes, escudándonos en nuestro derecho, en el derecho que dan cinco años de afecciones y de cariño... Ahora ya no es tiempo de luchar; estamos vencidos, y nuestra tranquilidad ha muerto.

Guillermo quería saber todo lo ocurrido, y preguntó:

—¿Qué ha pasado, Magdalena?

—¿No lo adivinas? —exclamó la joven—. ¿No has visto a esa desdichada? Me ha recordado ese pasado que me ahoga, y que en vano trato de olvidar.

—¡Bien! Pues ya se ha marchado, cálmate. Nada hay de común entre esa criatura y tú; y yo te amo.

Magdalena se sonrió ligeramente, y encogiéndose de hombros, añadió:

—¡Nada de común! Quisiera que hubieras estado presente; ella te hubiera dicho que yo me arrastraría hoy por las calles de París si tú no me hubieses recogido.

—Calla, Magdalena; no hables así; te mortificas: no debes manchar nuestras caricias.

Pero la joven se excitaba a sí misma, al tratar de contener las groseras palabras que querían brotar de sus labios. Se irritaba, porque veía a su marido tratar de defender sus amores; poseída por la cólera, buscaba en su imaginación las pruebas más concluyentes de su infamia, para que, lanzándoselas al rostro, desistiese de tratar de calmarla. No se le ocurrió más que una sola frase.

—He visto a Jacobo —dijo.

Guillermo no comprendió bien, y se quedó mirándola como un idiota.

—Ha estado aquí hace un rato —continuó ella—; me ha tuteado, y ha intentado abrazarme.

Y fijó una profunda mirada en su marido, que palideció, y, sentándose sobre la mesa, dijo con voz apenas perceptible:

—¡Si Jacobo se había marchado!...

—¡Ah! No; duerme en un cuarto próximo a este. Yo le he visto.

—¿Ese hombre está en todas partes? —dijo entonces Guillermo, en un impetuoso arranque, en que había mezcla de cólera y de terror.

—¡Voto a bríos! —contestó Magdalena con un soberbio gesto de certidumbre—. ¿Acaso esperabas matar el pasado? ¡Ah! Es verdad; este cuarto te parecía un lugar

retirado, una ignorada soledad, en que nadie podría venir a interponerse entre nosotros; me decías que estábamos solos, lejos de las gentes, y que íbamos a pasar una tranquila noche de amor. Pues bien: la oscuridad y el silencio de este cuarto eran mentira; el tormento nos esperaba en este desconocido alojamiento en que pensábamos no detenernos más que algunas horas.

Su marido la escuchaba con los ojos bajos, abatido, y desesperando de poder contener el furioso tropel de sus palabras.

—Y yo —continuó—; yo he sido bastante necia para creer que hay lugares en que se olvida. Me mecía en tus sueños... y, ahí tienes, Guillermo: no hay rincón donde podamos estar solos. Por más que tratemos de huir y de ocultarnos en el último rincón del mundo, allí nos alcanzará el destino, y allí también me seguirá mi vergonzoso pasado, que acabará por volverme loca. Y es que yo llevo la desgracia conmigo, y basta el más ligero soplo de aire para ahondar mis llagas. Estamos acorralados, como fieras heridas que buscan en vano un abrigo de mata en mata, y que acaban por morir en cualquier barranco.

Se detuvo un instante, y después continuó con tono más irritado aún:

—Es nuestro pecado, lo repito. Nunca debimos haber cometido la cobardía de huir. Al dejar la Noirade, cuando ese hombre se presentó, acuérdate que te lo decía; los recuerdos son cobardes, y nos seguirán a todas partes como aulladora jauría que nos acorrale. Yo los sentía correr furiosamente tras de mí, los siento en este mismo instante clavar sus agudos dientes en mi carne. ¡Ah! ¡Cuánto sufro! ¡Los recuerdos me desgarran!...

Y exhalando un doloroso suspiro, llevó las manos a su pecho, como si realmente sintiera que los dientes de los perros se clavaban en él. Guillermo estaba fatigado por el sufrimiento y porque las crueles palabras de su mujer comenzaban a producirle una especie de nerviosa impaciencia. El amargo placer que Magdalena sentía fustigándose así, le lastimaba a pesar de su falta de energía y de sus deseos de tranquilidad, y se irritaba consigo mismo. Hubiera querido imponerle silencio; creyó, sin embargo, que debía intentar una vez más calmarla, y lo intentó; pero lo hizo con temor.

—Conseguiremos olvidar —dijo—; iremos lejos, muy lejos, a buscar la tranquilidad.

Magdalena se echó a reír, y retorciéndose las manos, aproximó al de él su pálido rostro, diciéndole:

—¡Ah! ¿Crees tú que yo voy a poder tropezar a cada paso y conservar mi cabeza despejada y sana? Me siento sin fuerzas para ello. Necesito tranquilidad, o no respondo de mi razón.

—Por Dios, no te atormentes de esa manera —dijo Guillermo, tratando de cogerle las manos—; evítame tanto sufrimiento, y pon término a esta cruel escena... Mañana, cuando estemos más tranquilos, encontraremos quizá remedio a tanto mal... Es ya tarde, y debemos acostarnos.

Guillermo estaba muy lejos de creerlo así; deseaba sencillamente aislarse en el silencio y la oscuridad de la noche: le parecía que una vez en la cama, y apagada la luz, Magdalena se tranquilizaría, cesando el tormento que le causaba el oírlo. Se acercó al lecho, y, descorriendo las cortinas, echó a un lado las ropas de la cama. La joven, que estaba pegada, como adosada al armario, seguía sus movimientos con extraña mirada: cuando Guillermo descubrió el lecho, y ella echó de ver la deslumbradora blancura de las sábanas:

—No me acostaré, no... —dijo—. Jamás consentiré en acostarme contigo en esa cama.

Guillermo se volvió, lleno de sorpresa por aquella nueva oposición.

—No te lo he dicho —continuó—; yo he habitado en otro tiempo este cuarto con Jacobo... y he dormido ahí, en esa cama, entre sus brazos.

Y señalaba la cama con significativo gesto. Guillermo retrocedió, pálido, convulso, y fue a sentarse sobre la mesa, guardando silencio. Esta vez ya no tenía fuerzas para luchar, y se entregaba en manos del destino, que le agobiaba por manera demasiado cruel.

—No debes quererme mal porque te diga la verdad —replicó con amargura Magdalena—; diciéndotela, te evito una vergüenza. ¿Desistes, no es verdad, de estrecharme en el lecho en que Jacobo me ha estrechado?... Horribles ensueños se apoderarían de nosotros en él, y yo moriría quizá de remordimiento.

El nombre de su primer amante, que acababa de pronunciar por segunda vez, le recordó su reciente entrevista con él.

—Hace un instante que estaba aquí en mi presencia —dijo—, mofándose de mí e insultándome. Soy para él una mujerzuela, una cualquiera, a quien tiene el derecho de injuriar. Ignora que ahora se me respeta; no me ha visto en tus brazos... Hubo un momento en que tuve la idea de decirle la verdad; pero me faltó valor para ello... ¿Quieres saber por qué me faltó? ¿Por qué le consentí que se riese de mí y me tutease? No, no puedo decírtelo... ¡Ah, cuánta necesidad tengo de ocultarlo!... Pero debes saberlo, porque, sabiéndolo, no creerás ya en que esto pueda tener remedio... Ese hombre me ha manifestado su creencia de que yo he conducido aquí a un nuevo amante para saborear el impúdico placer de evocar el pasado.

Guillermo no mostró el menor estremecimiento; cedía ante los golpes. Magdalena murmuró, después de un corto silencio:

—Este cuarto lo conozco bien: ¡ya lo creo!...

Por fin se desprendió, por decirlo así, del armario a que había estado pegada desde el principio de la escena, y avanzó hasta el centro del cuarto, en donde, violenta, muda y conteniendo las frases que en tropel parecían querer salir de su garganta, a juzgar por la hinchazón de las venas de esta, que amenazaban estallar, se puso a examinarlo todo con terrible fijeza. Guillermo, que al sentir sus pasos había levantado la cabeza, se asustó de la expresión de su mirada, y sin poderse contener:

—Me aterras, Magdalena —exclamó—. No mires con esa fijeza las paredes.

Magdalena movió la cabeza con violencia, y, girando lentamente sobre sus talones, continuó examinando, sin acercarse a ellos, objeto por objeto.

—Los conozco, los conozco —repetía con voz baja y destemplada—. ¡Ah!, ¡mi pobre cabeza estalla! Las palabras asoman a mi pesar a mis labios; quisiera ahogarlas, pero pueden más que yo, y se escapan; el pasado se apodera de mí... ¡Ah!, ¡el pasado; horrible cosa!... ¡Por piedad, mata, mata mis recuerdos, mata mi pensamiento!

Había ido levantando la voz hasta convertirla en grito; ya no hablaba, gritaba.

—Quisiera no pensar, haberme muerto, o, viviendo, estar loca... ¡Oh qué dicha perder la memoria, existir como una cosa, no sentir en el cerebro el horrible clamoreo de los recuerdos!... Pero ¡no puedo evitarlo; no basta mi voluntad; mis pensamientos me martirizan sin descanso; circulan dentro de mí con la sangre de mis venas!... ¡Perdóname, Guillermo; no puedo callarme!

Dio algunos pasos, y su aspecto era tan horrible, que su marido creyó que realmente se volvía loca; extendió hacia ella la mano, tratando de contenerla, y con voz suplicante:

—¡Magdalena, Magdalena! —exclamó.

Pero Magdalena no le escuchaba: se había aproximado a la pared de enfrente de la chimenea, y seguía repitiendo:

—¡No, no quisiera pensar, porque lo que pienso es horrible, y lo pienso en alta voz!... ¡Conozco todos estos objetos!

Y alzando la vista, contemplaba la pared que tenía ante ella. La aparición de Jacobo, de aquel hombre cuya vista la turbaba de una manera tan profunda, había determinado en ella una crisis moral y material; esta crisis había ido creciendo hasta hacerla caer en una singular alucinación. La joven, olvidando la presencia de su marido, e invadido su cerebro por el recuerdo del pasado, creía haber retrocedido a otros tiempos. Presa de violenta fiebre, todo su ser, tranquilo de ordinario, recibía del más pequeño objeto de los que la rodeaban, una sensación tan aguda e intolerable, que la enervaba, hasta el extremo de traducir en gritos y en palabras cada una de sus impresiones.

Revivía en ella el recuerdo de las horas pasadas con Jacobo en aquella habitación, y revivía con tal violencia, que la obligaba, bien a su pesar, a manifestarlo en voz alta, como si estuviese sola.

La chimenea, alimentada con leña, cuyo fuego llameaba, proyectando rojiza claridad en las paredes y alargando su sombra y la de Guillermo hasta tocar en el techo, era su punto de partida; y en medio de aquella viva claridad, que hacía resaltar la blancura mate de su rostro y el rojo subido de sus cabellos sobre el oscuro vestido de viaje, iba y venía con paso incierto, pegada a la pared, examinando atentamente uno por uno los cuadros que representaban los desgraciados amores de Píramo y de Tisbe.

—Debe haber ocho —dijo—: los he contado con Jacobo. Me subía yo sobre una

silla, y le leía el relato que hay en cada cuadro. Esta historia le parecía chusca, y se reía de las faltas de francés y del giro ridículo de las frases... Me acuerdo que sus risas hicieron que me incomodase, porque yo encontraba estos amores sencillos y llenos de una ingenuidad encantadora... ¡Ah! Aquí está el muro que separaba a los amantes, y por una de cuyas hendeduras se comunicaban sus ternezas. ¿No es encantador este muro agrietado, este obstáculo que no es suficiente a contener dos corazones que rebosan de amor?... Y el desenlace fue terrible: aquí está, aquí está el cuadro que representa a Tisbe encontrando a Píramo bañado en su sangre; el joven creyó que su amante acababa de ser devorada por una leona, y se clavó un puñal en el pecho; Tisbe, al verle, se hiere a su vez, y se arroja sobre el cadáver de su amante para expirar a su lado... «Quisiera morir así», decía yo, y Jacobo se burlaba. «Si tú me encontrases muerta —le pregunté un día—, ¿qué harías?». Vino hacia mí, y estrechándome fuertemente entre sus brazos, al propio tiempo que me besaba, riéndose con toda la fuerza de que era capaz: «Te abrazaría y te besaría en los labios como en este momento para resucitarte», me contestó.

Guillermo se levantó, febril, sordamente irritado. Los recuerdos de su mujer, el espectáculo que esta le estaba dando, le causaban una angustia insoportable: hubiera querido amordazarla. La cogió por las muñecas, y llevándola al medio de la habitación:

—¡Cállate, cállate! —le gritó—. ¿Olvidas que estoy yo aquí? ¡Eres demasiado cruel, Magdalena!

Pero ella se desprendió de entre sus manos, y dirigiéndose a la ventana:

—Me acuerdo perfectamente —dijo, recorriendo las cortinillas de muselina—: esta ventana da al patio. ¡Oh! Lo reconozco todo... Un rayo de luna me basta para reconocerlo... Allí veo el palomar de rojos ladrillos; Jacobo y yo nos entreteníamos por las tardes en presenciar el regreso de los pichones, que se detenían cortos instantes sobre el borde del tejado, a lustrarse las plumas antes de desaparecer uno por uno por los estrechos agujeros del palomar, se acariciaban con el pico y exhalaban amorosas quejas... Allí veo también la amarilla puerta de la cuadra, que estaba siempre abierta de par en par... ¡Me parece que fue ayer! Tuve necesidad de guardar cama los dos primeros días: tenía calentura. Después, cuando pude levantarme, pasaba el tiempo en la ventana. Me parecía muy triste este horizonte de paredes y tejados; pero me entusiasman las aves, y me pasaba horas enteras entretenida contemplando la glotonería de los pollos y los amorosos halagos de los pichones... Jacobo fumaba, paseándose de un extremo a otro de la habitación. Cuando, riéndome a carcajadas, le llamaba para que viese un polluelo que huía con un gusano en el pico y al que perseguían todos los demás a fin de compartir con él la golosina, venía, e inclinándose para verlo, me besaba... Había tomado la costumbre de besarme en el cuello con besitos ligeros y rápidos, de manera que producía con sus labios, que apenas tocaban mi cutis, una especie de picoteo muy semejante al de los pollos. «Voy a hacer el pollito», decía bromeando...

—¡Calla, calla, Magdalena! —gritó violentamente Guillermo.

Magdalena se había separado de la ventana, y permanecía inmóvil ante el lecho, que contemplaba con extraña mirada.

—Era en el verano —continuó en voz baja—. Las noches eran abrasadoras; los dos primeros hubo necesidad de que Jacobo durmiese en el suelo en un jergón. Cuando yo estuve ya buena, agregamos el jergón en que dormía Jacobo a los otros dos que tenía la cama en que yo había estado. Al acostarnos por la noche, notamos que la cama estaba muy dura, por haberse apelotonado la paja por todas partes. Jacobo decía, burlándose, que aunque pusiéramos con mucho cuidado veinte capas de paja una encima de otra, no lograríamos que la cama estuviese más blanda... Para poder respirar, dejábamos la ventana abierta y descorridas esas cortinas de algodón azul; porque las cortinas eran esas mismas, las conozco por un rasgón que tienen, y que hice yo con un alfiler... Yo estaba ya fuerte, y Jacobo no era delgado, de modo que la cama resultaba estrecha...

Guillermo, exasperado, fue a colocarse entre la cama y Magdalena, y la empujó hacia la chimenea, conteniendo a duras penas los terribles deseos que le asaltaban de estrangularla o de tatarle la boca para hacerla callar.

—¡Se vuelve loca —balbuceó—, y sería infame maltratarla!

La joven, empujada por Guillermo, fue retrocediendo hasta tocar con la mesa, fijando al mismo tiempo una estúpida mirada en el pálido rostro de su marido. Cuando hubo chocado con la mesa, se volvió con viveza, y se puso como a buscar algo, haciendo proyectar la luz de la vela sobre el grasiento tablero de la mesa, fijándose con avidez en cada mancha o sombra que notaba en él.

—Escucha, escucha —murmuró—: yo debo haber escrito alguna palabra aquí... La víspera de marcharnos, Jacobo estaba leyendo, y yo me aburría a solas con mis pensamientos; entonces mojé el dedo pequeño en un tintero que tenía al alcance de mi mano, y escribí algo que no recuerdo, sobre la mesa... ¡Oh! Quiero encontrar lo que escribí, y lo encontraré, porque se marcó bien, y no puede haberse borrado...

Y volviéndose, se inclinó hasta casi tocar con la frente en la mesa para ver mejor. Algunos segundos después lanzó un grito de triunfo.

—Ya sabía yo que lo había de encontrar —dijo—: mira; lee: *Yo amo a Jacobo*.

Mientras que ella registraba con la vista el tablero, Guillermo buscaba en su imaginación el medio más suave de que podría valerse para hacerle que callase. Su altivez, sus egoísmos amorosos, habían sido heridos de tan profunda manera, que se apoderaban de él invencibles deseos de mostrarse con ella brutal; cerraba los puños a su pesar, y sus brazos se levantaban. Si no los dejaba caer con furia sobre ella, era porque aún no había perdido por completo la cabeza, y la poca razón que todavía le restaba, le hacía contenerse ante la idea de pegar a una mujer. Pero cuando oyó a Magdalena leer: *Yo amo a Jacobo*, y dar a estas palabras la entonación que debió darles en otro tiempo, se incorporó tras ella con los puños levantados como para confundirla.

La joven, vagamente advertida de este movimiento, se volvió de una manera brusca.

—¡Eso, eso! —exclamó—. ¡Pégame! ¡Si quiero que me pegues!...

Si no se hubiera vuelto con tal prontitud, no queda duda de que Guillermo hubiera dejado caer sus puños sobre ella. Aquel enorme montón de cabellos rojos, aquella impúdica nuca, en que creía ver la huella de los besos de Jacobo, le irritaban, le hacían mostrarse implacable. Pero al encontrarse con el blanco y delicado rostro de Magdalena, una repentina piedad se apoderó de él, y retrocedió falto de valor.

—¿Por qué te detienes? —le dijo su mujer—. Bien ves que estoy loca, y que debes tratarme como a una fiera.

Y rompió a llorar. Esta crisis de lágrimas calmó súbitamente su sobreexcitación. Desde el principio de esta alucinación extraña, que la hacía retroceder a otros tiempos, se sentía ahogar por las lágrimas. No hubiera llegado a decir una palabra de todo lo que había dicho, si hubiera podido llorar a su gusto. Ahora que su angustia y su cólera se convertían en abrasadoras lágrimas, volvía en sí poco a poco, y comprendía toda la crueldad de su locura. Le parecía que despertaba de una pesadilla, durante la cual había manifestado a voces las horribles ideas que llenaban su desorganizado cerebro. Y, llena de asombro, se acusaba de las palabras que acababan de escapársele. ¡No podría recoger aquellas palabras, que jamás olvidaría su marido! En adelante, surgiría siempre entre ambos el recuerdo de aquella habitación y la viva realidad de uno de los episodios de sus amores con Jacobo.

Desesperada, aterrada por la idea de que había sido ella misma la que lo había fatalmente confesado todo, sin que Guillermo la hubiese pedido tal confesión, se acercó a él con las manos unidas y en actitud suplicante.

Guillermo acababa de dejarse caer sobre una silla, con la cabeza baja y ocultando el rostro entre las manos.

—Sufres —balbuceó Magdalena—. Te he dicho cosas que te parten el corazón... No sé por qué te he dicho todo eso... Estaba loca... ¡Sin embargo, no soy mala! Recuerda nuestros buenos tiempos; había olvidado, y me creía digna de ti. ¡Ah! ¡Cuánto te amaba, Guillermo... y te amo aún! Pero no me atrevo a jurarte que te amaré siempre, porque no me creerías. ¡Y, sin embargo, es verdad!... Aquí, en este cuarto, los recuerdos me trastornan, y me habría ahogado si no hubiese podido hablar.

Guillermo callaba, abismado en su desesperación, que no tenía límites.

—Vamos —continuó Magdalena—, veo bien claro que todo acabó entre nosotros. Mi deber es desaparecer... ¡La muerte debe ser tan dulce!...

Guillermo levantó la cabeza.

—¡La muerte! —murmuró—. ¡La muerte ya!... No; todo no puede haber acabado.

Y miró a su mujer, conmovido ante la idea de verla muerta. Había perdido toda esperanza, y se sentía herido para siempre. Pero todas sus debilidades nerviosas aparecían de nuevo ante la idea de un desenlace inmediato y brutal. Si quería vivir



aún, no era porque pensase en tentar nuevas alegrías; era porque, a su vez, experimentaba una amarga voluptuosidad en sufrir por aquel amor que había sido la alegría de su vida.

—¡Ea; sé franco! —le dijo Magdalena, volviendo al rudo tono de antes—. No temas ser cruel... En adelante hay un hombre entre nosotros... ¿Te atreverás a abrazarme, Guillermo?

Hubo un corto silencio.

—Ya lo ves; no me respondes —continuó Magdalena—. La huida es imposible. No quiero exponerme de nuevo a encontrar en mi camino mujeres harapientas que me tuteen; no quiero volver a parar en posadas en que corra el riesgo de resucitar el pasado. Vale más acabar de una vez.

Y mientras hablaba, buscaba en su imaginación el medio de suicidarse: Guillermo, con la vista fija en ella, no sabía qué decirle. Si se hubiera suicidado en aquel momento, la hubiera dejado obrar. Pero Magdalena pareció reflexionar de pronto; el recuerdo de su hija la había asaltado. No quiso confesar a su marido lo que la detenía, y sencillamente le dijo:

—Escucha; prométeme que no tratarás de impedir que me mate el día en que nuestra vida se te haya hecho intolerable... ¿Me lo prometes?

Guillermo asintió con un movimiento de cabeza, y, levantándose, buscó el sombrero y se lo puso.

—¿No quieres permanecer en este cuarto hasta la mañana? —preguntó Magdalena.

—No —contestó Guillermo, estremeciéndose ligeramente—; vamos a marchar.

Cuando hubieron recogido todos sus efectos, echaron una última mirada por el cuarto; el fuego agonizaba; las ropas de la cama, medio descubierta, se destacaban en la sombra por su blancura; los cuadros de los amores de Píramo y Tisbe parecían manchas negras, y el reloj de vidrio hilado brillaba en la sombra. Los esposos pensaban que habían entrado allí llenos de esperanzas, y que salían desesperados. Cuando llegaron al corredor, sin darse cuenta de ello, ahogaron el ruido de sus pasos. Podía sentir Jacobo su huida. Magdalena hasta volvió la cabeza, con un movimiento instintivo, para mirar al fondo del corredor.

Cuando llegaron al patio, tuvieron necesidad de llamar al mozo de servicio, que se levantó del peor humor del mundo. Eran las dos de la mañana, y aquella brusca partida le pareció de lo más singular. Luego le ocurrió pensar si habría tenido lugar alguna escena de celos entre los dos *señores* de la *señora* Magdalena, y esto le hizo olvidar su mal humor. Cuando los esposos se hubieron acomodado en el *cabriolet*:

—¡Buen viaje! —les gritó con irónico acento—. ¡Hasta más ver, señora Magdalena!

La joven se echó a llorar silenciosamente, y Guillermo dejó caer las riendas sobre el cuello del caballo, que tomó el camino de Véteuil. Ellos no pensaban ya en que habían salido para ir a París; ahora preferían ir a curar sus heridas, que manaban

sangre, en la calma y el silencio de la Noirade, y desanduvieron lo andado, como fieras heridas de muerte que se arrastran hasta sus cavernas para morir en ellas en paz.

## XI

En la Noirade volvieron a su existencia muerta, encerrándose de nuevo en la triste oscuridad del vasto comedor. Esta soledad carecía ya de la sonriente calma de otras veces. Poco antes pasaban los días al pie de la chimenea, sin desplegar los labios más que de tiempo en tiempo, pero cambiando entre sí miradas de satisfacción y de felicidad; ahora, sus largas sesiones les causaban irresistible fastidio y vago terror. Rara vez se levantaban, y, acercándose a la ventana, dirigían una mirada impregnada de tristeza a los desnudos árboles del parque, para volver después estremecidos a presentar sus manos frías a la llama. Jamás hacían alusión alguna al drama que acababa de hacer pedazos su tranquilidad. Las raras palabras que cruzaban entre sí carecían por completo de sentido. La crisis por que habían atravesado en el *Gran Ciervo*, parecía haberles sobrecogido de estupor y de vergüenza. Cuando un amargo recuerdo hería bruscamente su adormecido espíritu, pensaban que podían disponer aún de un mes. Jacobo les concedía treinta días de tranquilidad, y podían mecerse en ella hasta su vuelta.

El mes de sopor que los esposos tenían ante sí parecía que no debía acabar jamás; los primeros días, sobre todo, disfrutaron de una gran calma. Pero ese estupor no podía durar; Genoveva no tardó en martirizarles, y fue la primera que les lanzó de nuevo a sus sufrimientos.

La vieja fanática, escudada con su vida de virtud y de trabajo, se mostraba implacable con la pecadora. Continuó viviendo en la intimidad de los esposos. Comía con ellos, y pasaba las noches a su lado. Su actitud rígida y amenazadora era una eterna protesta. Sus esfuerzos, sobre todo, tendían a hacer notar a Magdalena lo mucho que la despreciaba. Cuando la joven había tocado un objeto, ella evitaba servirse de él, queriéndole demostrar con esto que lo consideraba como manchado por su contacto. Todas las noches se ponía a salmodiar los versículos de su gran Biblia. Habiéndole rogado Guillermo que fuera a leerla a su cuarto, le hizo entender que sus lecturas santas purificaban el comedor, arrojando de él al demonio. De día en día leía más en alta voz, y escogía los pasajes más sangrientos; historias en que mujeres culpables aparecían castigadas; el incendio de Sodoma, la jauría de perros devorando las entrañas de Jezabel, asomaban a cada instante a sus labios. Entonces dirigía a Magdalena penetrantes miradas, en las que se leía una cruel alegría. Algunas veces añadía sus comentarios al texto, y amenazaba con horribles tormentos a una criminal, a quien no citaba, pero a quien señalaban sus ojos. Después pedía a Dios pronta justicia, suplicándole que no dejase escapar ni un solo culpable, y que limpiase pronto la tierra de ellos.

Magdalena quería no oírlo; pero a su pesar llegaba todo a sus oídos con claridad; así es que acabó por hacerse supersticiosa, ella que no había podido llegar a ser

creyente. Desde entonces vivió en una constante angustia. Se creía culpable y condenada para siempre, y decía para sí: «Soy muy infame; Genoveva tiene razón en tratarme como a una pecadora: yo mancho esta casa con mi presencia, y merezco los mayores tormentos». Y pensaba en que si llegase a morir durante la noche, despertaría al día siguiente dentro de un horno encendido.

Pero no siempre consentía sin sublevarse las pesadillas que le causaba la actitud de Genoveva. Algunas veces se ponía furiosa porque la encontraba siempre implacable ante ella; cuando la veía rechazar el pan que ella acababa de cortar, cuando se encontraba en la dura mirada con que la perseguía, acababa por montar en cólera. Entonces le decía que ella era la dueña en casa, y que no podía consentirle su actitud.

—Os echo de casa —decía a la vieja—. Dejad esta casa al instante... No quiero tener aquí una loca.

Y como Guillermo bajase la cabeza sin atreverse a pronunciar una palabra, se volvía hacia él, y añadía violentamente:

—¡Eres muy cobarde!... ¡Ni siquiera tienes valor para hacer respetar a tu mujer! ... ¡Arroja de aquí esta loca si aún me amas!

Genoveva sonreía de una manera extraña; se levantaba, y fijando sobre Magdalena sus redondos ojos, llenos de un fuego sombrío:

—Guillermo no es cobarde —decía con su voz seca—; él sabe bien que yo no insulto a nadie... ¿Por qué os alborotáis vos, cuando es Dios el que habla?...

Y señalaba su Biblia con diabólica alegría. Luego, y a su vez, se apoderaba de ella el furor, y continuaba, subiendo de tono:

—Siempre pasó lo mismo... La impura quiere levantar la cabeza y morder a la mujer honrada. En verdad, que estaría bueno el que vos me arrojaseis de esta casa, en que trabajo desde hace treinta años; vos, que no habéis entrado en ella más que para llenarla con el pecado y las lágrimas... Miradme, y miraos... Hoy pronto tendré cien años, y no tengo una falta de que reprocharme cuando pienso en mi larga vida. Vos sois muy joven, y ya trasudáis la muerte; vuestro origen es el mal, y camináis a recibir vuestro castigo... Yo puedo juzgaros frente a frente, y no debo obedeceros.

Y pronunciaba estas palabras con indomable orgullo y profunda convicción, porque consideraba a Magdalena como a una ladrona que se hubiera introducido en la Noirade para robar la estimación y la tranquilidad de su amo. La joven se exasperaba más y más a cada uno de estos ataques.

—Saldréis de aquí, de grado o por fuerza —le decía—. ¿Soy, o no, el ama aquí? ¡Sería de ver que me viese obligada a abandonar mi casa a una criada!

—¡No, no saldré! —contestaba resueltamente Genoveva—. Dios me ha colocado en esta casa para velar por mi hijo Guillermo y castigaros por vuestras faltas... Permaneceré aquí hasta el día en que le haya libertado de vuestros brazos y en que os vea aplastada por la cólera del cielo.

Esta tenacidad, y la penetrante voz de la vieja, quebraban la voluntad de

Magdalena, que cayendo sobre su silla, repetía con acento desgarrador:

—¡Cuánto sufro! ¡Cuánto sufro!... ¿No comprendéis que me estáis matando lentamente con vuestras persecuciones? ¿Creéis que no siento el frío de vuestras miradas siempre fijas sobre mí? Por las noches, cuando leéis, sé bien que os dirigís a mí... ¿Queréis que me arrepienta?

—El arrepentimiento es inútil; Dios no perdona los crímenes de la carne.

—Pues entonces, dejadme en paz; no me habléis de vuestro diablo y de vuestro Dios; no me proporcionéis cada noche una pesadilla que me tiene ahogada y jadeante hasta el día siguiente... Podéis quedaros, si queréis; me es indiferente; pero no quiero veros más; os suplico que vayáis a vivir a otra habitación... Ayer hablabais del infierno con voluptuosidades siniestras, que me hicieron pasar una noche terrible...

Y se estremecía de terror, cosa que causaba singular alegría a Genoveva.

—No soy yo —decía— quien os causa esas pesadillas. Si no podéis dormir, es porque tenéis el demonio en el cuerpo, que os atormenta desde el momento en que apagáis la luz.

—Estáis loca —gritó Magdalena más pálida que un muerto—: tratáis de asustarme como si fuera un niño... Pero no soy cobarde, y no creo en vuestros cuentos de nodriza.

—Sí, sí —repetía la fanática con convicción de alucinada—; estáis poseída... Cuando lloráis, veo a Satán que hincha vuestro cuello y contrae vuestras mejillas con rápidas crispaciones... ¡Mirad, mirad vuestra mano izquierda en este momento! ¡Ved las convulsiones en que se retuercen vuestros dedos! ¡Satanás está en ellos, Satanás está en ellos!

Y exhalando un grito, retrocedió, como si tuviera delante una bestia inmundada. La joven miró su mano, que un estremecimiento nervioso agitaba, y se calló, sin pronunciar ni una sola palabra de protesta. «Genoveva tiene razón —pensaba—. No es ella la que me aterra; es que el terror se ha apoderado de mí, por las culpas de la carne. Por la noche, cuando las pesadillas me atormentan, no es otra cosa que los recuerdos lo que me ahoga». Y se horrorizaba de sí misma, contemplando con terror su blanco cutis, que se imaginaba ver humear, exhalando acre olor.

Guillermo estaba demasiado agobiado para librarla de las manos de Genoveva, que dominaba a los dos de manera bien extraña por su edad y por su exaltada actitud de profetisa. El joven hubiera querido tener valor para enviarla a vivir en el pabellón que había al extremo del parque; pero no se atrevía a limitarla a este: había mecido a su padre en su niñez, así como a él, y no se atrevía a arrojarla de entre ellos.

Lo que acabó de enloquecer a los esposos, fue la idea que se fijó en la mente de Genoveva de trabajar por la salvación de Guillermo. Quería arrancarle de los brazos de Magdalena y purificarle para librarle de las penas del infierno, dedicándose a esta conversión con toda la tenacidad propia de su naturaleza. En todo hallaba pretexto para poner en práctica su idea fija.

—Escucha, hijo mío —decía entonces—: debías venir por las noches a orar a mi

cuarto, como lo hacías cuando eras pequeñito. ¿Te acuerdas? Juntabas tus manecitas, y repetías una por una las palabras que yo pronunciaba... Eso te salvaría de las asechanzas del demonio.

El joven se hacía el sordo; pero la protestante, lejos de calmarse, se exasperaba.

—Tú sí —le decía—, tú puedes todavía escapar a las garras de Satán. Tú no estás manchado ni condenado para siempre. ¡Pero ten cuidado! Si permaneces en los brazos de la impura, ella te arrastrará una de estas noches al abismo... Una oración rescataría tu alma. Cuando estés en brazos de esa mujer, si quisieras repetir tres veces una oración que voy a enseñarte, arrojaría un terrible grito, y caería convertida en polvo. Ensáyalo, y verás.

Magdalena estaba presente siempre que ocurría esto, y oía con terror a la vieja loca.

Entonces Genoveva recitaba lentamente la oración que debía convertir a la joven en polvo: «¡Lúbrica hija del infierno, vuelve a las llamas de donde saliste para la perdición de los hombres! ¡Que tu piel se vuelva negra; que tus rojos cabellos, extendiéndose por todo tu cuerpo, te cubran de igual manera que lo están las fieras! ¡Huye, en nombre de Aquel cuyo pensamiento te abrasa, en nombre de Dios Padre!».

Este conjuro había sido sin duda compuesto por la fanática, que lo acompañaba de ciertas recomendaciones; era preciso repetirlo dos o tres veces, y hacer cada vez un signo cabalístico sobre el cuerpo de la impura; la primera vez sobre el pecho izquierdo; la segunda sobre el derecho, y la tercera sobre el ombligo. Después de este tercer signo, era cuando aquel hermoso cuerpo, blanco como la nieve, debía convertirse en asqueroso fango.

Los esposos oían las atroces divagaciones de Genoveva, y vivían, despiertos, en una pesadilla que se renovaba sin cesar. Esta mezcla de religión y de brujería acabó por hacerles perder el sentido real de las cosas.

La Noirade se llenaba de los exorcismos de Genoveva, que a menudo cantaba por la noche salmos cuyos versículos interrumpían lúgubrementemente el silencio. Se hubiera dicho que se había impuesto la tarea de volver a sus amos locos de atar.

Los esposos tenían otro motivo de angustia. La pequeña Lucía, que continuaba en la Noirade, les hacía sufrir cruelmente también con su gesto de muchachuela formal, que hacía que se pareciese tanto a Jacobo. Guillermo no se atrevía a confesar que le aterraba y que era preciso alejarla de allí. Esforzábale en olvidar su presencia durante los largos días que pasaba a su lado en la vasta sala. La niña no jugaba casi nunca: permanecía sentada en el suelo, como una persona mayor que reflexiona. Con ese instinto innato en los niños, comprendía que su padre no la quería. Su posición favorita era permanecer acurrucada delante del fuego; se cogía sus piecitos con las manos, y se balanceaba lentamente durante horas enteras. Después caía en completa inmovilidad, contemplando la llama. Otras veces, sin causa aparente, salía de pronto del sopor que parecía absorberla, y levantando la cabeza, miraba a Guillermo de hito en hito; entonces el joven creía ver en ella a Jacobo; y, abandonando el rincón de la

chimenea, se paseaba de un extremo a otro de la habitación. Mientras iba y venía, sentía las miradas de la niña fijas sobre él.

Muchas veces la niña no se contentaba con mirar a su padre: se levantaba poco a poco, se acercaba a él, y le tendía los brazos, repitiendo su palabra favorita: «Cógeme, cógeme», con voz suplicante, impelida por esa irresistible necesidad de caricias que sienten a veces los niños. Y como Guillermo no se bajase para cogerla, volvía a insistir, y la cólera contraía su rostro. Cuando su padre había logrado escapar al contacto de sus manos, la niña iba llorando a echarse en los brazos de Magdalena. Esta sufría mucho con las tristezas de su hija, no atreviéndose, cuando la veía pensativa, a estrecharla contra su pecho, para sacarla de su resignada inmovilidad de pequeña mártir, porque temía irritar a su marido. Pero cada vez que la niña, rechazada por su padre, se llegaba a ella a pedirle consuelo, no podía resistir los locos deseos que sentía de estrecharla contra sí; enjugaba con sus besos las gruesas y silenciosas lágrimas que llenaban los ojos de la niña, tratando de darle en algunos segundos el cariño de que la privaba de ordinario.

Un día, la niña, a quien Guillermo había rechazado con brusco gesto, corrió hacia su madre; y cuando estuvo sobre sus rodillas:

—Papá me ha pegado —balbuceó—. Es un bribón: no le quiero ya.

El joven se había acercado, lamentando su brutalidad.

—Mira, aquí está papá —dijo Magdalena a la niña—, que te besaré si eres buena.

Pero la niña echó los brazos al cuello de la joven con un movimiento de terror. Cuando se creyó en salvo, se volvió hacia su padre, y mirándole con mucha seriedad:

—No, no —murmuró—; no le conozco.

Acompañó estas palabras de un gesto tal de repugnancia, que hizo cambiar a los esposos una singular mirada. Los ojos de Guillermo dijeron claramente a Magdalena: «Ya lo ves; rehúsa ser hija mía; tiene en las venas sangre que no me pertenece». La presencia de aquel pobre ser era un continuo motivo de angustia. El joven, sobre todo, parecía tener un horrible placer en imaginarse monstruosidades. A pesar de todo, quería aún a su hija con extraño cariño, lleno de repentinos temores. Muchas veces sentía irresistibles deseos de estrecharla contra su pecho y borrar con sus besos, para hacerla suya, los rasgos de su fisonomía que la hacían parecerse a Jacobo. La contemplaba con atención, tratando de encontrar en su rostro algo en que se pareciese a él para colocar allí sus labios. Pero entonces volvía a sus antiguos pensamientos: no era él solo el padre de aquella niña. Se había entregado en cuerpo y alma, y no había podido conseguir de Magdalena más que una hija, ya bosquejada en brazos de otro hombre. La presencia de Lucía, cuyos ojos le miraban sin verle, absorta en sus pensamientos de niña, cuya seriedad parecía de persona mayor; su idea de que un azar había hecho de él un simple instrumento para ayudar al nacimiento de la hija de Jacobo, su antigua afición por aquel hombre, y el horror que los celos hacía que le tuviera ahora, le hacían pasar intolerables angustias.

—Soy un majadero —decía con amargura—. Me han robado todo: la materia, el

corazón, el espíritu. Me han torturado sin cesar los hechos y los hombres. He amado dos seres en la vida, Jacobo y Magdalena, y estos dos seres me avergüenzan ahora. No me faltaba ya más que sufrir esta increíble miseria: ser robado en mi hija... Mis besos han resucitado a Jacobo; yo he puesto a Lucía, he puesto a ese hombre entre Magdalena y yo.

Un acontecimiento vino a aumentar aún más sus males. Una noche, Lucía, acurrucada ante la chimenea, como de costumbre, se durmió con la cabeza apoyada sobre las piernas de su madre. Cuando Magdalena la cogió en brazos para llevarla a acostar, se apercibió de que tenía la cara como la grana de encendida. Esto la aterraba, porque pensó desde luego que la niña estaba en el principio de una intensa fiebre, que podía ser muy grave: hizo que colocasen inmediatamente la camita de la niña en su alcoba, y se instaló ella a su lado, diciendo a Guillermo que se acostase. Pero este no durmió en toda la noche; la pasó sin quitar la vista de su mujer, que velaba a la enfermita con inquieta solicitud; por su parte, estaba agobiado bajo el peso del disgusto que la enfermedad le causaba.

Cuando llegó el médico, a eso de las nueve, encontró a Lucía en un estado alarmante. La enfermedad estaba declarada: eran viruelas. Desde aquel momento, su madre no la dejó un solo instante. Durante una semana, Guillermo vivió en una especie de entorpecimiento, que no se daba cuenta de lo que le pasaba. Iba y venía de la alcoba al comedor, deteniéndose en medio de los corredores para reflexionar, sin poder encontrar un solo pensamiento en su vacío cerebro. Pero las noches, sobre todo, eran terribles para él; se pasaba toda la noche dando vueltas en la cama, sin conseguir dormir; todo lo más que conseguía, hacia la mañana, era caer en una especie de sopor de que le sacaba la menor queja de Lucía. Todas las noches, al acostarse, temía verla agonizar; la idea de que una pobre criatura sufría a su lado, le causaba una continua angustia, y excitaba su sensibilidad nerviosa. Si hubiera podido leer claramente en el fondo de su alma, hubiera llorado de vergüenza y de rabia. Sin darse cuenta de ello, se irritaba contra Magdalena, quien parecía ignorar que él existía; le guardaba rencor, porque se absorbía en la salvación de aquella criatura, cuyo rostro le volvía loco. Acaso la cuidaba tan solo porque se parecía a Jacobo. Si la pequeña se hubiera parecido a él, a Guillermo, su mujer se hubiera desesperado menos. No se daba cuenta bien clara de estas atroces suposiciones, que le torturaban vagamente. Un día que estaba solo en el comedor, le ocurrió de pronto interrogarse a sí mismo, qué pasaría si Magdalena bajase a darle la noticia de que Lucía acababa de expirar. Todo su ser le respondió que la noticia sería para él un gran consuelo; y entonces se desconoció a sí mismo, creyendo descubrir en él crueldades de asesino. Si aquel día deseaba la muerte de su hija, llegaría quizá hasta dársela por sí mismo.

Genoveva, con su actitud de juez implacable, renovaba sus angustias. Desde los primeros días de la enfermedad, se había obstinado en querer entrar en la alcoba en que la pobre pequeña sufría. Una vez allí, predecía su muerte, y murmuraba que el cielo se la arrancararía a sus padres para castigarles por sus faltas. No ayudaba a



Magdalena a cuidar a la niña, a darle una poción, o moverle las almohadas, sin pronunciar alguna amenaza. Magdalena, exasperada por aquellos continuos pensamientos de muerte y de castigo que le prohibían pensar en toda esperanza, la echó bien pronto de la alcoba, prohibiéndole que volviese a entrar jamás. Entonces la vieja protestante rondó lúgubrementemente alrededor de Guillermo; le mostraba la mano de Dios aniquilando a su hija, y reservándole a él mismo un próximo castigo. No atreviéndose a permanecer en la alcoba, y temiendo encontrar a la fanática, se alejaba de allí, sin saber dónde pasar los días. Lucía, en su delirio, llamaba constantemente: «Papá, papá», con extraño acento, que le conmovía hasta las entrañas. «¿Es a mí a quien llama?», se preguntaba. Y, aproximándose, se inclinaba sobre el lecho de la enfermita. Esta, con los ojos saltones abrasados por la fiebre, le miraba con una fijeza aterradora; sus miradas parecían no fijarse en él, perderse en el vacío. Después volvía bruscamente la cabeza, fijaba sus miradas en otra parte, y continuaba gritando: «Papá, papá», con voz más anhelante. Guillermo se decía: «No me tiende los brazos, no es a mí a quien llama». Otras veces la niña sonreía en medio de su fiebre; el delirio no tenía nada de intranquilo, divagaba dulcemente, sacando sus bracitos fuera de las ropas, como para coger invisibles juguetes. Magdalena lloraba, tratando de cubrirla con las ropas; pero la niña se oponía, sentándose en la cama y murmurando palabras incoherentes. Guillermo se ponía nervioso, y se dirigía hacia la puerta.

—No te vayas —le decía Magdalena—; te llama a cada instante, y debes estar ahí.

Se quedaba, no sin que le produjera nerviosas sacudidas la suave y penetrante charla de Lucía. Desde el día en que se declaró la viruela, seguía con extraño interés los estragos del mal sobre el rostro de Lucía. Los granos que la cubrían invadieron desde luego y por completo la frente y las mejillas. Guillermo trataba, a su pesar, de averiguar si los granos borrarían de aquel descompuesto rostro su parecido a Jacobo. Pero, a pesar de estar tan cubierto por la viruela, no desaparecía para él el retrato del primer amante de Magdalena. Sin embargo, cuando la niña estaba en el período más intenso de su enfermedad, notó Guillermo, con inconsciente alegría, que el parecido se borraba, por decirlo así, y esto le tranquilizó, permitiéndole permanecer al lado de Lucía.

Una mañana declaró el médico que podía, por fin, responder de la vida de la niña. Magdalena le hubiera besado las manos; hacía una semana que estaba sin vida, temiendo perder la de su hija. La convalecencia fue larga. Guillermo volvió a caer en una inquietud sorda, que le hacía estudiar de nuevo con interés el rostro de su hija, estremeciéndose a cada pústula que se desprendía. Poco a poco la boca y los ojos, que habían sido atacados en el último período de la enfermedad, se vieron libres de pústulas, y el joven temió ver resucitar de nuevo a Jacobo. Tan solo una esperanza le quedaba, esperanza que debía quitarle el médico. Cuando, hecha la visita, se retiraba este, uno de los días, y ya en el dintel de la puerta, le preguntó:

—¿Creéis que el rostro de la niña conservará las señales de la viruela?

Magdalena oyó esta pregunta, a pesar de lo en voz baja que se había formulado; se levantó muy pálida, y se aproximó al médico y a Guillermo.

—Tranquilizaos —contestó el médico—; creo poder prometeros que los granos no dejarán rastro alguno.

Guillermo hizo un movimiento tan marcado de disgusto, que su mujer le miró fijamente, con aire de profundo reproche. Aquella mirada quería decir: «¡Desfigurarías a tu hija por sufrir menos!». Este bajó la cabeza, agobiado por la muda desesperación que se apoderaba de él cuando sorprendía en sí mismo pensamientos egoístas y crueles.

La camita de la niña continuó unos quince días más en el cuarto de los esposos. Lucía fue poco a poco restableciéndose. Las esperanzas del médico se habían realizado: las pústulas desaparecieron por completo, y Guillermo no se atrevía a mirar a su hija. No pasó mucho tiempo sin que se creara un nuevo objeto de angustia. Un día sorprendió en Magdalena un gesto que le recordó un movimiento habitual en Jacobo cuando hablaba; se puso a observar a su mujer y a estudiar cada una de sus aptitudes, cada una de las inflexiones de su voz, y no tardó en convencerse de que Magdalena había conservado algo de las maneras de su antiguo amante. Aquel descubrimiento fue un golpe terrible para él.

No era ilusión, en efecto; Magdalena se parecía cada vez más, por sus modales y por sus maneras, a Jacobo. En otro tiempo, compartiendo su vida con el joven, viviendo en contacto con él, había adquirido sus gustos y hasta su manera de ser. Durante un año había recibido de él una especie de educación física que la formaba a su imagen. Repetía las palabras que eran habituales en Jacobo, reproducía a su pesar sus gestos más familiares y hasta las entonaciones de su voz, llegando hasta modificar sus facciones y adquirir la expresión habitual del rostro de Jacobo. Más tarde los besos de Guillermo borraron casi de su rostro el parecido a Jacobo; cinco años de olvido y de tranquilidad, adormecieron en ella la sangre de aquel hombre. Pero desde que este estaba de vuelta, aquella sangre se rebelaba; Magdalena, viviendo continuamente en el pensamiento y en el terror de su primer amante, volvió, a su pesar, o impelida por su idea fija, a las actitudes, acentos y modales de otro tiempo.

Guillermo se estremecía al oírla pronunciar ciertas palabras; levantaba la cabeza, la miraba con terror, como si temiese tener en su presencia a su amigo, y se encontraba con su mujer, cuyos gestos le recordaban la fisonomía del cirujano. Por nada en el mundo la hubiera estrechado Guillermo entre sus brazos, porque veía en ella a su camarada, a su hermano; acababa por confundirla con este, y se hubiera creído culpable de un deseo monstruoso, a haberla oprimido contra su pecho. Sus constantes observaciones le volvían loco. No solo su hija era el retrato de aquel hombre cuyo pensamiento le abrasaba, sino que aún era preciso más; que su mujer le hablase de él en sus modales, en su voz y en sus maneras.

Magdalena, en la transformación de su ser, volvía a sus modales de soltera. La

dulce gravedad que cinco años de estimación y de cariño habían impreso en su rostro, desaparecía al recuerdo de su vida de otros tiempos, y también la tranquila calma de su rostro, sus pudores, todo aquel exterior honesto, en fin, que hacía de ella una mujer de la mejor sociedad. Ahora se pasaba toda despeinada mañanas enteras, como en otro tiempo, en la calle de Soufflot; sus rojos cabellos caían sobre sus hombros y espalda, y sus peinadores se abrían, dejando ver un redondo y blanco cuello, henchido por la voluptuosidad.

Magdalena no se daba cuenta de estos abandonos. Sufría simplemente de la posesión de Jacobo, a quien no podía arrojar de sí. No amaba ya a aquel hombre; y, sin embargo, se sentía dominada y estrechada por él. Esto era una especie de violación continua, contra la que se rebelaba su alma, y a la que se abandonaba su cuerpo, sin que los esfuerzos de su voluntad lograsen librarla de ella. Aquella lucha emprendida entre su carne esclavizada y sus deseos de pertenecer por completo a Guillermo, era para ella una causa constante de fiebre y de terror. Cuando había empleado toda su energía, cuando creía verse libre del recuerdo de su amante y llegado el momento de poder entregarse tranquila a las caricias de su marido, se hacía más vivo y más tiránico el recuerdo, apoderándose de ella una desesperación sin límites; y sin fuerzas para seguir combatiendo, dejaba al pasado prostituirla en el presente. Puesto que detestaba al uno y adoraba al otro, ¿por qué sentía tan abrasadora alegría con las caricias imaginarias de Jacobo? ¿Por qué no podía abandonarse con libertad a las de Guillermo? Cuando trataba de resolver este problema, insoluble para ella, y que encerraba la desgracia de su vida, el caso particular que la hacía sufrir, se imaginaba ser víctima de alguna horrible y desconocida enfermedad, o creía que Genoveva tenía razón y que ella llevaba el infierno en sus entrañas.

Durante el día, aún podía defenderse y llegar a olvidar a Jacobo; pero durante la noche pertenecía por completo a su amante. Poco a poco se apoderaba de ella, con el sueño, una especie de fiebre, que parecía arrojarla en los brazos de Jacobo, de los que no podía desprenderse a pesar de sus inauditos esfuerzos por conseguirlo; después de cada una de estas estériles luchas, sentía una dulce alegría en caer vencida sobre el pecho de aquel hombre. Al despertar, ráfagas de fuego asomaban a sus mejillas cuando su marido la miraba, y profundos suspiros oprimían su garganta. Entonces se juraba a sí misma no volverse a dormir y permanecer toda la noche con los ojos abiertos, para no cometer al propio lado de Guillermo aquel adulterio a que la lanzaba el sueño.

Una noche la oyó quejarse Guillermo, y creyendo que se había puesto enferma, se sentó precipitadamente sobre la cama, examinando con inquietud su rostro a la débil luz de la lamparilla. Magdalena había dejado de quejarse, y Guillermo siguió contemplándola. Bajo el nacarado cutis de sus blanquísimos hombros, completamente desnudos a la sazón, se percibían ligeros estremecimientos, y una tierna sonrisa entreabría los sonrosados labios de la joven, que dormía profundamente. De pronto,

una sacudida nerviosa la agitó, y de nuevo empezaron sus quejas, quejas dulces y melosas, entrecortadas por ligeros suspiros y por el murmurio de frases apenas perceptibles, entre las que se percibía bien distintamente, sin embargo, la palabra: «¡Jacobo, Jacobo!».

Guillermo, pálido, helado, saltó fuera de la cama. Con los pies desnudos sobre la alfombra y las manos apoyadas en el borde del lecho, se encorvaba, viendo agitarse a Magdalena, como si hubiera asistido a un monstruoso espectáculo que le hubiera helado de terror. Más de dos minutos permaneció inmóvil, sin mover ni aun los ojos, escuchando a su pesar el ahogado murmurar de la joven, que había tirado la ropa a un lado, y que se esperezaba, conservando su sonrisa y repitiendo con tono tan acariciador, que parecía que iba a expirar: «Jacobo, Jacobo».

Por fin, Guillermo, irritándose, sintió por un momento el deseo de estrangular a aquella criatura cuyo cuello se henchía voluptuosamente al nombrar a otro hombre. Colocó la mano sobre uno de sus desnudos hombros, y la movió brutalmente.

—¡Magdalena, Magdalena; despierta! —le dijo.

Magdalena despertó sobresaltada, anhelante e inundada de sudor.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —balbuceó, sentándose sobre la cama y mirando a su alrededor con aterrador aspecto. De pronto se fijó en su desnudez y en que su marido estaba de pie al lado de la cama, con la mirada fija sobre su pecho, agitado aún, y entonces se dio cuenta de todo, estallando en sollozos.

No cambiaron entre sí ni una sola palabra. ¿Qué hubieran podido decirse? Guillermo tenía terribles deseos de maltratar, de tratar a su mujer como a la última de las miserables, como a una prostituta que manchase su lecho; pero se contuvo, porque comprendió que no podía ser responsable de sus sueños. Por su parte, Magdalena se hubiera maltratado por sí misma; hubiera querido defenderse de las faltas de que el sueño la había hecho responsable, y, no encontrando palabras cómo hacerlo, y comprendiendo que nada, por inocente que fuera en esto, podía purificarla a los ojos de Guillermo, se entregó a una verdadera desesperación. Los menores detalles de su pesadilla martirizaban su imaginación; se acordaba haber llamado a Jacobo en sueños, de sus suspiros y voluptuosos estremecimientos. ¡Y su marido estaba allí, a su lado, viéndola, escuchándola!... ¡Qué vergüenza y qué infamia!...

Guillermo se había vuelto a acostar al borde del lecho, estirándose cuanto podía para evitar todo contacto con la joven. Con las manos cruzadas sobre la cabeza y los ojos fijos en el techo, parecía abismado en un pensamiento implacable. Magdalena continuaba incorporada y sollozando. El silencio y la inmovilidad del joven la abrumaban, y acabó por ver con terror aquella inmovilidad. Hubiera preferido una querrela, que los hubiera quizá arrojado, con el corazón transido de dolor y anegados en llanto, en brazos el uno del otro, a aquella inmovilidad y silencio.

De pronto, un lúgubre cántico, que procedía del piso superior, llegó hasta ellos. Aquel cántico, amortiguado por el espesor del techo, parecía, en medio de la tranquilidad y el silencio de la noche, la queja de un moribundo. Era Genoveva, que,

no pudiendo dormir sin duda, se ocupaba de su salvación y de la de sus amos con extrañas y siniestras lamentaciones. Magdalena prestó atención al cántico, llena de terror; se imaginó que el fúnebre acompañamiento de un entierro desfilaba por los corredores de la Noirade, y que los sacerdotes iban en su busca para enterrarla viva. Luego, y al conocer la desagradable voz de la protestante, tuvo una pesadilla, que creyó que la iba a volver loca. Al ver a Guillermo que seguía inmóvil, silencioso, con los labios apretados y la vista fija en el techo, temió que aquellos cánticos de Genoveva despertasen en él el recuerdo de aquella oración de exorcismo, cuyo empleo le había enseñado aquella mujer, y que, volviéndose hacia ella, le hiciera un signo cabalístico sobre el pecho izquierdo, otro sobre el derecho, y un tercer signo sobre el ombligo, repitiendo tres veces: «Lúbrica hija del infierno, vuelve a las llamas de donde saliste para castigo de los hombres. ¡Que tu piel se vuelva negra, que tus cabellos rojos se extiendan por todo tu cuerpo y te cubran de pelo como está cubierto el de las fieras! ¡Huye en nombre de *aquel* cuyo solo recuerdo te abrasa, en nombre de Dios Padre!». Y, ¡quién sabe!, quizá sería verdad lo que decía Genoveva, y caería ella, Magdalena, por sus pecados, convertida en polvo. El terror se apoderó de nuevo de ella, y deslizándose poco a poco bajo las ropas de la cama, se encogió cuanto pudo y ocultó la cabeza entre ellas. Sus dientes castañeteaban, y temía por momentos que iba a sentir el contacto de los dedos de Guillermo trazando aquellos cabalísticos signos sobre su piel. Creía que si Guillermo continuaba inmóvil, silencioso y con los ojos abiertos, era porque esperaba a que ella se durmiese para convencerse de si era mujer o demonio. Este horrible temor la tuvo intranquila hasta por la mañana.

Al día siguiente, los esposos, por acuerdo tácito, separaron los lechos. A partir de aquel momento quedaron divorciados, por decirlo así. La escena de la noche anterior había roto materialmente su enlace. Desde la resurrección de Jacobo, todo les empujaba poco a poco a esta separación. Se habían empeñado en unirse cada día más para rechazar el recuerdo de aquel hombre, y tuvieron que declararse vencidos ante la imposibilidad de seguir luchando. Guillermo no se sentía con valor para continuar durmiendo al lado de Magdalena, presa de aquellas pesadillas, y esta, a su vez, no sabía qué hacer para evitarlas. El divorcio moral tan solo podía tranquilizarles algo en esto. Lo más extraño de todo era que seguían amándose con profundo cariño; se compadecían y se deseaban. El abismo que la fatalidad había abierto entre ellos, no les separaba más que materialmente; seguían al borde de la sima, en extremos opuestos, adorándose de lejos. Su cólera, sus disgustos, tenían siempre cierta ternura. Comprendían que la separación sería eterna; pero si desesperaban de volverse a unir y de reanudar su tranquila vida de enamorados, sentían aún una especie de amarga alegría en continuar viviendo bajo un mismo techo, y esta alegría les impedía buscar el remedio a sus tristezas en un desenlace violento e inmediato.

Evitaban siempre con cuidado el tratar de lo que harían cuando Jacobo volviese. Desde el primer momento habían dejado siempre para otro día el disgusto de tomar una resolución; y cada día aplazaban para el siguiente el tratar de este asunto. Por fin,

en los últimos días de febrero, Guillermo recibió una carta del antiguo cirujano. Este le daba cuenta de la muerte de su camarada en el hospital de Tolón, y terminaba la carta refiriéndole de qué modo había encontrado y seguido hasta Niza a una señora joven que le gustaba, añadiendo que esto le impedía volver a París tan pronto como hubiera deseado, y que permanecería en el Mediodía quince días, o quizás un mes, o más. Guillermo alargó silenciosamente la carta a Magdalena, espionando en su rostro la emoción que esta la produciría. Magdalena permaneció impasible, sin que se notara otra cosa en ella que una ligera crispación en los labios. Los esposos, escapando así de un peligro inmediato, pensaron que aún tenían tiempo de por medio, y aplazaron de nuevo para más adelante la angustia que les causaba tomar una decisión.

Entretanto, la permanencia en la Noirade se les hacía insoportable. Todo parecía conjurarse contra ellos allí. Una mañana en que un hermoso sol convidaba a pasear por el parque, bajaron a este, y apenas habían comenzado a pasear, cuando echaron de ver pegada a la verja, por la parte del camino de Mantes, la lívida faz de *Verde-Gris*, que les miraba con sus mortecinos ojos. La casualidad sin duda había llevado hasta Véteuil a aquella rodadora de caminos. Pareció reconocer a Magdalena; una sonrisa, que hizo ver sus amarillos dientes, se dibujó en sus labios, y se puso a cantar el primer *couplet* de una canción que ambas jóvenes habían lanzado juntas en otro tiempo, a los ecos del bosque de Verrières, al volver de sus excursiones de placer.

El canto parecía en sus labios una triste ironía. Los «tra, la, la», que repetía con creciente volubilidad, acababan en una nerviosa carcajada de loca. Magdalena y Guillermo se apresuraron a entrar, como perseguidos por aquella innoble canción. Pero, a partir de aquel día, la joven no pudo salir sin encontrar a *Verde-Gris* cogida a los hierros de la verja. La mendiga seguía rondando sin cesar la Noirade; sin duda había reconocido a su antigua amiga, e iba por verla, maquinalmente, sin pensar en molestarla. Cada vez que Magdalena veía a *Verde-Gris* desde las ventanas de su cuarto, sentía un estremecimiento de repugnancia; aquella mujer era algo así como su vida pasada que surgía implacable en sus recuerdos. Aquella mujer harapienta, que iba y venía al pie de la verja, pegando su rostro a los hierros, le hacía el efecto de un animal inmundo y asqueroso que tratara de romper su jaula para aproximarse y mancharla con su baba. Por un momento le asaltaron grandes deseos de mandar que arrojasen a aquella loca de los alrededores; pero temió un escándalo, y prefirió condenarse a no salir, no asomándose ni aun a las ventanas.

Cuando los esposos se encontraron acorralados de aquel modo en la Noirade, pensaron en huir a París. En París se verían libres de las canciones de Luisa, de los cánticos de Genoveva y de las graves miradas de su hija. Los dos meses de angustia que acababan de pasar les hicieron intolerable la estancia en la Noirade. Y puesto que Jacobo les dejaba aún tres o cuatro semanas de tranquilidad, quisieron emplearlas en aturdirse, en buscar alguna probabilidad de dicha. A mediados de marzo, tan luego como Lucía se hubo restablecido, se fueron a París.

## XII

Hacía cinco años que el hotelito de la calle Boulogne estaba deshabitado. Guillermo no había querido alquilarlo, contando con que irían a pasar en él algunos meses del año, en el invierno. Pero desde que se casaron, se había contentado con enviar a él a un antiguo criado de la Noirade, a guisa de portero. El buen hombre habitaba una especie de garita grande, de rojos ladrillos, hecha al pie de la verja por la parte de la calle. Toda su tarea consistía en abrir una vez a la semana las ventanas de todo el edificio, a fin de que este se ventilase interiormente. Este puesto era para aquel anciano servidor como un retiro ganado por sus muchos servicios.

Advertido la víspera de la llegada de sus amos, empleó gran parte de la noche en quitar el polvo a los muebles. Cuando Guillermo y Magdalena llegaron, todas las habitaciones tenían fuego en sus chimeneas, y les alegró mucho aquel calor, que daba a su antigua soledad la tibia atmósfera de otros tiempos. También parecieron sorprendidos y encantados de la alegría de la casa, que su febril imaginación se empeñaba en representársela más triste y más sombría a medida que se aproximaban más a París. Guillermo tuvo una sola angustia: al entrar en su alcoba, vio colgado en la pared el retrato de Jacobo, que el portero debió encontrar en algún rincón y colgó allí. Guillermo, descolgándolo vivamente, lo arrojó en el fondo de un armario, antes de que Magdalena se reuniera a él.

Los esposos no pensaban aislarse en su hotelito. Venían a París con intención bien decidida de no quedarse jamás en casa y de tratar de aturdirse fuera de ella. Deseaban aislarse en el bullicio y verse lo más separados posible. Al día siguiente de su llegada, fueron al hotel de los de Rieu, situado en la vecindad, en la calle Bruyère, y no les encontraron en casa. Aquella misma tarde les devolvieron estos la visita.

El matrimonio de tres parecía entrar en sus costumbres: Elena del brazo de Tiburcio, y el marido detrás. El señor de Rieu parecía estar muy enfermo; hacía bastante tiempo que una enfermedad del hígado le martirizaba; pero su fisonomía, amarillenta y arrugada por el mal, conservaba su desdeñosa altivez y su irónico parpadeo. Tiburcio, despojado ya de su provinciana petulancia, tenía el aspecto irritado y aburrido del hombre que cumple un penoso deber; en sus delgados labios se veía dibujada una especie de rabia, un secreto deseo de brutalidad. En cuanto a Elena, estaba tan cambiada, que los esposos no pudieron ocultar un movimiento de sorpresa al verla. Elena tenía apenas cuarenta y cinco años, y parecía tener sesenta. Había perdido sus maneras, su gracia de joven; tímida y embrutecida, miraba humildemente a su alrededor, como si constantemente temiese recibir algún golpe.

Al entrar en el salón, Tiburcio, que se precipitaba hacia Guillermo con la falsa efusión con que siempre quería atestiguarle su amistad, se encontró con que Elena, cuyo brazo acababa de dejar, no se había separado con la presteza necesaria para

dejarle paso, y pasó pisando sobre su vestido, empujándola, al mismo tiempo que le lanzaba una colérica mirada. Elena, que saludaba en aquel momento a Magdalena, con una de aquellas antiguas reverencias que eran del uso en su juventud, retrocedió vivamente hasta la pared, aterrada, olvidándose de terminar su reverencia, y volviendo a su aspecto de idiota. El señor de Rieu vio perfectamente aquella rápida escena, el codazo de Tiburcio a su mujer y el movimiento de terror de esta; pero permaneció con los ojos medio cerrados, como si nada hubiera visto, y conservando en sus labios su amable sonrisa.

Se sentaron, y al cabo de algunos momentos, que transcurrieron hablando de las tristezas del campo en el invierno y de los placeres que ofrece París en esta estación, Guillermo propuso a Tiburcio pasar a una pieza inmediata a fumar un cigarro. La vista de Elena le descorazonaba. Cuando las señoras se encontraron solas con el señor de Rieu, no sabían de qué hablar. El viejo, sentado en un gran sillón, con las manos cruzadas sobre las piernas, miraba ante él con esa mirada vaga de los sordos, a quienes no distrae el ruido de sus pensamientos. Parecía ignorar hasta dónde se encontraba.

Hubo un momento de silencio, que rompió Elena, hablando, a su pesar, de Tiburcio. No podía hablar más que de aquel muchacho, que la dominaba por completo. Todo la arrastraba hacia él; agotaba enseguida todos los temas de conversación, y volvía siempre, después de cuatro lugares comunes, a la existencia de voluptuosidades y de terror que la hacía atravesar su amante. En sus carnales apetitos, Elena perdía poco a poco ese respeto humano, esa especie de pudor postrimero, mezcla de prudencia y de orgullo, que impide a la mujer confesar sus vergüenzas en alta voz.

Se lo contó todo a Magdalena. Una simple frase le sirvió de transición para pasar de su charla, desprovista de interés, a la confesión de su adulterio, y lo hizo de una manera tan natural, que Magdalena oyó aquella confesión sin pestañear. Cuando Elena nombró a Tiburcio como un amante que Magdalena debía conocerla hacía dos años, añadió con lastimero tono:

—¡Ah, querida señora; estoy cruelmente castigada! Ese hombre, que era tan cariñoso, de carácter tan dulce, se ha hecho cruel, implacable... ¡Me pega! Sé que es vergonzoso confesar esto; pero ¡soy tan desgraciada, y tengo tanta necesidad de consuelo!... ¡Qué dichosa sois vos con no haber cometido ninguna falta y poder vivir en paz! Yo sufro todos los tormentos del infierno... Ya lo habéis visto: Tiburcio me ha atropellado hace un momento. ¡Quizá llegue un día en que me mate!

A pesar de que hablaba en voz baja, temía Magdalena que el señor de Rieu pudiera oírla, y miraba al viejo con inquietud. Elena lo notó, y se apresuró a tranquilizarla.

—¡Oh! ¡No tengáis cuidado! —le dijo levantando un poco más la voz y con tranquilo cinismo—. Mi marido no me oye... Soy bastante más digna de lástima que él. Él lo ignora todo; no ve mis lágrimas, que le oculto con cuidado. Sonrío siempre



en su presencia, aun cuando Tiburcio me trata delante de él como a la última de las mujeres. Ayer, ese hombre me dio un bofetón estando los tres reunidos, el señor de Rieu, él y yo, porque me quejaba de que le gusta hacer el Tenorio. Un bofetón, que cayó sobre mi mejilla produciendo un gran ruido seco, y, sin embargo, el señor de Rieu, que estaba inclinado ante la chimenea, no volvió la cabeza sino transcurridos algunos segundos, y continuó impassible en su asiento: no había oído nada. Yo... yo sonreía con la mejilla echando fuego... Podemos hablar. Mirad, está medio dormido.

En efecto: el señor de Rieu parecía dormir; pero sus penetrantes miradas pasaban por entre sus párpados medio cerrados. Ligeros estremecimientos, que agitaban sus dedos, hubiesen hecho adivinar a ojos más expertos que los de su mujer, que debía deleitarse en secretos y exquisitos goces. De seguro estaba leyendo la historia del bofetón en los labios de su mujer.

Magdalena creyó deber compadecerse de su amiga por galantería, y le manifestó el asombro que la causaba el que tan pronto se hubiese desvanecido el amor de Tiburcio.

—No comprendo el porqué de sus brutalidades —respondió Elena—, cuando estoy segura de que sigue amándome. Pero tiene momentos fatales... Y, sin embargo, no le he faltado en nada; no he dejado paso que dar en su favor para conseguir colocarle en la posición que merece en París; es verdad que una desgracia incomprensible ha presidido a todas mis gestiones hasta hoy... ¡Ya soy vieja! ¿Creéis que pudiera no amarme más que por interés?

Magdalena dijo que no lo creía así.

—Esta idea me hace mucho daño —replicó hipócritamente la señora de Rieu, que sabía perfectamente a qué atenerse en esto.

Tiburcio no le había ocultado la verdad. No ignoraba, por lo tanto, que esperaba servirse de ella como de escabel para lograr sus ambiciosos deseos. Poco le importaba, por otra parte, a Elena, con tal de poder cobrarse en la persona de Tiburcio sus servicios. Pero no había llegado aún hasta confesar en voz alta que consentía en comprar el amor del joven con tal de no perder su goce. Se pegaba al joven con el furor de una mujer que atraviesa una crisis de la edad y que siente en tan críticos momentos las excitaciones de la pubertad. Se le había hecho indispensable. A no dudarlo, si él la dejaba, no encontraría otro amante tan complaciente. Le hubiera pagado al precio de las mayores infamias.

—Yo quisiera poderle ser útil —dijo, siguiendo a su pesar el hilo de sus pensamientos—. Quizá se mostrase entonces agradecido. Aún tengo esperanzas... ¿Me habéis encontrado muy cambiada, no es verdad? No tengo ya ni aun fuerzas para ser coqueta. ¡Sufro tanto!...

Magdalena la miraba con verdadera compasión. Ella no podía descender al fondo de aquella podredumbre, y se imaginaba que tan solo las brutalidades de Tiburcio podían haberla llevado a aquel estado de aniquilamiento de la carne y del espíritu; así es que no pudo contener un grito de indignación.

—¡Pero a un hombre tal —dijo—, se le arroja del lado de uno!

Elena levantó la cabeza, apareciendo muy aterrada.

—¡Arrojarle, arrojarle!... —balbuceó con un vago terror, como si la joven le hubiese hablado de cortarle un miembro.

Después se rehízo, y añadió rápidamente:

—Pero, querida señora, Tiburcio no consentiría jamás en irse. ¡Ah!, ¡no le conocéis! Si le hablase de separación, sería capaz de acogotarme... No, no; le pertenezco, y debo sufrir hasta el final.

Mentía descaradamente; la había amenazado su amante con no volver a poner más los pies en su alcoba si no le encontraba enseguida alguna colocación honrosa.

—¡Ah, cuánto os envidio! —añadió aún—. ¡Qué bueno debe ser el ser virtuosa!

Y continuó quejándose. Hablaba ella sola, y sus lamentaciones eran entrecortadas por extrañas sonrisas o por el recuerdo de sus voluptuosidades.

Mientras que las dos mujeres hablaban de aquella suerte, Guillermo y Tiburcio se habían retirado, como ya hemos dicho, a un saloncito vecino, convertido en salón de fumar. Guillermo, que buscaba con avidez las conversaciones triviales, preguntó a su antiguo compañero de colegio si estaba contento de su estancia en París, cosa que le importaba poco a él, que detestaba a aquel mozo, pero que se alegraba haber encontrado para distraerse y olvidar. Tiburcio le contestó, con voz sorda e irritada, que nada había conseguido en sus pretensiones hasta el presente. La inocente pregunta del joven le había herido en lo vivo de su llaga.

Se puso a fumar febrilmente, y después de un sordo silencio, se dejó llevar por la rabia que le dominaba. Se confesó a Guillermo, como su querida se confesaba en aquel momento a Magdalena; pero con una crudeza de palabras y con una energía, que contrastaba con la timidez de Elena. Habló de la señora de Rieu, empleando el lenguaje que emplean los hombres para hablar de las prostitutas. Si Elena le hubiese hecho nombrar auditor del Consejo de Estado o agregado de una embajada cualquiera, no hubiera empleado más que cariñosos elogios; se hubiera apresurado a explicar su situación al lado de ella. ¡Pero preciso es comprender que sus caricias no le habían sido recompensadas! Tiburcio Rouillard no era hombre de dar nada que no se le pagase.

Sabía, sin embargo, que la pobre mujer no había escaseado medio ni paso para conseguir sus deseos. Pero su ardiente afán de serle útil no le conmovía; quería resultados, y su querida no había podido obtener ninguno, por una especie de fatalidad. Esta fatalidad no era otra que el señor de Rieu; el viejo, comprendiendo que la comedia sería menos divertida si Tiburcio recibía el precio de sus caricias, iba disimuladamente tras su mujer, a cada nueva tentativa de esta, a combatir su protección y frustrar sus hábiles peticiones. Era esta una excelente manera de exasperar a los amantes y de empujarles a escenas terribles que él saboreaba con glotonería. Cuando había preparado una buena decepción a su mujer en sus pretensiones para complacer a su amante en este o en el otro asunto que aspiraba a

conseguir, se regocijaba durante días enteros, pensando en los humillantes miedos de Elena y en la irritada actitud de Tiburcio. Este se presentaba con los labios apretados, el rostro pálido, cerrando los puños y tratando de arrastrar a su querida a cualquier rincón de la casa para tratarla brutalmente. Pero cuando esto sucedía, ella se aferraba en no alejarse de su marido; temblando, y con los ojos enrojecidos, dirigía suplicantes miradas a su amante. Entonces, el sordo se hacía aún más duro de oído, y aparentaba mayor imbecilidad. Cuando Tiburcio lograba arrastrar a Elena al extremo de la habitación; cuando, fuera de sí, llegaba hasta a pegarle rudamente, el sordo, aunque aparentaba volverles las espaldas, parecía oírlo todo, las palabras y los golpes, y se veía tomar a su rostro una expresión de diabólica crueldad.

Con todo esto, Tiburcio comenzaba a creer que su querida carecía por completo de influencia, y que de nada podía servirle. Esto le volvía implacable para con ella, y tan solo una idea hacía que continuase visitándola; la de hacerle pagar cara, con injurias y golpes; su falta de influencia. Hasta entonces no se había atrevido a dejarla por completo, porque no se decidía a perder los beneficios de un negocio que tanto trabajo le había costado sostener. Pero hoy toda esperanza había desaparecido, y estaba firmemente resuelto a romper.

Guillermo escuchó con aire compasivo las furiosas palabras de Tiburcio. Le disgustaba conocer el pormenor de los amores del joven, pero no se dejó llevar por su comedia de disgusto y de indignación. El otro se confesaba únicamente por tranquilizarse y por probar en su amigo, cuya prudencia y delicadeza conocía, la manera de que se podría valer para excusarse con la sociedad, de su ridícula amistad con la señora de Rieu.

Acabado el cigarro, Guillermo y Tiburcio volvieron al salón. Elena, interrumpida en medio de sus lamentaciones, calló repentinamente, y miró con temor a su amante, como si temiese el castigo de este por haber osado quejarse. Permaneció turbada y confusa, atreviéndose apenas a pronunciar alguna palabra que otra, de tiempo en tiempo, palabra que el joven censuraba con acritud; la interrumpía, haciéndole entender que no sabía lo que se decía, sin tratar de ocultar su irritación ante los demás. Se hubiera dicho que su propósito era mostrar a Guillermo cuán poco se ocupaba de ella. La tertulia terminó fríamente. Cuando los visitantes se fueron, el señor de Rieu, que apenas si había pronunciado algunos monosílabos hasta entonces, hizo con su voz seca un completo elogio de aquel honrado joven, cuya amistad les era tan querida a su mujer y a él; no era uno de esos calaveras que corren tras de los placeres; era formal, y estimaba a la vejez. El marido terminó por rogarle que fuera a buscar un coche. De ordinario se servía de él como de un criado, olvidándose a propósito, cuando salía de casa, de dar a sus criados la orden de que fueran a buscarle. Llovía, y Tiburcio volvió lleno de lodo hasta las rodillas. El señor de Rieu se apoyó en su hombro para entrar en el coche, y después le mandó que fuese a buscar a su mujer, que se había quedado hablando con Magdalena en el vestíbulo.

Guillermo y Magdalena comprendieron que semejantes visitas no eran bastante a

distraerles de sus angustias. No podían pensar en recibir en su casa: el pabellón de la calle Boulogne era muy pequeño, y apenas si podían invitar a los de Rieu a reuniones íntimas; así, pues, tomaron el partido de salir todas las noches, pasándolas fuera de casa, entre el ruido de los salones en que se reúnen algunas docenas de personas que no se conocen, y que pasan sonriéndose unos a otros, de nueve a doce de la noche. Desde el día siguiente, el señor de Rieu les abrió las puertas de los salones de siete u ocho familias, que se mostraban muy satisfechas en dispensar buena acogida al que llevaba el apellido de De Viargue. Bien pronto los esposos tuvieron todas las noches de la semana, lunes a domingo, distribuidas. Salían juntos a la caída de la tarde, comían fuera como extranjeros en viaje, y no volvían a casa más que para acostarse.

Al principio se encontraron un poco más tranquilos con este género de vida. Poco les importaba la casa adonde iban. Todos los salones eran los mismos para ellos. Magdalena tomaba asiento en el extremo de un canapé, sosteniendo en sus labios esa sonrisa vaga de las mujeres que no tienen ni una sola idea en el cerebro; si se tocaba el piano, se fijaba en este con una especie de éxtasis que la transportaba lejos de allí; si se bailaba, aceptaba a la primera invitación que para bailar se le hacía, y, acabado el baile, volvía a su asiento sin poder asegurar, si se le hubiera preguntado, si su caballero era rubio o moreno. Con tal de que hubiese mucha animación, mucho ruido a su alrededor, estaba contenta. En cuanto a Guillermo, se pasaba noches enteras en el hueco de una ventana, siguiendo con la vista y con su gravedad característica la fila de hombros desnudos que pasaba ante él, y en los que se reflejaba la cruda claridad de las bujías, o bien se colocaba tras de una mesa de juego, pareciendo interesarse enormemente en ciertas jugadas de las que no entendía una palabra. Había detestado siempre la sociedad, y ahora buscaba en ella el pretexto para separarse de Magdalena durante algunas horas. Cuando los salones se quedaban desiertos, los esposos se retiraban ceremoniosamente. Al bajar la escalera, se imaginaban que eran un poco más extraños el uno para el otro que cuando la habían subido.

Durante un mes vivieron los esposos de esta suerte. Esforzábanse en entender el matrimonio como las gentes de la alta sociedad, que se casan por conveniencia, para redondear su fortuna y que no se extinga el apellido. Él asegura su posición, y ella conquista su libertad. Pasada que ha sido una noche juntos en la misma alcoba, hacen cama aparte, y cambian más saludos que palabras. El señor vuelve a su vida de soltero, y la señora comienza su vida de mujer adúltera. A menudo toda relación cesa entre ellos. Algunos, los más enamorados, tienen un pasillo que une ambas habitaciones. De tiempo en tiempo, el marido va al cuarto de su mujer, cuando se siente con necesidad de hacerlo, como iría a un lupanar.

Desde la tercera semana empezó a apoderarse la angustia de ellos. Su cambio de costumbres pudo distraer por un momento su idea fija. Se habían dejado sorprender por la fiebre de una existencia nueva para ellos. Aquellos salones en que se aislaban el uno del otro, les habían causado al principio una especie de alegre estupor; el resplandor de las bujías les cegaba, y el murmurio de las voces les impedía oír el

tumulto de su corazón. Pero cuando su primera sorpresa se hubo disipado, cuando se hubieron acostumbrado a aquellas luces, a aquella multitud sonriente y engalanada, recogieron sus ideas, y les pareció que el mundo desaparecía y que volvían a encontrarse en su soledad. Y entonces los sufrimientos volvieron a agobiarles. Continuaron visitando los salones y concurriendo a las *soirées* ebrios, pasando las horas entre treinta o cuarenta personas, sin ver nada, sin oír nada, completamente absortos y dominados por la ansiedad de su carne y de su espíritu. Y si para desechar aquel malestar trataban de interesarse, de darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor, se ahogaban en una atmósfera que parecía manchar a todo el que la respiraba. En los cadenciosos movimientos de los que bailaban, en los acordes del piano, volvían a encontrar las nerviosas sacudidas que eran su tormento. La gravedad de los hombres les asustaba, y los hombros desnudos de las mujeres les parecían una cínica exhibición.

Por otra parte, habiendo desaparecido la sorpresa del primer momento, estaban ya en estado de juzgar a las gentes, cuyas lisonjeras palabras les habían tranquilizado desde un principio. Su nulidad, su petulancia, les fatigó. Perdieron toda esperanza de curarse de sus dolencias morales en semejante compañía. Les pareció que asistían a un espectáculo en el que en el primer acto se habían dejado llevar por el esplendor de la fiesta, la riqueza de los trajes y la exquisita cortesía y pureza de lenguaje de los actores; después la ilusión se desvaneció, y en los actos siguientes se dieron cuenta de que todo se sacrificaba al decorado, y de que los personajes eran *bustos* animados, que recitaban lo que habían aprendido de memoria.

Un día, en un momento de cólera, tuvieron un mismo pensamiento los dos. Pensaron que debían buscar sus amores lejos el uno del otro, para olvidar mejor. Pero desde sus primeras tentativas se arrepintieron. Magdalena, entonces en todo el esplendor de su belleza, se encontraba constantemente rodeada en todas partes adonde iba. Jóvenes con mano pequeña como la de una mujer y de irreprochables cuellos, le hacían una corte asidua. Magdalena no veía en todos ellos más que ridículos monos. Por su parte, Guillermo se había dejado arrastrar a una comida, en que sus nuevos amigos se proponían hacerle elegir una querida; salió de allí descorazonado y entristecido por el espectáculo de aquellas mujeres que metían los dedos en la salsa y trataban a sus amantes como a lacayos.

Al cabo de un mes, renunciaron a luchar por más tiempo. Su vida de separación, sus salidas durante el día, y las horas que por la noche pasaban entre la multitud, no les servían ya de la menor distracción; mucho menos contribuían al olvido. Poco a poco fueron retrayéndose de aquella vida, encerrándose en el fondo de su hotelito de la calle Boulogne. La certeza de su impotencia les tenía allí agobiados. Guillermo comprendió entonces hasta qué punto le dominaba su amor por Magdalena. Desde los primeros momentos de su unión, ella le había fatalmente dominado por su temperamento más fuerte, más lleno de vida. Como él decía en otra ocasión sonriendo, él era la mujer en el matrimonio, el ser débil que obedece, que sufre las

influencias de su carne y de su espíritu. El mismo fenómeno que había henchido a Magdalena de Jacobo, henchía a Guillermo de Magdalena. Se hacía a sus maneras, tomaba su acento y sus gestos y actitudes. Algunas veces se decía con terror que llevaba dentro de sí, en sus miembros, a su mujer y a su amante; creía sentirles agitarse, estrecharse en su interior. Era esclavo, pertenecía a aquella criatura, que a su vez pertenecía a otro. Era aquel un estado de doble posesión, cuyas torturas les sumergían a ambos en una angustia sin esperanza.

Muchas veces Magdalena le miraba con aire extraño.

—¡Ah! —pensaba—; si fuera de naturaleza más vigorosa, nos salvaríamos quizá. Yo quisiera que él me dominara, que se irritara contra mí hasta molerme a golpes. Creo que esos golpes me harían gran beneficio. Cuando yo estuviera sin fuerzas en el suelo, cuando él me hubiera probado su poder sobre mí, creo que sufriría menos. Sería preciso que él matara en mí el recuerdo de Jacobo con mano fuerte. ¡Y es seguro que lo mataría, si fuera un poco fuerte!

Guillermo leía estos pensamientos en los ojos de Magdalena. Comprendía, como ella, que, a no dudarlo, hubiera podido librarla de sus recuerdos si hubiera tenido valor para tratarla como señor y dueño, para oprimirla entre sus brazos hasta que hubiera olvidado a Jacobo. Cuando estas ideas invadían su cerebro, se acusaba a sí mismo de todo aquel mal, y se daba por vencido antes de serlo, tratándose a sí mismo de cobarde, y no pudiendo rehacerse contra sus cobardías. Entonces, y durante horas enteras, los esposos guardaban un sombrío silencio. Magdalena imprimía a sus labios un ligero movimiento de disgusto y de desdén; Guillermo se refugiaba en aquella nerviosa altivez, en aquella certidumbre de la nobleza de su corazón, que era su último retiro.

Algunos días después de la resolución que tomaron de no recorrer inútilmente los salones, experimentaron tal malestar en la calle Boulogne, que pensaron en partir a la Noirade. Puesto que no habían nacido para frecuentar la sociedad, optaron por regresar a la Noirade; preferían volver a sufrir en el silencio y la tranquilidad del campo.

La víspera de su marcha, por la noche, hicieron su visita de despedida a los de Rieu, a quienes no habían visto hacía tiempo. Les dijeron en el hotel que el señor de Rieu estaba muy enfermo, en un estado grave. Iban a retirarse cuando un criado llegó a rogarles, de parte del anciano, que tuvieran la bondad de pasar a verle. Estaba en una oscura y espaciosa habitación. La enfermedad del hígado que venía sufriendo había tomado de pronto un carácter agudo, que no dejaba duda acerca de su próximo fin. El señor de Rieu exigió la verdad a su médico, la verdad desnuda, a fin de arreglar, como él decía, ciertos asuntos antes de morir.

Cuando Guillermo y Magdalena entraron en la vasta pieza donde estaba, se encontraron con Tiburcio, de pie, al lado de la cama del moribundo, notando que estaba muy contrariado. A la cabecera, Elena, sentada en un sillón, parecía estar bajo el peso de un golpe imprevisto. El enfermo tendió su mano a los jóvenes esposos, y

cuando supo que se despedían para la Noirade, les dijo:

—Me considero muy dichoso en poderos dar mi último adiós... Ya no volveré a ver a Véteuil...

No había ni la menor inflexión de sentimiento en su voz. El silencio se hizo en rededor, después de aquellas palabras; ese lúgubre silencio que rodea el lecho de los moribundos. Guillermo y Magdalena no sabían cómo retirarse. Tiburcio y Elena seguían inmóviles y silenciosos, presa de una ansiedad que no trataban de ocultar. Al cabo de unos momentos, el señor de Rieu, que parecía saborear un delicioso triunfo con la presencia del joven y su mujer, continuó, dirigiéndose a los visitantes:

—Estaba arreglando mis asuntos de familia... Vuestra presencia no huelga, y voy a permitirme continuar... Cuando llegasteis hacía conocer mi testamento a nuestro amigo Tiburcio: le nombro mi legatario universal, con la condición de que habrá de casarse con mi pobre Elena.

Pronunció estas últimas palabras con sarcástica sonrisa. Moría, como había vivido, irónico o implacable. En su agonía, se burlaba por última vez con amarga voluptuosidad de este mundo de miserias y de vergüenzas. Al considerarse en estado grave, había consagrado toda su imaginación, todo lo que de actividad le quedaba en el cerebro, a inventar, a madurar un plan para descubrir cuál sería el mayor castigo a que pudiera condenar a Elena y a Tiburcio después de su muerte. Llegó a exasperar a este último de tal manera, interponiéndose siempre entre él y los que trataban de colocarle o favorecerle en lo más mínimo, que el joven había acabado por romper con Elena, a consecuencia de una disputa en que la castigó groseramente. Aquella ruptura definitiva exasperaba al señor de Rieu, que veía escapársele su venganza. Había ido demasiado lejos, y necesitaba a todo trance reconciliar a los amantes, y unirlos tan estrechamente que no pudieran desunirse. Entonces fue cuando le ocurrió la diabólica idea de hacer casar a su viuda con el joven Rouillard que no dejaría escapar la ocasión de aceptar una fortuna, ni aun a precio de una continua contrariedad. En cuanto a Elena, estaba seguro de que no sería lo suficientemente cuerdo para rehusar su consentimiento al hombre de quien era esclava temerosa y sumisa. Se casarían, pues, y se maltratarían sin cesar. El moribundo veía a Tiburcio encadenado a una mujer que tenía doble edad que él, cuya vejez y fealdad le avergonzarían, siendo una pesadilla para él; veía a Elena gastada por el libertinaje, solicitando sus caricias con la humildad de una sierva, agobiada a golpes mañana y tarde por su marido, que se vengaría, en la intimidad, de las sonrisas burlonas y despreciativas que su enlace con ella le atraerían en público. La vida de semejante matrimonio sería un infierno, un suplicio, un castigo de todos los momentos. Y el señor de Rieu se mofaba, en medio de los espantosos dolores que le desgarraban el pecho y las espaldas, al pensar en esa existencia de bajezas y camorras.

Se volvió hacia Tiburcio, y continuó con indescriptible ironía:

—Hijo mío, estoy acostumbrado a miraros como un hijo; yo quiero hacer vuestra dicha. Os pido simplemente, en cambio de mi fortuna, una tierna afección para mi

querida mujer. Si es verdad que tiene más edad que vos, en cambio encontraréis en ella una ayuda y un sostén. No veáis en mi determinación más que un vivo deseo de dejar dos seres felices sobre la tierra. Algún día me lo agradeceréis.

Y después, volviéndose hacia Elena:

—Seréis una segunda madre para él, ¿verdad? —le dijo—. Siempre os ha gustado la juventud; haced un hombre de este niño, impidiéndole que se extravíe, dejándose llevar por los engañadores placeres que encierra París; estimuladle a las grandes cosas.

Elena le escuchaba con verdadero terror. Su voz tenía inflexiones tan insultantes, que se preguntaba si aquel hombre no se había dado cuenta de su vida de libertinaje. Entonces recordaba sus sonrisas, sus desdenes, que ella había achacado siempre a los males que le aquejaban, y empezaba a temer que el sordo lo hubiese oído todo y comprendido todo; había tratado de engañarle, y se encontraba ahora con que la engañada era ella. Lo extraño de su testamento le explicaba su vida de silencioso desdén. Cuando él la empujaba a los brazos de Tiburcio, debía conocer su falta, y tratar de castigarla uniéndolos. Esta unión la aterraba ahora. El joven se había mostrado tan duro para con ella y la había maltratado con tal rabia el día de la ruptura, que el temor de nuevos golpes acallaba sus carnales apetitos. Se estremecía al pensar en aquella unión, que la entregaría para siempre a sus brutalidades. Pero, cobarde y debilitada por el vicio, no se atrevía ni aun a pensar en sustraerse a la voluntad de su amante. Este podría, pues, hacer de ella lo que quisiera. Triste y cabizbaja, prestaba atención al moribundo, asintiendo a sus palabras con un movimiento de cabeza, sirviéndole de consuelo el que «Tiburcio la maltrataría, pero que en compensación, ella le estrecharía alguna vez entre sus brazos». Luego pensaba en que Tiburcio correría en pos de otros amores con el dinero de su primer marido, y esta idea la agobiaba.

En cuanto a Tiburcio, este se rehacía poco a poco, y, descartando el recuerdo de Elena, calculaba mentalmente la renta que le produciría la herencia del señor de Rieu, sumada a la que ya le había legado su padre, el tratante en bueyes. Esta cifra era tan elocuente, que le probó en algunos minutos que debía casarse con la vieja lo más pronto posible. ¡La vieja! Este era el hueso de la herencia. ¿Qué haría de aquella infernal furia? No lo sabía, y el terror se apoderó de él antes de que hubiera podido darse cuenta de lo que haría. Pero, si era preciso, se encerraría con ella en una bodega, para hacerla morir allí a fuego lento. Pero él quería el dinero a todo trance, aunque luego hubiera de vivir en un continuo tormento.

El señor de Rieu leyó en sus ojos bien clara su resolución, y se dejó caer sobre la almohada, apareciendo en su rostro, contraído por la agonía, una irónica sonrisa.

—¡Ea! —murmuró—: ya puedo morir tranquilo.

Guillermo y Magdalena habían asistido a aquella escena con creciente malestar. Comprendían que acababan de presenciar el desenlace de una atroz comedia; y apresurándose a despedirse del moribundo, se fueron. Elena, atontada y como



enclavada en un sillón, no se movió siquiera. Tiburcio fue quien les acompañó hasta el vestíbulo del hotel. Según bajaban la escalera, se acordó de la manera indigna con que había hablado de la señora de Rieu a Guillermo, y haciéndose el inocente, pero en realidad con maliciosa hipocresía, le dijo:

—Había juzgado mal a esta pobre mujer. Está realmente afectada por el próximo fin de su marido... Es un legado sagrado el que me confía, y haré cuantos esfuerzos estén a mi alcance para hacerla feliz. —Luego, y creyéndose suficientemente disculpado, procuró desviar la conversación de esto, y añadió bruscamente, dirigiéndose a Guillermo—: A propósito: ayer me encontré con uno de nuestros antiguos compañeros de colegio.

Magdalena palideció visiblemente.

—¿Quién era? —preguntó Guillermo con voz turbada.

—Jacobo Berthier —contestó Tiburcio—: os acordaréis: aquel buen mozo que os protegía. Erais inseparables... Parece que es rico ahora. Creo que vino del Mediodía hará próximamente una semana.

Los esposos guardaron silencio. El vestíbulo en que tenía lugar esta conversación estaba oscuro, y el joven no podía echar de ver la alteración de sus rostros.

—¡Oh! —prosiguió—. Es todo un buen mozo, y le gusta que el dinero ruede. Me atrevería a jurar que no pasará mucho tiempo sin que se haya tragado la herencia de su tío. Me llevó a su casa, un delicioso entresuelo de la calle de Taitbout. Allí se ve en todo, en el mobiliario, en la distribución, en todo, la mano de la mujer coqueta —dijo, sonriendo, como si él fuera incapaz de cometer locura alguna.

Guillermo le tendió la mano como para irse; pero él continuó:

—Hablamos de vos; él ignoraba que estuviéseris en París y que tuviéseris en él un apeadero. Le dije las señas del hotel, e irá mañana a veros.

Guillermo había abierto la puerta de la calle, y, al oír las últimas frases de Tiburcio:

—¡Adiós! —le dijo febrilmente, estrechándole la mano y dando algunos pasos sobre la acera.

Magdalena quedó un instante sola con el joven, y lo aprovechó para preguntarle, con voz clara y rápida, el número de la casa en que vivía el señor Jacobo Berthier en la calle Taitbout. El joven se lo dijo; Magdalena se reunió a su marido, que le dio el brazo, y se dirigieron silenciosos a la calle Boulogne. Allí se encontraron con una carta de Genoveva: la carta era corta y apremiante; les decía que la pequeña Lucía había tenido una recaída, y les llamaba a su lado con toda urgencia. Todo les obligaba a dejar a París apresuradamente; por nada en el mundo se hubieran quedado en él hasta el día siguiente por la tarde. Magdalena no durmió en toda la noche. A la mañana siguiente, y en el momento de montar en el vagón, fingió echar de ver que había olvidado un paquete, y manifestó gran contrariedad por aquel olvido. Guillermo le dijo que el portero de la calle Boulogne le expediría el paquete, y ella permaneció inmóvil e indecisa. Entonces le dijo que volvería él mismo al pabellón a recogerle.

Pero Magdalena no aceptó tampoco esta proposición. Como el silbato del tren sonaba ya, Magdalena acabó por empujar suavemente a su marido, diciéndole que estaría más tranquila sabiendo que él estaba al lado de Lucía, y prometiéndole reunirse a él algunas horas después. Cuando se encontró sola, salió rápidamente de la estación, y, en lugar de tomar por la calle de Amsterdam, bajó por los boulevares a pie.

Era una de esas claras y hermosas mañanas de abril. Se percibía el agradable aroma de la naciente primavera; el aire, a pesar de sus alternativas de calor y frío, era muy agradable. Una parte de las calles permanecía aún en la sombra; la otra parte estaba iluminada por un espléndido y hermoso sol con tintes de oro y púrpura; Magdalena iba por el sol, por la acera inundada con sus rayos. Desde que se encontró fuera de la estación, acortó el paso, andando ahora muy despacio y como si fuera completamente distraída. Desde la víspera había adoptado su partido. Ante la amenaza de una visita de Jacobo, recobró toda su energía. Mientras que pedía las señas de la casa en que este vivía a Tiburcio, pensaba para sí: «Mañana dejaré partir a Guillermo, y en cuanto me deje sola, me iré a ver a Jacobo, se lo contaré todo, y le suplicaré que nos deje vivir tranquilos. Si me jura que no tratará de vernos, creeré de nuevo que ha muerto. Jamás sabrá mi marido que he dado este paso; está demasiado impresionado para convenir en la necesidad de darlo; más adelante, si cree que la casualidad nos ha favorecido, se tranquilizará como yo. Además, puedo pretextar un cambio de cartas con Jacobo, un embrollo cualquiera». Toda la noche estuvo dando vueltas a este proyecto; simplificaba los detalles, preparaba las palabras que diría a su antiguo amante, suavizaba los términos de su confesión. Estaba cansada de sufrir, y quería acabar de una vez.

El peligro despertaba en ella a la hija ruda y práctica del obrero Ferat.

Había empezado a poner en ejecución los preliminares de su proyecto. Ya estaba sola. Apenas si eran las ocho de la mañana, y pensaba no presentarse en casa del joven hasta el mediodía, lo que forzosamente la haría esperar aún cuatro largas horas. Pero esta tardanza no la inquietaba. No tenía prisa. No existía la menor fiebre en esta resolución, que había reflexionado bien. Hacía un sol hermoso, y se pasearía hasta el mediodía. Esperaba seguir escrupulosamente su plan, sin adelantar ni retrasar los acontecimientos, cuya marcha había fijado.

Hacía años que no se veía así, sola y a pie de calle en calle, y esto la transportaba a los tiempos de sus amores con Jacobo. Necesitando hacer tiempo, se puso a mirar con gran curiosidad los escaparates, llamando su atención sobre todo los de los almacenes de bisutería y tiendas de modas. Sentía cierto placer en encontrarse sola en medio de París y en un hermoso día de abril. Cuando llegó a la Magdalena, se encontró agradablemente sorprendida al ver que era día de mercado de flores. Adelantó con paso lento por entre las filas de puestos de flores sueltas y de *bouquets*, deteniéndose largo rato delante de los montones de rosas. Cuando llegó al otro extremo del mercado, volvió sobre sus pasos, y se detuvo de nuevo, olvidándose de todo delante de cada puesto. Por espacio de dos horas estuvo yendo y viniendo por

entre los puestos, con la vista fija en las flores.

En los primeros momentos, pensó tan solo en el paso que iba a dar. Su cerebro trabajaba de nuevo como lo había hecho durante la noche; se imaginaba entrar en casa de Jacobo, y se repetía las frases con que pensaba decirle que era la mujer de Guillermo, pensando ya en las consecuencias de aquella confesión. Tenía la esperanza de que lo arreglaría todo bien. Volvería a Véteuil tranquila, casi curada, y reanudaría con su marido la vida tranquila de otros tiempos. Luego, y cuando estas esperanzas habían endulzado sus sufrimientos, se dejaba llevar a una especie de vagos ensueños, que la hacían olvidar hasta dónde se encontraba. Se olvidó de lo penoso de la escena que iba a tener lugar bien pronto, y no pensó en los inconvenientes de su resolución. Embriagada por el perfume de las flores, y algo sofocada por el sol, continuó paseando y entregándose a dulces ensueños. La idea de la vida tranquila que volvería a llevar con Guillermo, le recordó los días dichosos, que tan fugaces desaparecieron. El pasado invadió su cerebro; el pasado de alegría y de amor. La fisonomía de su marido acabó por desvanecerse en él, y bien pronto no vio en sus ensueños más que a Jacobo. A Jacobo, que la acogía con cariño y le sonreía como en otro tiempo. Entonces veía en su imaginación la calle de Soufflot; recordaba con alegría las mañanas pasadas con su amante en el bosque de Verrières. Se consideraba dichosa de poder pensar en todo aquello sin sufrir; ya no pensaba más que en el pasado, olvidándose hasta del objeto que la hacía vagar por las calles; creía vivir aún en la calle de Soufflot, como en otro tiempo.

Como la gente del mercado empezara a mirarla con cierta curiosidad, decidió irse a pasear a otra parte. Bajó hasta los Campos Elíseos, y allí continuó paseando, ensimismada en sus pensamientos. Los Campos estaban casi desiertos, y pudo vagar a su placer sin que las gentes la molestaran, porque, además, ella no se daba cuenta de nada de lo que pasaba a su alrededor. Maquinalmente, y después de un gran paseo, volvió a encontrarse en la Magdalena, y allí experimentó de nuevo las sensaciones de voluptuoso desvanecimiento que antes había experimentado. De pronto se fijó en uno de los relojes que había en el mercado, y vio que eran las doce menos cuarto; la quedaba el tiempo preciso para llegar a la calle de Taitbout. Apresuró el paso, siguiendo rápidamente por los boulevares, embriagada aún por los perfumes de las flores, con la cabeza trastornada, y sin acordarse ya de las palabras que se había propuesto decir. Andaba como impulsada por una fuerza fatal. Cuando llegó a la calle de Taitbout, iba sofocada y sin poder respirar apenas.

Subió, sin embargo, la escalera sin vacilar. Abrió la puerta el mismo Jacobo, que dejó escapar un grito de agradable sorpresa.

—¡Tú, tú! —exclamó—. ¡Ah, caramba, hija mía! Maldito si esperaba verte por esta casa.

Cerró la puerta, y pasó delante de ella, haciéndole atravesar algunas habitacioncitas amuebladas con gusto y elegancia. Ella le seguía en silencio. Cuando hubieron llegado a la última de las habitaciones del cuarto, que era su dormitorio, se

volvió, y cogiéndole alegremente los manos:

—¿No estamos enfadados? —le dijo—. ¿Sabes que me trataste muy mal en Mantes?... ¿Quieres hacer las paces, no es eso?

Ella seguía mirándole silenciosa. Jacobo acababa de levantarse, y, aún en mangas de camisa, fumaba en su pipa de tierra blanca. En su nueva posición de hombre rico, conservaba sus costumbres de estudiante y de marino. Magdalena le encontraba tal como le había conocido, tal como le representaba aquella fotografía sobre la que ella había vertido lágrimas una noche. La desabrochada camisa dejaba ver parte de su moreno pecho.

—¿Cómo diablos te has arreglado para saber dónde vivo? —le preguntó—. ¿Me amarás todavía, y, habiéndome encontrado en la calle, me has seguido?... Ante todo firmemos las paces —dijo; y atrayéndola hacia sí, la besó en el cuello.

Magdalena se dejó llevar sin hacer la menor resistencia sobre las rodillas de Jacobo, que se había sentado en el borde del lecho, y permaneció como sumida en una especie de estupor.

A pesar de las pocas escaleras que había tenido que subir, seguía toda sofocada, se sentía como desvanecida, le parecía que giraba todo a su alrededor, y examinaba la habitación con extraviados ojos. Al fijarlos en la chimenea, vio un gran *bouquet* que empezaba a marchitarse, y se sonrió pensando en el mercado de la Magdalena. Después, recordando que había ido para decir a Jacobo que estaba casada con Guillermo, se volvió hacia él, conservando, sin saberlo, la sonrisa en los labios. El joven había pasado un brazo alrededor de su talle.

—Mi querida niña —le dijo, prorrumpiendo en una fuerte carcajada—, ¿querrás creer que desde que te negaste a estrechar mi mano, sueño contigo todas las noches?... Di, ¿te acuerdas de nuestro cuartito de la calle de Soufflot?...

Su voz era cada vez más baja y ardiente, y sus manos se perdían por entre las tibias ropas de su antigua querida. Se estremecía de placer, arrastrado por la excitación del despertar, con el cerebro presa de ardientes deseos. Si Magdalena hubiera ido a cualquier otra hora del día, es seguro que no la hubiera atraído tan bruscamente sobre su pecho. En cuanto a ella, desde que se encontró sentada en las rodillas de Jacobo, se sintió desfallecer. El acre olor que este despedía la turbaba. Abrasadores estremecimientos recorrían todos sus miembros; un vago zumbido llenaba, aturdiéndola, sus oídos, y un sueño invencible cerraba sus párpados. Seguía pensando: «He venido para decírselo todo; quiero decírselo todo». Pero este pensamiento moría en su cerebro como una voz que se aleja, debilitándose cada vez más por la distancia, hasta que acababa por perderse.

Ella fue la que, al abandonarse de pronto, sin fuerzas, sobre uno de los hombros del joven, le hizo caer sobre el lecho. Entonces el joven la estrechó con arrebató, levantándola del suelo, en que sus pies tocaban aún, y ella obedeció a aquel apretón, como un caballo obedece al reconocer las poderosas piernas de su amo. En el momento en que se abandonaba, pálida, con los ojos cerrados y como acometida por

un vértigo que le impedía hasta la respiración, le pareció que caía de una altura inmensa, con largas y lentas oscilaciones llenas de una cruel voluptuosidad. Comprendía que iba a estrellarse al llegar al suelo; pero no por eso saboreaba menos el vivo placer que sentía viéndose así balanceada en el vacío. Todo lo que la rodeaba había desaparecido para ella. En lo vago de su caída, en el desvanecimiento de todos sus sentidos, oyó el timbre claro y sonoro de un reloj que daba las doce. Aquellos doce ligeros golpes le parecieron durar un siglo.

Cuando volvió en sí, notó que Jacobo iba y venía ya por la habitación. Se levantó y miró a su alrededor, tratando de comprender la razón de hallarse acostada en la cama de aquel hombre. Lo recordó al fin, y entonces, lentamente, reparó el desorden de sus vestidos, y poniéndose delante de un armario de luna, recogió y anudó sus cabellos, que habían caído en desorden sobre sus hombros. En su fisonomía se veía retratada la estupidez.

—Pasarás el día conmigo —le dijo Jacobo—; comeremos juntos.

Ella dijo que no con un movimiento de cabeza, y cogió su sombrero.

—¡Cómo! ¿Te vas ya? —exclamó el joven sorprendido.

—Tengo mucha prisa —le contestó Magdalena con voz extraña—. Me esperan.

Jacobo se echó a reír, y no insistió. Cuando la hubo acompañado hasta la puerta:

—Otro día —le dijo—, cuando puedas hacer una escapatoria para venirme a ver, trata de tener todo el día por tuyo... Nos iremos a Verrières.

Magdalena le miró frente a frente, como si aquellas palabras hubieran sido un terrible bofetón para ella. Por un instante sus labios se entreabrieron, como para hacer su confesión; pero después, con un brusco movimiento de locura, huyó sin responder y bajando rápidamente las escaleras. Había permanecido todo lo más veinte minutos en casa de Jacobo.

Cuando se encontró en la calle, echó a andar febrilmente, con la cabeza baja y sin darse cuenta de adónde se dirigía. El ruido de los coches, los codazos de los transeúntes, todo el ruido y el movimiento que la rodeaban se perdía para ella en el torbellino de sensaciones y de pensamientos que la volvían loca, agitándose en tropel en su cerebro. Parecía que estaba embriagada, y las gentes volvían la cabeza al oír la hablar sola. «¿Qué clase de mujer soy yo? —decía—. Yo había ido a casa de ese hombre para realzarme a sus ojos, y no solo no lo he hecho, sino que he caído en sus brazos como una mujer pública. Le ha bastado tocarme con la punta del dedo para hacerme caer, sin que yo me haya opuesto en lo más mínimo, y no solo no me he opuesto, sino que hasta he saboreado el innoble goce de sentirme desfallecer». Se callaba y apretaba el paso; pero al cabo de algunos momentos reanudaba sus divagaciones, y con sorda violencia: «Sí —decía—; yo me creía fuerte esta mañana; lo había calculado todo; sabía todo lo que debía decirle. Esto es que estoy maldita, como dice Genoveva. Mi carne es infame. ¡Ah! ¡Qué de inmundicias!». Y hacía gestos de despecho y de disgusto, recorriendo las calles, deslizándose, por decirlo así, a través de ellas como una loca.

Hacía más de una hora que corría así, cuando se detuvo bruscamente. El pensamiento del día siguiente, de lo que le restaba de vida, se alzó ante ella amenazador, y entonces se dio cuenta de lo que hacía. Atravesó de nuevo el mercado de la Magdalena, adonde inconscientemente había ido a parar otra vez, diciéndose: «Me mataré; todo habrá concluido; no sufriré más». Entonces se dirigió hacia la calle Boulogne. Algunos días antes había visto en un cajón un hermoso cuchillo de caza. Y según seguía andando, veía aquel cuchillo, lo veía abierto ante ella, lo veía retroceder a medida que ella se acercaba, fascinándola, atrayéndola hacia el pequeño hotel. Y pensaba para sí: «Dentro de un momento lo tendré en mi poder, lo cogeré del cajón, y me lo clavaré». Pero cuando subía por la calle de Clichy, pensó que un suicidio de ese género era repugnante. Además, quería ver a Guillermo antes de matarse y explicarle las razones de su muerte. Su fiebre se calmó un tanto.

Volvió sobre sus pasos, y tomó en la estación un tren que salía para Mantes precisamente. En las dos horas que duró el trayecto, un solo pensamiento se agitó en su cerebro: «Me quitaré la vida en la Noirade —se decía—, cuando haya hecho ver a Guillermo la necesidad de mi muerte». Los traqueteos regulares y monótonos del vagón, los ruidos ensordecedores del tren en marcha, mecían de extraña manera su idea de suicidio; le parecía que el ruido sordo de las ruedas repetía como un eco: «Me suicidaré, me suicidaré». En Mantes montó en la diligencia, y apoyados sus brazos sobre la portezuela, contemplaba la campiña, reconociendo al pie del camino algunas casas que había visto de noche algunos meses antes, al pasar en el *cabriolet* con Guillermo. Y la campiña, las casas, todo parecía repetir la única idea que se agitaba en su cerebro: «Me suicidaré, me suicidaré».

Se apeó de la diligencia a algunos minutos de Véteuil. Un camino de travesía debía conducirla directamente a la Noirade. El crepúsculo caía con dulce suavidad. Los temblorosos horizontes se desvanecían en la noche, y los campos se oscurecieron bajo un cielo gris. Cuando Magdalena adelantaba rápidamente por un sendero bordeado por una cerca de espinos, oyó los pasos de una persona que venía hacia ella. Una voz cascada se elevó. Aquella voz cantaba la balada del *Pachá Mustafá*, que tantas veces había cantado Magdalena en sus excursiones de placer, al bosque de Verrières, y cuyo estribillo era:

*Y tra ta la, tra la la la.*  
*Tra la ta la, la la, la la.*

Era *Verde-Gris*. Los «tra la la», a aquella hora de triste serenidad, tomaban en sus labios un acento de dolorosa ironía. Se hubiera dicho que eran las carcajadas de una loca que se enternecía ahogándose en lágrimas. Magdalena se detuvo, y quedó como si la hubieran clavado en el suelo. Aquella voz, aquella canción que de tal manera y en tales circunstancias llegaba a sus oídos, hacían pasar ante ella una visión rápida y dolorosa. Se acordó de sus antiguos paseos al bosque de Verrières. A la caída de la

tarde bajaba ella del bosque con *Verde-Gris* cogida de su brazo y cantando las dos la balada del *Pachá Mustafá*. Y allá a lo lejos, en los senderos de que la oscuridad empezaba a apoderarse, voces de mujeres les contestaban con otros cantares. Ellas veían a lo lejos, y a través de la enramada, trajes blancos que barrían con sus colas el suelo, asemejándose a los vapores que la tierra despidе y que se funden poco a poco en las tinieblas. Después, todo se perdía en la noche. Las lejanas voces parecían lastimeros ayes, y los chistes, los *couplets* obscenos, lanzados al viento por gargantas abrasadas por el ajeno, flotaban suavemente en el aire con tiernas y penetrantes melancolías.

Estos recuerdos oprimieron la garganta de Magdalena. Seguía oyendo los pasos de *Verde-Gris*, que se acercaban cada vez más a ella, que había empezado a retroceder para no encontrarse frente a frente con aquella mujer, cuya lamentable silueta veía ya. Después de un momento de silencio, la loca volvió a repetir su canción.

Entonces Magdalena, aterrada por las carcajadas de loca de la cantadora, y conmovida hasta verter lágrimas por aquella voz ronca y triste que cantaba su juventud, separó los espinos de la cerca, y huyó a campo travieso. De este modo llegó Magdalena a la Noirade. Cuando empujaba la verja para entrar, notó que la ventana del laboratorio estaba iluminada, y que su luz se reflejaba de una manera siniestra en la sombría fachada del castillo. Jamás había visto iluminada aquella ventana, cuya iluminación, en medio de la opaca luz del crepúsculo, le causó un singular sentimiento de terror.

## XIII

Un nuevo golpe la esperaba en la Noirade. La pequeña Lucía había muerto aquella mañana.

Al llegar Guillermo, encontró a la niña en la agonía. Una de esas fiebres que bruscamente, y cuando menos se esperan, se presentan en plena convalecencia, se la llevaba. Abrasada por ella, la pobre niña buscaba con sus manecitas el fresco de las ropas que la cubrían. Largas crisis de delirio la hacían agitarse y luchar con algo invisible, que parecía contemplar con la mirada fija. Se hubiera dicho que su rostro no tenía más que ojos, que iban enturbiándose poco a poco. Cuando su padre se acercó al lecho, no le reconoció. Este, inclinado sobre ella, la contemplaba desesperado, sintiendo desgarrársele el corazón. El dolor que destrozaba su pecho a cada uno de los quejidos de la pobre niña, le hacía creer que era suya en cuerpo y alma, y un inmenso disgusto por haberla rechazado le atraía hacia ella, haciéndole experimentar locos deseos de estrecharla contra su pecho, y disputársela a la muerte. Era el despertar del cariño en una angustia terrible.

La niña se moría. Hubo un momento en que el delirio decreció, y la niña tuvo una sonrisa de niño mimado. Luego, mirando a su alrededor, como si despertara de un pesado sueño, pareció acordarse de todo, y reconocerlo todo. Alargó los bracitos a su padre, repitiéndole aquellas palabras que tan familiares le eran, y a las que daba una dulce y cariñosa entonación:

—¡Cógeme, cógeme!

Guillermo se bajó, loco de alegría, creyéndola salvada. Pero al ir a levantarla, sintió que su cuerpecito se agitaba por una brusca sacudida. Estaba muerta. Cuando la hubo colocado en el lecho de nuevo, se arrodilló a su lado, silencioso, sin poder llorar. Bien pronto no se *atrevió* a contemplarla; la muerte contraía los labios de la niña, y en su boca se acentuaba la grave mueca de Jacobo. Aterrado por aquel efecto de la rigidez cadavérica, que fijaba poco a poco en el rostro de su hija el parecido con aquel hombre, se esforzó en orar, sin fijar su vista más que en las manos de la pequeñita, que él había cruzado sobre el pecho. Pero, a su pesar, fijaba sus miradas en el rostro de la niña. No pudo resistir más, y se fue de allí, dejando a Genoveva sola al pie del lecho de Lucía.

Cuando Magdalena entró en el vestíbulo, tuvo el presentimiento de una desgracia. El comedor estaba frío y oscuro, y la casa parecía desierta. Un fúnebre cántico guio a la joven hasta el piso principal, y, siguiendo su dirección, llegó hasta el dormitorio en que reposaba el cuerpo de Lucía, a cuya cabecera Genoveva se había arrodillado, salmodiando sus oraciones. El atroz espectáculo que allí la esperaba; la niña, cuya pálida cabeza se hundía en la almohada; la fanática, de rodillas, orando a la vacilante luz de una bujía, la hicieron permanecer helada, pálida, más pálida aún que la



muertecita, en el umbral de la puerta. Una sola ojeada la bastó para comprenderlo todo, y adelantó con lentitud hacia el lecho mortuorio. Desde por la mañana, hasta el recuerdo de su hija se había borrado de su memoria, y ahora experimentaba una especie de alegría en encontrarla muerta. Era un obstáculo menos a su suicidio; ahora ya podía quitarse la vida sin temor a dejar tras sí una pobre criatura, cuyo origen debía conducirla a la desgracia. Llegó al borde del lecho sin verter una lágrima, pensando sencillamente en que algunas horas después estaría ella como estaba la niña, rígida y fría. Si no hubiera pensado en esto, en que debía seguir a su hija, se hubiera arrojado, a no dudarlo, sobre el cadáver con desgarradores sollozos. La certidumbre de que dejaría de existir bien pronto, le impedía sentir la pérdida de su hija. No la asaltó otro deseo que el de abrazarla por última vez. Pero, al inclinarse para hacerlo, creyó ver a Jacobo ante sí; le pareció que los labios de Lucía eran los del joven; aquellos labios que ella había besado con voluptuoso placer aquella misma mañana, y se echó hacia atrás por un instintivo movimiento de terror.

Genoveva, que acababa de interrumpir sus oraciones, vio este movimiento de terror, y mirando fijamente a Magdalena, con aspecto implacable, le dijo:

—Así son castigados los hijos de los culpables. Dios castiga a los pecadores en su descendencia hasta la última generación.

Magdalena tuvo un acceso de loca rabia contra aquella mujer que encontraba a su paso a cada nueva desgracia, arrojándole al rostro sus monstruosas creencias.

—¿Por qué me miráis así? —exclamó—. ¡Tanta extrañeza os causo!... En verdad que lo había olvidado: vais a insultarme, ¿verdad? Debí pensar que os encontraría ante mí hasta el último momento, con el brazo levantado, implacable como el destino... ¡Sois la fatalidad misma! ¡El castigo!...

Las miradas de la fanática relucían como las de los gatos, y repitió con feroz alegría:

—¡La hora llega! ¡La hora llega!

—¡Oh! Ya he sufrido bastante —dijo amargamente Magdalena—; quiero ser castigada: me castigaré yo misma... Pero no sois vos la que me condenáis. No habéis conocido lo que es la vida, y no sabréis, por consiguiente, juzgarla... ¿Podéis vos consolarme?

—No —respondió la protestante—: es preciso que vuestras lágrimas corran, que beséis la mano que os castiga.

—¿Podéis hacer vos que Guillermo me ame aún, y que volvamos a encontrar la tranquilidad? ¿Podéis prometerme que sufriré yo sola el día en que me humille y me postre ante Dios?

—No; si Guillermo sufre, es porque también él es culpable: Dios sabe a quién castiga.

Magdalena se irguió con soberbia violencia.

—Pues bien: entonces —exclamó—, si nada podéis, ¿qué hacéis aquí? ¿Por qué me torturáis?... Yo no necesito a Dios. Yo me juzgo y me condeno a mí misma.

Se detuvo, falta de aliento y llena de terror; al bajar la cabeza, se había fijado en el cadáver de su hija, que parecía escucharla con la boca abierta. Se abismó un momento ante aquel espectáculo como atraída por la loca idea de la muerte, y la asaltó el más extravagante de los deseos: quería saber qué tiempo tardaría en estar así de helada y rígida como su hija.

—¿A qué hora murió? —preguntó a Genoveva, que se había puesto a rezar de nuevo.

—A las doce —contestó la protestante.

Aquella breve respuesta cayó sobre Magdalena como un golpe de maza. ¿Tendría razón Genoveva? ¿Sería su falta la que había matado a su hija? ¡A las doce estaba ella en los brazos de Jacobo, y a las doce espiraba su hija! Esta coincidencia le pareció fatal, atroz. Oía sus amorosos quejidos mezclados con los quejidos de agonía de su hija, y se volvía loca comparando aquella escena de voluptuosidad con esta escena de muerte. Durante algunos minutos permaneció como agobiada bajo un peso enorme, y en su rostro se pintaba la estupidez. Después se preguntó qué era lo que hacía allí, y qué había venido a buscar a la Noirade. No lo sabía, ni podía darse cuenta de ello; su cabeza estaba como vacía. Se preguntaba con angustia: «¿Por qué he venido tan precipitadamente de París? ¡Yo tenía un proyecto!». Y hacía inauditos esfuerzos de la memoria. De pronto pareció ver claro: «Ya me acuerdo; ya me acuerdo: quiero suicidarme; quiero suicidarme».

—¿Dónde está Guillermo? —preguntó a Genoveva.

La vieja hizo un gesto de ignorancia, sin dejar de mascullar entre dientes palabras vagas. Magdalena recordó entonces la luz roja que había visto desde la puerta de entrada y que iluminaba de una manera bien extraña la ventana del laboratorio. El instinto la arrastró hacia allí; y dejando a Genoveva arrodillada al pie de la niña muerta, se fue y subió rápidamente la escalera.

Guillermo se encontraba, en efecto, en el laboratorio. Al huir de la habitación en que acababa de expirar Lucía, se había encontrado en el parque, y en él había estado dando vueltas, loco de dolor, hasta el anochecer. Entonces, y obedeciendo maquinalmente a una fuerza fatal, fue a buscar en el fondo de un cajón, en donde la había escondido en otro tiempo, la llave de aquella habitación en que el señor de Viargue se envenenó. Desde la época de aquel suicidio no había vuelto a poner los pies en ella. No hubiera podido explicarse hoy él mismo el irresistible deseo que le arrastraba hacia allí; era una especie de sed de terror, una rabia, un deseo loco de agotar hasta las heces todo su terror, todo su sufrimiento. Cuando entró en aquella vasta pieza, débilmente alumbrada por la bujía que llevaba en la mano, le pareció aún más inmunda, más destartalada que nunca. Nada había sido tocado; pero el plazo de cinco años se acumulaba sobre sus ruinas; las arañas del techo habían fabricado telas que llegaban hasta el suelo; el aire encerrado en aquel siniestro lugar era espeso y nauseabundo. Guillermo puso el candelero sobre la mesa y continuó de pie, mirando con fijeza delante de sí. Se estremeció de pronto al notar bajo sus pies la sombra que

la sangre de su padre había dejado, y quedó absorto. Un vago presentimiento le advertía que un golpe supremo debía abatirle, allí, en medio de aquella inmundicia habitación. Aquella vasta pieza, en la que nadie había entrado, y que él encontraba tranquila y siniestra, parecía haberlo esperado durante sus cinco años de engañosos ensueños. Y ahora le atraía como una presa, que sin duda le estaba prometida hacía mucho tiempo.

En su aterradora espera, Guillermo recordó toda su vida de sufrimientos, ese aniquilamiento continuo que minaba su carne y su espíritu desde su juventud. Ahora que los hechos cuya marcha lógica o implacable le arrojaban en el fondo de aquella pieza manchada con la sangre de su padre, adivinaba que el destino iba, en una última brutalidad, a acabar con él.

Hacía cerca de media hora que permanecía allí, advertido por una voz interior de que alguien vendría a darle el golpe supremo, cuando oyó en el corredor ruido de pasos. Magdalena apareció en el dintel de la puerta. Venía aún envuelta en su chal, y no se había quitado ni los guantes ni el sombrero. Examinó el laboratorio, en que entraba ahora por primera vez, con una rápida mirada; conocía la lúgubre leyenda de aquella habitación misteriosa, por haber oído hablar alguna vez de ella. Cuando echó de ver el vergonzoso desaseo que reinaba en ella, sonrió de singular manera; era digno de la examante de Jacobo; ella debía acabar en medio de aquella podredumbre y de aquella desolación. Como a Guillermo, le parecía también que aquella habitación la esperaba hacía algunos años.

Adelantó hacia su marido, y le dijo:

—Vengo a hablar contigo, Guillermo.

Su voz era clara y fría. Toda su fiebre parecía haberse calmado. Con la cabeza alta y la mirada fija, tenía la actitud inexorable de un juez.

—Hace algunos meses que te pedí una gracia, al dejar la posada de Mantes; la de dejarme morir el día en que la vida de torturas que llevamos se hiciera intolerable. No he podido calmar mis pensamientos ni apaciguar mi corazón; vengo, pues, a recordarte tu promesa.

Guillermo no contestó: adivinaba las razones que su mujer iba a darle, y las esperaba, dispuesto a aceptarlas, no pensando en defenderse por más tiempo de ella.

—Ve adónde hemos llegado —continuó Magdalena—; nos encontramos arrinconados, acorralados en esta habitación, adonde los hechos han acabado por arrastrarnos. Cada día hemos ido perdiendo un poco más de terreno, sintiendo cerrarse a nuestro alrededor el círculo de hierro que nos rodea, limitando nuestro espacio. Sucesivamente todo ha ido haciéndose inhabitable para nuestros pobres y enfermos cerebros: el pabellón vecino, nuestro hotelito de París, hasta el comedor de la Noirade, hasta el dormitorio en que acaba de morir nuestra hija. Ahora estamos encerrados aquí, en el fondo de este siniestro retiro, de este último asilo, digno de nuestra locura. Si los dos salimos de él, será para rodar más bajo, para llevar una vida más infame y más cobarde... ¿No es verdad?

—Es verdad —respondió Guillermo.

—Vivimos juntos, sin poder cambiar una palabra, ni una mirada que no nos hiera cruelmente. Yo no te pertenezco ya; pertenezco a los recuerdos, que durante la noche me agitan en horribles pesadillas. Tú no lo ignoras; tú me has despertado una vez cuando en sueños me entregaba en brazos de otro. Ya no te atreverás a estrecharme jamás contra tu pecho. ¿No es verdad, Guillermo? Estás celoso, desesperado, decidido a todo, como yo, ¿no es verdad?

—Es verdad.

—Nuestros amores serían groseros al presente. Por más que tratáramos de no ver, por momentos se agrandarían a mi vista tus tristezas y tus disgustos, y tú leerías en mí mis pensamientos y mis vergonzosas voluptuosidades. Nosotros no podemos ya vivir unidos. ¿No es verdad?

—Es verdad.

Guillermo contestaba como un eco, y cada una de sus respuestas se desprendía de sus labios clara y cortante como una hoja de acero. La actitud altiva y tranquila de su mujer había despertado en él toda su altivez, todo el orgullo de su sangre; ya no tenía debilidades; quería rescatar sus nerviosos abandonos aceptando con valor el fatal desenlace que creía adivinar.

—A menos —continuó Magdalena con amargura— que tú quieras vivir separado de mí, tú en una habitación y yo en otra, como ciertos esposos que se aceptan tan solo ante la sociedad para salvar las apariencias. ¿No acabamos de ver en París algunos de estos matrimonios? ¿Querrías tú tentar esa manera de vivir?

—No —exclamó el joven, saliendo de su silencio—: yo te amo aún, Magdalena... Nos amamos, y esto es precisamente lo que nos mata, ¿no es verdad? Si yo te conservo, quiero continuar siendo tu marido, tu amante. Ya lo has visto: en París no nos hemos podido acomodar a esa existencia de egoísmo. Debemos vivir el uno en brazos del otro, o no vivir.

—¡Pues bien! Entonces, seamos lógicos: todo ha acabado. Tú lo has dicho; es nuestro amor el que nos mata; si no nos amáramos, viviríamos tranquilos. Pero seguirse amando y manchar sus caricias; desear estrecharse a cada momento y no atreverse a tocarse con la punta de los dedos; pasar las noches a tu lado creyéndome en brazos de otro, cuando yo daría mi sangre por poderte atraer a mí, eso, bien lo comprenderás, acabaría por volvernos locos... Todo ha acabado.

—Sí, todo ha acabado —repitió lentamente Guillermo.

Hubo un corto silencio. Los esposos se miraron frente a frente y de una manera resuelta. Magdalena conservaba su terrible calma tratando de recordar si había olvidado exponer alguna de las causas que la empujaban y obligaban al suicidio. Quería proceder fríamente y con calma; demostrar con claridad que toda esperanza había muerto; no ir a la muerte por la locura; llegar hasta ella, por el contrario, después de haber probado la imposibilidad de su curación. Insistió, pues, sobre los motivos que la impulsaban a suicidarse.

—No obremos contra razón —continuó—; recuerda bien los hechos... Yo quería morir en aquella posada. Me acordé después de mi hija, no te lo he dicho hasta ahora, y me detuvo este recuerdo. Hoy, Lucía ha muerto, y yo puedo desaparecer... Tengo tu palabra.

—Sí —murmuró Guillermo—; moriremos juntos.

Magdalena le miró llena de asombro y de terror, y con voz rápida y agitada:

—¿Qué has dicho? —exclamó—. Tú no debes morir, Guillermo; tú no debes morir. Eso no ha entrado jamás en mis resoluciones. Yo no quiero que tú mueras. Eso sería un crimen inútil.

El joven hizo un ademán de desesperación y de protesta.

—Tú no cuentas —dijo— con que entonces quedaría yo solo para sufrir.

—¿Quién habla de sufrir? —replicó Magdalena desdeñosamente—. ¿Vuelves a tus debilidades? ¿Acaso te da miedo sufrir?... Si no se tratase más que de sufrir, yo seguiría luchando. ¡Pero soy yo, yo, tu genio malo, tu llaga viva, y debo desaparecer para que tú puedas vivir!

—¡No; no morirás tú sola!

—Te lo suplico, Guillermo; déjame; no aumentes mi falta. Si te arrastrase en mi caída, sería aún más culpable: moriría más desesperada... Mi cuerpo está maldito, y lleva la maldición a todo lo que le rodea. Cuando yo haya dejado de existir, tú te tranquilizarás, y podrás aspirar aún a ser dichoso.

Guillermo perdió su fría calma. La idea de que iba a quedarse solo ante sus sufrimientos le aterraba.

—Y, ¿qué quieres que haga yo sin ti? —exclamó—. Muerta tú, no me resta más que morir. Además, yo quiero castigarme; castigarme por mis debilidades, que no han sabido salvarte. Tú no eres la única culpable... Bien lo sabes, Magdalena: yo soy un niño nervioso, a quien debes llevar en tus brazos, si no quieres que caiga en los más cobardes abandonos.

Magdalena comprendía la verdad de aquellas palabras. Pero la idea de herir una vez más a su marido al herirse a sí misma, era insoportable para ella. Se calló, esperando a que la exaltación del joven se calmara, segura de que entonces se plegaría mejor a su voluntad. Este, sin embargo, no parecía resignarse; se agitaba en él la idea del suicidio.

—Busquemos, busquemos aún —balbuceó—. Esperemos, por piedad.

—¡Esperar! ¿Qué vamos a esperar, y por cuánto tiempo? —dijo con amargura Magdalena—. ¡Todo ha acabado! ¿No convinimos en ello hace un instante? ¿Crees acaso que no estoy leyendo esto mismo en tus ojos? ¡Atrévete, atrévete a asegurar que mi muerte no te es necesaria!

—Busquemos, busquemos otro medio —repitió Guillermo febrilmente.

—¿Por qué pronuncian tus labios esas palabras vacías de sentido? ¡Es inútil buscar; no encontraremos alivio! Y tú lo sabes; hablas para ahogar tus pensamientos, que te gritan la verdad.

Guillermo se retorció las manos.

—¡No, jamás! —exclamó—. Tú no puedes morir así; yo te amo; no te dejaré realizar ese suicidio delante de mí.

—No es un suicidio —respondió gravemente la joven—; es una ejecución. Yo me he juzgado y me he condenado. Deja que la justicia se cumpla.

Notando que su marido se abatía, continuó con tono rudo y dominante:

—Me hubiera quitado la vida esta mañana en la calle Boulogne, como tuve propósito de hacerlo. Si hubiera sabido que ibas a estar tan débil, lo hubiera llevado a cabo. Pero creía no deber disponer de mí antes de haberte explicado las causas de mi muerte. Ya las sabes, y confiesas conmigo que tengo razón.

Guillermo exhaló un grito sublime de desesperación.

—¡Matarte sin decirme nada; me hubiera yo matado enseguida!... Estás cruel con tu razón.

Guillermo se había sentado desfallecido sobre el borde de la mesa. Magdalena resolvió terminar; se sentía cansada, y quería descansar en la muerte. Un secreto egoísmo la hacía abandonar a su marido a su destino. Había hecho cuantos esfuerzos es posible hacer humanamente por salvarle, y podía *irse* tranquila. No se sentía con el valor de seguir viviendo para obligarle a vivir a él.

—No luches —le dijo, echando una rápida ojeada a su alrededor—. Es preciso que yo muera, ¿no es verdad? ¡No digas que no!... Déjame obrar.

Magdalena acababa de ver el pequeño mueble en que el señor de Viargue había encerrado los nuevos tóxicos descubiertos por él. Algunos momentos antes, cuando subía la escalera, se decía para sí: «Me arrojaré por la ventana; hay tres pisos, y me estrellaré al caer». Pero la vista del pequeño mueble sobre cuyos cristales el dedo del conde había escrito en gruesos caracteres la palabra *Venenos*, la hizo pensar y decidir otro género de muerte. Con un movimiento de alegría se abalanzó al pequeño armario.

—¡Magdalena! ¡Magdalena! —gritó Guillermo aterrado.

Pero la joven había roto ya de un puñetazo uno de los cristales del armario, que le causó profundas heridas en los dedos, y se apoderó del primer frasco que hubo a mano. De un salto, su marido la cogió por las muñecas, imposibilitándole de este modo de llevar el frasco a sus labios. La tibia sangre de las cortaduras de Magdalena corría por sus manos.

—Te haré pedazos las muñecas antes que dejarte beber —le decía—. Yo quiero que vivas.

Magdalena le miró fijamente.

—Tú sabes bien que eso es imposible —le contestó; y siguió luchando sordamente con él para desasirse de sus manos.

Ella daba bruscas y terribles sacudidas; pero Guillermo parecía haber multiplicado sus fuerzas; de tal modo la tenía cogida y de tal modo apretaba, que era imposible que se desprendiera de ellas; y alentando apenas, repetía:

—Dame ese frasco, dame ese frasco.

—Vamos —dijo la joven con voz ronca—: no seas niño; suéltame.

Él no respondió; trataba de separar los dedos uno por uno para arrancarle el frasco. Sus manos estaban rojas con la sangre de las cortaduras de Magdalena. Cuando esta sintió que le faltaban las fuerzas, pareció tomar un partido supremo.

—¿Todo lo que acabo de decirte —le dijo— no te ha probado hasta la evidencia la necesidad que tengo de morir, y que es una crueldad el impedírmelo?

Él siguió guardando silencio.

—¿Acaso has olvidado —continuó con más violencia— el dormitorio de la posada en que viví con mi amante? ¿No te acuerdas de aquella mesa en que yo, yo misma, escribí: *Amo a Jacobo*, ni de aquellas cortinas azules que yo descorría durante las abrasadoras noches del estío?

Al oír el nombre de Jacobo, Guillermo se estremeció; pero, lejos de ceder, redobló sus esfuerzos para apoderarse del frasco. Entonces la joven, enloquecida:

—¡Tanto peor! —gritó con todas sus fuerzas—. Tanto peor: quería evitarte una última angustia; pero tú me obligas a ser brutal... Esta mañana te he mentado; no había olvidado nada; si me quedé en París, fue por ir a ver a Jacobo; quería alejarle de nosotros, que no le volviéramos a ver, y caí en sus brazos como una meretriz... ¿Lo oyes bien, Guillermo? ¡He estado en los brazos de Jacobo esta mañana!...

Bajo el rudo golpe de esta confesión, Guillermo aflojó las manos de Magdalena. Sus brazos cayeron inertes a lo largo de su cuerpo, y mirando de una manera estúpida a su mujer, retrocedió con lentitud.

—¡Ah! —dijo ella con extraña sonrisa de triunfo—. Ya ves que consientes en mi muerte.

Guillermo siguió retrocediendo hasta llegar a la pared, a la que se pegó de espaldas, sin dejar de mirar a Magdalena. Una viva ansiedad le hacía encorvarse a medias hacia ella, para seguir mejor todos sus movimientos. Magdalena, mostrándole el frasco:

—Voy a beber —le dijo—; ¿me lo permites, verdad?

Guillermo permaneció silencioso; sus ojos parecían querer salirse de sus órbitas, y sus dientes castañeteaban. Se iba replegando poco a poco sobre sí mismo, como para escapar al atroz espectáculo que tenía ante su vista, y del que no podía separarla.

Entonces Magdalena, elevando lentamente el frasco, lo vació de un trago. Mientras bebía, no separó la vista de su marido. El efecto del veneno, tomado a tan alta dosis, fue fulminante. Magdalena dio una ligera vuelta, y con los brazos abiertos, cayó con el rostro contra el suelo. Una sola convulsión la agitó en él. Su enorme trenza de rojos cabellos se desprendió, extendiéndose por el suelo como un mar de sangre.

Guillermo no había perdido ningún detalle de aquella rápida escena. Mientras que su mujer, mostrándole el frasco, lo llevaba lentamente a los labios y bebía, él había ido encogiéndose, replegándose sobre sí mismo, hasta quedar sentado sobre sus

talones y apoyado en la pared; cuando Magdalena cayó, produciendo un ruido semejante al de una enorme masa de plomo, sintió retemblar el piso bajo sus plantas, y le pareció que aquel golpe desgarraba su cerebro. Por espacio de algunos minutos contempló, mirando por debajo de la mesa, el cadáver de su mujer. De pronto lanzó una estridente y desgarradora carcajada, y, levantándose de un salto, se puso a danzar por el laboratorio, marcando el compás y golpeando una contra otra sus manos, húmedas por la sangre, cuyas rojas manchas examinaba con nerviosos accesos de alegría. Dio algunas vueltas alrededor de la habitación, pisando por encima de los montones de redomas rotas, de restos de cacharros de todo género, que contenían aún sustancias de indefinidos colores, que derribaba tras sí, esparciéndolos por todas partes, y acabó por saltar a pies juntillos por encima de su mujer, como cuando los niños juegan al *salto del carnero*. Y reía, reía cada vez más y con más estrépito, pareciéndole, sin duda, grandemente cómico aquel juego.

En aquel momento apareció en el dintel de la puerta Genoveva.

Inmóvil, rígida, implacable como el destino, registró con tranquila mirada aquella extensa y siniestra sala, llena de podredumbre, en que una sola bujía disipaba apenas las tinieblas, y cuando hubo distinguido el cadáver sobre el suelo, aplastado y como pisoteado por aquel loco, que reía y danzaba diabólicamente en la vaga sombra, irguió su elevado talle, y dijo con sequedad:

—¡Dios Padre no ha perdonado!

FIN